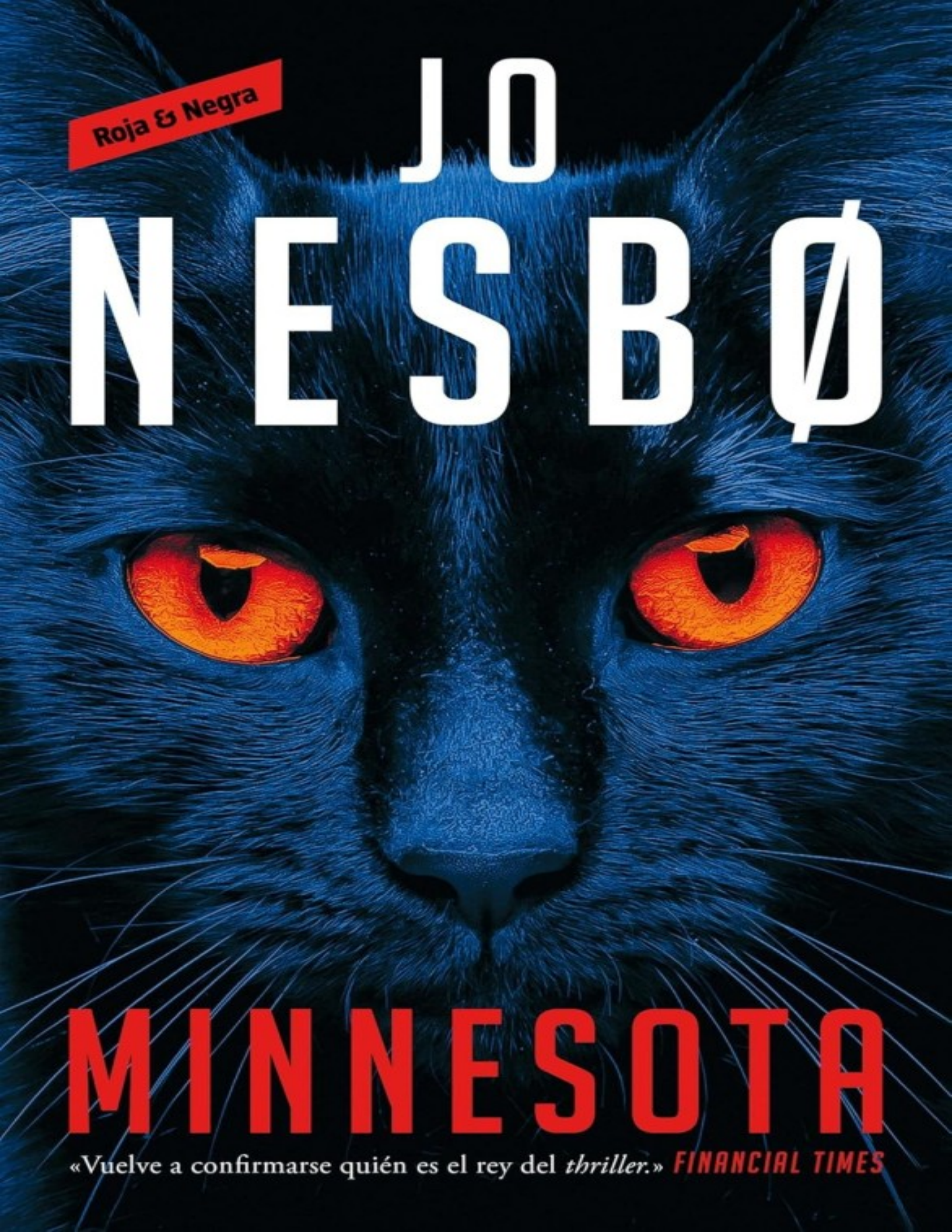

Roja & Negra
JO
NESBØ
MINNESOTA
«Vuelve a confirmarse quién es el rey del *thriller*.» FINANCIAL TIMES

MINNESOTA

Jo Nesbø

Traducción de
Lotte Katrine Tollefsen

Roja & Negra

es una colección de
RESERVOIR BOOKS

1

LLEGADA. SEPTIEMBRE DE 2022

—¿Cuál es el propósito de su visita, señor Holger Rudi?

El agente de control de pasaportes, un hombre con una expresión cansada en los ojos, me observa sin interés mientras se rasca el antebrazo bajo el escudo de U.S. Customs and Border Protection.

—Investigar —respondo.

—¿Y qué va a investigar?

He volado desde Oslo, vía Reikiavik, hasta Mineápolis, la diferencia horaria es de siete horas y mi cuerpo me dice que hace mucho que debería haberme acostado ya, así que, en lugar de seguir mi impulso inicial de contestar «Un asesinato» y acabar en una sala de interrogatorios, respondo que voy a escribir sobre un policía de origen noruego.

—Entonces ¿es usted escritor?

Me apetece contestar que soy taxidermista. Disecador. Que he venido a buscar la piel necesaria para vestir al personaje, que la historia ya la tengo clara en mi mente. Es una imagen que hace meses que me persigue, un título que me he concedido. Pero, como ya he dicho, estoy cansado.

—Sí —respondo.

—Interesante. Da la casualidad de que me bautizaron en The Norwegian Lutheran Memorial Church. —El agente me sonríe y me devuelve mi pasaporte noruego—. Aquí, en Minnesota, estamos por todas partes.

Desde el taxi que me lleva a la ciudad noto enseguida que ha cambiado. Hay carreteras nuevas y construcciones que no estaban ahí hace ocho años, cuando visité Mineápolis por última vez. Veo el perfil del centro dibujarse ante nosotros. Salimos de la autopista hacia el área empresarial. Entre los rascacielos asoma una mole angulosa que refleja el sol del atardecer.

—¿Qué es esa cosa de vidrio? —pregunto al conductor.

—¿Eso? Es el U.S. Bank Stadium. Ahí juegan los Vikings.

—¡Vaya!

—¿Le gusta el fútbol?

Me encojo de hombros.

—Vi jugar a los Vikings. En el estadio antiguo. Tal vez debería hacerme con una entrada.

—Suerte con eso.

—¿Suerte?

El taxista, un hombre al que le echo unos cincuenta y tantos, me mira por el retrovisor a través de unas gafas de montura almendrada.

—Son difíciles de conseguir. Ayer me ofrecieron una entrada que no era nada del otro mundo por 350 dólares.

—¿En serio?

—En serio. Antes podías ir al fútbol con tu hijo, pero ahora es como todo en este país: solo para ricos.

Miro por la ventanilla. Cuando veníamos de visita a Estados Unidos, a casa de mis tíos, rara vez bajábamos a Downtown, el centro. Comprábamos lo necesario en la tienda de la esquina o en Southdale Mall. Me choca lo silencioso que parece, la poca gente que hay por las calles. Ocho años atrás, mi primo me llevó a un restaurante en una azotea de Hennepin Avenue y era un hervidero de gente. Sobre todo la siguiente avenida que cruzamos, Nicollet Mall.

—¿Dónde está todo el mundo?

—¿Se refiere a la gente?

—Sí.

—Ah, nada ha vuelto a ser igual después de lo que ocurrió.

«Lo que ocurrió». Para mí, «lo que ocurrió» son los asesinatos de hace seis años, mientras que, para él y el resto de Mineápolis, se trata de la muerte de George Floyd hace dos, por supuesto. En el recorrido desde el aeropuerto al centro hemos pasado por delante de tres grafitis con la imagen del hombre negro asesinado por la policía de Mineápolis.

—Hace mucho de eso —digo.

—No da esa sensación —contesta el conductor—. Hubo quien creyó que serviría para unir a la gente. Todos contra la policía racista, ¿no? Si quiere que le diga lo que pienso, destrozaron esta ciudad. Coincidió con la pandemia y se formó la tormenta perfecta…

Nos detenemos ante el hotel Hilton, pago en efectivo y le doy una buena propina. Antes de que se marche le digo que necesito a alguien que me lleve por la ciudad y le pregunto si le interesa.

Negociamos una tarifa por hora, acordamos que puedo llamarlo cuando esté listo y me da su número de teléfono.

En el amplio vestíbulo del hotel y en el restaurante apenas hay gente. Supongo que la recepcionista me sonríe bajo la mascarilla. Le entrego mi pasaporte y, cuando ve que mi reserva es de más de una semana, me advierte de que la habitación solo se limpia cada cinco días. Me da una tarjeta para la habitación 2406, casi el último piso, tal como había solicitado.

—¿La planta de las hemorragias nasales?

Un hombre con sombrero de vaquero me sonríe en el ascensor al ver que presiono el número 24. Lo dice de esa manera casual, bromista y a la vez amable que, en mi experiencia, solo dominan los norteamericanos y los habitantes del extremo más septentrional de Noruega. Intento pensar en algo ocurrente y divertido para responder, pero soy del sur de Noruega. En su lugar, opto por soplar para intentar compensar la presión de los oídos.

La cama es grande, mullida, y me duermo al instante.

Me despierto porque tengo que ir al baño. Para no desvelarme evito encender la luz, y distingo el asiento del váter en la penumbra. Al sentarme estoy a punto de caerme de espaldas antes de que mi trasero aterrice en el aro de plástico. Se me había olvidado que en Estados Unidos los retretes son más bajos que en Noruega. A la vez, recuerdo que, de pequeño, eso me hacía creer que en Norteamérica quieren más a los niños. Eso y todos los canales de televisión con dibujos animados y series infantiles, los metros y metros de expositores con chucherías de todos los colores en Southdale, y el parque de atracciones Valleyfair, donde mi tío siempre tenía algo nuevo que enseñarnos cuando íbamos a pasar las vacaciones de

verano. Pensaba que era un país infantil y maravilloso. En resumen: amaba Estados Unidos. Con el tiempo comprendí que no era un país perfecto, pero también que lo amaría hasta el fin de mis días.

Me despierto una segunda vez y aún es de noche. Me levanto, marco el número del taxista, le pido que me recoja en el cruce de Nicollet Avenue con la calle Diez Sur y salgo. Apenas ha empezado a clarear en dirección a la ciudad hermana de Saint Paul, al otro lado del Mississippi. Paso ante un sintecho que duerme con el cuerpo pegado a la fachada de un rascacielos con el logo de un banco americano, como si tuviera la esperanza de encontrar algo de calor en el edificio. Un coche patrulla de la policía está aparcado en Nicollet Avenue, pero los cristales ligeramente tintados me impiden ver si hay alguien en su interior. Al cabo de un cuarto de hora, mi taxi se detiene junto a la acera. Me monto en el asiento trasero.

—Vamos a Jordan.

El conductor me mira por el retrovisor.

—¿La ciudad?

—No, el barrio.

Veo que duda.

—¿Algún problema?

—No, señor. Pero, si quiere comprar droga, tendrá que coger otro taxi.

—No voy a eso. Voy a ver «the projects».

—¿En Jordan? Ya no existen, señor.

—¿No?

—Tiraron los últimos hace cinco o seis años.

—Pues ahí vamos.

Nos deslizamos por la ciudad dormida. Hay que fijarse en los detalles para notar cuándo se pasa de un barrio pudiente a otro más humilde. Si han cortado el césped de los jardines de las pequeñas casas, si han recogido la basura, qué clase de coches hay aparcados a lo largo de la calle.

Pasamos por delante de una gasolinera Winner, abierta las veinticuatro horas, y cuatro chicos negros nos siguen con la mirada.

—¿Es ahí donde se compra la droga ahora? —pregunto.

El conductor no responde. Unas manzanas más adelante frena el coche.

—Aquí… —dice—. Aquí estaban los últimos bloques de pisos de Jordan.

Observo un cartel que dice NO SE PERMITEN ARMAS A PARTIR DE ESTE PUNTO y, justo detrás, un edificio bajo de nueva construcción. Es una escuela infantil. En la penumbra, un par de ardillas avanzan nerviosas y a trompicones por el césped, mientras sus grandes colas erguidas se mueven tras ellas con extraña suavidad.

«¿Cuál es el propósito de su visita, señor Holger Rudi?».

Mi propósito es meterme en la cabeza de un asesino. Seguir el rastro de lo sucedido en 2016. Será un libro que ya he empezado y que lleva el título provisional de *El vengador de Mineápolis*. Supongo que la editorial que lo va a publicar querrá opinar al respecto, pero no tengo dudas sobre cómo lo promocionarán. El *true crime* se ha convertido en el género de moda en el mercado literario, parece que el público no se cansa de historias sangrientas, a poder ser asesinatos espectaculares con un aura de misterio, giros inesperados, villanos y héroes a ambos lados de la ley y, también si es posible, finales cuestionables que den pie a atrevidas teorías de la

conspiración. Mi libro lo tiene todo salvo esto último. Las respuestas están dadas, no cabe duda alguna sobre la culpabilidad. Lo que falta es intentar comprender cómo y por qué pasó lo que pasó. Para lograrlo tengo que ponerme en el lugar no solo del asesino, sino de todos los implicados en la historia. Recurrir a lo que ya sé y añadirle algo de imaginación para ver el mundo, los lugares en los que todo aconteció, a través de sus ojos. Encontrar lo humano en lo inhumano. Obligarnos al lector y a mí mismo a plantearnos la pregunta: ¿podría haber sido yo?

He destinado ocho días a este trabajo de campo, así que dispongo de un tiempo limitado. Tengo que ponerme en marcha. Empezaré por el tipo que estuvo aquí, donde me encuentro ahora, también al amanecer, seis años atrás.

Cierro los ojos y veo. Las torres se elevan desde el suelo. Cubren el cielo. Allí, en el sexto piso, hay una ventana abierta. Vuelo hasta ella. Bien, ahora soy él. Miro hacia fuera. Lo contemplo todo. La altura me da perspectiva.

2

PUNTO DE MIRA. OCTUBRE DE 2016

La altura me proporcionaba perspectiva. Durante un rato pude ser un observador externo o, al menos, fingir que lo era. Juzgar de una manera que consideraba imparcial a la sociedad, la gente y su vida allí abajo. Había estado sentado junto a la ventana del sexto piso desde las siete, contemplando desde arriba ese hormiguero, la gente que salía de los portales de los bloques de pisos de protección oficial de Jordan.

Eran las 8.11 de la mañana de un martes. Vi coches que salían del borde de la acera y de los aparcamientos de detrás de los edificios. De los tubos de escape ascendía humo blanco. Autobuses escolares amarillos con rejas en las ventanillas, como cárceles sobre ruedas, recogían a los niños: una premonición de lo que los esperaba en la vida. Otros autobuses llevaban a gente a su trabajo. Algunos trabajarían en fábricas, pero la mayoría en el escalafón más bajo del sector servicios. En la barriada Jordan abundaban quienes no tenían obligaciones, ni escolares ni laborales, y muchos seguían en la cama. Algunos miraban al techo, una vez perdida la esperanza que les había dado ocho años atrás el primer presidente negro, quien, en tres meses, saldría por la puerta de la residencia presidencial y metería todos sus trastos en una furgoneta de mudanza. Así que allí

se quedaban, intentando encontrar la respuesta a la pregunta recurrente: ¿por qué?, ¿para qué levantarse?

Uno de los que habían encontrado un motivo para levantarse salió por la puerta. Resultaba interesante que en Jordan las puertas de entrada se abrían hacia dentro en lugar de hacia fuera. Dicen que es mucho más difícil forzar la puerta cuando las bisagras están detrás del marco, además de que, en Jordan, el peligro de morir durante un robo violento es mayor que el de fallecer en un incendio, a pesar de que es el barrio de Mineápolis donde hay más incendios intencionados.

Las 8.13. Un pálido sol otoñal luchaba por atravesar la niebla de la mañana. Acerqué el ojo a la mira y situé la cruz en el centro de la puerta del portal 3. Ayer salió por ella exactamente a las 8.16. Ayer era lunes, hoy martes, las personas son animales de costumbres, por lo que tenía razones para suponer que hoy iría a trabajar más o menos a la misma hora. A pesar de eso, llevaba allí desde las siete. Al fin y al cabo, era autónomo, tal vez se concedía dormir un poco más los lunes y salía antes de casa los demás días.

Me froté las manos. Esa noche había helado y un viento frío se colaba entre las cortinas, que había pegado a la ventana con cinta adhesiva para que no interfirieran en mi objetivo. Había visto a los camellos ocupar sus puestos en las esquinas y las primeras transacciones. La mayor parte de los clientes eran negros, unos cuantos latinos, pero también se habían deslizado por las calles coches con manos blancas asomando por las ventanillas. Las 8.15. Inhalé el olor a grasa rancia, ajo y humo de cigarrillo. Había limpiado el pequeño apartamento por última vez, pero la peste de la vieja

alfombra era la misma, y seguiría allí cuando dentro de no mucho derribaran el bloque.

Las 8.16. Me escocían los muslos. Me apoyé en los talones para aliviar la presión. No era una postura óptima. Me arrodillé en el sofá que había acercado a la ventana. El cañón del rifle estaba apoyado en el respaldo de una silla. La distancia era de 330 yardas, algo más de la ideal, en especial con esas ráfagas de viento. Prefería zanjarlo deprisa con un disparo a la cabeza. Era demasiado arriesgado, podía fallar y estropearlo todo. Así que el plan era empezar con un disparo al pecho para que cayera al suelo y después volver a cargar el arma y darle el tiro de gracia. El rifle era un M24 que había comprado hacía seis días por 1.900 dólares. No lo compré en una tienda, claro, sino a un traficante local que utilizaba testaferros, casi todos adictos sin antecedentes, necesitados de ingresos rápidos. El traficante los mandaba a una de las tiendas de armas «fáciles», esas en las que los dueños no hacían preguntas, aunque el cliente llevara «hombre de paja» escrito en la frente, que se conformaban con comprobar los datos del impreso en el registro y luego, sin pensarlo más, vendían veinte armas potencialmente asesinas a un yonqui que no distinguía la culata del cañón. El colgado percibía un máximo de veinte dólares por arma, pero el empresario las revendía por más del doble del precio en tienda. Se llamaba Dante; un gordo presumido que había nacido y se había criado en el campo de las afueras de Mineápolis, que vestía marcas italianas, comía italiano y hablaba con un impostado acento italiano. Y, por supuesto, estafaba a la italiana en el negocio que tenía montado en un garaje a dos manzanas escasas de aquí. Sus clientes eran gente con antecedentes penales. No los delincuentes de poca monta que mandaban a su novia a la tienda a

comprar armas o iban en persona con un carnet falso, sino uno de esos que estaban dispuestos a pagar un poco más a un suministrador profesional. Pagar por la seguridad de que, si el arma se perdiera en el escenario de un crimen, la policía no podría seguir su rastro hasta llegar a ellos.

Dante descuidaba mucho su salud y su peso, pero sí prestaba atención a su aspecto. El cabello y la barba parecían recién repasados con un cortaúñas, e iba siempre conjuntado de la cabeza a los pies. Y sentía pasión por el oro. Llevaba oro en la ceja, oro en las orejas, oro al cuello y, sobre todo, oro en los dientes.

Los dientes de oro fueron lo primero en lo que me fijé el día que fui a su garaje. Desprendían un brillo húmedo cuando me dijo que esperaba que usara el rifle para cazar venados y que no apareciera en el escenario de un crimen, porque esa arma en concreto la había comprado él en persona, sin recurrir a intermediarios.

—Solo lo menciono, no hace falta que respondas, amigo.

Eso último estaba de más, yo no había pronunciado ni una sola palabra desde que había entrado en el garaje. Además, ¿qué podía haber respondido? ¿Que era a él a quien iba a cazar? ¿Que me estaba vendiendo el arma que se iba a usar para matarlo? Sentí alivio al ver que estaba solo, pero, aun así, no me quité las gafas de sol ni me aflojé el cordón que me ceñía la capucha a la cabeza. Me limité a asentir, señalé lo que quería —el rifle y dos granadas de mano—, saqué el dinero que me exigía y, cuando me entregó la funda que le correspondía, yo mismo envolví el arma en plástico de burbujas y la coloqué junto con la mira telescópica y las dos granadas en el hueco abierto en la gomaespuma. Observó mis manos. No apartó la vista un instante. Puede que se fijara en la

estrella del diablo del dorso. O en la cicatriz de la mejilla. Tal vez se lo mencionara a alguien. No importaba gran cosa. Tampoco la despedida que voceó cuando me marchaba con lo que probablemente creía un acento español aceptable: «Hasta la vista». Hasta que volvamos a vernos.

No tenía ni idea de cuánta razón tenía.

La puerta de la calle se abrió de nuevo.

Dante.

Salió con paso ligero y se detuvo. Exactamente igual que el día anterior por la mañana, miró a derecha e izquierda mientras se golpeaba la palma de la mano izquierda con el puño derecho. Como si cada día fuera una pelea. Como si tuviera que elegir si ir a la izquierda o a la derecha. ¿Tan inocentes somos?

Su coche, un Maserati, estaba aparcado detrás del edificio. No es que fuera nuevo, pero no dejaba de ser un pequeño milagro que un vehículo como ese permaneciera en Jordan sin ser desguazado. La explicación era sencilla: el coche estaba bajo la protección de sus clientes en las bandas, y todo el mundo aquí, en Jordan, lo sabía.

Coloqué la cruz en su pecho. Había calculado la distancia y el ángulo y había bajado la mira, porque él estaría mucho más bajo que yo. Contuve la respiración, intenté apretar el gatillo con suavidad, sabía que mi pulso estaba mucho más acelerado de lo que debería. El gatillo cedió, siguió cediendo, pero el disparo no se produjo. Mi pulso siguió acelerándose. Intenté decirme que no debía impacientarme, no debía pensar que en unos instantes empezaría a moverse y se convertiría en un objetivo mucho más difícil. No debía apretar, solo presionar y presionar.

El hombre de ahí abajo se estremeció, tuvo un escalofrío y se sopló las manos. Como un jugador que sopla sobre los dados.

Giró hacia la derecha.

En ese mismo instante, el rifle retrocedió. Debía de estar sujetándolo con firmeza, porque no llegué a perderlo de vista. Vi cómo se ponía rígido, como si se diera cuenta de que había olvidado algo. Después, un objeto cayó sobre la acera desde el interior de su larga gabardina. Lo primero que me vino a la mente fue la imagen de Monica y mía en el baño, ella rompiendo aguas, el sonido del líquido sobre los azulejos y los dos a punto de desmayarnos, muertos de miedo y felices, muertos de miedo y felices.

Era sangre. Dante se desplomó. Hacia atrás. Sobre la puerta. Se abrió hacia dentro. Se quedó tumbado en la oscuridad del portal, con los pies asomando. No se oyeron ni gritos ni voces, ningún paso a la carrera ni puertas que se abrían allá fuera. Y, de repente, música hiphop. Uno de los que estaban tumbados en la cama se había levantado y había abierto la ventana para ver qué pasaba.

Sentí que llegaban los temblores y las náuseas, pero pensé en Monica y los niños. Pensé en ellos con insistencia mientras cargaba el rifle con otro cartucho. Me lo eché al hombro, apreté un ojo contra la mira telescópica y lo vi tumbado, inmóvil, pensé que sus zapatos parecían caros. Que pasaría un buen rato antes de que la policía se presentara aquí, en Jordan, que quizá para entonces alguien hubiera robado esos zapatos. Tuve que pestañear para quitarme algo del ojo y, cuando se despejó de nuevo, vi que los zapatos se movían. Había alguien en la oscuridad del portal, alguien que lo estaba arrastrando para ponerlo a salvo. Quise disparar, pero la idea de que podía darle a algún vecino que solo quería

comportarse como un ser humano y hacer lo que debía me hizo dudar un instante. Cuando de todas formas decidí correr ese riesgo, porque absolutamente nadie es inocente del todo, la puerta se cerró.

Me puse de pie, tuve que apoyarme en la encimera de la cocina al notar que se me había dormido un pie. Envolví el rifle en el plástico de burbujas. Pasé un paño por la encimera, el apoyabrazos del sofá y el respaldo de la silla. Luego fui al baño. Me lo puse todo. Me arranqué un pelo rebelde de la ceja. Lo sostuve entre dos dedos, me lo coloqué en la lengua y me lo tragué. Me pinchó la garganta, como si se resistiera a bajar. Me puse las gafas de sol y tiré del cordón de la capucha de la sudadera. Me eché al hombro la mochila con todas mis cosas, agarré la maceta con la yuca y eché un último vistazo al apartamento antes de cerrar la puerta con llave.

Subí dos pisos hasta la casa de la señora White. Llamé. Oí el arrastrar de zapatillas en el interior. Se detuvieron y todo quedó en silencio. Supongo que me estaría observando por la mirilla. La puerta se abrió. Nunca se lo había preguntado, por supuesto, pero la señora White debía de tener más de ochenta años. Una dulce anciana negra de cabello canoso, que no olía a mermelada de melocotón ni a miel, sino a algo intermedio.

—Tomas —dijo—. Hacía mucho que no te veía. ¿Tú también has oído esa explosión? —Le ofrecí la planta de yuca sin decir palabra—. ¿Para mí? —sonrió algo sorprendida. —Asentí. Ella ladeó la cabeza—. ¿Pasa algo, Tomas? Tienes un aspecto… inexpresivo. ¿Es por el gato? Lo echas en falta, ¿verdad? ¿Te ha dicho cuándo lo tendrá listo? Tienes que ser paciente, ya lo sabes.

Asentí de nuevo, me di la vuelta y me marché. Oí que no cerraba la puerta, sabía que me seguía con la mirada. Que estaba

preocupada. Tal vez pensaba, sentía más bien, que era la última vez que me veía.

El ascensor me llevó abajo, abajo, abajo.

Fuera, el aire era claro y cortante, la niebla matinal se iba disipando. Hoy ganaría el sol. Fui con paso rápido en dirección Downtown.

Tardé cuarenta minutos.

El centro de Mineápolis siempre me recordaba a los coches de Motown de los años ochenta, atrapados en un limbo entre el pasado y el futuro. Limpio y ordenado, conservador y sin rasgos distintivos, práctico y probablemente aburrido. Había rascacielos y puentes, cierto, pero ningún Empire State Building ni ningún Golden Gate, y, si le preguntaras a alguien de Londres, París o Nueva York qué le venía a la cabeza si decías Mineápolis, es probable que te respondiera que lagos y bosques. Vale, si fuera alguien mejor informado, te diría que la ciudad tiene el sistema de pasarelas cubiertas más largo del país. De camino al cruce de Nicollet Mall y la calle Nueve, pasé por una de ellas, un puente de cristal y metal que unía los centros comerciales y los edificios de oficinas, adonde la gente huía cuando el termómetro marcaba bajo cero en invierno y superaba los cien grados Fahrenheit en verano.

Entré en la pequeña tienda de animales. Estaban atendiendo a un cliente, me pareció que estaba encargando una jaula más grande para su conejo. Aún sucede a veces que uno tiene experiencias que le devuelven la fe en la humanidad. Me situé delante de uno de los acuarios y, cuando se me acercó el dependiente, señalé uno de los pececillos que nadaban ahí dentro y dije que lo quería.

—Un pez globo enano —dijo, y atrapó el pez verde con una redecilla—. Es un pez de acuario bonito, pero no es adecuado para principiantes. Requiere muy buena calidad del agua.

—Lo sé.

Lo metió en una bolsa de plástico con agua e hizo un nudo.

—Tenga cuidado, que no se lo coma el gato. O usted mismo. Tiene órganos con un veneno que es cien veces más…

—Lo sé. ¿Aceptas efectivo?

Volvía a estar en la calle.

Un coche blanco y negro se acercaba despacio. En la puerta se veía el escudo de la Policía de Mineápolis, MPD, y su lema: «Proteger con valor, servir con compasión». Puede que los policías que iban tras los cristales ahumados intuyeran algo. Pero no me pararían. Después de haber sido acusados en los medios de comunicación de registrar sin motivo por el perfil racial, el director del MPD acababa de anunciar que iba a acabar con esa criticable práctica. La intuición ya no era una razón válida para interpelar a alguien como yo.

El coche pasó, supe que me habían visto. Del mismo modo que sabía que me habían captado cámaras de vigilancia, puesto que había muchas en Nicollet Mall con la calle Nueve, más que en ninguna otra parte de la ciudad.

Y sabía una cosa más.

Sabía que estaba muerto.

3

DINKYTOWN. SEPTIEMBRE DE 2022

Abro los ojos de nuevo. Estoy de vuelta en el taxi y en mi propia cabeza. Por supuesto, no puedo saber con seguridad si he penetrado en la mente del asesino, si he pensado lo mismo que pensó él al bajar por Nicollet Mall hace seis años. Si se dijo que iba a morir. Lo que sé es que estuvo en Nicollet Mall en ese preciso momento, es un hecho recogido de forma meridianamente clara por una cámara de seguridad, transmitido por un código binario a una grabación digital que no deja lugar a duda.

Le pido al conductor que me lleve a Dinkytown.

El sol sale mientras cruzamos el río y nos adentramos en un barrio de edificios bajos. Es un mundo muy distinto a Jordan. Dinkytown es el distrito de los estudiantes. De los que tienen futuro. De los que van a ocupar las resplandecientes sedes bancarias, el bloque de granito del ayuntamiento, las salas de profesores y los asientos de 350 dólares en el U.S. Bank Stadium. Cuando mi primo y yo tuvimos edad suficiente, veníamos con frecuencia a beber cerveza a los garitos. Me parecía que había algo bohemio y emocionante en Dinkytown. El olor a marihuana y testosterona, el jolgorio de la juventud, buena música y encuentros de chicas y chicos, la sensación de que había algo de peligro, no demasiado. El sitio para

ese breve vuelo libre entre la juventud y la vida adulta, un grado de locura que permite a la mayoría de los rectos ciudadanos del lugar caer de pie, como hice yo. En una ocasión en que la novia de mi primo vino con una amiga, ella y yo nos escapamos del bar y nos fumamos un porro en uno de los callejones, luego echamos un polvo, seguramente muy poco memorable, pero que yo recordaré siempre por lo que me parecían unos decorados muy exóticos.

Ahora apenas reconozco el lugar, parece algo salido de una redacción escolar en la que el profesor hubiera corregido todos los errores gramaticales y todas las frases obscenas. Pasamos por delante del lugar donde había un café cuyo dueño se empeñaba en afirmar que Bob Dylan había actuado allí por primera vez cuando bajó de Hibbing para estudiar. Ahora se está construyendo un edificio gigantesco. Le pregunto al conductor si cree que la fachada violeta es un homenaje al otro gran hijo músico de la ciudad, Prince. Niega con la cabeza sonriendo entre dientes.

—Al's Breakfast sigue aquí —digo, y señalo la puerta del pequeño y alargado local en el que tenías que abrirte paso entre la pared que apestaba a grasa y los clientes de la barra para llegar al hueco libre del fondo.

—El día que cierren Al's habrá disturbios callejeros —dice el conductor riendo con ganas.

Le ruego que pare junto al puente que cruza las vías del tren. Me bajo del taxi y me asomo para observar las vías. Por aquí solía pasar algún que otro tren de mercancías y, a juzgar por la vegetación que asoma entre el metal oxidado, el tráfico no se ha incrementado. Cruzo la calle y me acerco al local de la esquina donde aún se lee BERNIE'S BAR en la fachada, tiro de la puerta cerrada, me protejo los

ojos con las manos e intento mirar hacia el interior junto al cartel que informa de que los locales se alquilan. La barra del bar sigue allí, por lo demás está vacío.

Ahora debo meterme en la cabeza del policía.

Intento imaginarme cómo pudo ser. Qué dijeron e hicieron aquí esa mañana de hace seis años.

4

OZ. OCTUBRE DE 2016

Bob Oz siseó entre dientes y dejó el vaso de chupito vacío sobre la barra. Levantó la mirada y vio su reflejo en el espejo entre los estantes llenos de botellas. Un tipo que acababa de empezar a trabajar con él le había preguntado el día anterior por qué lo llamaban One-Night Bob. Había respondido que debía de ser porque resolvía los casos en una noche.

Bob observó a One-Night Bob. Había cumplido los cuarenta, pero ¿no era la misma cara que llevaba viendo los últimos veinte años? No es que fuera un hombre guapo, pero tenía, como su padre, un físico en el que el tiempo no parecía hacer mella. Bueno, algo sí. Al menos había eliminado la grasa juvenil, dejando al descubierto los genes, buenos o malos según se mirara, del hombre maduro. Piel blanca de la que nunca se broncea, solo se quema. Cabello pelirrojo denso y rebelde, sobre una cabeza con la forma característica que les valió a los escandinavos el apelativo de cabezas cuadradas cuando sus ancestros emigraron de Noruega. Una dentadura relativamente sana. Unos ojos azules, más enrojecidos desde su separación, algo saltones, pero, según una de sus mujeres de una noche, que no suponían un inconveniente, porque daba la impresión de que las escuchaba con verdadera atención cuando hablaban. Otra

le comentó que, cuando se conocieron, había tenido la sensación de ser una Caperucita Roja que se preguntaba por qué el lobo tenía los ojos tan grandes. Bob Oz acabó de hacer balance enderezándose sobre el taburete. De joven había practicado lucha libre y natación sin destacar en ninguna de ellas, pero le habían proporcionado un cuerpo atlético que, curiosamente, conservaba intacto. Hasta ahora. Se llevó la mano a la camisa por debajo de su característico abrigo de cachemir amarillo mostaza. Una incipiente barriga. A pesar de que nunca había comido menos que en los últimos tres meses, desde que se había separado de Alice. No podían ser las pastillas, porque ya no las tomaba. Pero bebía más, eso era evidente. Mucho más.

El apodo de One-Night Bob se lo había puesto un colega muy al principio de su carrera profesional, antes de conocer a Alice y pasar a ser One-Woman Bob. Fue en los tiempos en que sus colegas y él celebraban todas las victorias y, si hacía falta también las derrotas, en los bares de Dinkytown, eran lo bastante jóvenes para recuperarse de las resacas y Bob se despertaba con una mujer a su lado la mayoría de los días. Lo que realmente impresionaba a sus colegas masculinos era que ese tipo paliducho y pelirrojo pudiera atraer a mujeres incluso cuando estaba tan borracho que apenas se mantenía en pie. Los que le preguntaban por su secreto siempre obtenían la misma respuesta. Que ponía mucho empeño. Que nunca se rendía. Que a algunas les insistía hasta que se iban a la cama con él. Si no tienes ni el aspecto, el dinero o el encanto, tienes que trabajar más que la competencia, así de sencillo.

—¿Otra?

Bob asintió y levantó la vista hacia la camarera mientras ella le servía más whisky. Le recordaba a alguien y enseguida cayó en ella: Chrissie Hynde, la cantante y guitarrista de The Pretenders. Cabello negro con corte recto. Presencia descarada, consciente de su buen aspecto, más resultona que guapa. Los pómulos marcados, ojos estrechos y rasgados. Demasiado rímel. ¿Genes rusos? Miembros largos y delgados. Vaqueros ceñidos que sabía que le sentaban bien. Una camiseta ancha que indicaba que en esa sección no había nada que destacar. Por Bob, bien: siempre había sido más de piernas y culo. Las persianas medio bajadas del bar dejaban fuera mucha de la luz de la mañana, pero intuía las arrugas de su rostro. Puede que hubiera llevado una vida dura, eso parecía. Treinta y tantos, con aspecto de cuarenta. Mejor, eso aumentaba sus probabilidades.

Bob bebió otro trago y siseó de nuevo. El cartel de la acera, frente al bar, anunciaba la hora feliz, pero solo se aplicaba a algunas marcas de whisky y había que aceptar lo que te dieran. Bob carraspeó y dijo:

—Liza. Eres Liza, ¿verdad?

—Si quieres… —repuso, y bostezó mientras recogía el vaso de cerveza de un cliente que acababa de marcharse del bar.

—El tipo que estaba aquí hace un rato te llamó así.

—Pues entonces así será.

—Vale. —Bob bebió otro sorbo—. Ya sé que lo has oído antes, Liza ¿Sabes qué? Mi mujer no me entiende.

Liza respondió de forma rápida y sin inmutarse:

—Y yo que tenía la esperanza de que estuvieras soltero.

Bob se esforzó por sonreír.

—¿Esa frase te proporciona propinas, querida?

—¿La tuya te proporciona coños, querido?

Bob observó pensativo su rostro impasible.

—Pues, si vamos a hacer un cálculo aproximado, y con coños te refieres a relaciones sexuales completas, estaríamos en torno a…

—Déjalo —lo interrumpió ella—. Digamos que te libras de dejar propinas si yo me libro de ser un… —Movió los labios en silencio dibujando la palabra «coño» y le dio la espalda para aclarar un trapo en el fregadero.

—Vale, Liza. Que conste que es verdad que mi mujer no me entiende. Durante mucho tiempo lo comprendió todo, pero se acabó. Me volví indescifrable para ella.

Liza miró con nostalgia hacia las mesas donde estaban los otros dos clientes, como si esperara que le dieran algo que hacer y no tener que escuchar aquello. Bob acercó la mano derecha al bolsillo de su chaqueta. La ley antitabaco llevaba diez años en vigor, pero, después de una copa o dos en un bar, el instinto se imponía y echaba mano del paquete de tabaco que ya no estaba allí. No estaba desde aquella noche de hacía doce años, cuando la conoció.

Estaba desprevenido, fumando y escuchando a un colega que tenía la teoría de que lo que ponía cachondas a las tías era la manera de fumar de Bob, a la francesa, dejando salir el humo por la boca e inhalándolo por la nariz al mismo tiempo. Que demostraba capacidad de coordinar la musculatura y, a la vez, tenía algo de vulgar, algo que insinuaba una sexualidad desatada y oscura. Otro compañero entró en el bar acompañado de aquella mujer.

La presentó: se llamaba Alice, era psicóloga, unas pulgadas más alta que Bob y absurdamente hermosa. Tan bella que Bob la descartó. Otro de sus consejos para ligar era ponerse metas

realistas, y era evidente que Alice jugaba en otra liga en la que él no podría destacar. Además, y esta era una objeción más práctica que moral, ella había quedado con un colega suyo. Como le habían advertido de que era conocido como One-Night Bob, antes de que les hubieran servido la primera copa le preguntó acerca de ello abiertamente. No como sus colegas, que no querían saber cómo lo hacía, sino por qué. ¿Por qué tenía que acostarse con esas mujeres cuando en realidad no le apetecía? Puesto que era psicóloga y además estaba descartada como presa de esa noche, decidió ser tan sincero y autocrítico como pudiera, sin importarle lo mal que pudiese quedar. Dijo que era probable que se debiera a un vínculo frágil con su madre; que no había recibido cariño suficiente de niño, por lo que buscaba intimidad y reafirmación de manera compulsiva, pero no se atrevía a vincularse a alguien por temor al rechazo. Y que, además, era bastante agradable y emocionante acostarse con distintas mujeres.

Le preguntó qué le parecía a ella. Ella dijo que le parecía egocéntrico, que desprendía una soledad desesperada y que no le gustaban los fumadores. Además, ¿había pensado en que el olor iba a impregnar el abrigo de cachemir? Bob le dio una apasionada charla sobre la diferencia entre el cachemir de pelo de cabra de su abrigo y el corriente de pelo de camello, y después pasó a hablar con la misma intensidad de que «Purple Rain» era mucho más que la típica balada rock por la que muchos la tomaban y que, tras el último estribillo, la canción no iba ni por la mitad, que seguían los mejores cinco minutos de guitarras desgarradas, una implosión, y después dos minutos de bella y hermosa anarquía. Hizo que el barman pusiera la canción y cantó, también en los solos de guitarra,

mientras bailaba al estilo de Axl Rose. Alice parecía estar entre reírse o vomitar.

Un mes después eran pareja. Bob no había vuelto a mirar a otra mujer, como si ella lo hubiera transformado, como si hubiese besado a la rana y se hubiese convertido en príncipe. Hasta hacía poco. Ahora, doce años después, la rana volvía a saltar.

—Si lo quieres saber, me ha dejado —dijo Bob.

—No quería.

—No, pero ahora ya lo sabes. ¿Eso no es parte de tu trabajo? ¿Escuchar y hacer como que entiendes?

—No, pero vale, te han dejado y no me sorprende.

—¿No? —Bob se agarró las solapas del abrigo de cachemir y tiró hacia fuera, se dio cuenta de que le patinaba un poco la lengua—. ¿Tengo pinta de ser un tipo al que las mujeres abandonen, Liza?

—No lo sé. Pero, cuando alguien se presenta aquí en plena mañana y bebe como un aficionado, suelen haberlos echado del curro o de casa. Y tú te vistes como si tuvieras un trabajo al que ir.

—Vaya, deberías ser detective.

—¿Insinúas que no valgo para camarera?

Bob se rio.

—Una tía dura. —Le tendió la mano—. Me llamo Bob.

—Hola, Bob. Sin ánimo de ofender, no toco a los clientes y ellos no me tocan a mí.

—Vale —dijo Bob y retiró la mano—. ¿Qué hay de ti, Liza? ¿Alguna vez has tenido desamores?

—Soy camarera, eso es todo lo que necesitas saber.

—De acuerdo, al menos respóndeme a esto: ¿un hombre con desamor es más o menos atractivo a tus ojos?

Ella enarcó una ceja.

—¿Me estás preguntando qué probabilidades tienes de follarme?

—¿Qué te hace pensar que te quiero follar?

—¿No quieres?

Bob lo pensó.

—Si es verdad lo que dicen y follar con otros ayuda a curar las penas de amor, claro que quiero, sí.

Bob no estaba seguro, pero creyó atisbar una sonrisa en aquel rostro duro e inexpresivo. Ella empezó a limpiar las copas de vino que colgaban de un soporte sobre la barra.

—Imagino que ayuda tanto como hacerse pis cuando hace frío. ¿Si el desamor te hace atractivo? No, por lo que sé a lo mejor te dejó tirado porque eres un inútil en la cama.

Bob se inclinó al frente con una mano en el estómago.

—Uy, ahí me has dado, Liza. Ponme otra.

Liza le sirvió.

—Entonces ¿tienes mal de amores?

—¿Querrás follar conmigo si lo tengo? —Esta vez, Bob tuvo la certeza de que ella sonreía—. Venga ya, Liza, estás tan aburrida como yo, vamos a entretenernos un poco. La pregunta es hipotética y la respuesta no podrá ser tomada en tu contra en caso de ir a juicio.

—Prefiero que me entretengas con tu mal de amores.

—Se llama Alice.

—¿Tenéis hijos?

—No.

—¿Problemas económicos?

—No.

—¿Amantes?

—No.

—Entonces ¿qué pasó?

—Dejó de quererme.

—¿Crees que en algún momento te quiso?

—Sí —afirmó Bob—. Me quiso.

—¿Por qué crees que dejó de hacerlo?

—Es… complicado.

Liza puso la copa de vino en su sitio y empezó a sacar brillo a otra mientras lo miraba.

—Creí que querías hablar de ello.

—Te toca —dijo Bob forzando una sonrisa—. ¿Quedarías conmigo?

—No.

—Hipotéticamente. Si no trabajaras aquí.

Ella negó con un leve movimiento de cabeza, pero respondió con hartazgo, como alguien que cede a los deseos de un niño muy pesado:

—Depende.

—¿Depende de qué?

—De lo que puedas ofrecerle a una madre soltera.

—Ah, una madre soltera. —Bob desplegó una amplia sonrisa—. Le puedo ofrecer seguridad. Soy funcionario, es casi imposible echarme. Y…

Bob se metió la mano en el bolsillo del abrigo de cachemir y tiró un pequeño envoltorio rectangular de plástico sobre la barra. Liza se inclinó con desgana y lo observó. Hizo una mueca.

—¿Un condón?

—Sexo seguro. Es el más grueso del mercado.

Ella enarcó una ceja.

—¿Temes tener hijos?

Bob se encogió de hombros.

—Me da miedo la eyaculación precoz, y con eso tengo casi cero sensibilidad en la polla.

Liza se rio con ganas. Y, por su risa, Bob notó que había fumado lo suyo.

—Eres muy mono, Bob, joder.

—¿Lo bastante mono para que me dejes invitarte a un café en otro sitio? —Bob acercó el preservativo a su lado de la barra.

Ella negó con la cabeza.

—¿Es tu método habitual?

—¿Método?

—¿Ataque frontal, retirada y asedio?

Bob se lo pensó.

—Sí. Seguido de ataque frontal, retirada y asedio. ¿Funciona?

—Seguro. Solo que conmigo no.

—¿Por qué no? —Liza puso los ojos en blanco—. Venga ya —objetó Bob—. Estoy desentrenado, necesito respuestas constructivas.

Liza captó un movimiento de cabeza de uno de los otros dos clientes, un hombre mayor que no se había quitado el abrigo. Cogió un vaso y desenroscó el tapón de una botella de vodka.

—Como quieras, y ese es solo uno de los motivos por los que no podrías interesarme menos. Te presentas aquí, yo soy la primera tía, el primer ser con pulso que ves. Tardas unos cinco minutos en proponerme que follemos. Un polvo para consolarte porque tu chica te ha dejado. Supongamos que me hubiera puesto contentísima y

que acabáramos en la misma cama esta noche. ¿Te parece a ti el principio de un romance de calidad entre dos personas estupendas?

—Bueno…

—¿Bueno?

—¿Las relaciones de calidad no están un poco… sobrevaloradas? —Liza lo miró, movió la cabeza despacio de lado a lado y chasqueó la lengua tres veces—. ¿Cómo definirías tú la calidad, Liza?

Liza enroscó el tapón de la botella de vodka.

—Aguante.

—¿Aguante? Como en el…

—No. Me refiero a un hombre que se queda.

Plantó las palmas de las manos en la barra y Bob Oz le sostuvo la mirada. Después cogió el vaso de vodka, salió de detrás del mostrador y fue a la mesa del anciano. Bob la siguió con la mirada. Dejó el vaso delante de él y le habló mientras recogía la muleta que se había caído al suelo y la apoyaba en la silla.

El teléfono empezó a vibrar en el bolsillo interior de la chaqueta de Bob.

Lo sacó y vio que era el comisario Walker. Dudó antes de responder.

Como era de esperar, Walker sonaba bastante cabreado.

—¿Dónde demonios estás, Oz?

—En Dinkytown, jefe.

—¿Por qué no estás trabajando?

—Estoy trabajando. Estoy comprobando la licencia para servir alcohol de un par de garitos dudosos.

—Eres inspector de homicidios, Oz.

—En ese caso, deja que lo adivine. ¿Ha habido un asesinato?

Silencio.

—¿Has bebido, Oz?

—¿Tenemos una dirección para ese crimen, jefe? —Walker soltó un hondo suspiro y le dio la dirección—. Nada que me sorprenda —dijo Bob tomando nota en un cuaderno. Colgaron, se puso de pie y se abrochó el abrigo de cachemir mientras Liza volvía detrás de la barra.

—¿El deber te llama? —preguntó ella.

—Sí —dijo Bob y puso unos billetes sobre el mostrador.

Liza acercó uno a la luz como si quisiera comprobar que era auténtico.

—¿Volveremos a verte por aquí, Bob?

—¿Esperamos que así sea?

—Si sigues dando propinas como esta, sin duda.

—¿A qué hora cerráis?

—A las nueve. Pero a lo mejor deberías bajar el ritmo al que bebes. Los problemas de corazón y los hepáticos están relacionados.

—Gracias por el consejo —sonrió Bob—. *Ha det bra.*

—¿Qué es eso?

—Noruego. «Que te vaya bien».

Bob sonrió y fue hacia la salida. Notó cierta inestabilidad. Se detuvo para abrir la puerta. Se giró y volvió a la barra donde Liza levantaba la mano sonriendo entre dientes. Bob Oz sacó el preservativo de entre sus dedos, hizo una reverencia excesivamente galante y se marchó.

Bob se acomodó en el coche aparcado junto a la acera del otro lado del puente del ferrocarril. Su vehículo era, como dos tercios de la flota de la policía del país, un Ford, pero civil, y en su estado no podía garantizar una conducción impecable. Agarró la sirena de luz azul de la guantera, bajó la ventanilla, plantó el imán en el techo y comprobó que se había encendido. Esa zona de Dinkytown estaba habitada por una mayoría de parroquianos de bar y blancos hijos de granjeros que habían ido a la ciudad a estudiar y salir de fiesta. La policía no consideraría, ni siquiera aquí, la posibilidad de parar un coche de patrulla en acción para hacer una prueba de alcoholemia. Bob optó por cruzar la calle Marshall y el puente de Broadway por encima del río, no debería llevarle más de un cuarto de hora. Se colocó detrás de un coche que tenía una pegatina ovalada de color azul en el parachoques: DUEÑO DE ARMAS POR TRUMP 2016. Donald Trump resultaba entretenido, de eso no cabía duda, pero Hillary Clinton y los demócratas habían aullado de alegría cuando los republicanos nominaron a un lunático tan poco elegible como su candidato. Las encuestas, ya en vísperas de las elecciones, sin duda les daban la razón. Bob sacó el móvil, buscó el último número marcado y presionó el botón de llamada. Escuchó la voz de la mujer que respondió: «Hola, este es el buzón de voz de Alice. ¿Podrías dejar de llamar, por favor, Bob?».

Bob esperó a que sonara la señal para que se grabaran todas y cada una de sus palabras antes de empezar a hablar: «Vale, el mensaje es ocurrente, Alice, no te lo voy a negar. Llamo para decirte que he cambiado de opinión, que no tengo intención de dejar que te quedes con la casa y menos aún a ese precio. Y además quería informarte de que la semana pasada me follé a una de veintiséis.

Dice que es instructora de aeróbic cuando no está estudiando Derecho en la Universidad de Minnesota, y que su bisabuelo era un gran jefe *ojibwa*. Me lo tomo con cierto escepticismo, ya sabemos que las mujeres mienten, ¿a que sí, Alice? No te cuento esto para darte celos ni nada de eso; somos, como tú dijiste, adultos». Bob frenó ante un semáforo en rojo. Estaba satisfecho porque, hasta el momento, había mantenido un tono de voz tranquilo, controlado. «Solo te llamaba porque ella me llamó anoche para contarme que le había contagiado una enfermedad de transmisión sexual que yo ni sabía que existía, y que parece una novedad llegada de la Costa Oeste. Este es un consejo adulto y amistoso: deberías hacerte mirar el bajo vientre. Porque resulta natural preguntarse si la fuente no será Stan The Man, y que, al contrario de lo que afirmas, te lo follaste antes de que yo me mudara, y me pasaste esa mierda la última vez que follamos en Hidden Beach».

Bob se dio cuenta de que ya no tenía la voz controlada, que en realidad había berreado las palabras «follaste» y «follamos», que se prestaban al grito.

«Recuerdas ese polvo, ¿no? Sí, claro que sí, joder, porque desde entonces no te han follado así de bien, ¿a que no, zorra?».

Bob tiró el teléfono al parabrisas, que rebotó por el coche y desapareció en alguna parte. Puso ambas manos en el volante y respiró con fuerza. Se fijó en el coche pintado a rayas de cebra del carril de su izquierda y en el hombre que lo observaba sin disimulo desde el asiento del copiloto. Mirada abotargada y boca entreabierta. Como si estuviera en un maldito zoo. Bob sabía que no debería hacerlo, pero no supo resistirse y bajó la ventanilla.

—¿Qué coño miras, tío? ¿Nunca has visto a nadie desbarrar un poco?

La mirada atontada del tipo y su boca no se movieron, y Bob cayó en la cuenta de que podía sufrir algún tipo de retraso cuando sacó la mano por la ventanilla, señaló a Bob y dijo con voz lenta y monótona:

—¿Por qué paras en el semáforo si tienes una luz de esas en el techo?

Bob abrió y cerró la boca varias veces, pero no produjo sonido alguno. El coche de las rayas de cebra arrancó y alguien pitó tras él. Bob maldijo por lo bajo y pisó el acelerador a fondo.

5

HERIDA DE SALIDA. OCTUBRE DE 2016

Bob quitó la sirena del techo y giró para acceder al patio entre los bloques de viviendas de protección oficial de Jordan. Las construcciones de ladrillo marrón se elevaban hacia el cielo por todas partes. Cuando se quedó en sombra, un aire frío y húmedo se coló por la ventanilla. Tuvo un escalofrío. Todo Jordan le provocaba escalofríos. En otros lugares, incluso abajo, en Phillips, para un ojo inexperto sería difícil ver la miseria, oír los crujidos de la presa que reprimía el odio, oler la testosterona que solo esperaba a que le dieran una excusa cualquiera. Aquí no. Empezando por los grafitis que te daban la bienvenida en el lateral de la escalera gris de hormigón que bajaba a la carretera. MAMADA, ponía en letras gigantescas, y al lado una pistola mal dibujada que apuntaba a una cabeza en la que habían intentado pintar una masa cerebral que se salía por el otro lado.

Bob levantó la mirada hacia los bloques de viviendas. Le hacían pensar en termitas. Había algo extraño en tanta gente concentrada en un lugar con tanto espacio. Había visto fotografías de cuando sus tatarabuelos llegaron aquí, procedentes de Noruega, huyendo del hambre y de los malos tiempos. Encontraron llanuras despejadas, con gran distancia entre las gentes y las granjas. Se habían

construido casitas sencillas, iglesias. No se habían imaginado una ciudad de rascacielos, y menos aún de edificios altos con gente que vivía de ayudas sociales, personas al margen de la sociedad que se vendían sustancias entre ellas para escapar de la realidad, que se cavaban sus propias tumbas y que dirigían su odio y frustración principalmente contra otras que estaban tan mal como ellas.

¿Qué habrían dicho los antepasados de Bob sobre Jordan y Mineápolis? Habían sido, si creía a sus padres, temerosos de Dios, austeros y muy trabajadores. Conservadores y racistas. El tatarabuelo de Bob había participado en la Guerra Civil, pero, cuando los esclavos liberados empezaron a llegar del sur y a establecerse en las ciudades gemelas de Mineápolis y Saint Paul, se había arrepentido, al menos eso aseguraba su abuela. Los de origen escandinavo y alemán seguían siendo mayoría, cierto, pero, sobre todo en las ciudades, la población pasó a contar con más etnias.

Tras la Segunda Guerra Mundial empezaron a llegar latinos, en su mayoría mexicanos, también puertorriqueños. En los años ochenta fue el turno de los vietnamitas, aunque Dios sabe por qué un pueblo costero había escogido un lugar tan alejado del mar como este. El vietnamita que regentaba la licorería en la que compraba Bob explicaba que, cuando has sobrevivido a una travesía marítima en bote, huyes del agua salada lo que te queda de vida.

Con la llegada a Phillips y al sur de la ciudad de los refugiados de la guerra de Somalia, a principios de los noventa, muchos auguraron problemas. Habían leído sobre niños soldados traumatizados con fusiles Kalashnikov en una guerra financiada por el tráfico de drogas y, supongo, imaginaron que traerían esa carga consigo. Las cosas habían salido mejor de lo que los pesimistas preveían. Por supuesto,

algunos habían acabado en bandas de narcotráfico, pero no era un ambiente tan duro como el del norte, donde en los últimos seis años se había producido una media de diez tiroteos a la semana. Cada vez que preguntaban al alcalde, Kevin Patterson, por nuevos episodios violentos, respondía que la tasa de crímenes en Mineápolis era la más baja de la historia, lo que era cierto para los otros barrios de la ciudad. Pero aquí, en el norte, no había dejado de aumentar, en especial después de que Patterson recortara el presupuesto de la policía, lo que obligó a reducir la plantilla y establecer prioridades. No era difícil adivinar qué cuestiones y qué barrios debían priorizar según el alcalde, que residía en el exclusivo Dellwood.

Bob aparcó junto a un coche de la policía de Mineápolis, delante del portal de uno de los bloques, y se bajó. Un agente de piernas arqueadas y algo pasado de peso estaba apoyado en el capó, mientras que su compañero hablaba por la radio del coche.

—Detective Oz, de Homicidios —dijo Bob, y mostró su placa.

—Qué rapidez —comentó el agente.

—Estaba cerca. ¿Qué tenemos aquí, agente…?

—Heinz. La ambulancia y los técnicos vienen de camino.

—¿El cadáver?

Heinz se adelantó hasta la puerta del portal y abrió. Oz vio la sangre en la acera y el rastro en el interior. Seguía hasta el cadáver, que estaba boca arriba a treinta pies, más allá del ascensor y las escaleras.

—¿Por qué no habéis acordonado la zona?

—Porque tenemos testigos que afirman que estaba de pie en el exterior y que el tiro llegó desde lejos; nadie vio quién disparaba. Aquí no hay ninguna prueba que pueda perderse, detective.

—¿De veras?—dijo Bob mirando las marcas de arrastre en la sangre que iba desde la puerta hasta donde estaba el cadáver, y observó la sangre de los zapatos—. ¿Sabemos quién lo ha traído aquí?

—No.

—Exacto. Que tu colega deje la radio, y colocad la cinta allí fuera y dentro ya.

Heinz se esfumó. Bob bajó la vista hacia el cadáver. Tomó nota de que se había confundido: Bob Oz no era el único hombre de Mineápolis que llevaba un abrigo de cachemir amarillo mostaza. Solo el único sin agujero de bala. El hombre tenía una barba bien recortada que enmarcaba su boca y recorría la mandíbula hasta la sien. Las líneas estaban muy definidas y eran tan negras, probablemente teñidas, que era como si se las habían pintado. Llevaba piercings que parecían de oro en las cejas y las orejas.

Bob se puso en cuclillas, desabrochó el abrigo con cuidado y solo entonces se dio cuenta de lo obeso que era el hombre. El cuerpo pareció expandirse dentro de una estrecha camisa blanca empapada en sangre. Un discreto logo en el bolsillo del pecho informaba de que era de una exclusiva marca italiana.

Heinz regresó.

—Mi compañero se ocupa de acordonar la zona.

—Vale. ¿Puedes ayudarme a poner a este tipo de lado?

Heinz se puso en cuclillas con un gemido y agarró el cadáver por la cadera.

—Alguien de su departamento me comentó que la razón por la que hay tantos asesinatos en Jordan es que es un desierto gastronómico, solo hay un ultramarinos en condiciones.

—Pues vale —dijo Bob sin interés alguno y tiró del hombro del cadáver.

—Opinaba que había una relación entre el hambre y el nivel de agresividad —musitó Heinz—. No estoy de acuerdo. Si ves lo que pesa la gente aquí arriba, comprendes que el problema no está en la falta de alimentos.

—No me digas —dijo Bob inspeccionando la espalda del muerto. No había herida de salida.

—Es la grasa. La grasa nos hace peores personas, solo hay que fijarse en los que viven aquí.

—Ya está, podemos tumbarlo —dijo Bob.

—Son unos adictos esqueléticos o unos diabéticos obesos que morirán antes de cumplir los sesenta. Nadie trabaja y todo el mundo está enfermo. Por culpa de Obamacare, ahora usted, yo, nuestros hijos y nietos tendremos que pagar por estos parásitos.

El agente Heinz se levantó siseando y metió la barriga bajo el cinturón.

—¿Llevas un bolígrafo encima, Heinz?

Heinz le pasó uno con el logo del MPD, el Departamento de Policía de Mineápolis, se puso en cuclillas y observó con interés cómo Bob introducía la mitad del bolígrafo en la herida de entrada del pecho y lo dejaba allí, como si estuviera midiendo el nivel de aceite del motor de un coche. Bob rebuscó en su bolsillo algo cuadrado, descartó el preservativo, sacó una tarjeta con su cita de la clínica Guillaumes para el control de la ira y la sostuvo más o menos recta sobre el bolígrafo. Cerró un ojo y apuntó. Primero, a lo ancho del cuerpo, después a lo largo. Dibujó un largo trazo a ambos lados de la tarjeta.

—¿Qué hace? —preguntó Heinz.

—Intento hacerme una idea del ángulo del disparo.

Vio que Heinz movía la nariz y comprendió que había percibido el alcohol en su aliento. En ese momento el cuerpo que tenían debajo se movió.

—¡Joder! —gritó Heinz.

Bob se quedó mirando lo que ya no estaba tan seguro de que fuera un muerto. El pecho no se movía, pero cuando Bob puso tres dedos en la aorta notó un pulso débil.

—El cursillo de primeros auxilios —dijo Bob.

—¿Eh?

—¿Lo has hecho?

—Sí, claro…

—Pues empieza.

—Vale, vale. Pero ayúdeme a…

—No, no. —Bob se puso en pie—. Ese te va a ayudar. —Bob señaló con un movimiento de cabeza al colega de Heinz, que estaba en la puerta con el rollo de cinta en la mano—. Disfruta del boca a boca —dijo Bob al pasar por su lado.

—¿A dónde va usted?

—Yo soy detective de homicidios, así que, hasta que este no se acabe de morir, no pinto nada aquí.

Bob esquivó la sangre de la acera. Una decena de curiosos se habían reunido al otro lado de la cinta, que se extendía diez pies a cada lado del portal. Oyó sirenas a lo lejos. La ambulancia. Levantó la vista hacia los bloques de alrededor. Alzó la tarjeta con la cita y

apuntó, primero con una línea, después con la otra. Deslizó la mirada por el bloque de la izquierda de los dos que había enfrente. En el sexto piso localizó una ventana abierta. Había una estrecha abertura entre las cortinas negras, y solo allí se movía ligeramente la tela, como si las cortinas estuvieran pegadas a la pared. Bob Oz dio unos pasos atrás, separó las piernas, se colocó junto al charco de sangre y apuntó por las rayas dibujadas en la tarjeta una vez más. Sacó el teléfono y llamó. La respuesta llegó antes de que terminara de sonar el primer tono.

—SWAT.

—Vaya, ni que estuvierais esperando junto al teléfono.

—¿De qué se trata?

—Es su turno de jugar a los vaqueros, solo tenéis que ensillar el caballo.

Bob se frotó las manos y tuvo escalofríos allí de pie, frente al bloque 1, al contemplar al equipo de operaciones especiales, el SWAT, saltar de la furgoneta blindada. Eran doce hombres vestidos con uniformes verdes y cascos, chalecos antibalas negros y armas automáticas que parecían tan menudas y manejables que a Bob siempre le recordaban a las armas de juguete que él y sus amigos tuvieron de niños. El espectáculo era suyo, pero los espectadores que quedaban estaban ocultos tras las ventanas de los bloques. En las aceras y el aparcamiento no había nadie, incluso los curiosos agolpados ante la cinta del bloque 3 se habían ido después de que la ambulancia pasara y se fuera. Un chico solitario, encogido en su sudadera, pasó deprisa.

—Disculpa —dijo Bob—. ¿Hay algún sitio por aquí donde se pueda comprar algo de comer?

—Que te jodan. —El chaval ni levantó la vista ni redujo la velocidad.

Bob se encogió de hombros.

El responsable del equipo de los SWAT se acercó a Bob. Era compacto, caminaba como un veterano de Irak que está pendiente de las minas de tierra cada vez que planta un pie, inspeccionando el entorno con una mirada que nunca se posa más de dos segundos en ninguna parte. Encima del bolsillo de la chaqueta se leía SGT. O'ROURKE. Le pasó a Bob un chaleco antibalas donde rezaba POLICÍA en letras amarillas.

—¿Para qué lo quiero? —dijo Bob sin cogerlo.

—¿No vas a entrar?

—¿Necesitáis ayuda?

—No, pero…

—Pues haced vuestro trabajo. —Bob mandó a O'Rourke hacia la puerta con un movimiento de la mano—. Busca, Bonzo, busca.

El jefe de los SWAT miró incrédulo a Bob. Se dio media vuelta y volvió con sus hombres, negando con la cabeza. Ya se habían repartido y estaban junto a los accesos delantero y trasero del bloque. O'Rourke dio una instrucción sencilla por el micrófono de los auriculares. Fue como si hubiera encendido una aspiradora que absorbiera a los hombres por los portales.

Bob miró a su alrededor y golpeó los finos zapatos de cuero marrón contra el suelo para mejorar la circulación de los dedos de los pies. Intentó recordar qué hacía allí. No solo en Jordan, trabajando para la policía, sino en la vida. Le importaba todo una

mierda. A la mierda Alice, por cuya compañía había sacrificado una vida de deliciosa poligamia. Le importaba una mierda un intento fallido de asesinato en un vecindario sometido a la droga y las bandas, había dedicado su vida laboral a inmunizarse. Porque, cuando lo has tenido todo y lo has perdido, lo mandas todo a la mierda. Solo le quedaba una tumba con dos cifras demasiado próximas en el tiempo. Sí, le daba todo igual. Entonces ¿por qué no era capaz de mandarlo todo a la mierda?

Bob oyó que un coche paraba a su espalda, se dio la vuelta y vio bajarse a Kay Myers de un Ford idéntico al suyo. Llevaba colgada del cuello una identificación policial en la que se indicaba que era detective en la sección de Homicidios del MPD. Myers estaba al final de la treintena, con el cabello peinado a lo afro —Bob se había dado cuenta de que volvía a estar de moda, pero Myers se peinaba así desde siempre—, era menuda y delgada, y tenía la mejor marca de maratón de todo el MPD, con independencia del género. Aseguraba que no entrenaba, que se debería a un gen de corredora, pues había averiguado que su familia era originaria de Kenia. Era una de las dos únicas personas de la sección de Homicidios que Bob soportaba. Cuando su rostro estricto se permitía sonreír alguna rara vez, Bob se percataba de que era atractiva. Puesto que Kay Myers ni se comportaba, vestía, maquillaba o emitía señales de que quisiera nada más que un interés profesional por parte de sus colegas masculinos, la respetaban. También podría ser que su carácter valiente y su seguridad en sí misma asustaran a los hombres, al menos a aquellos que deseaban una pizca de sumisión femenina. Y esos eran, suponía Bob, la mayoría. No era de las que contaban

mucho de su vida, pero Bob creía que su dureza tenía que ver con su infancia en Englewood, Chicago.

—La víctima es un tal Marco Dante —gritó Kay Myers antes de haber cerrado siquiera la puerta del coche—. Detenido tres veces por venta ilegal de armas; no lograron condenarlo, vaya.

Bob esperó a que estuviera junto a él.

—¿Tráfico de armas?

—Sí. Es probable que sus armas se hayan llevado por delante más vidas en Mineápolis que todo el resto de las escopetas de caza de este estado juntas, así que perdona si no lloro por él. ¿Han…?

—Sí. Acaban de entrar. Sexto piso, allí, donde está la ventana abierta.

—¿Tenemos testigos que hayan visto que los disparos procedían de allí?

—Sí. Por desgracia no quiso dar su nombre ni sus datos de contacto y se largó.

—¿De veras? —Bob noto que Kay lo miraba de soslayo—. ¿Así que no estamos ante la famosa intuición de Bob Oz?

—La intuición de Bob Oz me dice que este testigo dice la verdad.

—¿Recuerdas el lío que tuvimos la última vez que te saltaste la orden de registro?

—No —dijo Bob y la miró con aire de auténtica sorpresa—. No me acuerdo para nada.

Kay Myers lanzó un bufido de advertencia.

—¿Dónde estabas esta mañana, Bob? O, mejor dicho, ¿en qué cama te has quedado dormido?

—No lo tengo claro, se había ido.

—¿Entiendes que no voy a poder seguir encubriéndote más tiempo?

—¿Más tiempo? ¿Acaso te he pedido yo en algún momento que lo hagas?

Esa era otra cuestión relativa a Kay Myers para la que no había obtenido respuesta: ¿por qué lo defendía? Era evidente que no le interesaba como hombre, porque, aunque Bob no solía estar al tanto de los cotilleos del trabajo, le había llegado uno de que era lesbiana. Y tampoco tenía interés en que fuera amigo suyo, no se habían tomado ni una cerveza juntos. Hay a quien le gustan los malotes, pero Kay Myers no parecía de esas. Así que solo restaba la peor alternativa. Sentía lástima por él.

Un destello asomó entre las cortinas negras de la ventana abierta, seguido de un estallido sordo cuyo eco reverberó entre los bloques. Una granada de asalto.

—¿No te sueles quedar a ver los fuegos artificiales? —dijo Kay. Bob negó con la cabeza—. ¿Sabes que en la sección se dice que Bob Oz es un cobarde?

—¿Porque no quiero jugar a policías y ladrones?

—Porque no vas armado, así siempre tienes una excusa para no involucrarte en situaciones peligrosas. He intentado decirles que se equivocan.

—Ah, no se equivocan, Kay. Sí soy un cobarde. —Bob señaló al líder de los SWAT con un movimiento de cabeza. Salía por la puerta escuchando y hablando por los auriculares—. Un detective de homicidios, cobarde y listo, con una esperanza de vida ocho años mayor que ese sobreentrenado adicto a la adrenalina de ahí.

O’Rourke se aproximó a ellos, ignoró con premeditación a Bob y se dirigió a Kay Myers.

—Despejado, me temo que el pájaro ha volado.

—Gracias —respondió Myers.

—De nada. Y si aparecen más malotes… —Miró a Bob y escupió en el suelo, delante de sus zapatos de cuero marrón—. Solo tienes que llamar a Bonzo.

Myers y Bob siguieron con la mirada a O’Rourke mientras iba hacia el coche.

—Vaya, vaya, Bob. Haces amigos allá donde vas —dijo Myers suspirando.

Se detuvieron ante la puerta abierta del apartamento del sexto piso. Bob vio que habían aplastado la cerradura, seguramente con uno de esos arietes pequeños que puede manejar una persona sola.

—Voy a hablar con los vecinos —dijo Myers.

—Bien.

Bob entró con cuidado. En un primer momento buscaría algo que pudiera servir para poner una alerta o conducir a una detención rápida, pero de manera instintiva fue pegado a la pared, para reducir el riesgo de estropear pruebas técnicas.

Lo primero que pensó fue que el piso le recordaba a otro igual de triste, tal vez el apartamento de una mujer solitaria donde una noche habían intentado consolarse mutuamente. Este piso tenía una sola habitación, con la cocina cerca de la puerta y un sofá cama que Bob supuso que debía colocarse bajo la ventana, pero que habían arrastrado al centro para la ocasión. Podrían haber sido los SWAT,

intentando asegurarse de que nadie se escondiera debajo, pero lo dudaba.

El agua goteaba del mantel rojo que cubría la única mesa de la estancia, sería obra de los SWAT. El propósito de lanzar granadas aturdidoras al interior de habitaciones donde puede haber gente a la que quieres neutralizar, pero no herir, es que el destello de luz es tan intenso que durante cinco segundos se queda cegada, y el estallido es tan sonoro que se queda sorda como mínimo otros cinco, además de que se altera el sentido del equilibrio. Con un poco de suerte, en esos segundos, a la persona la han lanzado al suelo y le han puesto unas esposas.

A veces sucedía —como concluyó Bob que había ocurrido con el mantel— que el calor incendiaba objetos fácilmente inflamables. Unos años atrás, un matrimonio de edad avanzada había fallecido intoxicado por el humo después de una redada antidroga en la que emplearon granadas aturdidoras. Habían pedido explicaciones al MPD, sobre todo porque toda la operación se basaba en informaciones que resultaron ser falsas. Algunos habían perdido el trabajo.

Bob maldijo por lo bajo y miró a su alrededor. Myers estaba en lo cierto, tenía pocos amigos, sobre todo en el MPD, y también poco margen de maniobra. Entonces ¿por qué hacía cosas como esta, llamar a los SWAT haciéndolos creer que disponía de una orden de registro? ¿Quería que lo echaran? ¿Era eso?

Bob se aproximó a la ventana. Las cortinas estaban sujetas a la pared con celo. A través de la abertura entre ellas vio las cintas que cortaban el acceso al bloque 3. Olisqueó una de las cortinas. Pólvora. Había una silla entre el sofá y la ventana, y Bob vio marcas

en el respaldo. Observó los ángulos, intentó imitar la postura del ejecutor, comprobar si había utilizado el respaldo de la silla como punto de apoyo, y llegó a la conclusión de que se había subido al sofá, probablemente de rodillas.

Se acercó a los armarios de la cocina, se puso un par de guantes de látex finos que siempre llevaba en el bolsillo interior y abrió la puerta. El contenido apenas le dijo que el inquilino se conformaba con poco y le gustaba la comida del sur de la frontera. Arroz, tortillas, botellas vacías de cerveza de maíz. En el frigorífico había una lata de judías pintas, un pimiento arrugado y una cebolla. Levantó del suelo un cubo de basura con tapa, lo colocó en la encimera y rebuscó deprisa en su interior. Papel de cocina, chapas de cerveza, un par de latas vacías, un cartón de zumo de naranja, una piel de plátano ennegrecida, dos botellas vacías de salsa de chile. Bob sacó lo que había en el fondo del cubo y lo acercó a la luz. Era una caja abierta con una etiqueta pegada. «Insulina. Tomas Gomez. Una inyección mañana y noche. Dr. Jakob Egeland». Bob miró dentro de la caja. Estaba claro que había contenido más inyecciones, pero ahora solo quedaba una y estaba usada. Abrió otra vez el frigorífico y comprobó todos los cajones para asegurarse de que no se le había pasado nada por alto.

Cuando iba a dejar el cubo de basura en su lugar, descubrió que algo asomaba entre la tarima del suelo. Con uno de los cuchillos del cajón de la cocina lo sacó y resultó ser la tarjeta de visita de un tal Mike Lunde, de Town Taxidermy. Por un instante, como si hubiera liquidado sus últimas neuronas, no cayó en la cuenta de lo que era la taxidermia. Después recordó un artículo que había leído en el *Star Tribune*, algo sobre un grupo de taxidermistas innovadores en

Mineápolis. Disecar. Conservaban animales muertos. Bob se metió la tarjeta en el bolsillo y se acercó a los armarios de la pared. Dentro había colgadas unas cuantas camisas y una sudadera. Detrás había unas cajas plegadas que le resultaron familiares. Eran de las que se usan en las mudanzas. Bob revisó los cajones. Tres pares de calzoncillos, algunas camisetas y calcetines. Iba a cerrar la puerta cuando vio algo negro detrás de las cajas de cartón, así que las apartó. Sacó lo que había apoyado en la pared del armario sin agarrar el asa de la funda alargada.

Era la funda de una escopeta.

La abrió. Estaba vacía.

En ese instante apareció Kay Myers en la puerta. Señaló el estuche con un movimiento de cabeza.

—¿Eso significa que hemos asaltado el lugar correcto?

—No he encontrado ningún arma ni munición, pero la gente no suele coleccionar fundas para armas —dijo Bob.

—Lo digo porque, si nos fiamos de los vecinos, no parece que el tal Tomas Gomez sea un tipo violento.

—¿El tal…? —Bob apoyó la funda en la pared y le hizo una foto con el teléfono.

—Sí, ese es el nombre que le proporcionó al arrendador, el señor… —Pasó las páginas del cuaderno—. Gregory Dupont. No encontramos a ningún Tomas Gomez en el registro con los datos que le proporcionó a Dupont: o el nombre es falso o es un inmigrante ilegal.

—¿Es que Dupont no lo comprobó?

—Dice que Gomez pagó tres meses de fianza en efectivo y que, siendo así, le daba igual si venía de Marte.

—Por supuesto. —Bob arrancó la etiqueta de la caja de insulina y se la metió en el bolsillo—. ¿Algo más?

Kay pasó la página.

—Los vecinos de derecha e izquierda no saben nada de él, salvo que era silencioso y muy callado. Ninguno de ellos ha intercambiado más de un «buenos días» con él. Los vecinos no han tenido motivo de queja, pero uno sospechaba que tenía un gato. No se permiten mascotas.

Bob soltó una risa.

—¿Trabajo?

—Si trabajaba, no saben en qué. Por aquí eso no se pregunta. Se iba por la mañana y regresaba por la tarde, así que podría ser. El vecino de la derecha cree que se relacionaba algo con la señora White, dos plantas más arriba.

—¿Hablamos con ella?

—Eso pensaba. Me han facilitado una descripción, voy a avisar al coche patrulla de la calle por si de repente le diera por volver.

—No lo hará —afirmó Bob y le mostró la inyección de insulina usada.

—¿Qué es eso?

—Insulina. Tiene diabetes. Necesita inyecciones como esta a diario, y hay que conservarlas en una nevera, pero aquí no quedan. Se las ha llevado a otro sitio.

La señora White los miró horrorizada sin quitar la cadena de seguridad. Por lo poco que podían ver, Bob calculó que tenía mínimo setenta años, medía 1,60, era negra y le gustaba el amarillo.

—¿Tomas? ¡Imposible!

—¿Podríamos entrar, señora White? —preguntó Kay.

La señora White descorrió la cadena de seguridad y abrió la puerta. Bob y Kay siguieron a la figura vestida de amarillo al interior del piso, que era algo más grande que el de Gomez. Al menos tenía una puerta, que Bob supuso que sería de un dormitorio.

—Me la regaló Tomas —dijo, y señaló una yuca que estaba en una maceta en un rincón del salón. Arrastró los pies hasta la cocina abierta—. ¿Un té?

—No, gracias, señora White, solo queremos hacerle unas preguntas.

—Vale, pero ya les digo de entrada que se equivocan. Tomas nunca dispararía a nadie.

—¿Por qué lo cree? —Bob miró a su alrededor. Era el apartamento de una mujer mayor y solitaria. Con objetos y fotografías familiares antiguas para recordar su existencia. Muebles bien cuidados pero pasados de moda, y una jaula con un canario cantor para hacerle compañía.

—Tomas me ayudaba mucho. Si había que hacer un recado o reparar algo en el piso, siempre estaba dispuesto.

—Una persona puede ser servicial y tender a disparar —dijo Bob.

Sabía que no podía quedarse mucho rato, puesto que ya notaba cómo se le iba acumulando la ira. No era tanto por la ingenua respuesta de la señora White como por el pájaro amarillo que permanecía estoico en su columpio y no paraba de emitir un canto de notas altas que se le clavaban en la cabeza, le taladraban los nervios despellejados y no tardarían en provocarle otro ataque de ira irracional. ¡Maldita Alice!

—¿Qué más puede contarnos de Tomas? —se apresuró a preguntar Kay.

—¿Qué más? —La señora White llenó dos tazas de té—. Bueno, la verdad es que es raro, porque nos vemos tanto que debería saber mucho. Pero la cosa es que Tomas no habla gran cosa. Y mucho menos de sí mismo.

—¿A qué se dedica? —quiso saber Bob.

—Trabajos sueltos. Arreglos, creo. Es un manitas. Y un artista.

—¿Qué clase de artista? —inquirió Kay.

—Una especie de escultor. Hizo algo que tengo ahí en el armario. ¿Quieren…?

—No, gracias —dijo Bob—. ¿Le ha dicho dónde y para quién trabaja?

La señora White adelantó el labio inferior, negó con la cabeza y le pasó la taza de té a Kay.

—Eso de que no contara gran cosa, ¿no se le ocurrió pensar que podría deberse a que tenía algo que ocultar?

Bob pasó por alto la mirada de advertencia de Kay. Pertenecía a la nueva escuela, cuya teoría de los interrogatorios era que las preguntas más abiertas obtenían respuestas más informativas. Bob era de la escuela antigua, que no tenía teoría alguna: te limitabas a preguntar lo que querías saber.

—No —dijo la señora White—. No creo que Tomas venda drogas, si es eso lo que pretende insinuar. Tomas es callado por naturaleza. Podría decirse que yo me ocupo de hablar. Cuando Tomas por fin abre la boca, se expresa como un maestro, sabe muchas palabras que yo desconozco. ¿Sabían que este solía ser un vecindario estupendo?

—¿Ah, sí? —dijo Kay.

—Sí, de verdad. Pero llegó la epidemia del crack en los ochenta. Porque fue una epidemia, una peste. Arrasó todo el país y nos vimos hundidos en el lodo de la noche a la mañana.

—Lo sé.

—¿De verdad?

—Crecí entre dos nidos de crack.

—Pues entonces sabe de lo que habla.

Bob volvió a mirar hacia el patio. Los técnicos de criminalística deberían haber llegado ya. Si no, les darían argumentos a quienes afirmaban que la policía se lo tomaba con más calma cuando se trataba de vecindarios de negros y latinos. Unos niños tiraban piedritas al coche patrulla y el agente salió a echarles la bronca, pero los críos se limitaron a alejarse entre risas.

—Ahora hay más tiroteos, armas y guerras entre bandas que nunca —comentó la señora White—. ¿Y qué hace el alcalde Patterson? Pues se lleva la policía de aquí, porque comprende que, desde que Minnesota prohibió las cárceles de gestión privada, a las autoridades les sale mucho más económico que la gente se mate a tiros que tener que encerrarlos. ¿O no?

Bob miró a Kay, y ella asintió de manera casi imperceptible para dar a entender que lo entendía.

—No sé exactamente qué opinan o piensan en la alcaldía, señora White —explicó Kay—. Volviendo a Tomas Gomez. ¿Cuándo lo vio por última vez?

—Ah, pues hace poco.

—¿Hace poco?

—Sí, justo después de que estallara ahí fuera.

Bob se volvió hacia ellas.

—¿Ahora, hace un ratito? Dijo algo sobre…

—¿De qué hablaron? —interrumpió Kay. Preguntas abiertas.

—Que yo recuerde no dijo ni una palabra. Pero vi que algo iba mal.

—¿Mal? —inquirió Kay.

—Sí, se había puesto gafas de sol y estaba muy pálido. Ahora que lo pienso, creo que me pareció que acababa de llorar. Tomas es muy sensible, ¿saben? No lo expresa, pero se nota; la gente tan sensible suele protegerse con el silencio. Por ejemplo, sé que se entristeció mucho cuando se murió su gato. Por eso le aconsejé que lo disecara. Como hice con Pippi.

Bob se volvió incrédulo al canario, que seguía igual de inmóvil y rígido en su palo. Ahora veía el altavoz microscópico que había bajo el columpio, junto al bebedero. La señora White se echó a reír y Bob comprendió que su expresión lo había delatado.

—El señor Lunde es un taxidermista de talento, pero creo que a veces puede ser demasiado detallista. Tomas tuvo que esperar mucho hasta que le devolvió su gato. ¿Alguna vez ha perdido algo tan querido como una mascota, señorita Myers? —Kay negó con la cabeza—. ¿Y usted, señor Oz?

Bob se limitó a mirarla. Pasó los dedos por el preservativo que llevaba en el bolsillo. El taladro empezó a sonar de nuevo. Tenía que salir de allí.

6

FANTASMAS. SEPTIEMBRE DE 2022

Hemos vuelto a Downtown. Le pido al taxista que espere y bajo. La ciudad ya se ha despertado y suena un pitido cuando el metro sale de la estación que está a mis espaldas. Ante mí hay una estatua del alcalde Hubert Humphrey, que también fue vicepresidente y candidato a la presidencia. Nuestro padre nos trajo aquí durante una de nuestras visitas a Estados Unidos y nos contó que el hombre del pedestal era medio noruego, que su madre, Ragnild Kristine Sannes, procedía del mismo lugar de Noruega que nuestra familia. Ella había sido una de doce hermanos y había huido de la pobreza en Noruega a Estados Unidos, donde dio a luz a un niño que en el futuro quedaría a unos pocos votos de ser el líder del país más poderoso del mundo. Mi padre nos explicó que esto era lo maravilloso de esta nación: que un hombre de origen humilde, como también lo era quien ganó las elecciones, Nixon, podía llegar a la cima.

Al volver a Oslo compré un mapa de América del Norte y lo colgué sobre la cama junto a los pósters de Elvis Presley y Marilyn Monroe. Más tarde comprendí que mi padre había mentido. Para empezar, todos los presidentes de los últimos cien años habían sido millonarios, con una sola excepción, y, en cuanto al sueño americano —la movilidad social—, había que bajar casi hasta el fondo de la

lista, por detrás de Lituania, Corea del Sur y Portugal, para encontrar a mis amados Estados Unidos.

Pero, por raro que parezca, fue como si la mentira de mi padre me convenciera aún más de que Estados Unidos es la nación de los hombres libres y valientes. Porque, aunque se pueden decir muchas cosas buenas de mi país natal, Noruega, es terriblemente aburrido. Solo tienes que comparar el ayuntamiento de Oslo con el que se alza tras la estatua de Humphrey. El de Oslo son un par de cajas de zapatos puestas de canto. Ladrillo rojo, ventanas pequeñas, podría ser una fábrica. El City Hall de Mineápolis, con sus agujas, ornamentos y enormes bloques de granito, irradia algo elevado, como una catedral o un fuerte. O el castillo de Disneyland. La idea original era que los costosos bloques de granito, de hasta veinte toneladas, solo se emplearan en los cimientos, y que el resto se construiría con ladrillos más económicos. Los ciudadanos de Mineápolis vieron lo majestuosos que eran los bloques de granito y, pasando por encima de los pedantes burócratas, lograron que todo el ayuntamiento se construyera con esa piedra, lo que, por supuesto, sobrepasó todas las previsiones de gasto. En mi opinión, ¡así es como deben hacerse las cosas!

Estoy aquí porque quiero observar con más detenimiento este edificio, que será tan importante para mi libro. Porque allí dentro, tras los bloques de granito, no solo está el despacho del alcalde, sino los juzgados, la sede de la policía e incluso los calabozos.

Y, en la quinta planta, la sección de Homicidios.

Con el fantasma del ayuntamiento.

Fue en la biblioteca de Oslo donde encontré un viejo panfleto de *true crime* sobre John Moshik y la primera y última ejecución pública

en el ayuntamiento en 1898. Moshik fue condenado por asesinar a un hombre para robarle catorce dólares. En la práctica, la ejecución por ahorcamiento no salió según lo previsto. Moshik tardó ocho minutos en morir. O, lo que es lo mismo, un minuto menos de lo que el policía Derek Chauvin presionó el cuello de George Floyd con la rodilla. Floyd había sido arrestado por comprar cigarrillos con un billete de veinte dólares falso. Según mi contacto del MPD, el fantasma de Moshik sigue recorriendo la planta de la sección de Homicidios. Los espíritus de Moshik y Floyd no son asunto mío. El fantasma que busco fue visto por una cámara de vigilancia seis años atrás, tras un tiroteo en Jordan. En aquel momento, nadie sabía que aquello solo era el principio. No sé si eso me convierte en una mala persona, pero pensarlo me produce un escalofrío placentero mientras contemplo la fachada del ayuntamiento. Las ventanas oscuras no me proporcionan respuesta alguna. Debo seguir llenando los espacios en blanco, dándoles texto a los personajes y luz a las escenas.

7

SECCIÓN DE HOMICIDIOS. OCTUBRE DE 2016

Bob Oz cruzó Government Plaza. Vio la estatua de Humphrey, que siempre le había recordado al cómico Bob Hope, y entró en el edificio del ayuntamiento. Sus pasos resonaron con eco mientras cruzaba el majestuoso vestíbulo con la escultura de Poseidón, pasaba el control de seguridad y llegaba hasta el ascensor, donde esperaban otras tres personas.

—Hola, Bob —dijo una de ellas.

Se dio la vuelta. Era una mujer vestida con el uniforme de batalla de las abogadas: traje de chaqueta y falda azul marino. Sonrió. Puede que tuviera unos treinta años, pero era difícil calcular la edad de una mujer asiática.

—Hola… —No recordaba su nombre—. ¿Ese café está bueno?

Ella miró con aire sorprendido su taza de Starbucks.

—Eh, normal. No supe nada más de ti.

¿Se llamaba Ellen? ¿O Helen? ¿Algo chino?

—Perdí tu número de teléfono, ¿sabes? —dijo Bob—. Tal vez…

—¿Tal vez?

Bob sonrió cuando se oyó la campanilla del ascensor y las puertas se abrieron.

—Tal vez me lo podrías mandar de nuevo.

Helen se echó a reír. Sí, era Helen. El enemigo, abogada de la defensa. Ropa interior color lila.

—¿Cómo? Tú tampoco me diste tu número. —Entró en el ascensor y se volvió hacia Bob, que seguía fuera. Levantó el índice con gesto interrogante.

Bob negó con la cabeza.

—Gracias, Helen. Voy hacia abajo.

Ella desplegó una amplia sonrisa, giró la mano y cambió el índice por el dedo corazón mientras las puertas se cerraban. Bob se pasó la mano por la corbata. Pues no era Helen. Pero estaba bastante seguro del color de su ropa interior.

Bob cogió el siguiente ascensor, subió a la quinta planta y salió a las nuevas oficinas de la sección de Homicidios. Hasta fechas recientes, el quinto piso había albergado a los detenidos en prisión provisional, y, a pesar de la reforma integral, los tabiques transparentes y el mobiliario en tonos claros, Bob no lograba quitarse de encima la sensación de estar en una cárcel. Tal vez fuera por la estrechez de las ventanas, que dejaban entrar muy poca luz, o de los despachos, que parecían celdas a ambos lados del espacio común. Pasó por delante del último cubículo, que aún estaba en obras, y que se decía que había sido la celda del fantasma del ayuntamiento. El pintor se giró hacia Bob. También parecía un fantasma, vestido de blanco, con gorra y una mascarilla también blanca que le cubría la boca y la nariz. De él solo se veían un par de ojos castaños. Bob interpretó que sonreía y le correspondió del mismo modo.

Bob fijó la vista en su puesto de trabajo, al fondo del espacio abierto, sin mirar ni a derecha ni a izquierda. Ya había sorteado casi

todos los obstáculos cuando, por supuesto, tropezó justo en el último.

—¡Aaa-ss!

El detective Olav Hanson pronunciaba el apellido de Bob soplando con fuerza y con tono descendente, de manera que sonaba a algo a medio camino entre un lamento y un pinchazo. Parece ser que Hanson había estado a una patada en la rodilla de jugar en la NFL y, aunque Bob Oz no le deseaba ni fama ni riqueza al gigante rubio, lo hubiera preferido antes que tener a ese cabrón en su vida. Hanson tenía cincuenta y tantos, y llevaba más años que nadie en la sección de Homicidios. Corrían rumores sobre por qué no había ascendido, pero para Bob no suponía misterio alguno. Olav Hanson era un inútil como investigador. Por desgracia, ese no era un motivo de despido válido en este estado. Por suerte, tampoco lo era ser un mierda.

—Walker te ha estado buscando —anunció Hanson, a un volumen suficiente para asegurarse de que todo el mundo lo oía—. Preséntate inmediatamente, Aaa-ss.

—Gracias, estoy en ello —dijo Bob sin detenerse.

—Inmediatamente quiere decir ya… —La voz de Hanson se perdió a sus espaldas.

Bob se dejó caer tras su escritorio. Por el caos de documentos amontonados, fotografías de escenarios de crímenes, hojas de cuadernos de notas arrancadas, envoltorios de chocolatinas y bolígrafos a medio masticar, podría parecer que Bob Oz estaba hasta arriba de trabajo. Al contrario. Desde su ruptura con Alice, Walker había apartado a Bob de un caso tras otro, hasta que no le quedó ninguno. Walker lo había justificado con lo que en su informe personal calificó de «comportamiento inestable», el psicólogo del

MPD llamaba «falta de control de la ira», y Walker describía como «una pausa hasta que Bob se recuperara». Mientras tanto le asignaban tareas que solían ser para los novatos de la sección, como recopilar datos para otros investigadores, verificar coartadas y tomar declaración a testigos de casos ajenos.

Bob comprobó en la web del MPD que la búsqueda de Tomas Gomez se había publicado tal como él la redactó. De momento no había dado resultados, o eso parecía. Encontró una nota en el bolsillo del abrigo y marcó el número en el teléfono rojo de sobremesa. Mientras esperaba que le contestaran miró la fotografía de Alice que aún tenía clavada en el biombo junto al calendario de final de temporada de los Vikings.

—Hola, Kari, aquí Bob. ¿Podrías ayudarme a localizar a un médico? Se llama Jakob Egeland, doctor en medicina. Gracias, Kari, eres un…, perdón, no se me ocurre un eufemismo lo bastante neutro. ¿Qué? ¿Yo, un dinosaurio? ¡Venga ya!

Bob colgó. Estiró las piernas y se llevó las manos a la nuca. Miró el reloj. La fotografía de Alice. Si llamaba desde el fijo a lo mejor lo cogería. ¡No, no, joder, no! Echó un vistazo a la web del *Star Tribune* y leyó que en Minnesota aumentaba el número de bisontes. Un artículo sobre la convención anual de la Asociación Nacional del Rifle, que este año iba a tener lugar en Mineápolis y se inauguraría dentro de cuatro días. Un resumen sobre el último partido de los Vikings, que acabó en victoria. De momento tenía buena pinta y Bob contaba con que defenderían su título como el mejor equipo de la NFL que nunca había ganado una Super Bowl. No encontró nada más que le interesara. Su mirada volvió al teléfono rojo.

No llamaría a Alice. No llames a Alice.

Sentía como si tuviera el cuerpo cubierto de hormigas. Miró el escritorio de su vecino, donde unas esposas hacían la función de pisapapeles. Tenía ganas de arrestar a alguien, a quien fuera, algo tendría que pasar para que no se volviera loco. Ahora se arrepentía de haber dejado de fumar cuando conoció a Alice. El día siguiente a que lo pusiera de patitas en la calle había comprado una cajetilla por primera vez en doce años, pero le supo a mierda. Hasta esto le había quitado. Le picaba el cuerpo por dentro, en lugares a los que era imposible llegar.

Bob se levantó con tanta brusquedad que la silla siguió deslizándose hacia la mesa vecina mientras él se alejaba con paso firme.

El comisario Brenton Walker estaba mirando por la ventana de su angosto despacho. El sol se reflejaba en las fachadas acristaladas de los rascacielos que los rodeaban en Downtown y hacían que el ayuntamiento pareciera un pequeño castillo de arena. Le gustaban tanto el despacho como las vistas, y los iba a echar de menos.

La puerta se abrió detrás de él.

—¿Jefe?

A Walker le caía bien Bob Oz, ese no era el problema. Y era un buen detective. Los había más listos, pero, cuando Oz se ponía a funcionar, nadie trabajaba más duro que él. Era como un tejón: si clavaba los dientes en algo, no lo soltaba. Para bien y para mal. Solía ser para bien. Ese último año, por desgracia, Oz le había dado a Walker más problemas que buenos resultados.

—No te mandé a Jordan porque quisiera encargarte el caso —dijo Walker—. Te envié porque todos los demás detectives estaban ocupados. Puesto que la víctima no ha fallecido, se trata de un asalto, no de un asesinato. Y ahora me llaman de la unidad correspondiente para decirme que has difundido una orden de búsqueda sin informarles.

Se giró un poco hacia Oz, que se había quedado pegado a la puerta, como si quisiera alejarse demasiado de la salida. Oz carraspeó y dijo:

—Pensé que era prioritario que saliera la orden de búsqueda, no qué sección la emitiera, jefe. Además, es más que probable que el tipo muera.

Walker no respondió, se limitó a balancearse sobre los talones en silencio. La verdad era que una pequeña parte de su ser deseaba que Marco Dante falleciera. No solo porque vendía armas a los jóvenes de Jordan para que pudieran matarse entre ellos con más eficiencia, sino porque la estadística de asesinatos resueltos en Mineápolis estaba bajando al cincuenta por ciento, y, aunque era una tendencia a nivel nacional, el director del MPD tendría que señalar algo o a alguien cuando llegara el momento de explicar las cifras. Si Dante moría, al menos sabían quién era el culpable y podrían sumarlo al lado positivo de la estadística. Walker intentó apartar ese pensamiento, sin éxito. ¿Significaba eso que el joven que se había alistado en la policía para contribuir a cambiar las cosas se estaba transformando en el ambicioso trepa que se había prometido no ser? La familia de Walker pertenecía a la clase obrera negra que se había tenido que mudar de Rondo, en la vecina ciudad de Saint Paul, cuando las autoridades decidieron que la autopista

pasara por ese tranquilo barrio. El padre de Walker había liderado las protestas, y algunos opinaban que Brenton Walker tenía algo de ese activismo en las venas, a pesar de que su carrera en la policía había sido intachable y libre de conflictos. Seguramente estaban en lo cierto y había heredado la postura reivindicativa de su padre ante las injusticias inherentes a la sociedad. Era difícil esconder la personalidad durante mucho tiempo, y el comisario, ancho de hombros y calvo, sabía que algunos en la sección lo llamaban «el socialista». Se lo había tomado como un honor. Pero ¿ahora?

—Vale —dijo Walker—. Date por informado de que el caso lo llevan los de Delitos Violentos.

—Es poco frecuente —dijo Bob.

—¿Perdón?

—El intento de asesinato. Disparar a alguien desde tu propio apartamento es como pedir que te cojan.

—¿Cuándo fue la última vez que tuviste que tratar con un asesino racional?

—Todo lo demás parece profesional. Es como si quisiera darnos una ventaja. Como si estuviera protegido.

—¿Protección? ¿De qué clase?

Bob se encogió de hombros.

—Solo hay dos clases. De las bandas o de…

Walker lanzó a Bob una mirada de advertencia. Sabía bien que, en su momento, Oz había pedido a Asuntos Internos que investigara el rumor de que había alguien en las filas de la policía a quien habían sobornado con dinero de la droga para que desviara la investigación de asesinatos de determinadas personas del ambiente de las bandas. Todos sabían que las fantasiosas historias sobre esa figura

—conocida como el Lechero—, eran tan auténticas y casi tan antiguas como las del fantasma del ayuntamiento. La filtración de que Bob Oz había hablado con Asuntos Internos por desgracia solo sirvió para reforzar la impresión de sus compañeros de que se estaba convirtiendo en un borracho paranoico y en un chivato potencial. Además, había escuchado el apodo que le habían puesto a Oz en la sección. Kentucky Fried. No muy imaginativo, pero la idea quedaba clara. Bob era un gallina que se negaba a llevar armas para poder mandar por delante a sus colegas en situaciones de peligro.

Walker suspiró.

—¿Cómo van las…, eh, consultas sobre gestión de la ira? ¿Vas?

—Sí, claro.

Walker supuso que Oz mentía.

—¿Estás mejorando?

—Pues no sabría decirle, jefe, estas cosas llevan tiempo.

Vuelto hacia la ventana, Walker asintió con la cabeza.

—Nos haces falta, ya lo sabes.

—Vale.

—Como eras antes —dijo Walker observando su reflejo.

—¿Algo más, jefe?

Walker suspiró.

—No.

—¿Qué me dices, Aaa-ss? —voceó Olav Hanson, y apartó la silla de su escritorio—. ¿Te han ascendido? ¿No? ¿Degradado? En ese caso tomo el café con tres terrones de azúcar.

Se oyó una risa tras el biombo del detective Joe Kjos, fiel seguidor y máquina de risas de Hanson.

Bob pasó por su lado incapaz de devolverles el insulto. Los aullidos de risa lo persiguieron hasta su mesa. Casi no había tenido tiempo de sentarse cuando sonó el teléfono. Era Kari.

—En Mineápolis no hay ningún doctor Jakob Egeland. Pero hay uno en Saint Paul. La dirección de su consulta es…

—Gracias, Kari, pero llama a Delitos Violentos, el caso es suyo.

—¿Ah, sí? ¿Con quién debo hablar allí?

—Buena pregunta. Dame la dirección, Kari, y ya hablaré yo con ellos.

Tomó nota en el cuaderno, colgó, cogió el auricular de nuevo y marco el número de Delitos Violentos. Mientras esperaba que contestaran oyó que Hanson gritaba algo y, después, la risa sincera y casi feliz de Kjos. Bob tomó aire. ¿Por qué demonios no contestaban? No creía que precisamente hoy fuera un día de múltiples asaltos. Más risas. Joder. Bob tenía ganas de romper algo, y se dio cuenta de que había levantado el auricular por encima de su cabeza. Lo bajó y contó despacio mientras repetía en su interior*:* «Piensa antes de hablar, piensa antes de actuar. Dite que puedes controlar tu ira». Eso era casi todo lo que había aprendido en las dos consultas para control de la ira a las que se había presentado. Repitió las palabras. Después devolvió el auricular a su lugar con infinito cuidado.

Exhaló.

Sonrió.

Se quedó inmóvil unos segundos.

Arrancó la hoja del cuaderno de notas y se lanzó hacia la puerta.

8

LOBO. OCTUBRE DE 2016

—Comprendo que deba respetar el secreto profesional, doctor Egeland, pero se trata de un posible asesinato.

—Por teléfono dijo «asesinato», detective Oz, y no «posible asesinato».

Egeland se colocó de nuevo las gafas recién limpias en la nariz. El policía que ocupaba la silla que tenía enfrente, la que solía estar reservada a sus pacientes, iba vestido de colores y cortes que Egeland asociaba antes a la mafia y a los proxenetas que a la policía: un abrigo casi naranja, una corbata de seda roja y zapatos marrones un punto demasiado elegantes y delicados para el otoño de Mineápolis. Egeland no había visto nada sospechoso en la identificación que le había mostrado el hombre, y costaba creer que alguien fuera a tomarse tantas molestias para hacerse con información sobre un diagnóstico de diabetes.

—Puesto que tiene la etiqueta de Gomez, ya sabe que padece diabetes —dijo Egeland—. En realidad, no necesita que yo se lo confirme.

—No, solo tengo dos dudas. La primera es si tiene alguna información sobre dónde podríamos encontrar a Gomez.

—Tengo su dirección de Jordan.

—¿Eso es todo? ¿No tiene un número de teléfono?

—No.

—De acuerdo. La otra cuestión es cuándo va a tener que renovar la receta.

—¿Qué quiere decir?

—En la caja había una jeringuilla usada. Se suelen guardar en la caja y luego tirarlas de una vez cuando se ha gastado la última. ¿Cierto?

—Supongo que sí.

—No sé si es la última caja, pero sé que, cuando se le acaben, se pondrá en contacto con su médico de cabecera, que es usted. ¿Podría acceder a su historial en el ordenador y ver cuándo necesitara reponerlas?

Egeland miró en silencio al detective Oz. No le gustaba. Tenía esa coraza de arrogancia de los hombres a los que no les importa que los odien.

—Las informaciones que llegan del hospital son pesimistas —afirmó el policía—. Borre «posible» y considérelo un asesinato.

Egeland lo pensó. Sopesó esa palabra contra su promesa de guardar el secreto profesional. Asesinato. Era la excepción, el lugar donde todas las consideraciones éticas se acababan. Suspiró y tecleó con la mirada fija en la pantalla del ordenador.

—Se le terminarán dentro de diez días.

—Entonces ¿vendrá aquí antes de esa fecha?

—No, lo más probable es que me llame, y yo mandaré la receta por correo electrónico a una farmacia próxima a donde él se encuentre.

Egeland contempló al detective Oz, que se inclinó hacia delante, dejó el cuaderno de notas sobre la mesa como si fuera suya y empezó a escribir.

—Escúcheme, Egeland. Cuando Gomez se ponga en contacto con usted, queremos que llame al MPD, a este número que le apunto aquí. Queremos que nos diga en qué farmacia va a recoger la insulina, y que no mande el correo hasta que estemos allí. ¿Comprendido?

Oz arrancó la hoja y la deslizó por la mesa.

Jakob Egeland estaba atónito.

—¿Quiere que colabore con la policía para que arresten a uno de mis pacientes? No comprende que…

—Doctor Egeland —lo interrumpió el policía—. Lo que quiero es que siga a su conciencia y contribuya a que Tomas Gomez no tenga la oportunidad de matar a más gente. Si esta consideración moral le resulta complicada, puedo volver con una orden judicial.

Egeland observó el número de teléfono del papel como si fuera una ecuación que se pudiera resolver.

—Lo haré —dijo por fin—. Pero me gustaría tener una orden judicial por escrito.

—Bien, no puedo asegurarle que tengamos tiempo de conseguirla antes de que Gomez se ponga en contacto con usted. ¿Puedo contar con su ayuda en cualquier caso?

Jakob Egeland asintió en silencio.

El detective Oz se metió la libreta en el bolsillo y se levantó.

—Es un hombre callado —dijo Egeland, bajito—. Pero despierto. Me sorprendí la primera vez que vino por lo mucho que entendía del latín médico. —Oz permaneció de pie—. Por eso me extrañé cuando,

al realizar la primera revisión médica bianual completa, se dejó el tórax al descubierto. Estaba lleno de tatuajes. Ya sabe… Tatuajes de bandas.

Oz se sentó de nuevo.

—¿Qué bandas?

—No estoy familiarizado con todas, pero en la espalda tenía tatuado «X-11».

Oz asintió despacio.

—«X-11». ¿Ha dicho que había más?

—Llevaba un lobo que creo haber visto en pintadas. Así que supuse que se trataba de una banda.

El policía tecleó en su teléfono, le dio la vuelta y le mostró a Egeland una foto de un lobo negro tatuado sobre una espalda desnuda.

—¿Un lobo como este?

—Sí, podría ser.

—¿Y teme que, si nos ayuda a atraparlo, su banda se vengará de usted?

Egeland levantó la vista sobresaltado.

—No. No se me había ocurrido… hasta ahora —dijo tragando saliva—. ¿Debería…?

—Para nada —dijo Oz y se puso de pie—. Nosotros también estamos obligados a preservar la confidencialidad. Nadie sabrá que he obtenido la información de usted.

—¿Nadie?

—Absolutamente nadie. —Oz esbozó una sonrisa—. Será mejor que vuelva a la ciudad que me corresponde, espero tener noticias suyas muy pronto. Buen día.

Eran las cinco y media y ya había empezado a oscurecer cuando Bob Oz recorrió los pasillos del Regency Hospital. Había sido un día aceptable. Por fin una jornada con algo de sentido. Había podido trabajar sin interferencias con el caso Gomez y, puesto que no había nadie más involucrado en la sección de Homicidios ni nadie que se preocupara por lo que hiciera, de momento había logrado pasar desapercibido en la sección de Delitos Violentos. Por fortuna siempre había mantenido buena relación con Kari, de Estafas. Asesoraba a Homicidios cuando era necesario y, como siempre, había resultado imprescindible. Bob llegó a la habitación 531 y le mostró su identificación al agente de la puerta.

—¿Ha venido alguien de Agresiones?

—No —respondió el policía—. Se acaba de despertar tras la operación.

—Vale —dijo Bob y entró.

El hombre obeso en la cama apartó su mirada adormilada de la pared y la posó en Bob.

—Marco Dante. —Bob acercó una silla a la cama y miró de reojo los aparatos a los que el gordo estaba conectado—. Vengo del MPD. Quiero que observes este dibujo.

Bob sostuvo el teléfono frente a Dante. Había descargado el retrato robot de la intranet del MPD. Era un rostro de rasgos latinos, ancho, con las cejas pobladas. Bob supuso que los de Delitos Violentos habían recurrido a la señora White para que ayudara al dibujante.

—Me pregunto: ¿qué tiene este hombre, Tomas Gomez, contra ti?

La mirada de Dante se deslizó desde la pantalla del teléfono de vuelta a la pared.

—No tengo ni idea de quién es. Ni de quién eres tú. —La voz sonaba rasposa, con un acento italiano que parecía tomado de *Los Soprano*.

Bob no había podido ver si el rostro de Dante mostraba señales de haber reconocido al hombre del dibujo. Tal vez no fuera un buen retrato, tal vez Dante mentía bien, o tal vez Dante y Gomez nunca se hubieran visto.

—Soy el hombre que te salvó la vida —dijo Bob. Dante lo observó con el ceño fruncido—. Boca a boca —explicó Bob.

Dante hizo una mueca.

—Mentira.

—No. Devolviste el desayuno. Había alguna clase de pasta. ¿Acierto?

Dante se limitó a pestañear con ambos ojos a modo de respuesta.

Bob aproximó más la silla. Podía presentarse alguien de Delitos Violentos en cualquier momento.

—Creo que hay una banda que te persigue, Dante. ¿Te has enemistado con alguno de ellos?

—No sé nada de bandas.

—¿No? ¿No has vendido armas a los X-11?

—No tengo ni idea de qué es X…

—Ahórramelo, Dante. Sabemos que les consigue armas baratas a cambio de vender tus pipas en su territorio.

Bob había llamado a la sección de armas del MPD, conocían a Marco Dante pero no habían podido confirmar ni descartar que tuviera conexión alguna con X-11.

—No sé de qué me hablas —dijo Dante y bostezó con ganas—. Soy propietario de un taller en Jordan y me dedico a arreglar coches. Jordan no está en terreno de la X-11, sino en Black Wolves. ¿No os sabéis el mapa de las bandas, detective?

—Que yo sepa, los X-11 operan donde les da la gana. Hablando de armas, ¿te suena esta?

Bob volvió a levantar el teléfono, esta vez con la funda para armas que se había llevado del apartamento de Gomez.

—No.

—Me extraña, porque los de la sección de armas me han explicado que es la funda de un M24. No soy ningún experto en el tema, pero hasta yo sé que es el típico rifle de francotirador. Un colega lo ha comprobado en el registro de armas y allí dice que hace poco compraste una.

—Entonces tal vez también dijera que he denunciado su robo.

—Sí. Deberías tener más cuidado con cómo guardas las armas. Has denunciado seis robos solo este año pasado. En total, doce rifles y dieciséis pistolas.

Una sonrisa de labios finos se abrió paso entre las delgadas franjas de pelo negro del rostro del vendedor de armas.

—¿Qué puedo decir? Vivo en una zona azotada por el crimen. Mientras el MPD no quiera patrullar por allí, apuesto a que los robos seguirán.

Bob asintió despacio.

—Sí, supongo que sí.

Oyó voces en el pasillo. Hora de largarse.

—Gracias por tu ayuda, Dante.

—De nada… ¿Cuál es tu nombre?

—Que te mejores —dijo Bob Oz, empujó la puerta y salió al pasillo.

—¡Hola, Bob!

Era Rooble Isaak. Bob conocía a Isaak de cuando era un novato en la sección de Homicidios. Rooble había llegado a Mineápolis desde Mogadiscio a los trece años, junto con una familia que mantenía a rajatabla las tradiciones somalíes. El padre se teñía la barba de color naranja, y la madre trabajaba en una de las tiendas de henna en el centro comercial somalí, en la esquina de la calle Veintinueve con Pillsbury. Rooble era uno de esos jóvenes y ambiciosos inmigrantes, ingenuos en su fe en la promesa del país de la igualdad de oportunidades para todos, y enérgicos en su afán de alcanzar el sueño de una vida mejor para ellos y para los suyos. Sin duda tenía bien merecido el puesto de investigador en Delitos Violentos que le ofrecieron tras dos años en Homicidios.

—Hola, Rooble.

—¿Qué haces aquí, Bob?

—Un asesinato. Tenemos un arma vinculada con Dante. ¿Supongo que estáis aquí por la agresión?

—Sí. —Rooble señaló a su colega con un movimiento de cabeza, un chico que se sonrojó al presentarse y cuyo nombre Bob olvidó al instante.

—Este es Bob Oz, el hombre que me enseñó todo lo que no sabía sobre investigación —le dijo Rooble al chaval, que intentó mostrar interés—. Una leyenda viva.

—Creo que aprendías más deprisa de lo que yo era capaz de enseñarte. —Bob miró el reloj.

—¿Cómo le va a Alice?

Bob se obligó a sonreír.

—A ella le va bien.

Rooble pareció extrañarse ante la respuesta.

—Hace mucho que no la veo. ¿No fue en la barbacoa con Homicidios, la que hicisteis en el jardín?

—Puede ser —dijo Bob e intentó dar a entender con su lenguaje corporal que no disponía de tiempo para esa costumbre local llamada «el largo adiós».

—Madre mía, la cantidad de chuletas que asamos —rio Rooble—. Hani y yo llevamos nuestra propia barbacoa, ¿te acuerdas?

—Sí. Oye, me tengo que ir. Recuerdos a Hani.

—Se los daré. Por cierto, está embarazada de nuevo.

—Uy, bien hecho. Nos vemos.

—Nos vemos. —Bob se quedó parado—. ¿Sí? —dijo Rooble.

—Oye, me acabo de acordar de que Hani estaba embarazada en aquella ocasión, que os fuisteis pronto y os dejasteis la barbacoa. La guardé en el sótano.

—Ah, perdona. Se me había olvidado por completo. ¿Quieres que vaya a buscarla?

—No, no. Os la acerco yo. Mañana.

Bob vio el gesto de sorpresa de Rooble.

—Gracias, Bob, no hace falta.

—Insisto.

Rooble frunció el ceño.

—Solo era una barbacoa barata, de las más sencillas. Ahora tenemos una de gas.

—Nunca se sabe cuándo puedes necesitar dos —dijo Bob con una gran sonrisa, se despidió con un gesto de la mano y se apresuró por

el pasillo.

9

LLANTO. OCTUBRE DE 2016

Me encontraba en un alto, tenía perspectiva. Pero no disponía de arma alguna, solo observaba.

Estaba tumbado en una cama viendo la televisión. Cambiaba entre los informativos de KSTP, WCCO y KARE e internet en el teléfono. No lo entendía. Comprendo que un asesinato en un almacén de armas de Jordan reciba menos cobertura que el de un ricachón importante en Dellwood, pero que ni siquiera se mencionara era extraño. Al fin y al cabo, Mineápolis no es Chicago, donde se producen dos o tres asesinatos al día. Cerré los ojos. Los tenía doloridos de mirar la pantalla. Los oídos, agotados del parloteo y de los brutales efectos sonoros de la publicidad para llamar la atención. Quería paz. Descanso. Oí que en alguna parte lloraba un niño. Sabía que aquí no había niños, que solo era ella.

Llegó. Una breve noticia en KARE. Y comprendí por qué no lo habían incluido entre los titulares. El presentador informaba de que esa mañana había habido un tiroteo en Jordan en el que la víctima había sido herida de gravedad en el abdomen delante de su casa. Herido, no asesinado. Una persona herida en un tiroteo es un hecho cotidiano en Mineápolis, apenas merece un reportaje. Las imágenes que ilustraban la noticia, de diez segundos de duración, ni siquiera

eran de los bloques de pisos, sino de algún lugar de Jordan un día nublado, y la única conexión era que se veía una cinta policial acotando una zona, reutilizadas de un reportaje anterior.

Gravemente herido.

No muerto.

Aún no.

Bob aparcó a cierta distancia de la casa que había compartido con Alice en una tranquila calle de Cooper. Caminó los pasos que había dado tantas veces. Pasó por delante de la hilera de casitas de la ladera, con escalones que subían a las terrazas y las puertas de entrada. Casas pequeñas, de clase media, con encanto. Cooper era considerado un barrio barato, pero, cuando Alice y él compraron un chalet independiente de tres habitaciones, les pareció una inversión importante; él, con un modesto salario de policía, y ella, como joven psicóloga que acababa de arriesgarse a montar su propia consulta. Necesitaban más espacio y querían vivir en el centro y no acabar en un barrio de las afueras, falto de personalidad. Puede que Cooper no fuera lujoso, pero era una zona segura y con carácter. Igual que Jesse Ventura, el gobernador que había sido luchador profesional y que se había criado por allí.

No era tan sabido que el barrio llevaba el nombre de James Fenimore Cooper, el autor de numerosas emocionantes novelas de indios. Bob había encontrado algunas en las estanterías de sus abuelos y, aunque sus descripciones eran bienintencionadas, transmitían la opinión de su época sobre los pueblos nativos norteamericanos. Tal vez por eso, el propietario medio de Cooper, de

perfil liberal, prefería olvidar de dónde había tomado su nombre. En cualquier caso, Cooper era un lugar en el que se podía vivir, respirar y formar una familia. Desde que compraron la vivienda, el precio se había doblado, como poco.

Bob se detuvo ante la casa. Vio las luces en las ventanas. Escuchó, intentando captar alguna risa. Se imaginó a los tres corriendo por el jardín; era verano y el agua de la manguera del jardín era una delicia sobre la piel y creaba su propio pequeño arcoíris. O era un día entre semana, después de un turno de noche, con la casa para él solo, sentado en la terraza y escuchando los sonidos de la Minnehaha Academy, un colegio cristiano donde nunca sucedía nada malo, y saludaba con un movimiento de cabeza al mensajero de FedEx, que dejaba un paquete ante la puerta del vecino del otro lado de la calle, un paquete que nadie robaría, algo que tenías que dar por descontado a solo dos minutos en coche hacia el oeste, en Phillips.

A veces tenía la impresión de que una de sus mayores preocupaciones eran las ardillas que roían los cables eléctricos del exterior de la casa. En una ocasión, cuando se fue la luz durante la retransmisión de la Super Bowl por televisión, dijo que quería coger la pistola del dormitorio y cargarse a esos roedores. Alice no se había reído de la broma, sino que lo miró con los ojos muy abiertos, como si no supiera qué creer.

En lugar de acercarse a la puerta principal, donde estaba el timbre, Bob subió los peldaños de la terraza. Alice le había dicho que no podía venir, pero una barbacoa exige ser devuelta. No, no había venido a discutir, sino para volver a poner las cosas en orden, para devolvérsela a su legítimo dueño. ¿Quién podía protestar por eso?

Fue sin hacer ruido hasta la puerta de la terraza, pero no llamó. Tomó aire y miró por la ventana del salón. La luz estaba encendida, el televisor también, la estancia estaba vacía. Contuvo la respiración. La ventana del dormitorio estaba abierta. El dormitorio de Bob y Alice. En un primer momento no supo si lo que oía era un eco de entonces, o si era real. Hasta que la voz ronca de Alice gimió el nombre del otro. Le zumbaba la cabeza. Debía largarse, pero era incapaz. Tenía que recoger una barbacoa que había que devolver. Levantó la mano para llamar. El zumbido aumentó hasta convertirse en un aullido. Golpear con fuerza y decir su nombre en voz alta, eso haría.

«Piensa antes de hablar, piensa antes de actuar».

Bob apretó el puño con tanta fuerza que parecía que la piel de sus nudillos se fuera a rasgar. Arriba estaban en silencio, como si estuvieran pendientes de los ruidos del exterior. Tembloroso, dejó escapar el aire de los pulmones y apoyó la frente en el cristal frío. Estuvo así un rato. Contó. Oyó pasos en la escalera. Bob se apartó del cristal y bajó de puntillas por los escalones. Al llegar a la calle se apresuró a levantarse el cuello del abrigo y volvió por donde había venido con paso rápido.

En el coche se quedó mirando a través del parabrisas.

Cogió el teléfono y revisó los contactos.

Anne. Aurora. Beatrice.

—¿Diga?

—Hola, Beatrice, soy Bob. ¡Cuánto tiempo!

—Dos meses.

—¿De veras? He pensado varias veces que debería llamarte y preguntarte si podíamos volver a vernos, pero es que he estado

liadísimo. Precisamente ahora estoy dando una vuelta en coche y da la casualidad de que me encuentro cerca de tu casa. ¿Te apetece una visita?

Pausa.

—¿Ahora?

—¿Sí?

—Esta noche no me viene bien. Tal vez otro día.

—Claro. En cualquier caso, me alegro de oír tu voz, Beatrice. Ya hablaremos.

—Puedo el martes de la semana que viene.

—Vale. Voy a ver cómo tengo ese día y te llamo.

—OK.

Colgaron. Bob cerró los ojos y golpeó el volante. Un hormigueo en el cuerpo, bajo la piel, pompas de jabón en la cabeza, un hervor, hervor. Joder. ¡Joder! Sonó el teléfono. Seguro que era B, que había cambiado de opinión. Pues no, era de la sección de Homicidios.

—¿Sí?

—Buenas tardes, Aaa-ss. Soy tu querido colega Hanson. ¿Estás muy lejos de la oficina?

—¿De qué se trata, Hanson?

—Tienes visita. Parece que es urgente e importante.

—¿Quién es y de qué se trata?

—Me parece que deberías venir a averiguarlo. Lo que te puedo adelantar es que lo que tiene que decir parece objetivo y cierto.

Bob miró el reloj. Las siete. La jornada laboral había llegado a su fin, podía irse a casa. A un apartamento que apestaba a soledad, ropa sucia, pañuelos de papel en los que se había masturbado y restos de pizza.

—Estoy en veinte minutos —dijo y giró la llave.

Me encontraba frente al mostrador del Regency Hospital. No sabía si era allí donde estaba ingresado, porque hay dos hospitales en Mineápolis a los que trasladan a heridos de bala. Resido en una ciudad que en este país no se considera especialmente violenta, pero cuenta con dos hospitales con especialistas en extraer balas y este era el más próximo a Jordan.

—Vengo a visitar a mi primo —dije—. No sé dónde está ingresado.

Deletreé el nombre de Marco Dante mientras la mujer del mostrador tecleaba en un ordenador. Vi cambiar la pantalla en el reflejo en sus gafas y cómo estudiaba un rato lo que había aparecido antes de responderme.

—No tenemos ingresado a ningún paciente con ese nombre —dijo.

Tanto la vaguedad de la respuesta como sus dudas antes de hablar me habían proporcionado la información que necesitaba. Era probable que hubiera saltado un aviso de que no debía dar dato alguno sobre Marco Dante. Lo que podía significar que tenía algún tipo de protección. Le di las gracias, dije que debían haberme informado mal del nombre del hospital y me marché. Pasé por delante de la puerta, me acerqué al ascensor y me coloqué entre gente que llevaba flores, con los hombros caídos y gesto de preocupación. No había ningún control para visitantes ni barreras, quizá porque se trataba de un hospital público y no tenían recursos para contratar seguridad. El caso es que nadie me pidió que me identificara ni que explicara qué provocaba aquella protuberancia bajo mi chaqueta. Me bajé y me volvía montar en un par de plantas,

miré por largos pasillos sin ver nada que pudiera servirme de indicio. Así que, cuando un hombre con pijama blanco de hospital y una tarjeta de identidad entró en el ascensor, le dije que debía entregarle las llaves del coche al agente de policía Smith, que estaba de guardia, pero que parecía que me habían informado mal de en qué planta se encontraba.

—Ah, debe de ser el que está sentado frente a la 531 —dijo el hombre y presionó el botón marcado con un cinco sin consultarme.

Me bajé en la quinta planta. Leí los números de las puertas según pasaba por ellas en el pasillo lleno de gente. Doblé la esquina hacia la derecha. Allí, en una silla pegada a la pared, había un policía uniformado. Miraba al frente, supongo que estaba pensando en algo. ¿Acaso no lo hacemos todos? Caminé más lento, esta zona estaba menos transitada. Mi plan era empezar por inspeccionar la zona y después ver cuándo podría atacar, en el momento en el que el guardia fuera al aseo o a buscar un café. Era un plan poco concreto, débil, implicaba improvisación, y no era lo que había previsto. Había creído que el plan principal, el grande, era tan seguro que no me haría falta improvisar, y que Dante ya estaría muerto.

En ese mismo instante comprendí que ese plan improvisado también estaba muerto, que debía retirarme. El policía se había dado la vuelta de repente y me miraba de frente. La cabeza inmóvil, el cuello estirado, como un ciervo que intuye o escucha un peligro. El riesgo de intentar acabar el ataque era demasiado grande. No es que tuviera miedo por mí, pero pondría en riesgo el gran plan. Continué avanzando, sentí que el policía me seguía con la mirada. Justo antes de pasar frente a él se abrió la puerta de la habitación y salieron dos hombres trajeados, uno de ellos era de una altura

excepcional, esbelto, que me recordó a un guerrero masái. Intercambiaron unas palabras con el guardia. Policías.

En los cruces de pasillos siguientes giré a la derecha, y pronto estuve de vuelta en el ascensor. Vi las espaldas de los dos policías que esperaban. Podía ir por las escaleras. Por supuesto que sí. En lugar de eso me coloqué detrás de ellos y esperé. Escuché.

—No me parece correcto —susurró el más bajito.

—¿El qué?

—Destinar recursos a investigar quién ha disparado a un hombre que vende armas a adolescentes.

—No te va a quedar más remedio que acostumbrarte —dijo el alto con un suspiro.

—Vale, pero espero que ese agujero en el estómago le escueza horriblemente.

Al llegar el ascensor, entramos.

Había un auxiliar con una niña en una silla de ruedas. Se me saltaron las lágrimas y, mientras descendíamos, me di cuenta de que el hombre alto y esbelto me estudiaba con detenimiento. Luego debió de caer en la cuenta de que no es raro que la gente esté a punto de echarse a llorar en un hospital.

Intenté no mirar a la niña de la silla de ruedas, pero ya me había fijado en el parecido. Se parecía a mi Anna.

10

SUSURRO. OCTUBRE DE 2016

Bob salió del ascensor y vio a tres hombres junto a la máquina de café nueva de la sección de Homicidios. Hanson, Joe Kjos y un novato cuyo nombre no recordaba.

—Ahí tenemos al mago —dijo Olav Hanson—. Se ve que al final no pudiste transportarte hasta aquí en veinte.

—Tráfico —dijo Bob por encima de la risa de Joe Kjos—. ¿Dónde está esa persona?

—Espera en tu mesa.

—Ah. ¿Quién le ha dejado pasar?

—Yo —dijo Hanson e intercambió una mirada con los otros dos. Había algo expectante en su media sonrisa que hizo que Bob se temiera lo peor.

—Es un asunto tan personal que creí que sería mejor que lo hablarais cara a cara.

—¿Ah, sí?

Bob se desabrochó el abrigo y pasó frente a ellos para adentrarse por la oficina desierta. Oyó risas por lo bajo y supo que lo seguían. Redujo la velocidad cuando la persona que estaba sentada ante su escritorio se dio la vuelta. Incluso sentado, Bob pudo ver que era enorme. Hanson se colocó al lado de Bob.

—Dice que te has follado a su mujer —susurró.

Bob tragó saliva.

—¿Ah? ¿Entonces es tu padre, Hands-on?

—Tienes labia, Aaa-ss, pero creo que estás asustado. ¿Quieres que llamemos a las fuerzas especiales de intervención?

Sonó una risa baja, un cacareo a su espalda. Bob sintió que volvía a zumbarle la cabeza. A toda prisa esta vez. Aceleró de nuevo. El hombre se levantó de la silla.

—Buenas noches, soy el detective Oz —dijo Bob, dio la vuelta a la mesa y se dejó caer en su silla. Levantó la vista hacia el hombre. Mejillas blandas, boca femenina. Tenía una cicatriz en una mejilla. Eso no significaba necesariamente que se peleara mucho, claro. Pero era grande, grande de verdad.

—¿No quiere sentarse, señor…?

—Me voy a quedar de pie. Mi nombre es Tony Stärk. —Al hombre le temblaba todo. La voz, los labios, el cuerpo entero—. Has violado a mi mujer.

Bob echó la cabeza hacia atrás para sostener la mirada del hombre.

—¿Violado? Vaya. ¿Lo habéis denunciado?

—Prácticamente una violación. —El hombre estaba tan enfadado que se aturullaba al hablar—. Seducido, convencido. No sé qué cojones de truco empleaste, pero mi esposa no es de las que hacen algo así voluntariamente. ¿Me oyes, pedazo de mierda? Vas a mantenerte alejado de ella o te aplastaré como a un…, un…

Mientras Tony se esforzaba por dar con la metáfora adecuada, Bob deslizó la mirada hacia sus tres colegas, que observaban a doce pies de distancia. Kjos reía entre dientes, el rostro de Hanson destilaba

satisfacción. El zumbido que se había instalado en su cabeza desde que había puesto un pie en la terraza no se había acallado del todo, y volvió a incrementarse. Había sido un día largo, muy largo.

—Piojo —dijo Bob Oz.

—¿Qué?

—Creo que la palabra que buscas es «piojo». Por lo demás, «pedazo de mierda» también me describe bastante bien, pero «cerdo» es aún mejor. Y es que soy un cerdo, y por eso no tengo ni idea de quién me hablas. Stärk no me dice nada, y tampoco se me dan muy bien los nombres de pila, así que ¿tal vez la puedes describir con más detalle? ¿Morena, rubia?

La boca con forma de corazón de Tony se quedó entreabierta.

—Rubia.

—Ajá. ¿Pechos grandes?

—Eh, sí.

El zumbido de la cabeza de Bob había alcanzado la velocidad de un ventilador grande puesto al máximo. Se reclinó en la silla, formó un cilindro con la mano y la movió de manera elocuente, arriba y abajo frente a su entrepierna.

—Sigue, Stärk, por favor, cuéntame más.

Oyó que Kjos dejaba de reírse y echó una mirada en dirección a sus colegas. Parecían conmocionados, incluso la cara de Hanson ya no era de gusto, sino de asco.

Bob miró a Tony. Vio cómo lo asimilaba, sabía que lo había arrastrado con él en su caída, en un delicioso y liberador ataque de ira. Tony dio un paso hacia Bob.

—Te lo advierto, Tony —dijo Bob con una voz tan serena que parecía estar dándole un bienintencionado consejo a un amigo—.

Vas a pasarte mucho tiempo sin ver a tus hijos. Agredir a un agente de policía se castiga con hasta tres años de prisión.

—No tenemos hijos —dijo Tony.

—Ah, pero tu mujer está embarazada —dijo Bob sonriente—. Te lo prometo. Estos nadadores… —Se señaló la entrepierna.

En el instante en que Tony se inclinó hacia delante y lanzó un golpe, Bob se impulsó con los pies para atrás. Las ruedas de la silla gimieron mientras Bob iba lanzado. Se detuvo contra la mesa vecina, pero Tony iba hacia él mostrando los dientes y con la mano derecha levantada para propinarle otro golpe. Bob agarró las esposas de encima del montón de papeles, de manera que uno de los arcos de metal le cubrieran los nudillos. Se puso de pie, vio venir el golpe y dobló las rodillas para que le diera en la frente y no en la cara, a la vez que echaba el cuerpo hacia atrás para quitar la mayor parte de la fuerza al golpe. Cuando el tronco de Bob se balanceó de nuevo al frente, también lanzó la mano derecha. Debido a la diferencia de altura, el impacto llegó desde abajo y se oyó un crujido cuando el acero pulverizó el tabique nasal de Tony, seguido de otro golpe con la misma mano que le dio en la boca abierta. El hombre se tambaleó.

—Los dientes —dijo antes de que Bob golpeara de nuevo. Y otra vez. La tormenta se había desatado en su cabeza. Una neblina de sangre y lluvia ácida.

Bob seguía golpeando cuando Hanson y los otros dos lo apartaron del cuerpo encogido e inmóvil. Vio que el hombre tenía el rostro cubierto de sangre, que manaba de todas las aberturas, pero eso no detuvo la tormenta de su cabeza; al contrario, ahora también hablaba y todo emergió en un largo y agudo grito:

—¡Si no eres capaz de conservar a tu mujer es culpa tuya, puto perdedor! ¡Eres un mierda, patético, no vales nada! ¡Ahórcate, no vengas aquí a echarnos la culpa a los demás! ¡Es culpa tuya, culpa tuya!

Volvía a estar tumbado en la cama.

Había cometido un error.

Dante estaba vivo. Le había dado en el estómago, había disparado demasiado bajo. ¿Cómo podía ser? Había tenido en cuenta el hecho de que me encontraba a más altura que mi objetivo. ¿Había algo en la física, algo del cálculo que no había comprendido? Porque, si era el caso, debía saberlo. Era importante, debía comprender esas cosas, si no, volvería a errar, y no tenía esa opción. Vale, tranquilo, el plan seguía encarrilado, solo debía espabilarme.

Cerré los ojos. Oí un llanto infantil. Era ella, Anna.

Las dos granadas de mano estaban debajo de la cama. No sabía por qué ese pensamiento me tranquilizaba. Tal vez fuera porque tenía la certeza de que, si no podía dormir, solo debía tirar de la anilla de una de ellas, soltarla y todo habría terminado. Empecé a notar cómo llegaban la calma y el sueño. En el instante en que iba a deslizarme hacia el olvido apareció de nuevo el otro pensamiento: que Marco Dante era como su Maserati metido en aquella cama de hospital. Estaba protegido y a salvo. Sentí una descarga de adrenalina, maldije en voz baja y me puse de lado. Intenté pensar en otra cosa, escuchar el llanto.

11

LIZA. OCTUBRE DE 2016

Liza Hummels sostuvo la puerta del bar Bernie's abierta mientras un estudiante ayudaba a otro a salir.

—¿Estás seguro de que podrás llevarlo a casa?

—Vivimos a la vuelta de la esquina —respondió el chico con voz de borracho.

Ella cerró la puerta y giró la llave en cuanto estuvieron fuera.

—¿Por qué no me has dejado echarlo? —preguntó Eddie, el otro camarero del Bernie's. Se turnaban para trabajar de día con la clientela de alcohólicos entrados en años, y por las noches, cuando llegaban los estudiantes, estaban los dos.

—Era su cumpleaños —dijo Liza.

—Todo el mundo tiene un cumpleaños —replicó Eddie.

—Sí, pero hoy ha sabido que ha suspendido el mismo examen por tercera vez.

Eddie negó con la cabeza y se abrochó la chaqueta.

—Te importaría…

—Hago yo la caja —se ofreció Liza.

Ambos sabían que ella se ocupaba de cuadrarla. Las pocas veces que Liza no había podido ir a trabajar porque su hijo estaba

enfermo, la caja no había cuadrado y se le había duplicado el trabajo. Aun así, Eddie solía preguntar antes de marcharse.

Cambió la habitual *playlist* interminable de grandes éxitos por «Calling In», de The Delines. Siempre la ponía al cerrar. Una vez le habían preguntado si era ella quien cantaba. Esa persona pensaba que Amy Boone y ella sonaban igual. Liza se balanceó de lado a lado mientras contaba el dinero. Bernie's no era Bernie's, no había ningún Bernie, solo tres hermanos que habían heredado un bar que no iba especialmente bien, la cuenta era sencilla. Los bares del entorno hacían reformas para resultar atractivos para los estudiantes, mientras que Bernie's apostaba por no invertir en mantenimiento, mantener los costes y los precios bajos. La combinación de un local gastado y una clientela cutre le había dado al lugar una imagen decadente, que alejaba a todos salvo a los que disponían de menos dinero. No es que fuera imposible ganar dinero con ellos, Liza tenía muy claro cómo Bernie's podía ser barato *y* atractivo, y contar con los estudiantes de espíritu algo más alternativo. Así vendrían también los formales y adinerados que siempre querían juntarse con los de perfil más artístico porque creían que de esa manera resultaban más atractivos. Era el mismo proceso que al principio atrajo a los bohemios a barrios como Uptown, porque los precios eran bajos, y tras ellos llegó la clase media. Los hermanos escuchaban a Liza cuando les presentaba sus ideas, pero se resistían a hacer las pequeñas inversiones que exigía un cambio como ese. Resultaba frustrante y, a veces, Liza pensaba que debería hacerles una oferta que no pudieran rechazar y ponerse al frente. Llevar sus planes a la práctica. Ganar algo de dinero por una vez en la vida. Comprar Bernie's barato y venderlo caro. Habría que sacarlo al

mercado bastante rápido, en cuanto llegaran los estudiantes acomodados. Cuando la clase media se mudó a Uptown, presionaron los precios y la calidad de las viviendas al alza, por lo que los bohemios tuvieron que irse. Lo mismo sucedería con Bernie's; el secreto estaba en vender antes de que los compradores comprendieran que Bernie's volvería a estar desfasado al cabo de un año o dos.

Bueno, era una idea entretenida los días que, como el de hoy, se hacían largos.

Liza marcó el número de su hermana.

—Hola, Jennifer. Enseguida acabo por aquí. ¿Está dormido?

—Como un angelito.

—¿Ha sobrado algo de cena?

—Está en el frigorífico. Date prisa, han vuelto a cambiar las rutas de los autobuses y el último de los míos sale justo antes de medianoche.

—Uy. Entonces tengo que coger uno más temprano desde aquí. Hasta ahora.

Liza se apresuró a guardar el efectivo en la caja fuerte y apagar todas las luces. Tendría que recoger al día siguiente. Se puso el anorak, conectó la alarma y echó a correr aunque sabía que iba a dolerle la cadera. Llegó a tiempo de ver el autobús salir de la parada y alejarse.

—¡Joder! —maldijo en voz alta y sacó el teléfono.

—Estoy de acuerdo —dijo una voz.

Levantó la vista.

Un hombre estaba apoyado en un Ford aparcado junto a la acera. Reconoció el abrigo antes que el resto.

—¿De acuerdo con qué?

—En que es una jodienda.

—¿El qué? —respondió sin mostrar interés mientras buscaba de nuevo el nombre de su hermana.

—Casi todo, supongo.

—¿Como perder el autobús, por ejemplo?

—No, en eso hemos tenido suerte.

—¿Ah, sí?

—Puedo llevarte a donde vayas.

Ella levantó la mirada del teléfono. Tenía un chichón en la frente, pero parecía más sobrio que antes.

—Gracias, pero no. ¿Qué haces aquí?

—Esperarte a ti.

Sintió que se despertaba en su interior un recuerdo, un viejo temor que nunca moría del todo.

—¿Por?

—Porque quería disculparme.

—¿Disculparte por qué?

—Por ser un capullo.

—No fuiste un capullo.

—¿No?

—Pagaste la cuenta y no te peleaste con nadie. Así no entras en mi lista de capullos.

Él sonrió.

—Vale, a lo mejor no, pero soy un capullo casi siempre, así que por lo menos te pido disculpas.

Liza se sorprendió al sentir que tanto sus palabras como su sonrisa resignada la tranquilizaban. Puede que no fuera lo que

llamaría un tipo atractivo, pero no estaba mal cuando sonreía. Encanto. Sí, tenía cierto encanto. Quizá también lo tuviera aquella mañana; cuando estaba detrás del mostrador apagaba el radar que le permitía detectar esas cosas.

—En cualquier caso —dijo apartándose del coche—, ¿puede un capullo hacer penitencia por sus pecados precisamente hoy llevándote, Liza?

Debió de notar que ella dudaba un poco, porque al instante siguiente abrió la puerta del lado del copiloto con un gesto de exagerada galantería.

Ella dejó escapar una risa.

—Después de la conversación que mantuvimos, ¿qué te hace creer que me atreveré a sentarme ahí?

—Tu intuición con respecto a la gente —dijo el hombre. Bob. Ella supo por qué recordaba el nombre. Porque era corto. Miró calle arriba y abajo. Ni un taxi a la vista; si esperaba al siguiente autobús, su hermana llegaría demasiado tarde al suyo. Sintió que un viejo temor le hablaba, pero bajito. Y había comprendido por la conversación que había oído por casualidad que era policía.

—Vale —respondió—. Nada de tonterías.

Él le mostró las palmas de las manos con una sonrisa y retrocedió sonriente hasta dar la vuelta al coche.

—¿Y ahora? —dijo después de que ella le diera su dirección y pasaran los primeros semáforos en dirección sur en un silencio extraño pero no incómodo.

—¿Ahora qué?

—¿Qué te preocupa?

—Creí que eras tú quien tenía algo que decirme.

—Hemos intercambiado los papeles, ahora soy tu chófer y tu *confidant.*

Ella sonrió.

—¿Y si no tengo ningún problema?

—Uy, te sobran los problemas, *milady*.

—¿Ah, sí? ¿Como cuáles?

—Eres una mujer valiente, pero te asustaste cuando te dije que te había estado esperando. En el bar caminas de un modo que disimula tu cojera, pero al correr no puedes. Es probable que te cueste comprometerte, te da miedo que te vuelvan a dejar. —Ella suspiró—. ¿Me equivoco? —insistió Bob, y ella se dio cuenta de que la miraba de reojo.

—No, estoy harta de los hombres que creen que un psicoanálisis superficial es el camino más corto al corazón de una mujer, y a sus bragas.

Continuaron en un silencio algo más agobiante que el anterior. Liza notó que tenía vendada la mano que sujetaba el volante.

—¿Siempre eres tan dura con tus pretendientes?

Liza suspiró otra vez.

—¿De eso se trata? ¿Estás ligando? En ese caso, ¿siempre acosas a tus víctimas?

Vio que este último comentario lo hacía saltar y se arrepintió. ¿Por qué no podía callarse? El tipo la iba a llevar a casa, su chica lo había dejado y solo buscaba un poco de consuelo. ¿Tan difícil le resultaba a ella, en especial a ella, comprender precisamente eso?

La radio sonaba bajita. La versión de Emmylou Harris del «Tougher Than The Rest», de Springsteen. Puede que de su *playlist* del teléfono. Vale, se había apuntado un tanto.

—Como quieras. El padre de mi hijo me dejó en la estacada. Contraje una enfermedad rara, una que carcome los huesos. Me quitaron parte de la cadera y nadie creyó que volvería a ponerme en pie. Le pareció demasiado tener que ocuparse de un recién nacido y de una minusválida, y se piró. Es comprensible.

—Pero ¿no se perdona y olvida?

Liza miró por la ventanilla. Esperaba que lloviera pronto. Siempre le había gustado la lluvia, no sabía por qué. Tal vez fuera por su sangre campesina. Tal vez porque depuraba. O, a lo mejor, le gustaba la lluvia, sin más.

—Y tienes razón, un acosador intentó violarme cuando tenía trece años. —Tomó aire—. Tres de tres aciertos. Enhorabuena.

Silencio. Solo Emmylou.

—¿Quieres contarme…?

—No —interrumpió ella.

—¿… algo más agradable?

El coche seguía avanzando.

Ella se echó a reír. La miró de soslayo y se rio también.

—Gente dañada —murmuró ella y él subió el volumen.

Otra mujer cantaba que había que dejar de quejarse y empezar a reírse. Después, Liza le contó un poco. No demasiado, ni la historia completa, solo algo de su infancia y de sus padres. Una típica familia blanca de clase media que en los años ochenta había mirado al futuro con optimismo para después irse todo al garete.

—Mi padre se quedó sin trabajo. Tuvimos que mudarnos a un barrio más barato, donde los vecinos no trabajaban, pero recibían subsidios por la misma cantidad que recibía mi padre por matarse a trabajar en lo que fuera. Me contó que había tenido que recurrir a lo que había ahorrado para que yo fuera a la universidad, porque yo era lista, ¿sabes? En lugar de eso, lo perdimos todo mientras los ricos se hacían cada vez más ricos. Y nadie parecía saber cómo ocurrió.

—Otros empezaron a fabricar coches que no solo eran más baratos, sino mejores que los nuestros.

—Puede ser. Mi padre dice que los que una vez fuimos la columna vertebral de este país hemos pasado a ser mierda, que ni tenemos suerte suficiente para hacernos ricos ni estamos lo suficientemente mal para vivir de las ayudas. Dice que va a votar a Donald Trump.

—¿Y tú?

Se encogió de hombros.

—Puede que votara a Trump si no me provocara arcadas. No es que me encante Hillary Clinton, pero a lo mejor ha llegado el momento de que una mujer tome el mando.

Aparcaron delante de su casa, a Liza el trayecto se le había hecho corto.

El policía se echó hacia delante y observó la vivienda.

—Parece acogedora.

—Salí con un tipo de Tennessee y me dijo que es lo que por su tierra llaman una *shotgun-shack*.

—¿Ah, sí?

—Una casa lo bastante pequeña como para disparar la carga completa de los dos cañones a la ventana del fondo desde la puerta.

—Me gustaría verlo.

—No pienso invitarte a pasar, si es lo que crees.

—No, no quería decir eso.

—Vale.

—¿No tenía lo que hace falta para quedarse?

—¿Quién? ¿El de Tennessee? —Se echó a reír—. Creo que fui yo quien dio marcha atrás. Creía en los ovnis y era terraplanista. Esa combinación se me hizo un pelín demasiado rara.

Se rieron.

—Gente dañada —dijo él con la sonrisa triste que ella sospechaba que utilizaba a propósito con las mujeres.

—¿Cómo te has hecho ese chichón en la frente?

Levantó la mano como si quisiera ocultarlo, del mismo modo que lo hacía instintivamente su hermana cuando Liza le preguntaba por el último arañazo o un ojo morado.

—Dejé que un tipo me pegara para poder darle una paliza —dijo Bob y la observó con atención, como si quisiera comprobar cómo se lo tomaba.

—Vale. ¿Cómo le fue?

—Creo que se lo llevaron al hospital. Si no me llegan a parar mis compañeros, me parece que lo hubiera matado.

—Vaya. ¿Qué había hecho?

—Quejarse de que me follara a su mujer.

Liza no respondió.

—Tengo problemas para controlar la ira —dijo Bob—. Y tengo… otro par de problemas además de ese.

—OK —dijo ella alargando las letras.

—Y ahora es cuando te pregunto si quieres que nos tomemos un café un día y tú deberías responderme que no.

—Entonces te digo que no.

Él asintió con un movimiento de cabeza.

—Chica lista. Que descanses.

—Tú también. —Abrió la puerta del coche. Iba a bajarse. Se detuvo—. Oye…

—¿Sí?

—No deberías intentar borrarla a base de follar. Me refiero a tu exmujer.

Él chasqueó la lengua como si analizara sus palabras.

—¿Estás segura de eso?

—Sí. Es un error arrastrar a otros por el sumidero contigo.

Comprendió que él iba a decir algo, tal vez gracioso. Entonces le dio la impresión de que le importunaba y su rostro cambió a una mueca dolorosa. Eso no era un truco que empleara para ligar, y sintió una repentina necesidad de acariciar el cardenal de su frente. Optó por bajarse del coche. Se inclinó y miró hacia el interior.

—Gracias por traerme, Bob.

—A ti. Nos vemos pronto.

—Vale. Pero no…

—¿No?

—Te decía en serio lo de no tomarnos ese café. ¿Vale? Nada de ligar.

Él sonrió con ganas.

—Te escucho, Liza.

Ella cerró la puerta y fue hacia la casa. Sabía que él la seguía con la mirada. Después oyó que el coche se alejaba.

12

HANSON. OCTUBRE DE 2016

Después de despedirse de Kjos, Olav Hanson cruzó el aparcamiento. Miró el reloj, un regalo de tiempos pasados. Ya se arrepentía de haber ido a tomarse esas tres cervezas. ¿O habían sido cuatro? Para empezar, se arriesgaba a que lo pararan, y un día iba a dar con algún agente joven y celoso de cumplir con su deber, que pasaría por alto que el hombre del coche fuese un colega. Era una nueva generación que no respetaba las antiguas normas. Además, Violet iba a gruñir. Las mujeres eran como perras: cuanto más pequeñas, más ruido hacían. Pero Violet era la razón por la que necesitaba esas horas para él después del trabajo, ya fuera en un bar o junto al río con una caña de pescar. ¿Cómo había acabado viviendo con ella? ¿No debería haber visto las señales de peligro cuando dijo que no quería a Sean —el hijo mayor de Olav, de su primer matrimonio— en casa? No había querido hacer caso de las explicaciones de Olav sobre las dificultades a las que se enfrentaba Sean, tenía que elegir entre ella o su hijo. Y ya. Había elegido y se había equivocado. Del mismo modo que había escogido a la mujer equivocada dos veces.

Tuvo que reírse un poco mientras caminaba. Malas elecciones, ¿acaso no era esa la historia de su vida? Con su punto de partida debería haberse comido el mundo. Si no fuera por una mala rodilla y

una mala elección hacía más de treinta años. Nunca lo cogieron, pero hubo rumores. Suficientes para que fuera más cómodo pasarle por alto la siguiente vez que hubiera una promoción.

Resultaba más oportuno impulsar la carrera de alguien como Kay Myers. Mujer, negra, seguro que también lesbiana. De esa manera, los jefes marcaban todos los casilleros de la diversidad. Diversidad, ¡no te jode!, ahora eran los hombres blancos heterosexuales los que tenían que trabajar el doble para conseguir lo mismo. Aun así, no era eso lo que había metido palos en las ruedas de Olav Hanson: había sido él mismo. Todo por un momento de debilidad, una mala decisión, treinta años atrás.

¿Se había arrepentido? Por supuesto que se había arrepentido, pero cuando has abierto la caja de Pandora… Cierto que había saltado antes de que el tren descarrilara. Hubo días en los que también se arrepintió de eso, de no haberse ido a pique con clase. El arrepentimiento cotidiano, la humillación de ser sospechoso y la amargura lo habían consumido, habían encogido al gigante que un día fue, lo habían convertido en un hombre que hasta una boba como su mujer se creía con derecho a insultar.

Olav sacó las llaves del Ford Mustang. No es que fueran a ayudarlo a encontrar el coche, que era tan viejo que tenías que meter la llave en la cerradura de la puerta y en el encendido. Había sido un coche espléndido cuando lo compró al contado, podía invitar a cenas y vacaciones, y Violet pensaba que era todo un hombre.

Una figura apareció entre dos coches.

Die Man.

Fue el primer pensamiento intuitivo al ver la capucha de la sudadera. En sus tiempos de patrulla, una capucha levantada era

motivo suficiente para parar a un individuo, y un número sorprendente de veces el resultado eran hallazgos de armas ilegales, drogas o gente en busca y captura. Olav empezó a dudar de que se tratara de Die Man al ver un destello de luz en un cuchillo. Comprendió que, por fortuna, se equivocaba al oír la voz temblorosa:

—¡Dame el dinero!

Era la voz de un chaval y estaba tan lejos de Olav que debía avanzar al menos dos pasos para que pudiera usar la navaja. Die Man nunca hubiera enviado a un aficionado temeroso y sin arma de fuego.

—Tranquilo, tengo la cartera aquí —dijo Olav, e introdujo la mano bajo la chaqueta. El chico no protestó. Olav sacó su SIG Sauer P320 de la funda que llevaba en el sobaco y apuntó—. No te muevas o te mato —dijo Olav tranquilo, pero vocalizando mucho. En su experiencia, el sencillo y claro «te mato» surtía mucho más efecto en estas situaciones que una forma de expresión que destilaba testosterona como «volarte los sesos» u otros circunloquios.

El tipo dio un respingo. El instinto de huida. El de lucha ya se había esfumado.

No se movió de allí. Había ganado la alternativa de quedarse petrificado.

Sin duda un aficionado, un profesional sabe que las probabilidades de que alguien se arriesgue a disparar por la espalda a un atracador que huye y solo va armado con un cuchillo son mínimas.

—Soy policía —dijo Olav y apartó la chaqueta con la mano libre para que pudiera ver la placa identificativa que llevaba sujeta al

cinturón—. Suelta el cuchillo y levanta los brazos al aire. Rápido, porque sigo teniendo bastantes ganas de matarte.

El chico hizo lo que Olav le ordenaba, y Olav sintió algo que hacía muchos años que no experimentaba. Una mezcla de excitación y calma. De control en una situación crítica. De dominio. Esto era lo que se le daba bien, tanto en el campo de juego como al patrullar durante sus primeros años como investigador. Tal vez demasiado bien. Había empezado a creer que podía controlarlo todo.

El cuchillo tintineó contra el asfalto cuando el chico levantó los brazos y se le bajó la capucha. Olav casi dio un respingo. No solo porque el chaval fuera tan joven, sino porque por un instante le recordó a Sean. Era más joven y negro, pero no por eso dejó de pensar que podría haber sido Sean quien estuviera en su lugar. Que solo podía albergar la esperanza de que no hubiera tomado ya la decisión equivocada que había impulsado aquella noche a ese chaval. Le temblaba el labio inferior, como si ese desenlace, una derrota, no le sorprendiera. ¿Cuántos años tendría? ¿Dieciséis, diecisiete? Él solo en un mundo de bandas, equipado con un cuchillo en un entorno de armas de fuego, inexperto en un barrio en el que chavales de catorce años ya llevaban a su espalda tres o cuatro tiroteos. No sería el primer delito que cometía, tal vez fuera el primer atraco, daba esa sensación. El paso decisivo a un ambiente que no era el suyo, que cerraría cualquier puerta para él sin remedio. La mala decisión a la que volvería durante toda su vida. Tal vez no fuera un momento clave, pero no era imposible.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Olav. El chico dejó de observar la pistola y lo miró a la cara en silencio—. Me vale con el nombre de pila.

El chico tragó saliva.

—Elliot —dijo con el llanto en la garganta.

—Vale, escúchame, Elliot. ¿Para qué necesitas el dinero?

—¿Necesitar?

—¿Para drogas o para tu madre enferma?

—Para zapatillas.

—¿Zapatos?

—Unas Nike nuevas.

Olav suspiró desesperado, pero no sorprendido.

—¿Cuánto cuestan?

—¿Costar?

—Aproximadamente.

—Son 241 dólares.

—Vale —dijo Olav. Sacó la cartera y se preguntó si estaba a punto de tomar otra mala decisión. Bajó la pistola y contó los billetes—. Aquí tienes 200, no llevo más. ¿Será suficiente para…? —El chico asintió dubitativo, como si se preguntara qué clase de trampa quería tenderle—. Solo quiero que me prometas… O, no, vas a prometerte una cosa a ti mismo. Que este fue el error del que te salvaste. Como un *mulligan* en el golf, ¿comprendes? La oportunidad de lanzar una segunda bola sin penalización. —Olav vio que el chaval no le entendía. Le tendió el dinero—. Cómprate esos zapatos, Elliot. Cada vez que te ates los cordones, vas a pensar que los tienes para salir huyendo de la vida que te persigue. Ojalá ganes, muchacho.

Elliot agarró los billetes y al segundo siguiente había desaparecido en la oscuridad.

Olav se quedó allí de pie, sintió que le faltaba el aliento y comprendió que tenía el pulso más acelerado de lo que pensaba.

Sabía que no podría contárselo a Violet. No lo entendería, diría que había tirado el dinero, sí, que había recompensado a un delincuente por serlo. Olav tampoco le podía explicar que había tenido en mente a Sean, que había pensado que tal vez el mundo recompensaría su gesto dándole a su hijo otra oportunidad. Ella se moriría de risa y Olav odiaba, ¡odiaba!, aquella risa.

13

RADICA 20Q. OCTUBRE DE 2016

Bob conducía sin rumbo. Apagó la *playlist*. Estaba hartísimo de ella, se había repetido, como él mismo, demasiadas veces. La radio estaba sintonizada en una emisora de rock duro y el vocalista iba vomitando los habituales clichés agresivos e insustanciales. Esta vez trataba de un tipo al que su chica había dejado. Conduce por una carretera, está salido como un perro y prenderá fuego a una casa si se interpone en su camino, tiene a la mujer agarrada por el cuello y le ha aplastado la cara.

«Este era Ted Nugent y "Strangehold" —dijo el locutor de radio con la obligatoria voz ronca del heavy—. Y alegraos, gente, porque dentro de cuatro días empieza la conferencia anual de la Asociación Nacional del Rifle (NRA) aquí, en nuestra Mineápolis, y ¡Nugent estará allí!».

«Junto con otros ochenta mil —dijo su colocutor—. Me parece muy generoso por parte de la NRA traer aquí su congreso si pensamos en lo estrictas que son nuestras leyes con respecto a las armas, ¡en otros estados puedes comprarte una metralleta!».

Risas.

«Veo en el programa que habrá seminarios, reuniones, exhibiciones de tiro y exposición de armas. ¿Qué me dices, Phil,

crees que Kevin Patterson se hará cargo de la exhibición?».

«Espero que no, Otis. El sábado, nuestro querido alcalde Kevin Patterson en persona inaugurará el congreso en el U.S. Bank Stadium. Si quieres hacerte con una entrada, te recomendamos que…».

Bob apagó la radio. Tomó aire. Y tuvo una idea: si pisaba el acelerador a fondo ahora mismo y esperaba a ponerse a cien kilómetros por hora antes de cerrar los ojos, no tendría que enfrentarse a otro día. Descartó la idea, pero se sintió conmocionado. Por supuesto que no era la primera vez que la posibilidad de quitarse la vida cruzaba su mente, pero era la primera que no sintió miedo de inmediato, casi le había resultado tentador. Vale, al menos se había asustado de no asustarse. Se enderezó. Tenía que pensar en algo. La mujer del bar llevaba razón. Debía cambiar de estrategia.

Bob alargó la mano y encendió la radio de nuevo.

Intentó concentrarse. Tomas Gomez. El piso. ¿Por qué volvía a su mente el apartamento? ¿Era algo que había visto, en lo que su subconsciente se había fijado, que no lograba sacar a la superficie? Lo revisó punto por punto. El sofá. Los armarios. La jeringuilla. El baño. El gato. Los vecinos. No, no era eso. ¿Sería el olor? ¿La decoración? No, tampoco era eso, tenía que ver con… la impresión general. O el vacío. Le recordaba a algo. ¿A qué?

Era más de la una cuando Bob recorrió despacio las calles nocturnas y silenciosas de Phillips. Pasó por delante de pequeñas viviendas de una sola altura. Algunas eran ruinas, con las ventanas tapiadas, pero

también había casas bien mantenidas tras vallas blancas de madera recién pintadas y carteles que rezaban NOS PREOCUPAMOS. Los agentes inmobiliarios que intentaban vender a gente de fuera solían informar de que Phillips estaba próximo al centro, contaba con varios parques y era uno de los vecindarios con mayor variedad étnica de la ciudad, con inmigrantes de todo el mundo. No decían que Phillips era el barrio más pobre y con mayor tasa de criminalidad, con enfrentamientos entre bandas, y que, al caer la tarde, los parques eran auténticas ratoneras; que en Bloomington Avenue —donde los camellos ocupaban una de cada dos esquinas—, los vecinos solían recoger las jeringuillas antes de pasar el cortacésped. Bob pasaba por delante de un grupo de traficantes en ese momento, en Bloomington con la calle Veintinueve. Un trébol étnico, como un anuncio de Benetton, un negro, un blanco y un moreno, el agente inmobiliario no mentía. Los tres lo siguieron con la mirada. Dos de ellos eran adolescentes, pero el tercero, un latino con sombrero *pork-pie*, parecía tener cerca de treinta. En el muro, por encima de sus cabezas, una pintada de «X-11».

Bob aparcó el coche junto a la acera. Se bajó e inhaló el aire intenso y consolador de la noche. Entró por la verja de una casa de ladrillo de dos plantas, que estaba metida a presión entre pequeñas viviendas de una sola altura, abrió la puerta del apartamento de dos habitaciones que tenía alquilado e intentó ignorar el olor a grasa rancia que ya estaba cuando se mudó. Colgó el abrigo y la chaqueta detrás de la puerta sin encender la luz. Llevaba poco tiempo viviendo allí, y sus oídos no habían aprendido aún a ignorar el ruido habitual que esa noche procedía tanto del piso de encima como del vecino. Bronca arriba, hiphop con un bajo vibrante a la izquierda. En

el cuarto de baño, el jaleo de los vecinos se oía aún mejor, eran las tuberías las que transportaban el sonido. Se lavó la cara con agua fría y se observó el chichón de la frente mientras se limpiaba los dientes. La protuberancia ya había adquirido un tono azulado, y a lo largo de la noche el color se haría más visible. Abrió el armarito con la puerta de espejo. Sacó el blíster de pastillas de color rosa. Estaba sin empezar y vio por la fecha que no había tomado ninguna desde julio. Lo sopesó en la mano. Dudó. Después lo volvió a dejar en su sitio, regresó al dormitorio y se tumbó en la cama en la oscuridad. Cogió una bola de plástico del tamaño de una pelota de béisbol del estante de la pared. Era un juguete electrónico para niños, una Radica 20Q. Si pensabas en algo concreto y contestabas sí o no a las veinte preguntas que te formulaba en su pequeña pantalla, adivinaba lo que pensabas en nueve de cada diez intentos. En el caso de Bob eran diez de diez, porque siempre se trataba de la misma palabra: «exnovia». Decidió pensar en otra cosa y eligió «suicidio». Radica 20Q se rindió al cabo de veinte preguntas. Bob sospechaba que habían excluido ese término del software.

Escuchó los ruidos de Phillips. Risas en la calle, un grito de enfado, cristales que se rompían, un coche que hacía sonar el motor. Los vecinos que nunca se oían durante el día. Entre la discusión de los adultos oyó el llanto de una niña. Era un sonido débil, pero a la vez lo bastante claro como para ahogar todos los demás. Sí, quería largarse, escapar de esa vida, de Bob Oz. ¿Iba a proporcionarles esa satisfacción? Aún no. Cambiaría de estrategia. Cambiar de canal. Cambiar el foco, el nombre, el calendario, a sí mismo, cambiar de vida. Más que cambiar el futuro, deseaba modificar el pasado. No

mucho, solo una cosa. Porque el pasado lo es todo. ¿No había escrito alguien esa frase?

Se desabrochó la camisa y, al quitarse los pantalones, notó algo en el bolsillo y lo sacó. Una tarjeta de visita. Mike Lunde, taxidermista. Disecador. Recordó el canario. ¿Qué clase de gente diseca sus mascotas?

Bob Oz cerró los ojos, inhaló profundamente y se preparó para otra noche de insomnio. Allí tumbado por fin ascendió a la superficie. Lo que le había recordado el apartamento de Tomas Gomez. Era esto. Su propio piso. Lo habitaba el mismo vacío.

14

DOWNTOWN. SEPTIEMBRE DE 2022

Tengo el rostro pegado al cristal y miro detenidamente el interior de Town Taxidermy. En la tienda a oscuras distingo un gran oso a dos patas y un ciervo con una cornamenta impresionante. La tienda no abrirá hasta dentro de una hora, pero mi cita con el dueño ni siquiera es hoy, solo quiero echar un vistazo ya que pasamos por delante.

Caigo en la cuenta de que es una profesión extraña la de recrear algo que ha existido. Es decir, cuando hace unos meses hablé con el taxidermista que lleva el negocio, me dijo que disecar animales no es recrear, sino crear. Que no es una verdadera reproducción, sino una ficción. Algo que cuenta una historia puesta en un contexto, de manera que se pueda sentir, y que por eso puede ser más real que los fríos datos aislados.

Ahí fue cuando me di cuenta de que eso es lo que hago con este libro que escribo. Soy un taxidermista.

15

TAXIDERMIA. OCTUBRE DE 2016

A las nueve de la mañana, Bob se encontraba en una estrecha calle en Downtown. Levantó la vista hacia el letrero de la tienda.

TOWN TAXIDERMY.

En el escaparate había un oso pardo sobre dos patas y, a su alrededor, como si fuera su corte, una selección de aves y roedores que Bob supuso que pertenecían a la fauna local.

Al entrar sonó una campanilla sobre la puerta, pero, cuando paró y la puerta se cerró a su espalda, se dio cuenta del silencio que reinaba. Era más silencioso que la ausencia de sonidos. Silencioso como una tumba, pensó, y observó los cadáveres callados de los animales. Un ciervo, un lince. Un glotón que enseñaba los dientes, varios pájaros. Eran, por lo que él era capaz de ver, réplicas perfectas de seres que una vez tuvieron vida. Se detuvo ante cada uno de ellos. Parecían muy expresivos. Como si todos tuvieran una historia que contar. Muy diferentes de los cadáveres a los que estaba acostumbrado. Las víctimas de asesinatos tal vez expresaban miedo o dolor, pero, por lo demás, escondían más de lo que mostraban, guardaban secretos, y su trabajo consistía en arrebatárselos. Bob se quedó ante un búho que le devolvió la mirada con tranquilidad. Y se

dio cuenta de que ese silencio no era para nada agobiante, sino que era… pacífico. Liberador. Como un bálsamo para el oído y el espíritu.

—Buenos días. —Un hombre sonriente, con una orla de cabello que rodeaba una coronilla calva, salió de un pasillo mientras se quitaba un par de guantes de látex—. Perdona la espera, estaba en mitad de un tema complicado en el taller.

—No pasa nada —dijo Bob—. ¿Mike Lunde?

—Así es.

Bob le mostró su identificación policial.

—Debo decir que ha reaccionado usted muy rápido, detective… —Se inclinó y leyó en voz alta—: ¿… Oz?

—La reescritura de mi bisabuelo de un apellido noruego. A-a-s-s. Se pronuncia igual, según nuestros parientes noruegos.

—Así es. En noruego, dos «aes» se pronuncian como una «a» con un círculo encima, «å».

—¿Sabes noruego?

—No, no. —Mike Lunde negó sonriente con la cabeza—. Aprendí lo de la «å» de mi abuelo.

—Claro. Bueno, mi bisabuelo no podía saber que un tal L. Frank Baum iba a publicar un libro infantil sobre un mago.

—Exacto. Pero ¿acaso no hay nombres peores para un niño?

—¿Que el mago de Oz? Es mejor que la alternativa, el mago de *ass*, «culo» en inglés, que habría perdurado más en el tiempo.

Mike Lunde rio con ganas. Había algo juguetón y melódico en su risa que hizo que Bob, tal vez a causa del silencio y tantos animales, pensara en el canto de las aves en un gran bosque.

—Se trata de uno de tus clientes, Tomas Gomez —dijo Bob—. Encontré tu tarjeta de visita en su apartamento. Una vecina, la

señora White, me dijo que te había recomendado a Gomez.

—Ah, entiendo —dijo el taxidermista—. Creía que venías por mi llamada.

—¿Llamada?

—He leído esta mañana que buscáis a Tomas Gomez. Así que os he llamado y he dejado un recado. Una… observación, ¿se dice así? Fue hace solo… —Miró su reloj—. Dos horas. Por eso he dicho que habías reaccionado rápido.

—Si era una pista sobre Gomez, no iría a parar a nuestro departamento, a Homicidios, sino a Delitos Violentos, puesto que la víctima no murió. ¿Cuál era tu mensaje?

—Que Tomas Gomez tiene un encargo pendiente en mi establecimiento. Un gato.

—Comprendo. ¿Algo más?

—¿Más?

—¿Algo más que quisieras contar de Tomas Gomez?

—¿Por ejemplo?

Bob no respondió, se limitó a observar a Lunde. Le había caído bien este hombre desde el primer momento, era sencillo y directo. De los que llaman a la policía porque es lo que deben hacer. También era evidente que no lo estaba contando todo. Bob no apartó la mirada de los ojos azules de Lunde y dejó que el silencio hiciera el resto. Buscó indicios de nerviosismo, pero a Lunde no parecía afectarle el silencio. Cuando por fin habló fue con una voz tranquila y segura:

—Yo no sabía que iba a dispararle a alguien, si es eso a lo que te refieres. Si es que de verdad es Tomas quien disparó a esa persona.

Bob asintió. Observó el búho. Las plumas tenían un aspecto tan saludable y los ojos eran tan vivaces que no le habría sorprendido mucho que el pájaro de pronto levantara el vuelo del pedestal que ocupaba.

—¿Así que conoces a Tomas Gomez? Me refiero a algo más que como cliente.

—¿Qué te hace decir eso?

—Tomas Gomez es un nombre muy corriente. No había ninguna foto ni retrato en el periódico y, aun así, comprendiste que debía de tratarse de tu Tomas Gomez. Nos llamaste para proporcionarnos esa pista y ahora dudas de que fuera Gomez quien disparó. Y acabas de utilizar su nombre de pila.

El taxidermista se frotó la barbilla.

—Mi esposa siempre dice que miento muy mal, que debería practicar más. —Sonrió desesperado—. Supongo que conozco a Tomas algo más que a un cliente cualquiera.

—¿Por qué no me lo has dicho desde el primer momento?

Mike Lunde suspiró.

—Creí que bastaría con que cumpliera con mi deber como ciudadano y avisara de aquello que creía que podría tener relevancia para el caso.

—Entonces ¿es tu amigo?

—Amigo no. Yo…

—¿Sí?

—Me gusta conocer a mis clientes. Entender qué es lo que quieren cuando vienen. Qué buscan en realidad. Incluso cuando ellos mismos no lo acaban de comprender.

—¿Qué buscaba en realidad Tomas Gomez?

Lunde movió la mano para frotarse la nuca.

—Es una historia bastante larga, detective Oz. —Pronunció el nombre con corrección, a la manera noruega—. Que me ha contado en confianza. Y que tampoco sé si te acercará a tu objetivo.

—Deja que sea yo quien opine al respecto, Lunde.

—Sí, pero ¿no debería valorarlo yo también? Comprendo que es un deber ciudadano proporcionar información a la policía si puede ayudar a capturar a delincuentes peligrosos, pero debo tener en cuenta que Tomas Gomez me confió su historia al entender que quedaría entre él y yo.

—Que yo sepa, los taxidermistas no tienen obligación de preservar la confidencialidad, Lunde, y hay un hombre inocente que se debate entre la vida y la muerte en un hospital. —Bob no vio indicio alguno de que Lunde se diera cuenta de que le estaba mintiendo—. ¿Sabes dónde puede estar Tomas Gomez?

—Tengo su dirección en Jordan, así fue como comprendí que tenía que ser el Tomas Gomez al que se referían en el periódico. Supongo que no estará allí.

—No.

—Desconozco dónde podría estar, por desgracia. O por suerte.

—¿Por suerte?

Mike Lunde suspiró de nuevo, utilizó el guante para quitar el polvo del pico del búho.

—Para mí es una disyuntiva complicada. Debo admitir que consideré la posibilidad de no llamaros.

—¿Por qué?

—Porque quiero creer que es un buen hombre.

—Un buen hombre no intenta asesinar a otro.

—Una objeción razonable.

—Y nos llamaste, Lunde, eso querrá decir que entiendes que Gomez debe ser arrestado.

—Sí, claro. Es solo que la mente y los sentimientos no siempre se ponen de acuerdo.

—Bueno, no podemos permitir que los sentimientos decidan. —Bob sacó el cuaderno de notas—. ¿Qué nos puedes contar?

—Hum. ¿Estás seguro de esto, Oz?

Bob levantó la mirada.

—¿De que los sentimientos no pueden decidir?

—Sí. ¿Estás seguro de que no son los sentimientos los que eligen y después recurrimos a la inteligencia para racionalizar nuestras elecciones hasta que creemos que fue esta la que eligió?

—Estoy bastante seguro, sí.

—Sí, la verdad es que pareces estarlo. —Lunde sonrió—. Tomas Gomez vino por primera vez hace tres meses. Quería que disecara a su gato.

—Estaba…, eh, ¿muerto?

Lunde soltó una breve risa.

—Sí, está en el congelador del sótano, si quieres verlo. Enfermedad, muerte natural.

—¿Y?

—No podía permitirse pagar lo que cobro por un trabajo así.

—¿Eres muy caro?

—Depende.

—¿Del animal? ¿Un canario a lo mejor no es tan caro?

—Del cliente. Si se trata de una mascota que significaba mucho para ellos, debo bajar el precio.

—Así que le hiciste una rebaja. ¿Antepusiste los sentimientos al sentido común?

—Puede ser, pero también tengo que conseguir que el negocio subsista. Hace medio año obtuve un encargo importante y bien pagado, por eso he aplazado todo hasta que esté acabado. En cualquier caso, el señor Gomez ha tenido que esperar.

—¿Cuándo estuviste en contacto con él por última vez?

—Debo consultar mi calendario.

—¿Qué pasa con el registro de llamadas de tu teléfono?

—Nunca hemos hablado por teléfono, no sé si tiene uno. Un momento.

Lunde se marchó y Bob volvió a sorprenderse del silencio reinante. ¿Por qué le gustaba tanto esa calma? ¿Sería la sensación de que el tiempo se había detenido, de encontrarse en un instante en el que no se avanzaba ni retrocedía, en el que no sucedía nada? En el que todo era seguro.

Lunde volvió. Llevaba unas gafas ligeras en la punta de la nariz y miraba un libro de tapas de piel marrón.

—Vamos a ver…

—¿Te importa que ponga la grabadora para no perderme nada?

—Por supuesto. La taxidermia de la palabra.

—¿Perdón?

—Fui a ver a Tomas Gomez el 7 de octubre.

—¿Fuiste tú a verlo?

—Me invitó a su casa a tomar su chile con carne casero. Estaba muy rico.

—¿Sueles visitar a tus clientes a domicilio?

—No siempre, pero, si es posible, me gusta ver dónde van a colocar mis trabajos. Comprobar qué lugar hay disponible y saber dónde solía estar la mascota, cómo están acostumbrados a verla. Puede ser útil para decidir en qué postura la voy a poner. Y la luz es importante. Luz suficiente para destacar los detalles, aunque no tanta que se destiña.

—¿Te tomas esto muy en serio?

Lunde miró a Bob por encima de las gafas.

—Intento tomármelo tan a pecho como mis clientes, creo que se lo debo. Pero, claro… —Esbozó una media sonrisa—. Puede haberse dado el caso de que me lo tomara un poco más en serio que mis clientes. De ahí la importancia de escuchar. —Pasó las páginas de la agenda—. En ese momento habíamos tenido tres, no, cuatro encuentros aquí en la tienda, por lo que veo.

—¿Y qué hiciste después? Puesto que el gato sigue en el congelador, quiero decir.

—Lo dicho.

—¿Lo dicho?

—Escuché.

Bob Oz asintió despacio.

—¿Lo que tenía que decir del gato?

—Lo que dijera.

Bob dejó el bolígrafo.

—¿Y qué te contó? La gente con la que he hablado hasta ahora dice que Tomas Gomez es un hombre callado.

Lunde se encogió de hombros.

—Me llevó algún tiempo. Pero acabó por hablar.

—¿Ah, sí? ¿Por qué no hablan conmigo?

Lunde sonrió.

—Tal vez porque saben que estás ahí por un solo motivo: escuchar su confesión. Gomez me contó que él y su familia llegaron a Mineápolis como inmigrantes sin papeles, del sur.

Bob volvió a coger el bolígrafo.

—¿Así que tiene familia? ¿Tienes su nombre y su dirección?

—«Tenía» familia. Aunque tanto Gomez como su mujer tenían estudios universitarios, no disponían de mucho dinero. Vivían en una casita en West Phillips y habían salido a comer cuando dos bandas empezaron a dispararse dentro del local. Adolescentes armados. Su mujer intentó cubrir al niño en el suelo, mientras que Tomas tiró de la hija hacia la puerta, iba en silla de ruedas. Casi había logrado colocarla detrás de un coche cuando dos de los chicos salieron y dispararon a Tomas en el pie. Cayó y la bala que le estaba destinada impactó en el respaldo de la silla de ruedas. Para entonces, a su mujer y su hijo ya los habían matado. Los chicos iban hacia Tomas, que intentó arrastrarse hasta su hija. Se largaron cuando llegó la primera patrulla policial. La hija murió entre los brazos del padre. —Bob sintió una punzada de dolor en una muela y comprendió que había estado apretando los dientes—. Después, la policía le explicó a Tomas que las bandas solo suelen dispararse entre ellas —dijo Lunde.

Bob se presionó la muela con un dedo a través de la mejilla.

—Así es. Tampoco les suelen preocupar los posibles testigos.

—Tomas me pidió mi opinión, por qué habían matado a dos niños y a una mujer.

—¿Qué le respondiste?

—Le dije la verdad, que no lo sé. ¿Tú qué crees, detective Oz?

Bob miró por la ventana a una pareja que pasaba cogida del brazo, ella con la cabeza apoyada en el hombro de él, y le llevó un instante apartar de su mente la imagen de un recuerdo.

—Es una cuestión de números —dijo Bob—. Tienen trabajos de mierda como machacas de los Black Wolves, X-11 u otra de las asquerosas bandas, y les pagan tres dólares a la hora por tener los huevos helados en una esquina vendiendo crack o metanfetamina. Además, uno de cada cuatro morirá haciéndolo. Así que hay que escalar puestos en el sistema, ser el corredor, el responsable de seguridad o el que maneja el dinero, entonces ganan diez veces más y tienen muchas más probabilidades de sobrevivir. Para llegar a eso deben exhibirse. Y la manera más rápida es mostrar que están dispuestos a matar.

—Interesante. ¿Y esto lo sabes por experiencia propia?

—Lo sé porque lo he leído en un artículo sobre la economía de los narcos.

—Comprendo. ¿Es una cuestión puramente económica?

—Economía e incentivos. La moral trata de cómo queremos que funcione el mundo; la economía, de cómo funciona en la práctica. —Lunde asintió—. No parece que estés de acuerdo —dijo Bob y bajó la mirada a sus notas.

—¿Quieres que te hable de Gomez?

—No vamos mal de tiempo, puesto que no tenemos ni idea de dónde está. Cuéntame.

—Bueno. Creo que disparan porque pueden. Porque no hay límites. Y tienen esas armas tan fantásticas. Porque da gusto disparar, ¿o no?

Bob Oz tosió.

—No lo sé. No disparo. ¿Mencionó a amigos o familiares aquí o en otra parte?

Lunde negó con la cabeza.

—Solo que sus padres viven al sur de la frontera.

—¿En qué trabajan?

—Chapuzas. No sirve tener formación en tu país si no tienes papeles y permiso de residencia.

—¿Se te ocurre algún empleador?

—Lo siento, pero hablábamos poco de esas cosas, de…, bueno, de nuestras ocupaciones cotidianas. Solo recuerdo que me dijo que el periodo de tiempo más largo que había trabajado en un mismo lugar era de dos meses.

—A lo mejor prefería no hablar de tareas cotidianas porque ganaba su dinero en la X-11. —Bob Oz vio que el otro fruncía el ceño incrédulo—. Hablé con el médico que le recetaba las inyecciones de insulina, dijo que Gomez tenía un tatuaje de la banda X-11 en la espalda.

—Eso es… absurdo —dijo Lunde.

—¿Por qué?

—Porque me contó que los chicos que le dispararon a él y a su hija llevaban cazadoras de la banda X-11.

Un sonido cortó el silencio, una solitaria sirena policial que subía y bajaba. Bob miró el reloj.

—¿Crees que volverá, Lunde?

—¿Tomas? Bueno. No sé interpretar a la gente, pero, mientras su gato esté aquí, habrá una posibilidad. Quienes han perdido a sus seres queridos tienden a encariñarse aún más con sus mascotas.

—¿Me avisarás cuando aparezca si es que lo hace? —Bob le tendió una tarjeta de visita. Lunde dudó un instante. Después la cogió.

—Soy parsimonioso —dijo y metió la tarjeta de visita en la agenda —. Como habrás notado, pienso despacio, hablo despacio. Así que, si se presenta, puede que también tarde en llamarte.

—Pero ¿llamarás?

Mike Lunde asintió con un vigoroso movimiento de cabeza.

—Supongo que lo haré, sí. ¿Ese hombre inocente al que ha disparado…?

—Se llama Dante y trafica con armas en Jordan. Es probable que colabore con varias bandas, sobre todo con Black Wolves.

—Así que él…

—Sí, te mentí, lleva unas cuantas vidas sobre su conciencia. Si es que tiene conciencia. —Bob se guardó el bloc en el bolsillo.

La campanilla de la puerta tintineó cuando Bob salió. Y volvió a sonar cuando entró de nuevo unos segundos después.

—¿Sí? —dijo Mike Lunde, que estaba en cuclillas delante del glotón con un atomizador en la mano.

—¿De qué hablabais?

—¿Hablar?

—Si no hablabais de trabajo, ni de amigos, ni de familia.

Mike Lunde dejó el espray y levantó la vista con una sonrisa triste.

—Hablábamos de soledad.

Bob Oz asintió.

Al salir a la calle principal, el sol brillaba sobre la ciudad entera.

16

ALICE. OCTUBRE DE 2016

Kay Myers se asomó por la puerta del despacho que estaban renovando. En la mano tenía una taza de café con la inscripción I LOVE CHICAGO y observó al manitas que estaba pintando el techo. Parecía un técnico de criminalística en el escenario de un crimen, con mascarilla y de blanco. Tal vez por eso había decidido que le gustaba a pesar de que solo se habían saludado cuando ella pasó por delante del despacho. Él se bajó de la escalera y se volvió hacia ella.

—Está quedando bien. Eres bueno en lo tuyo.

Los ojos oscuros brillaron tras la mascarilla como si se estuviera riendo.

—Esto es trabajo, tendrías que acercarte a ver mi arte.

También le gustó su voz profunda y serena.

—¿Pintas…, eh, cuadros?

Él negó con la cabeza.

—Otra clase de arte. Te lo puedo mostrar.

Hablaba con un acento casi imperceptible. ¿Qué edad tendría?

—Vale —respondió ella y bebió un sorbo de café—. ¿Tienes una exposición?

Se rio.

—Sí, muy pronto.

—¿Dónde?

—Todavía no puedo contarlo. Te avisaré.

Kay vio a Bob entrar por la recepción y que, en lugar de ir por el camino más corto a su puesto de trabajo, se acercaba a ella. No parecía muy contento y supuso que se debía a lo sucedido la noche anterior.

—Hola, Bob. ¿Cómo te va?

—Enseguida lo sabré. Walker me ha convocado a una reunión.

Pasó por su lado. Ella se giró hacia el pintor, pero había vuelto a su tarea. Kay suspiró y regresó a su mesa.

—Tony Stärk te ha denunciado por agresión —dijo Walker, que estaba junto a la ventana dando la espalda a Bob. Bob pensaba que ese hábito se debía a que el comisario se sentía más cómodo hablándole al paisaje, o a su propio reflejo en el cristal, que frente a frente con sus subalternos.

—Menuda bobada —comentó Bob—. Fue en defensa propia. El hombre me atacó. Solo tiene que mirarme, jefe.

Walker se giró a regañadientes y sin mostrar interés alguno hacia Bob. Este se señaló el chichón de la frente, que había adquirido el tono azulado que cabía esperar.

—Tony Stärk debería alegrarse un huevo de que no lo denuncie por agresión a un funcionario público. Si no retira la suya, por supuesto que lo haré. Se lo puede decir de mi parte, y apuesto a que este caso se esfuma.

—¿Querrás decir que se lo comunique a su abogado? Opina que es irrelevante que seas funcionario, puesto que su cliente se puso en contacto contigo como ciudadano, como particular.

—Tony Stärk vino aquí, a la sección de Homicidios, jefe.

—Porque ya no vives en el domicilio en el que estás empadronado. El abogado alega que provocaste a su cliente para que te pegara primero con la intención de poder agredirle después sin arriesgarte a ser denunciado. Tony Stärk no ha practicado la lucha libre y no hay nada en su trayectoria que dé a entender que esté entrenado para pelearse.

—Pesa el doble que yo, jefe.

—El abogado cree que el hecho de que hicieran falta tres de tus colegas para calmarte es prueba suficiente de que hubo un uso excesivo de la fuerza. He recabado el testimonio de Olav Hanson y los demás, y coinciden con la versión del abogado. Lo lamento, Bob, estás suspendido de tus funciones mientras se investiga la agresión.

—Pero…

—Nada de peros, Bob, ya está decidido. —Bob miró fijamente a Walker. El comisario tenía el aspecto de un hombre que en ese momento odiaba su trabajo, pero que de ninguna manera consideraba no hacerlo—. Tendrás noticias mías cuando sepamos algo más. Mientras tanto debes entregar tu identificación y tu arma. Además de las llaves del coche. —Walker carraspeó—. Lo lamento.

Bob abrió la boca y la volvió a cerrar. Se preguntaba cómo podría haberse solucionado de otra manera. Si podría haber salido mejor. Sí, incluso dudaba de si lo había deseado. Si uno se despeña por el precipicio, más le vale intentar disfrutar de la caída libre. Metió la mano en el bolsillo interior del abrigo de cachemir y dejó la tarjeta de identificación sobre la mesa del comisario. A continuación, las llaves del coche.

—Tienes coche, ¿verdad? —Walker parecía sentirse incómodo—. ¿Un Volvo?

—Así es —dijo Bob—. No uso pistola, está…

—Lo sé. Sé que algo así puede llevar a un padre a odiar su arma de servicio. —A Walker le fallaba la voz. Bob levantó los ojos hacia su jefe. ¿Ese cabrón sentía pena por él? Sintió que le hervía la sangre—. Lo que pasó con la pistola —dijo Walker, y tuvo que aclararse la voz— es una de esas cosas que destruyen una relación, lo vemos una y otra vez. No es culpa de nadie, los seres humanos somos así. Pero ha llegado el momento de que lo aceptes y sigas adelante.

—¿De qué estamos hablando, jefe? —Los rasgos y el cuerpo de Walker, un hombre al que Bob respetaba, sí, que incluso le caía bien algunos días, parecieron transformarse ante sus ojos en un reptil repugnante, algo que habría que matar a bastonazos.

—Alice —dijo el reptil—. Para ella tampoco ha sido fácil. Perdónala, Bob. Déjalo ir. Si no, te será imposible seguir. Tal vez deberías tomarte esto como unas vacaciones y meditar un poco sobre lo que quieres hacer con tu vida.

—Vaya —comentó Bob—. No solo le ascendieron a comisario, ahora también es psicólogo. ¿O son cosas que se aprenden en los cursillos de liderazgo?

Bob vio que Walker apretaba la mandíbula.

—Lo digo en serio, Oz. Tómatelo con calma, libérate. Avanza.

—¿Avanzar hacia dónde? —respondió Bob en voz alta y parpadeó para deshacerse de las lágrimas de ira. No oyó si el otro contestaba, ya había salido del despacho sin cerrar la puerta. Fue derecho al ascensor sin mirar ni a uno ni a otro lado, apretó el botón y esperó.

Se giró, recorrió el espacio diáfano y se fijó en que Hanson y Kjos no estaban en su sitio. Abrió el último cajón de su escritorio y sacó una tarjeta de identificación antigua cuya pérdida había denunciado ante el MPD, antes de que una morena de Near North lo llamara para contarle que se la había dejado en su casa al emplearla para cortar cocaína en su apartamento. Se la había mandado por correo y él se la había quedado sin informar al respecto, por si acaso.

Bob lanzó una mirada a su puesto de trabajo.

¿Había algo más allí que pudiera hacerle falta?

Su mirada recorrió lo que estaba clavado en la mampara.

Nada, absolutamente nada.

Fue hacia los ascensores, cambió de opinión, volvió y quitó la chincheta del biombo que sujetaba la lista de los partidos de los Vikings.

Se dirigió a los ascensores a tiempo de ver las puertas cerrarse. Bajó despacio por las escaleras sintiendo unas extrañas ganas de reírse.

Al llegar a la plaza del ayuntamiento se detuvo, tomó aire, cerró los ojos y recapituló. Era un hombre sin novia, sin trabajo y sin coche. En otras palabras: estaba acabado. Intentó pensar. Después fue al banco.

El depósito municipal de vehículos de Mineápolis se encontraba en la zona más fea de Colfax Avenue, con chatarreros y tiendas de coches de segunda mano como vecinos. Stella Cibulkova estaba sentada en la ventanilla y observaba la tarjeta de identificación que el hombre del abrigo naranja había depositado ante ella.

Levantó la vista de la pantalla del ordenador en el que había tecleado el número de matrícula que le había proporcionado.

—¿Es consciente de que la deuda asciende a dos mil trescientos dólares, señor Oz?

—Debo admitir que creía que era un poco menos.

—No son solo las multas de estacionamiento pendientes de pago, también están los recargos, la grúa y la tarifa diaria por haber tenido el vehículo en el depósito durante cuatro semanas. Esto no es un aparcamiento.

—Sí que lo es, pero caro, ¿no? Bonitos pendientes, por cierto.

Stella lo miró. El hombre sonreía. Ella no. En el trabajo no solía hacerlo, no salía a cuenta.

—Si quiere llevarse el coche, tendrá que abonar la cantidad pendiente.

—Faltaría más, Stella.

Tampoco le gustaba tener que usar la tarjeta con su nombre, al fin y al cabo no trabajaba en hostelería.

—Puede transferir…

—¿Aceptáis efectivo, Stella?

—Eh, sí. En principio sí.

El hombre sacó un fajo de billetes y empezó a contarlos y dejarlos sobre el mostrador.

—Yo es que confío en el papel, ¿sabes? La sociedad libre de papel no me va. Matrimonio sin papeles, por ejemplo. No, Stella, denota falta de compromiso. Demasiado fácil, salir corriendo.

Los billetes estaban lisos, con aspecto de recién planchados, como si acabaran de salir del banco. Contó en voz alta y regular mientras iba separando billetes de cincuenta dólares del fajo y dejándolos

sobre el mostrador. Había algo en su voz, un regocijo doloroso que le hizo pensar que estaba depositando ante ella sus últimos ahorros.

—Dos mil trescientos —dijo por fin y bajó la mirada hacia los billetes que le quedaban en la mano. Despegó otro, sonrió con ganas y se lo tendió.

—Y este es para ti, Stella.

Stella Cibulkova no sonreía en el trabajo. No solía hacerlo. Pero se echó a reír.

Bob salió del edificio del *Star Tribune* con un vaso de café de cartón y el periódico del día bajo el brazo. Se metió en el Volvo, que estaba aparcado de manera lo bastante ilegal como para que hubiese dejado su tarjeta identificativa bien visible en el salpicadero.

Abrió el periódico. Había leído que los anuncios de empleo pronto desaparecerían por completo de las ediciones en papel. Seguro que era cierto, pero no acababa de creérselo. Los puestos de policía que se anunciaban eran en estados vecinos y no buscaban investigadores. Siguió indagando y se dio cuenta de que no estaba leyendo, tenía la cabeza en otro sitio. Era policía, lo había sido toda su vida y nunca había tenido ganas de hacer otra cosa. Fue un sueño acceder a la sección de Homicidios. Aunque no había sido ninguna fiesta, sabía hacer su trabajo. Era un buen investigador. No era brillante, no era el tipo con una intuición o una inteligencia extraordinarias, no era un candidato para el FBI. Era sólido, alguien que compensaba sus carencias a base de no rendirse nunca. Esto había provocado roces con la dirección, por supuesto, su incapacidad para dejar un caso cuando había que dar prioridad a otros. No podía

presumir de ser el que resolvía más casos ni de tener el porcentaje más elevado de éxitos, porque insistía para que le asignaran los asuntos más complejos, los que llevaban mucho tiempo y, con más frecuencia, se acababan archivando. Pudo apuntarse algunos tantos, pero que un caso fuera complejo no quería decir que tuviera repercusión pública: esos se los apropiaban otros.

Bob bebió un sorbo de café. Tenía coche y un techo bajo el que cobijarse. ¿Qué más podía necesitar? ¿Para qué hace falta un trabajo si no tienes una familia a la que mantener? Dejó el periódico en el asiento del copiloto. Por supuesto que podría haberse hecho con un ejemplar del *Star Tribune* sin ir a las oficinas centrales, pero había ido hasta allí. Miró hacia el otro lado del parquecito del centro de la ciudad. El sol se reflejaba en la fachada acristalada del edificio donde se encontraba la cooperativa de psicólogos a la que pertenecía Alice. ¿Cuántas veces había aparcado en la puerta para recogerla en esos días de invierno en los que el tiempo es más duro y no apetece ir en bicicleta o esperar el autobús? O había oscurecido. No es que Alice tuviera miedo a la oscuridad, ese era él. Y también le asustaban las películas de terror. Ella nunca se había cansado de recordarle la ocasión en la que alquiló la cinta de vídeo de *Psicosis*. Acaban de conocerse y ella le había contado que le gustaban las películas de terror. Habían llegado a la escena en la que Lila Crane, acompañada por el sonido de violines histéricos, camina hacia la espalda de la anciana de la mecedora. Alice sabía que Bob sabía que allí sentado había un cadáver reseco, porque ambos se habían contado que ya habían visto la película. En la oscuridad, Alice pudo ver que Bob cerraba los ojos con fuerza. Después, siempre que

tenían amigos de visita, Alice contaba esa historia y cómo fue entonces cuando se enamoró de él.

Bob miró el reloj. Joder, qué despacio iba. ¿Tocaba buscar un bar?

Abajo, baja, baja.

«Hablamos de soledad».

Miró el teléfono. Se decidió. Buscó el nombre y llamó.

—Hola, Rooble, aquí Bob.

—Hola.

—Oye, perdona, no pude recoger la barbacoa.

—Olvídalo, Bob. De verdad. Me haces un favor quedándotela.

—Ya ves. A lo mejor debería cobrarte. Nuestra casa no es un aparcamiento. —Rooble se echó a reír—. Oye, solo por curiosidad, ¿cómo va la búsqueda del tal Tomas Gomez?

—Mal —dijo Rooble—. Parece que se ha esfumado, no hay ni una sola pista.

—¿Habéis hecho algo, además de lanzar la orden?

—Hemos hablado con toda la gente que sabemos que ha tenido relación con él, pero son pocos. El portero de la finca, el dueño arrendador del piso, vecinos. No saben gran cosa. Nada, en realidad.

—¿Has recibido el informe de Myers sobre la vecina con la que hablamos?

—Sí, tampoco nos ha servido de mucho. No es fácil cuando se trata de gente como Gomez, que no aparece registrada en ningún sitio. No encuentras empleadores, familiares ni compañeros de colegio. Es perfecto para alguien que trabaja como asesino a sueldo, claro.

—Pues menos mal que no lo es —comentó Bob.

—¿Estás seguro de eso?

—Un asesino a sueldo no le pega un tiro a su vecino. No falla. No se deja la funda del arma en el apartamento junto con un montón de pistas.

—Estoy de acuerdo contigo, Bob. Pero desaparecer por completo de ese modo no es fácil.

—No es complicado desaparecer un par de días. El tercer día es el que empieza a requerir planificación.

—Seguro que tienes razón, Bob.

Rooble. Siempre diplomático y atento. Humilde cuando convenía, firme si hacía falta. Ese chico llegaría lejos.

—Tengo que colgar, Rooble. ¿Podrías mantenerme informado?

—¿Del caso Gomez?

—Sí. Tengo un asesinato similar y quiero ver si pueden estar relacionados. Tú llama a este número, estos días trabajo sobre todo desde casa.

—Vale. ¿De qué asesinato se trata? —Bob dudó—. Está bien saberlo por si hay información que pueda serme útil a mí también —añadió Rooble.

Bob esperaba que Rooble no se diera cuenta de cuánto tiempo se tomaba para pensar.

—Es en la linde con Saint Paul, así que están discutiendo sobre a qué jurisdicción corresponde. Si me dan el caso, te informo.

—OK —dijo Rooble—. Me alegro de hablar contigo, Bob. Dale recuerdos a Alice.

Colgaron.

Bob miró el periódico, que seguía abierto por la sección de empleo. Arrancó una de las páginas, sacó la navaja suiza de la guantera, y con la tijerita empezó a cortar el papel en tiras anchas.

Alice estaba junto a la ventana de la cocina de la cooperativa de psicólogos. Se había preparado una taza de té verde y miraba hacia el parque. Sus pensamientos seguían ocupados por el último paciente, una adolescente con un trastorno de la alimentación. La chica había mejorado en los cuatro años que había acudido a consulta. Alice también, ya no veía a Frankie en cada paciente menor de veinte años que entraba en su despacho, ni se preguntaba cómo sería su hija ahora.

Su mirada se posó sobre un Volvo aparcado al otro lado del parque. Fue el color, y no la marca, lo que le trajo recuerdos. Amarillo mostaza. A Bob le encantaba ese color, por eso se habían puesto de acuerdo en que ella elegiría el fabricante —un coche familiar con énfasis en la seguridad—, y él, el color, ese dandi. Notó que sonreía sin querer. Recordó el recado que había dejado en el contestador dos días antes, ese en el que decía que se retractaba del acuerdo al que habían llegado sobre la casa, y la sonrisa se esfumó. La tasación había sido tan elevada que ambos sabían que Bob no podría permitirse comprarle su parte, así que habían acordado que ella se quedaría la casa por el precio tasado a cambio de que él tuviera el coche libre de cargas. Solo faltaba firmar el documento que recogía el acuerdo. Sería el último fleco de las cuestiones prácticas que los vinculaban. ¿Lo iba a echar en falta? No, no lo creía. Pero podía equivocarse. Había días en los que la nostalgia la asaltaba sin previo aviso: echaba de menos salir de la consulta en invierno y montarse en el coche calentito que la estaba esperando, o a Bob poniendo una canción que quería que ella

escuchara y verlo pensando que era ella quien le hacía un favor permitiendo que la recogiera y llevara a casa como si fuera una princesa. Y ahora eso era todo lo que quedaba de sus doce años juntos: una firma. ¿Podría haber sido de otro modo? Si lo que ocurrió aquel día no hubiese sucedido, ¿seguirían siendo pareja?

El coche del otro lado del parque se incorporó al tráfico. Alice miró la hora. El próximo paciente llegaría al cabo de cinco minutos. Suspiró, bebió un último sorbo de té y volvió a su consulta.

17

AMIGO. OCTUBRE DE 2016

Eran las seis de la tarde y el sol se ponía sobre los tejados de Phillips.

Bob había aparcado delante del parque de juegos infantiles de Bloomington. Sentado en el Volvo comiéndose una hamburguesa, estaba pendiente de las transacciones que se llevaban a cabo en la esquina. Se trataba del mismo trío de la noche anterior, era evidente que el latino del sombrero *pork-pie* era quien controlaba la operación. Los ricos de los suburbios del oeste solían dirigirse a los barrios del norte, como Jordan, cuando iban a comprar hierba, coca o metanfetamina. En Phillips, la clientela solía ser sobre todo local. Y la mercancía más dura. Heroína y crack. Daba la impresión de que era lo que vendían aquí también. Bailaban el mismo paso a tres cada vez que aparecía un cliente. Una breve charla, seguida de algún movimiento mientras billetes y bolsitas cambiaban de manos, siempre cerradas para ocultar todo lo posible, y siempre de manera que la misma persona no tuviera los billetes y la droga a la vez, puesto que la pena por vender era mayor que por regalarla, algo que quien pasaba la droga siempre podía aducir, al no haber testigos de que le hubieran pagado.

Bob tragó el último mordisco, se secó los dedos en la servilleta y arrancó el coche.

Condujo hasta la esquina y se bajó.

—Policía —dijo en voz alta y mostró la identificación y un par de esposas que había cogido de las cajas de la mudanza en el apartamento—. Contra la pared. El que intente largarse se llevará un tiro. —Los tres miraron primero a Bob y luego a derecha e izquierda, claramente asombrados porque iba solo—. ¡Ahora! —gritó Bob.

Se dieron la vuelta con desgana, apoyaron las manos en la pared y separaron las piernas. Bob se acercó al mayor, le quitó el sombrero de un golpe y pegó un tirón a su brazo izquierdo para que se inclinara hacia la pared. Después el derecho, le dobló las muñecas tras la espalda y le puso las esposas.

—Jamar Clarke.

Pronunció las palabras despacio, pero Bob se giró hacia el joven negro que las había dicho.

—¿Qué has dicho?

El chico miró con odio a Bob y no respondió. Habían pasado un par de años desde que Jamar Clarke, un hombre negro, muriera de un disparo del MPD durante una detención, y algunos, buscando dar pie a altercados, afirmaron que iba esposado cuando ocurrió. Bob no dudaba de que el MPD mereciera la fama de brutalidad y racismo que tenía, solo había que escuchar a Hanson y a Kjos cuando citaban entusiasmados las declaraciones de Donald Trump sobre que la policía debería tratar con más dureza a los detenidos, pero el MPD, a pesar de todo, no mataba a personas indefensas.

—Ven.

Bob condujo al del sombrero al asiento del copiloto y lo ayudó a sentarse, sin rastro de ironía, asegurándose de que no se golpeara la cabeza con el techo. Le abrochó el cinturón de seguridad, dio la vuelta al coche y se sentó. Arrancó.

—¿Qué cojones es esto? —dijo el hombre. Por su acento podría ser mexicano o de otro país latinoamericano, lo que Bob esperaba. Bob se tapó los labios con el dedo índice.

—¡Joder, tío! —gritó Pork Pie.

Al cabo de tres manzanas, Bob se desvió a una calle tranquila y se detuvo.

—Necesito un poco de ayuda, *amigo*.1

—¡Amigo, una mierda!

—Vale, igualmente necesito información.

—Creía que para eso tenías chivatos. ¿O hemos acabado con todos los que teníais? —En la sonrisilla del hombre faltaban por lo menos tres dientes.

—Escúchame bien —dijo Bob—. Voy mal de tiempo, así que esta es mi oferta, que es la mejor que te van a hacer en tu previsiblemente corta vida.

—No te voy a contar nada. Puto policía de mierda.

—Sí que lo harás. Tengo el incentivo perfecto, que es la palabra elegante para decir «zanahoria». *¿Comprende?*2 —Sus ojos echaban chispas—. No te estoy amenazando con mandarte a la cárcel, ni con darte una paliza, ni con lo que pueda pasarle a tu hermano pequeño que cumple condena en la MCF.

—No tengo ningún hermano pequeño, gilipollas.

—Te ofrezco esto, sin más.

Bob tiró un fajo sujeto por una goma al salpicadero. El otro clavó la mirada en el general y presidente, muerto hacía mucho, cuya retrato adornaba el billete de cincuenta dólares.

—Ahí hay dos mil dólares —dijo Bob—. Cuéntalos si quieres.

El otro lo miró con cara de hay-que-ver-lo-gracioso-que-eres mientras movía las mandíbulas.

—*Sorry*, si llevas las esposas puestas —dijo Bob.

El hombre siguió moviendo las mandíbulas un poco más y después escupió. Un escupitajo amarillento cubrió el rosto serio del general.

—Si eso es un no, te pido que te lo pienses otra vez —dijo Bob—. Ganas tres dólares a la hora a cambio de que las bandas te tiroteen, los clientes te roben y que te arresten tipos como yo, y te estoy ofreciendo algo por una información que supondrán que me has proporcionado en cualquier caso. Dentro de cinco minutos te volveré a dejar en perfectas condiciones donde te detuve y me despediré con un alegre «muchas gracias». Imagínate lo que tus compañeros creerán que me has dado a cambio. Y cuáles serán las consecuencias. Depende de ti si quieres que te pague por ello o no.

El hombre miró a Bob. Parpadeó como si estuviera procesando lo que el cara de culo del policía le acababa de decir. Bob esperó.

—¿Qué quieres saber? —escupió el hombre.

—Háblame de Tomas Gomez.

—¿Quién?

Bob suspiró.

—No te elegí a ti porque fueras el más guapo o parecieras el más listo, sino porque era evidente que eras el mayor. Y probablemente del sur de la frontera. Así que hurga en tu cerebro, unos años atrás,

y acuérdate de Tomas Gomez. No es que estés delatando a uno de los tuyos.

—¿Y tú qué sabes?

—Gomez ya no está en los X-11. Lo dejó, ¿a que sí?

—Mucha gente lo deja, no por eso los delatamos.

—Pues entonces volvemos a los dos mil del ala, amigo.

El hombre observó el dinero del salpicadero. Bob esperó. Aguardó a que la lógica de la ley de la gravedad se impusiera. Por fin, el hombre suspiró hondo.

—Vino del sur de la frontera hace varios años, se hacía llamar Lobo.

—¿Lobo?

—Como en «lobo solitario». Era un solitario, no hablaba con nadie. Pero podría haberse llamado Loco. No decía mucho, se rumoreaba que había trabajado para uno de los cárteles de ahí abajo, que había matado a un montón de gente, que la policía le había puesto precio a su cabeza. Nuestro líder no se lo creía, Lobo era un chaval, así que le dio un uzi y le pidió que disparara a unos cuantos de la competencia. Lobo fue derecho a una fiesta de los Black Wolves y reventó el sitio a tiros.

—Espera. ¿Me estás hablando de ese Lobo?

—No lo sé, yo solo sé de un Lobo.

Bob se quedó mirando al otro. Lobo. El hombre del uzi. Bob solamente había oído hablar de él como una especie de leyenda cuando entró en la policía, el fantasma que había llegado y desaparecido de nuevo a mediados de los noventa, y únicamente había dejado un reguero de sangre. Puesto que era sangre de bandas, la cacería iniciada por el MPD había sido bastante tibia. Y,

cuando Lobo desapareció del radar, el MPD concluyó que era probable que lo hubieran liquidado los suyos, y lo dejaron estar.

—Continúa —dijo Bob.

—Después de eso, Lobo se convirtió en la mano derecha del jefe de seguridad. Pero estaba demasiado loco, era imposible controlarlo, mataba a gente de otras bandas sin hacer distinción, aunque no amenazaran nuestro territorio. Tenían que vengarse, claro, y empezaron las guerras entre bandas. Había muertos en ambos bandos y, en general, aquello era malo para el negocio. Así que el jefe sacó a Lobo de las barricadas y lo hizo responsable de la seguridad interna.

—¿Eso qué significa?

—Asegurarse de que nadie coja dinero del cuarto donde se cuenta o droga de donde se corta. Cosas así. Lobo trabajó a fondo. Descubrió no solo robos, sino chivatazos. Tuvimos que cargarnos a varios en los que habíamos confiado ciegamente. Empezaron a morir los nuestros, porque Lobo afirmaba que le habían sacado el arma cuando los descubrió. Era demasiado frecuente, y los jefes decidieron que no se atrevían a tener a Lobo en la banda. Lo echaron.

—¿No lo matasteis?

El hombre se encogió de hombros.

—Lobo decía todo el rato que seguía en nómina del cártel del que llegó. Los jefes tendrían miedo de que se mosquearan. Dijiste cinco minutos, madero. Si tardo más, el jefe va a creer que te he contado secretos de Estado, joder.

—Vale. ¿Dónde fue a parar Gomez?

—¿Cómo voy a saberlo? Prueba al sur de la frontera.

—¿Sabes quién es Marco Dante?

—No.

—Ha sido una pregunta tonta. Sabes quién es y que le pegaron un tiro ayer. ¿Te has enterado de que fue Gomez quien le disparó?

—Como ya te he dicho, solo sé que Lobo está como una maldita cabra. Llévame de vuelta.

—Última pregunta. ¿Dante ha vendido armas a la X-11?

—Supongo que habrá vendido a todas las bandas que hayan tenido el control del territorio en el que está su taller. Así que sí, seguro.

—Pues en ese caso te doy las gracias. Inclínate hacia delante. —Bob abrió las esposas—. Puedes irte.

—¿Irme?

—¿Acaso tengo pinta de taxista?

El camello alargó la mano hacia el fajo de billetes, pero Bob se adelantó y lo agarró.

—¡Eh!

—Solo voy a coger el de arriba —dijo Bob y sacó el billete de cincuenta de debajo de la goma y le ofreció el resto al hombre. El otro se quedó mirando las tiras de papel de periódico.

—¡Qué mierda!

—¿No creerías que íbamos a pagar dos mil por un poco de información general que me podrían dar por una cajetilla de tabaco en la MCF o gratis de nuestro soplón? Mejor te lees alguna de esas ofertas de empleo. —Bob incrustó el fajo en la mano del hombre—. Al contrario de X-11, pagan el salario mínimo.

—Iré detrás de ti y te pegaré un tiro, policía de los cojones.

Bob miró por el parabrisas y asintió despacio.

—¿Sabes una cosa? Consideré esa posibilidad y llegué a la conclusión de que no te vengarías. ¿Sabes por qué? Se trata de la psicología de economía de la conducta. ¿Te interesa? —Bob se volvió hacia el camello, que parecía más sorprendido que cabreado—. Porque tu decepción es limitada. La investigación del comportamiento muestra que reaccionamos menos negativamente a que no nos den un dólar que nos habían prometido que a perder uno que ya llevábamos en el bolsillo. No te he robado, no tienes un incentivo moral ni económico para matarme, y tampoco social, puesto que no te he humillado públicamente, solo lo sabemos tú y yo. ¡Mira por dónde hoy también has aprendido algo! Que tengas una tarde muy provechosa, amigo.

Bob se inclinó sobre el hombre y empujó la puerta del copiloto. Luego se alejó viendo cómo el otro se hacía cada vez más pequeño en el retrovisor. Tenía las manos colgando al lado del cuerpo y parecía que le gritaba algo al Volvo.

18

LECHERO. OCTUBRE DE 2016

Olav Hanson tiraba de la caña de pescar de lado, a contracorriente. Observaba la oscuridad de la noche que cubría el Mississippi antes de llegar al resto de la ciudad. A veces incluso parecía que la penumbra ascendía del río, y no al revés. Porque era un río con mucha oscuridad. Mucha mierda y despojos que la gente tiraba con la esperanza de que se la llevara, la alejara de ellos. Y, si volvía a la superficie, ya no era su problema.

Olav cambió el peso del cuerpo para descargar la rodilla mala. Escuchó el zumbido tranquilizador de los coches de la autopista al otro lado del río. Cada vez bajaba con más frecuencia y se quedaba incluso después de que se hubieran marchado los otros pescadores. La perca americana picaba bien con la llegada de la oscuridad, así que, en alguna ocasión, volvía a casa con un pececillo o dos, pero era sobre todo para que Violet viera que de verdad había ido a pescar y no al bar con Joe Kjos. Aquí podía pensar. Descansar de la matraca de casa sobre que el «chaval» de veintisiete años, de su anterior matrimonio, aún tenía llaves de casa, iba y venía cuando le daba la gana, muchas veces en mitad de la noche y colocado. Se quejaba de que el Ford Mustang era casi tan viejo como ella, de que había que reformar el baño y la cocina, y de que había tenido la

esperanza de que las cosas mejoraran algo en su vida, no que fueran cuesta abajo. O se había vuelto tacaño con la edad, o su economía no estaba tan boyante ahora que cuando lo conoció en los años noventa. Esto último era cierto, pero ella no sabía a qué se debía.

Olav Hanson pensaba en muchas cosas allí de pie. Solo tenía que apartar la mente de algunas. Asuntos del pasado. Así que pensaba en el futuro. En que se jubilaría dentro de un par de años. Que sería un hombre libre de nuevo. Podría pescar. Enderezar a Sean. Iba a…

Oyó un crujido en la gravilla del río y se giró por instinto. Se quedó mirando hacia los árboles y la abrupta pendiente.

—¿Quién anda ahí? —gritó.

Media vida en alerta permanente, nunca se relajaba del todo. Tanta energía desperdiciada y, a pesar de eso, su mano iba por instinto a la funda que llevaba en el sobaco con la SIG Sauer. En ese momento, la luna asomó entre las nubes e iluminó la orilla, y vio un perro negro. Olav cogió una piedra y se la tiró. El animal desapareció entre los árboles en total silencio. Olav maldijo por lo bajo.

Enrolló el sedal.

Le sonó el teléfono.

Había instruido a Violet para que no lo llamara cuando salía, pero era tan incontrolable como Sean. La llamada provenía de un número que no reconocía.

—¿Sí?

La voz del otro lado tomó aire antes de decir, en un tono muy bajo:

—¿Lechero?

Olav Hanson sintió que se le paraba el corazón.

Treinta años.

A pesar del tiempo transcurrido solo tardó un segundo y tres sílabas en reconocer esa voz.

Tuvo que humedecerse la boca antes de ser capaz de contestar.

—¿Quién llama?

—Noto que sabes quién soy, Lechero. Y que tienes miedo. Eso está bien. Porque así puede que me escuches con más detenimiento. Uno de mis hombres me dice que estáis buscando a Lobo.

—¿Qué? —Lo pronunció «e», puesto que intentó decirlo a la vez que tragaba saliva—. ¿Lobo? Pero si no… está.

—Se ve que sí —dijo la voz—. El MPD lo busca. Es sospechoso de intento de asesinato. Eso solo puede significar que no está en buena forma. Si Lobo de veras ha reaparecido, ni tú ni yo queremos que el MPD lo encuentre. O que lo sometan a un interrogatorio en el que le propongan un trato a cambio de contar todo lo que sabe. Sobre mí. Sobre ti, Lechero. ¿Entiendes lo que estoy diciendo?

Olav lo comprendía. Comprendía que la pesadilla había regresado. El hombre de la cúspide, ese al que llamaban Die Man, no solo porque tuviera diamantes en los dientes.

—¿Quieres que yo…?

—Sí, Lechero, quiero que te asegures de que ese interrogatorio a Lobo nunca se produzca.

Olav Hanson cerró los ojos. Oyó algo de fondo. Una mujer, no, varias mujeres que gemían con excesivo deseo y soltaban sus «¡Oh, sí, fóllame, sí!». Nunca le había preguntado a Die Man por qué lo llamaba Lechero. Podría ser porque Olav era rubio y pálido, claro, o porque los que tenían su aspecto solían ser descendientes de granjeros escandinavos. O porque le sacaba el dinero a la banda, la

ordeñaba. O tal vez podría ser la ironía de poner un nombre blanquísimo a un policía sucio que había hecho lo necesario siempre que la investigación de los asesinatos de las bandas se había aproximado a Die Man y los suyos. No había hecho falta demasiado: tal vez no informar de la declaración de un testigo, o inventarse algo que apuntaba a otra autoría. Puede que una prueba se estropeara por un accidente fortuito. En realidad, nada importante. Y le habían pagado bien. Muy bien. A pesar de eso lo había dejado. ¿Por qué? Empezó con el triple asesinato esa noche treinta años atrás. La niña de la silla de ruedas, el niño pequeño y su madre. Olav no estuvo al frente de la investigación, pero había logrado distraerlos y, sí, después de eso había dormido mal. No tanto como para no seguir ayudando a Die Man un tiempo. Entonces, él mismo fue padre. El jefe de seguridad de Die Man, Lobo, había empezado a masacrar a miembros de las bandas, y Olav tuvo miedo de que lo arrastrara a él también. Tenía que salir, despertar del mal sueño. Lo dejó, se distanció.

Hasta ahora.

Cuando Olav abrió los ojos seguía metido en la pesadilla.

—¿Estás ahí, Lechero?

—Sí, claro.

—¿Entiendes lo que tienes que hacer?

Olav pensó. Puesto que le habían arrastrado treinta años atrás, pensó como en aquel tiempo. De manera que, cuando volvió a abrir la boca, sonó como un estribillo familiar, casi gustoso.

—Claro, pero es cuestión de precio.

Por un momento solo se oyeron los monótonos gemidos de las mujeres. Después, Die Man se echó a reír. Se rio largo rato, con

ganas.

—Buen intento, Lechero. Esta vez creo que vas a hacerlo por ti. Porque no quieres acabar en la cárcel. En especial, querrás evitar esa en la que tengo a mis chicos.

—Escucha… —empezó Olav, pero el otro ya había colgado.

Observó el Mississippi. El río nacía aquí, en Minnesota, y la mierda se iba con él. Por cada estado por el que fluía aumentaba el número de cadáveres, hasta que el agua sanguinolenta llegaba al mar y la probabilidad de morir con una bala dentro era tres veces mayor que aquí. Sería por eso por lo que la probabilidad de que un asesinato quedara impune también era más alta allí. Una nube se deslizó delante de la luna, todo volvió a quedar en negro, y por un instante sintió un deseo casi incontrolable de lanzarse a la corriente y dejarse llevar. Pero no quería. Deseaba sobrevivir. Esa maldita supervivencia acabaría por costarle la vida un día, claro, pero todavía no. Estiró la rodilla mala. Había trabajado y hecho esfuerzos, casi todo había sido una labor honesta. Había sufrido, le habían quitado oportunidades, la vida era injusta, la muerte también.

«Sí, pero es una cuestión de precio».

Sí, esas fueron sus palabras textuales la primera vez, cuando tomó la decisión y abrió la caja de Pandora. Escupió al río y vio la mancha de espuma blanca irse en la noche. Vale, por cojones que esta vez no sería él quien se hundiera.

19

QUINIENTAS YARDAS. OCTUBRE DE 2016

En la tienda había un Pato Donald. El sol de la mañana trazaba una línea sobre su pico. En la frente le habían dibujado una diana y sostenía una pistola apuntándome. Me acerqué al mostrador. La pared del fondo estaba decorada con rifles a la venta. Tenían cargadores y culatas que te hacían pensar en Irak y Afganistán más que en la caza de venados. En un poste, colgaba un cartel publicitario con la foto de una metralleta y este texto: «Porque a veces lo único que te hará sentir mejor es disparar una metralleta».

Un hombre con una gorra con estampado de camuflaje y una camiseta con la frase TOTAL DEFENSE se acercó a mí.

—Bienvenido a Mitro —dijo—. ¿En qué le puedo ayudar hoy, caballero?

—He reservado una sesión con un instructor a las once.

El hombre miró algo que tenía en el mostrador.

—¿Señor… Jones?

—Correcto. Tengo problemas con objetivos que están en terrenos bajos.

—Sí, eso dice, ya lo veo. ¿Eso que lleva ahí es un rifle?

Asentí y levanté el plástico de burbujas.

—En ese caso solo cogeré algo de munición. Sígame. Me llamo Jim.

—Tomas.

Se me escapó sin más. No es que fuera un error grave, pero debía tener cuidado, estar en guardia ante indicios de fallos en la concentración. Pensar, pensar todo el tiempo.

Jim me condujo al exterior. Pasamos por delante de dos campos de tiro convencionales, uno para disparar con escopeta de perdigones a palomas de arcilla y otro con dianas con forma humana. Un campo de trescientas yardas para rifle convencional, explicó Jim. Dos adolescentes, sonrientes y armados, nos saludaron atentos desde un montículo, él vestido con una chaqueta inspirada en la bandera de su país, ella con un jersey con la leyenda A FAVOR DE LAS ARMAS.

—Ey, Ola. ¿Podríais Sigrid y tú tomaros un descanso en la cafetería?

Asintieron y se marcharon. Detrás del montículo, en la llanura, había un tabique de madera con dianas convencionales, redondas.

—¿Me podrías dar detalles de tu dificultad, Tomas?

Le repetí que tenía la impresión de que no ajustaba correctamente la mira a la diferencia de altura entre el objetivo y yo.

—Comprendo. —Jim asintió muy serio, como un sacerdote con el que acabara de confesarme—. No te preocupes, Tomas, tú y yo vamos a resolver esto aquí y ahora.

—Gracias —respondí, pues no se me ocurría nada más que decir.

—¿Me dejarías ver tu postura de tumbado, Tomas?

Desenvolví el rifle y me tumbé sobre una de las colchonetas de goma.

—Apunta y respira —dijo Jim.

Hice lo que me pedía. Dio la vuelta y se colocó a mi espalda, soltó unos gruñidos mientras empujaba mi cuerpo allí y allá con toquecitos del pie. Después se tumbó a mi lado en la otra colchoneta.

—Bueno —carraspeó y siguió—: Hay trescientas yardas hasta esas dianas, y están bastante más bajas, como puedes ver. Mucha gente se sorprende y protesta cuando les digo que, aunque el objetivo esté a más o menos altura que tú, debes apuntar más bajo de lo que harías normalmente. Lo aceptan en los casos en los que la diana está más baja, pero no que deban apuntar más bajo cuando está más alta. Su sentido de la lógica se rebela…

—Yo no protesto, Jim, solo quiero…

—… porque no comprenden que la trayectoria de un tiro horizontal se ve más afectada por la fuerza de la gravedad que uno pegado al aire o derecho al suelo. Imagínate un…

—Sé todo eso, Jim. Solo tengo una pregunta concreta.

—Imagínate que estamos tumbados sobre una colina a trescientas yardas de un ciervo que está sobre una llanura en la que…

—Cuatrocientas yardas.

—¿Perdón?

—El ciervo está a cuatrocientas yardas y a un ángulo de quince grados con respecto a mí.

—Bien, veamos el ejemplo de las trescientas yardas.

—No.

Jim parecía desconcertado, lo había descolocado. Vi que su mente buscaba una manera de seguir con la lección que tenía aprendida, interiorizada y perfeccionada.

—No recomendaría a un novato disparar a un ciervo a más de trescientas yardas —dijo Jim—. A trescientas ya estás tonteando con lo que llamamos *maximum point blank range*, sea cual sea la munición que elijas. A más distancia, la bala se verá tan afectada por el tiempo que haga, por el viento, que habrá un riesgo elevado de que un principiante hiera al animal o solo lo asuste, y no querrás eso, Tomas.

Me quité las gafas de sol. Nuestras miradas se encontraron.

—Cuatrocientas yardas —repetí—. Solo quiero saber si mis cálculos son correctos, o si he pasado algo por alto.

Inspiró. Pestañeó.

—Como quieras —murmuró, empujó su gorra hacia la nuca y se concentró, o al menos empezó a mover la mandíbula como si rumiara algo.

Esperé. No tenía prisa.

Rodó hasta ponerse de lado, sacó el teléfono y utilizó la calculadora.

—Serían 386 yardas —dijo—. Debes apuntar como si la distancia fuera de 386 yardas.

—Eso creía.

—Bien. ¿Qué me dices, Tomas? ¿Probamos a disparar a la diana de allí abajo a la izquierda?

Me encogí de hombros.

—¿Coordenadas?

Me informó del ángulo y de la distancia, le dije que no necesitaba saber el coseno, lo había memorizado para cada ángulo. Tampoco precisaba una calculadora para estimar cuánto debía bajar la mira.

Observé las banderas de la tienda a nuestra espalda. Me tumbé en la esterilla, cargué, ajusté la mira.

—Dispara cuando quieras —dijo Jim.

Tomé aire, lo retuve. Visualicé el rostro de Cody Karlstad tal y como aparecía en la foto, con una diana en la frente como la del Pato Donald. Que nos apuntaba con una pistola a mí, a mi esposa y a mis hijos. Disparé. Cargué. Disparé. Cargué. Estaba tan hermosa cuando se reía, y, cuando su corazón sufría, el mío también lo hacía. Me pasaba a menudo, puesto que el suyo se veía afectado por cualquier minucia, un extraño que le daba pena, o la manera en que caía un rayo de luz y le recordaba a un tiempo que ya no volvería.

—Está vacío —dijo Tim.

—¿Qué?

—El cargador. Está vacío. Puedes dejar de apretar el gatillo.

—Claro. —Puse el rifle a un lado y me levanté.

Bajamos por la ladera hasta la diana.

—No está nada mal —comentó Tim.

Los cinco tiros ocupaban un radio de entre cuatro y seis pulgadas.

—Podría ser mejor —dije y vi que se habían repartido en horizontal y no en vertical—. ¿Algún consejo?

—Trabaja tu postura y las técnicas de respiración, pero tienes un disparo natural, bueno. Pon esto en casa, Tomas.

Desprendió la diana de papel, la enrolló y me la dio. Supuse que lo hacía con todos sus clientes, les regalaba un trofeo, algo que pudieran llevarse de la cacería.

Volvimos a subir por la ladera. Envolví el rifle en el plástico de burbujas mientras Jim me miraba.

—¿Qué vas a cazar? —preguntó por fin.

Seguí empaquetando.

—¿Por?

—Un M24. No es que no sirva para cazar, en principio es un arma de caza. Con unos ajustes.

—Alimañas —dije sin levantar la vista.

—No había oído eso. —Jim soltó una carcajada.

Yo no me reí, me levanté y empecé a caminar deprisa hacia la tienda. Oí que Jim me seguía.

—No es que sea asunto mío, Tomas, pero sabes que el lobo es una especie protegida, ¿verdad?

—¿Lo es?

—Sí. Pero no te preocupes, no tengo intención de chivarme. Se han visto lobos en Cedar Creek, y eso está solo a media hora de Downtown, joder, y vivimos en un país libre en el que la gente tiene derecho a defenderse, esa es mi opinión. ¿O no, Tomas?

—Claro que sí —respondí.

Pagué en efectivo en la tienda. Mientras Jim contaba el cambio, oí que alguien entraba. No sé por qué me di la vuelta, puede que fuera por sus pasos, por su manera de carraspear o por una voz áspera que decía algo. Eran dos policías de uniforme, un hombre y una mujer. Sentí que se me aceleraba el corazón. Acepté el cambio, me coloqué el rifle debajo del brazo, bajé la vista y salí con paso firme. En el aparcamiento vi el coche patrulla vacío. Pensé que no era raro que la policía acudiera a un campo de tiro, supuse que practicarían ahí. A pesar de eso, seguí caminando más deprisa que en condiciones normales. Cuando oí una voz áspera que gritaba «¡Señor! ¡Espere!», supe que, por muy elaborados que sean tus

planes, ya fueran para el futuro de tu familia o para compensar su pérdida, estabas perdido ante las casualidades.

¿Debía parar? ¿Correr? ¿Arrancar el plástico de burbujas del rifle y atacar?

Me detuve. Me giré despacio.

Vi que el policía se acercaba a la carrera. Aún no había sacado la pistola de la funda de la cadera, pero llevaba algo en la mano. Me preparé sin saber muy bien para qué. El agente me alcanzó.

—Jim dice que se ha olvidado esto, caballero.

Ahora veía lo que el policía tenía en la mano. La diana. Me la debía de haber dejado encima del mostrador.

—Muchas gracias —dije e intenté obligarme a sonreír mientras la metía entre el plástico de cualquier manera.

—Servicio del MPD —se rio el policía.

Vi que era un hombre que me podría haber caído bien, y yo también me reí. Me reí porque no tenía ni idea de que se encontraba cara a cara con la persona que dos días antes había pegado un tiro a un traficante de armas de Jordan y que dentro de unas horas volvería a atacar. Que, esa vez, el rifle que aquella persona llevaba bajo el brazo, envuelta en plástico de burbujas, iba a convertirse en un arma asesina.

20

LOS OJOS. OCTUBRE DE 2016

Eran las dos y media cuando la campanilla de la puerta de Town Taxidermy repicó.

Mike Lunde salió por una puerta de detrás del mostrador, con las pequeñas gafas de cerca subidas a la frente.

—Detective Oz —saludó sonriente y se secó las manos en un delantal azul de tela gruesa.

—Buenos días. —Bob miró a su alrededor. Salvo por los animales, el local estaba tan vacío como la vez pasada.

—¿En qué te puedo ayudar?

Bob sonrió y dio unas palmaditas a un ciervo de cola blanca.

—Me preguntaba si te parecería bien que me quedara aquí un rato. —Lunde miró a Bob con gesto de sorpresa—. No tenemos más pistas de Gomez —explicó Bob—. Este es el único lugar en el que podemos suponer que volverá a aparecer.

—Eres bienvenido —dijo Lunde—. Pero yo no me haría muchas ilusiones, como se suele decir. No tengo concertada ninguna cita con Tomas.

—Lo sé.

—Bien. ¿Un café?

Bob siguió a Lunde por la puerta de detrás del mostrador a lo que evidentemente era un taller. Era una estancia amplia, con varias mesas de trabajo y herramientas colgadas de las paredes. El olor, que probable fuera pegamento, le recordaba a algo de su infancia, algo relacionado con las Navidades y chucherías, solo que más intenso. En el suelo había cuatro estructuras de poliestireno, de un blanco amarillento, que Lunde cambió de sitio para que Bob se sentara. Una de ellas recordaba a un ciervo, mientras que las otras eran mamíferos de menor tamaño, Bob supuso que un lince y un lobo.

—¿Qué es esto?

—Los llamamos maniquíes —dijo Lunde mientras servía café de una jarra con manchas negras—. Los encargamos y nos los traen con la forma adecuada.

—Eso es trampa.

Lunde se echó a reír y le pasó a Bob una taza con el nombre de ASOCIACIÓN NACIONAL TAXIDERMISTA.

—Todavía tengo que rebajarlos un poco donde ves que he puesto unas cruces. Pero, sí, se acabaron los tiempos en los que utilizábamos formaldehído y las partes blandas del animal. Ahora solo empleamos la piel y las cornamentas. A veces los dientes, si el cliente lo pide.

Lunde se acercó a la cabeza y el cuello de un ciervo, que estaban montados en un soporte. La piel que rodeaba el hocico y los ojos había sido taladrada por lo que parecían agujas de acupuntura. Empujó una bolita de arcilla al interior de una de las cuencas de los ojos, abrió un cajoncito de un contenedor de plástico y sacó dos ojos.

—¿Plástico?

—Cristal. Estos son un encargo especial. Me esmero mucho con los ojos. Algunos de mis proveedores opinan que en exceso. —Lunde se rio y empujó un ojo hacia la arcilla. Lo miró y lo giró un poco—. El ciervo tiene las pupilas horizontales —explicó.

—¿Por qué horizontales?

—Para ver el horizonte completo de un solo vistazo. Son presas.

—Buscan depredadores.

—Exacto.

Tras colocar ambos ojos y rodearlos de más arcilla para darles forma, Lunde se sentó junto a una de las mesas de trabajo, levantó una piel y le mostró a Bob un agujero.

—Agujero de bala.

Cortó el agujero desde el reverso de la piel y empezó a coserlo. Quemó el extremo del hilo con un mechero.

—Este lugar es muy silencioso.

—Sin duda —dijo Lunde, se aproximó al maniquí de ciervo, aplicó pegamento a la arcilla que rodeaba los ojos y colocó la piel encima. La pasó por la cabeza del animal como si fuera un jersey—. De momento parece una mula —dijo y levantó las orejas que colgaban —. Eso lo arreglaremos después.

—¿Cuánto tiempo te lleva…, eh, fabricar un animal?

—Varía mucho. Entre una semana y seis meses. Una cabeza como esta da mucho menos trabajo que si quisieras el animal entero. Son muchos procesos que llevan tiempo. Desollar, salar, secar la piel. Y luego tengo que encontrar su expresión.

Cogió un escalpelo de la mesa y empezó a cortar e insertar piel blanca alrededor de los ojos.

—A este, por ejemplo, debo conseguir conferirle una expresión pacífica. Lo que llaman un macho alfa.

—¿Ah, sí?

—Es así como el cliente recuerda el animal cuando le disparó y es así como me lo ha encargado.

—Un cazador que quiere eternizar el instante en que triunfa sobre un animal que creía tener el control —dijo Bob.

—Así dicho resulta hasta poético. Y, en este caso, bastante preciso.

—¿Y lo consigues? ¿Conferirle al animal una expresión auténtica?

—Bueno —dudó Lunde—. No sé si es auténtica. ¿Qué siente un animal? Tengo que recurrir a mi imaginación, y seguro que acabo por darle una expresión humana. En cualquier caso, el arte está en observarlo a través de los ojos del cliente. Mostrar lo que el cliente desea ver.

—¿Qué pasa si no te gusta lo que el cliente quiere ver?

Lunde se encogió de hombros.

—Soy como un peluquero. El cliente decide cómo quiere peinarse. Pero algo puedo hacer, dentro de los límites que me imponen, algo que supere las expectativas de quien me hace el encargo. Su satisfacción es la mía.

Lunde levantó la vista. La campanilla de la puerta había sonado de nuevo. Salió y Bob fue tres pasos tras él.

Había entrado una mujer. Estaba claro que Lunde y ella se habían visto antes, porque hablaban de un encargo de un perro. Lunde explicó que estaba a la espera de recibir unos ojos nuevos, que no estaba satisfecho con los que le habían mandado.

Bob volvió a entrar en el taller y bebió más café. Al cabo de un rato, este regresó y continuó con su trabajo.

Bob cerró los ojos y escuchó el silencio y los leves sonidos que producía el trabajo de Lunde. Contemplar su labor, el resultado que poco a poco iba tomando forma, le relajaba. Era como un medicamento. Más tranquilizador que cualquier pastilla.

—A ti también te gusta observar —dijo Lunde, como si le hubiera leído el pensamiento.

—Puede ser. ¿Por qué dices que también?

—Tomas. Suele sentarse igual que tú. No dice gran cosa, pero a veces me hace preguntas sobre las técnicas que empleo. Cuestiones que me hacen pensar que sabe tanto de taxidermia que podría ocuparse del gato él mismo. Se lo pregunté. Me respondió que no sabe nada de la profesión, que solo es un hombre con sentido práctico. —Lunde sonrió—. Puede que tenga motivos ocultos, a lo mejor vino con el gato para robarme mis trucos.

—Motivos ocultos —repitió Bob—. Como los X-11.

—¿X-11? —Lunde cambió a un escalpelo menor.

—Sí. Creo que se infiltró en X-11 para vengar el asesinato de su familia.

—¿De veras?

—Les contó una mentira sobre que trabajaba para un cártel del narcotráfico del sur de la frontera y que lo mandaron aquí a esconderse de la policía. No había información que pudiera dejar a Gomez al descubierto y la X-11 se creyó su historia. Se aseguró de acabar con traficantes, tanto de la X-11 como de otras organizaciones, promoviendo enfrentamientos entre las bandas.

Cuando los jefes lo retiraron de la primera línea prosiguió con la venganza en sus propias filas.

—¿Sin que lo descubrieran? —Lunde dio un paso atrás y contempló el resultado de su labor.

—Uno de cada cuatro camellos muere al cabo de cuatro años. Piénsalo un poco. En este país, un preso condenado a muerte tiene menos probabilidades de ser ejecutado que un vendedor de crack de que le peguen un tiro en la calle. Como responsables de la X-11, están acostumbrados a las bajas. Supongo que no reaccionarían al momento. Cuando comprendieron la conexión echaron a Gomez. Parece que después de eso dejó de matar.

—Hum. Eso lo sabes, Oz, ¿o son lo que llamaríamos especulaciones?

—Dejémoslo en una «especulación cualificada». Si lo dejó, solo me pregunto por qué empezó de nuevo. ¿No obtuvo venganza suficiente para su familia? ¿Lleva en su interior una ira reprimida que se desencadenó de nuevo por algún motivo? Por la muerte de su gato, por ejemplo. Mucha gente pierde el control cuando pierde a alguien, ya sabes, alguien próximo y querido.

—Puede que tengas razón, sí. —Lunde volvió al banco de trabajo y limpió los escalpelos.

—Lo que me extraña un poco es que fallara por tanto margen al disparar a Dante —prosiguió Bob—. La distancia solo era de trescientas yardas, y la funda era de una M24 con mira telescópica, del mismo tipo que utilizan los francotiradores en Afganistán y la policía.

—¿A lo mejor no tenía mucha práctica con el rifle?

—Cuando preparas un atentado con tanto detalle como hizo Gomez, estás muy seguro de que vas a acertar. No hacía más viento de lo normal y la distancia era demasiado corta para que la temperatura influyera. Si hubiera cometido el error de un principiante de no tener en cuenta la diferencia de altura, habría disparado demasiado alto, no demasiado bajo.

—A lo mejor se puso nervioso y tembló. Muchos de los cazadores que vienen por aquí hablan de los temblores del cazador. Y, hablando de caza, he terminado con este por hoy. —Lunde se quitó los guantes—. Ha llegado la hora de trabajar *con amore*.

—*¿Con amore?*

—Trabajo por amor. Ven.

Bob siguió a Lunde a un taller más pequeño. Solo había una mesa de trabajo con un maniquí completamente distinto a los del taller grande encima.

—Taxidermia al modo antiguo —dijo Lunde pasando la mano por la figura hueca con silueta de lobo—. Madera, algodón y alambre. Lo cubriré con una piel limpia como las de allí, pero en este caso también emplearé el cráneo del animal. —Señaló un cráneo que estaba en un pequeño acuario lleno de serrín.

—¿Por qué?

—Por deseo del cliente.

Bob hizo una mueca.

—Sé algo de cadáveres, Lunde. Si queda un resto, por pequeño que sea, de materia orgánica dentro de esa cabeza, se pudrirá y apestará.

—Así es. Por eso el cráneo está en esa caja de cristal.

—¿Ah, sí?

—Dentro de ese cráneo hay una colonia de escarabajos carnívoros que primero lo limpiarán por completo. —Bob observó el cráneo y escuchó—. No —rio Lunde—. No podrás oírlos.

—Vale. ¿No podrías seguir un método más sencillo?

—Sí, claro, podría haber congelado en seco a todo el animal y habérselo devuelto entero al cliente.

—¿Por qué no lo has hecho?

Lunde levantó la tapa de la vitrina y acercó un ojo de cristal a la cavidad correspondiente.

—Para empezar, sería demasiado caro. Además, el animal tendría que estar en un congelador especial durante meses. Y los parásitos de las alfombras suelen devorar los cadáveres. Por último, crear estas formas aporta algo, transmite emociones. —Lunde levantó sus manos esbeltas y largas—. Como si la visión estuviera en los ojos y en las yemas de los dedos, y, sin darte cuenta, se transmitiera al trabajo en cuestión.

Bob observó una hilera de trofeos en un estante. Encima había una foto.

—¿Foto familiar? —preguntó Bob.

—Sí. Mi abuelo, mi padre, yo y mi hermana Emily. Todos taxidermistas. El abuelo y mi padre han muerto, pero mi hermana y yo seguimos.

—¿A la antigua usanza?

Lunde se encogió de hombros.

—Si se presenta la ocasión. No somos muchos los que aún lo hacemos. —Rio entre dientes—. Emily y yo hemos comentado que deberían disecarnos por ser una especie en peligro de extinción.

—A veces sientes… —Bob se pasó la mano por la cara—. ¿No sientes de vez en cuando ganas de rendirte?

—¿Rendirme? —Lunde miró pensativo a Bob largo rato—. No. Siempre hay una razón para continuar. —Alargó la mano hacia el maniquí—. Este, por ejemplo, intuyo que será mi mejor obra hasta la fecha. Mi obra maestra.

Bob la observó.

—Parece un lobo estupendo, Lunde.

—¿Lobo? —Lunde puso un gesto triste—. Oh, no, ya he fracasado. Se supone que es un labrador retriever.

—Tu obra maestra… ¿es un perro?

Lunde sonrió.

—Ya, ya sé lo que estás pensando. ¿Por qué no un oso o un ciervo, mejor? Piensa lo siguiente: la exigencia que supone un labrador es tremenda. Todo el mundo ha visto uno y suele tener una idea bien fundamentada de cuál es su aspecto real. El problema, como siempre, son los ojos. —Lunde le mostró los ojos de cristal—. No están mal, pero les falta…vida

—Los ojos de los búhos de la tienda tienen vida.

—¿Verdad que sí? —La voz de Lunde había adquirido un entusiasmo casi infantil—. Los he hecho yo mismo. De cerámica. Te da la sensación de que te miran, ¿verdad?

Bob se agachó y observó dos fotografías que estaban junto al maniquí del perro.

—¿Es este labrador retriever?

—Sí.

—¿No está un poco más…, eh, gordo que el maniquí?

—Desde luego. El encargo proviene de una familia muy rica y he pensado darles su mascota tal como ellos la recuerdan, joven y esbelta. Lo llamamos «idealización», embellecemos los retratos del mismo modo que hacían Van Dyck, Rubens y Da Vinci. El arte no está en el parecido.

—Entonces ¿dónde está?

—En crear el relato. —Lunde volvió a dejar los ojos en el sobre—. ¿Has oído hablar de John Hancock? No me refiero al de la Declaración de Independencia.

—La verdad es que no.

—No, supongo que ha caído en el olvido. Digamos que es el padre de la taxidermia moderna. Mostró unos pájaros en la exposición universal de Londres en 1851 y la gente se quedó impresionada por el parecido anatómico, claro. Pero lo asombroso era, como dijo uno de los jueces, que provocaban emociones. ¿Comprendes? Hancock elevó la taxidermia a la categoría de arte.

—¿Quieres decir que los animales disecados son un arte?

—Permíteme que te lo muestre.

Bob siguió a Mike Lunde a la tienda. Sacó de las estanterías dos grandes libros sujetos por un par de conejos disecados.

—En la Inglaterra de la era victoriana, en los hogares con recursos económicos, era tan corriente tener animales disecados como óleos —dijo Lunde—. Se fue extendiendo la costumbre y, hacia la segunda mitad del siglo XIX, Walter Potter creó la llamada «taxidermia antropomórfica». Vestía a los animales con ropa y los colocaba en situaciones divertidas propias de los humanos.

Bob observó las fotografías a toda página según Lunde las iba pasando. Una de unas ratas vestidas de persona, que discutían

alrededor de una mesa de póquer mientras una rata con uniforme policial entraba a la carrera. Otra de una clase llena de conejos, que ocupaban educadamente los pupitres. Los montajes tenían cierta ternura, a la vez que había algo más que Bob no fue capaz de discernir sobre la marcha.

—Las exposiciones de Potter y otros taxidermistas atraían más público que las representaciones teatrales más populares o los encuentros deportivos. Después, los taxidermistas empezaron a añadir detalles grotescos, como corderos de dos cabezas y pollos con cuatro patas. De ahí parte una línea directa hasta llegar aquí… —Lunde señaló el otro libro—. La contribución de nuestra ciudad, Mineápolis.

El título de la cubierta era *Taxidermia dura*. Pasó las páginas. Un oso disecado montado en un frigorífico que se hunde. Una ardilla que levanta algo parecido a un corazón pequeño.

—Perdóname —dijo Bob—. Esto es simplemente… espeluznante, ¿no?

Lunde rio por lo bajo.

—Estoy de acuerdo en que es escalofriante, también algo más. Es una expresión artística, un relato.

—Pero… —objetó Bob—. ¿No te afecta de alguna manera pasar tanto tiempo entre animales muertos?

Lunde lo pensó.

—No lo sé, lo mismo hacen los cocineros. La diferencia es que nosotros intentamos devolver a los muertos a la vida. Es una tarea existencial, y te afecta, supongo, todas esas horas que pasas tú solo intentando disimular la muerte.

—¿Quién ha hecho esto? —quiso saber Bob y señaló una de las imágenes. Era un águila sobre una rama. En un ala llevaba un revólver con el que se apuntaba a la cabeza.

—Ah, ese es Anonymous. Quiero decir que lo llamamos así entre taxidermistas. Él, o ella, suele dejar con frecuencia sus obras en público, casi siempre de noche, sin firmar, y eso es todo lo que sabemos. Esa águila estaba en un árbol delante de las mesas de pícnic del parque Minnehaha, y por supuesto se montó cierto revuelo, porque el águila marina de cabeza blanca es una especie protegida.

Empezó a llover. Miraron hacia la calle. Los sonidos cambiaron. Las ruedas de los coches salpicaban sobre el asfalto mojado. Los pasos en la acera iban más rápido. Una conversación en voz alta se apagó.

—Cuando Gomez y tú conversabais de soledad, ¿de qué hablabais?

—Bueno, de bastantes cosas —dijo Lunde y devolvió los libros a su sitio—. Por qué resulta tan dolorosa la soledad. Ninguna de nuestras necesidades básicas exige la presencia de una o más personas. Respirar, comer, trabajar, conseguir comida y ropa, enfermar, sanar de nuevo, cagar, mear, dormir. Desde el punto de vista de la naturaleza somos perfectamente capaces de vivir una vida larga y del todo satisfactoria por nuestra cuenta. Sí, muchas veces mejor que si nos incorporamos a un grupo y, de manera voluntaria o no, permitimos que los demás controlen nuestras necesidades. A pesar de eso, nadie se pregunta si el final de Robinson Crusoe, cuando lo encuentran, es un final feliz o no. Piénsalo. Se ha organizado bastante bien en la isla. ¿Qué garantía tiene de que su vida será igual de agradable cuando tenga que

volver a convivir con otros? Renuncia a la libertad, a sus ratos diarios de natación, a un territorio propio con acceso ilimitado a alimentos, sin horario laboral ni jefes. ¿A cambio de qué? Pero ni siquiera nos lo planteamos, damos por hecho que todos estamos dispuestos a renunciar a cambio de una cosa: estar con otras personas.

—Si no necesitamos a los demás, ¿por qué la soledad es tan insoportable?

—¿Tú qué crees?

—La biología. Si a todos nos pareciera bien estar solos, no nos reproduciríamos.

Lunde apuntó con el pulgar a una bandeja de cristal con mariposas que tenía colgada en la pared

—Algunas especies se encuentran solo para reproducirse.

—Pues la economía. Todos tenemos más probabilidades de sobrevivir si colaboramos.

Lunde rio por lo bajo.

—Tú y esa economía tuya. La economía no lleva a la gente a la locura. Pero la soledad sí. ¿O no?

—¿Qué?

—La soledad es una experiencia bastante novedosa para ti, Bob, ¿me equivoco?

Bob no respondió. Mike Lunde volvió a sonreír de un modo que Bob creyó recordar, una vaga reminiscencia de su infancia que no lograba situar. Sonó la campanilla.

Un hombre trajeado que parecía recién salido de uno de los rascacielos de Downtown West entró por la puerta. Bob observó cómo el cliente le explicaba a Lunde que quería disecar un trofeo de caza, un rinoceronte negro. Había oído decir que Lunde era el mejor.

Lunde lo descartó con amabilidad y dijo que no trabajaba con rinocerontes. El hombre insistió y quiso saber por qué. Mike Lunde respondió con sencillez que no aceptaba especies en peligro de extinción. El cliente se puso colorado y afirmó haber obtenido el permiso de las autoridades de Namibia, que permitían cazar cinco ejemplares al año, y que tenía permiso de importación. Lunde le dio la enhorabuena, Bob no sabría decir si lo decía con ironía, y afirmó que el rinoceronte negro estaba en la lista negra de los taxidermistas, «con perdón por la redundancia». El hombre objetó que no era ilegal, que había pagado un cuarto de millón de dólares por el permiso de caza en una subasta en Dallas, y que el dinero iba destinado a preservar a los rinocerontes negros, y que también estaba dispuesto a pagar muy bien por un buen trabajo de taxidermia.

—Lo lamento —dijo Lunde cordial pero decidido—. Vuelva si quiere con otro animal.

La campanilla sonó cuando el hombre salió por la puerta.

Mike Lunde suspiró.

—¿No podrías haber aceptado ese encargo?

—Quizá. Los dilemas éticos me provocan dolores de cabeza. Puesto que te tengo por aquí, ¿podrías ayudarme con un lince hembra?

Entre los dos lograron bajar una hembra de lince que estaba sobre una rama atornillada a la pared. Lunde roció el pelaje con un espray. Bob se acercó a la bandeja de las mariposas.

—¿Cuántos años tienen?

—¿Las mariposas de mi padre? Cuarenta o cuarenta y cinco años.

—Es fantástico cómo conservan el colorido.

—El abuelo decía que las alas de las mariposas no empalidecen como otros cuerpos sin vida, que son un recuerdo de los vivos. Los colores se hacen más intensos con cada año que pasa.

Bob asintió. Observó las mariposas mientras Lunde secaba la hembra de lince con un pañuelo de papel. Dudó. Pero acabó por preguntar:

—¿Qué te hace creer que estoy solo?

Lunde siguió secando un rato antes de contestar:

—Se ve en los ojos. Siempre en los ojos. Lo vi en cuanto entraste, llevabas lo mismo que Tomas en la mirada. Pérdida. Ira. Desesperación. Soledad.

—¿A él también le dijiste que estaba solo?

—¿A Tomas? Lo dijo él.

—¿Qué dijo sobre estar solo?

—Mucho. Que lo estaba volviendo loco.

—¿Tú crees que está loco?

Lunde se encogió de hombros.

—Eso parece, ¿no? La gente normal no mata. Bueno, lo mismo podría decirse de los que asesinaron a su familia. No creo que tu hombre sea peor o mejor persona que otros, solo ha tenido muy mala suerte. Su mundo quedó destruido. Dijo que lo que más le enfadaba era que esos imbéciles no lo hubieran matado a él, el único que podía suponer un peligro para ellos.

—Sí —dijo Bob—. Entiendo lo que quiere decir.

—¿Me ayudas un poco más?

Después de dejar el lince en su sitio, volvieron a sentarse en el taller, y Lunde siguió trabajando. Bob se quedó dormido con la cabeza apoyada en la pared. Soñó. Era el mismo sueño. Sujetaba

una pistola y disparaba contra una cabecita de cabello claro, fino, rizado. Se despertó y oyó que Lunde hablaba por el móvil.

—Sí, ahora salgo. —Bob oyó una voz de mujer al otro lado y una sonrisa se abrió paso por el rostro de Mike Lunde—. ¿Albóndigas? Mmm, me apetecen un montón.

Colgó.

—Disculpa —dijo Bob, se incorporó en la silla y se secó la saliva de las comisuras de los labios—. No dormí mucho anoche.

—Has dormido bien. Me alegro.

—Albóndigas, me ha parecido oír. ¿Con salsa, patatas y puré de guisantes?

—Pues sí —sonrió Lunde—. ¿Y tú?

—Adivina.

Lunde ladeó un poco la cabeza y miró a Bob de reojo.

—Apuesto a que vas a cenar solo y te da igual dónde o qué.

—Has dado en el clavo. —Bob vio que Lunde dudaba. Como si estuviera considerando la posibilidad de invitar a Bob. Puede que leyera la advertencia en la mirada de Bob para que no lo hiciera—. Una cosa más —dijo Bob—. Dijiste que no sabes si Gomez tiene teléfono, pero lo que es seguro es que tiene tu número de móvil, puesto que figura en tu tarjeta de visita. Sabe que lo estamos buscando, así que puede que no se arriesgue a presentarse aquí, pero sí que te llame.

Lunde asintió.

—Supongo que tienes razón.

—¿Me prestas tu teléfono unos segundos?

Lunde lo desbloqueó marcando el pin y se lo pasó a Bob, que entró en la web y descargó una aplicación.

—Con esta app puedes grabar las conversaciones de tu teléfono con solo presionar una tecla y sin que el otro lo sepa. Es increíble lo que los técnicos pueden saber por los sonidos de fondo y la voz de grabaciones como esa.

—¿No me digas? —Lunde miró su teléfono con gesto escéptico.

—Al menos tendrás la opción —dijo Bob—. En cualquier caso, gracias por permitir que me quedara.

Lunde cerró la puerta de la tienda a su espalda. Había dejado de llover, pero pesadas nubes del color de los humos de un tubo de escape seguían cubriendo el cielo. La acera se estaba secando. Bob inhaló el aire. Recordó su infancia, cómo todas las sensaciones sensoriales eran tan intensas, cómo hasta lo más trivial resultaba casi sobrecogedor, el peculiar olor y el sabor del vapor de la lluvia sobre el asfalto. Ahora no le olía ni le sabía a nada. Pensó en los ojos. El problema son los ojos.

21

CENTRO COMERCIAL DE SOUTHDALE. SEPTIEMBRE DE 2022

Estamos ante un semáforo en rojo en Edina, que, desde un punto de vista técnico, es una ciudad independiente. El taxista, que según me ha dicho se llama Gabriel, me cuenta que cree que el alcalde de Edina también tiene algo de noruego. Yo estoy más interesado en lo que no reconozco del entorno. ¿A dónde ha ido a parar mi Southdale Mall? Gabriel me explica que mi centro comercial está oculto por todos los edificios nuevos, que sigue ahí detrás. Me mira por el retrovisor.

—¿Por qué quieres escribir precisamente esa historia?

—Soy autor de novela negra.

—Y yo, taxista. Pero no me voy a Nueva York a conducir por calles que no conozco.

Asiento y dudo. ¿Por qué no? Carraspeo y digo:

—El héroe de mi historia, si es que podemos llamarlo así, era mi primo. Supongo que quiero que alguien cuente lo que pasó.

—¿Era? ¿Ya no está vivo? —No respondo—. ¿Te haces rico escribiendo?

Niego con la cabeza.

—Me da para vivir.

—Bien por ti. ¿Siempre has querido ser autor de novela negra?

—No. Estudié para sacerdote.

—¿De verdad? ¿No es poco frecuente que un cura escriba sobre crímenes sangrientos?

—No tanto como podría parecer. ¿Has oído hablar de Ronald Knox? Un sacerdote católico que formuló los diez mandamientos de la novela negra.

Gabriel niega con la cabeza.

—¿Como en «no matarás»?

No puedo contener la risa.

—Como en que el asesino debe aparecer desde el principio de la historia, pero no podemos saber qué piensa.

—Y tú, ¿obedeces ese mandamiento?

—De ninguna manera. Dejo que el lector siga los pensamientos del asesino como yo los imagino. Ahora estoy escribiendo *true crime*, no son novelas de detectives. En cualquier caso, los mandamientos de Knox no se pueden tomar del todo en serio. El quinto era que no podía aparecer un chino en la historia.

—¿Y tú has incluido un chino?

Lo pienso.

—No, un chino no.

El semáforo se pone en verde y Gabriel debe concentrarse en la conducción.

Resulta que él tenía razón con respecto al centro comercial, porque, de repente, hemos llegado. Reconozco los edificios de escasa altura con el logo, al igual que los enormes aparcamientos que lo rodean. Cuando venía de chaval, Southdale Mall me parecía

un universo completo. Solo al hacerme algo mayor comprendí que no era un centro comercial especialmente grande, al menos si lo comparabas, por ejemplo, con West Edmonton Mall, que era mayor que el país más pequeño del mundo. En 1956, la inauguración de Southdale supuso el inicio de un desarrollo urbanístico que pronto teñiría toda la nación y, poco a poco, el mundo occidental.

El arquitecto responsable de Southdale y de otros cincuenta centros comerciales, Victor Gruen, emigró cuando Hitler se anexionó Austria, su país natal, en 1938. Llegó a Nueva York con ocho dólares, sin conocimiento alguno de inglés, el título de arquitecto y la idea de construir pequeños centros urbanos donde la gente contara con todo lo que necesita un pueblo tener muy cerca: oficina de correos, panadería, policía, colegio. Ya se sabe que el camino del infierno está empedrado de buenas intenciones, y no deja de ser irónico que un socialista y urbanista convencido como Gruen fuera el arquitecto cuya obra, según mi tío, fue estropeando la Mineápolis en la que él se crio: un centro vivo, dinámico, con tiendas, cultura y vida.

Opinaba que los centros comerciales de Gruen era parásitos que absorbían la vida de las ciudades hasta dejar solo organismos moribundos ahogados por el humo y la criminalidad, la falta de transporte público y la ausencia de humanidad, una colección de fríos fuertes de vidrio y piedra, con oficinas donde la gente trabajaba, pero de donde huía en cuanto terminaba la jornada. Recuerdo que, en una ocasión, mi tío le dijo a mi padre que los centros comerciales como Southdale producían psicópatas, no sé qué querría decir con eso. En cualquier caso, seguro que mi tío halló consuelo en que Gruen se arrepintiera de sus pecados e hiciera

penitencia mudándose de nuevo a Austria para diseñar calles peatonales en el centro de Viena, y en que, dos años antes de morir, renegara públicamente de lo que habían supuesto sus centros comerciales.

La verdad es que yo los adoro.

No se lo digo a nadie, pero aún siento algo de la emoción de mi infancia cuando entro en esas junglas coloridas donde todo te llama a gritos, todos te buscan y el hormiguero de gente sube en fila por las lianas en forma de escalera mecánica a nuevos mundos, como en un juego de ordenador. Allí donde mi tío y mi padre solo veían vulgar comercio, yo siento el placer de sumergirme en el baño caliente de una cacofonía visual y sonora, atravesar un jardín del Edén de tentadoras e inmorales ofertas, sentir cómo podría ser tu vida si tuvieras esto o lo otro, la sensación y la emoción ante el posible pecado, aunque no tengas ni una corona, ni un dólar.

Nos detenemos en el aparcamiento y me bajo. Seis mujeres vestidas con camisetas rojas, que portan carteles, se encuentran bajo los árboles del fondo. Me acerco a ellas. Me explican que son enfermeras de la clínica para mujeres del otro lado de la calle, que están en huelga. Señalo el aparcamiento que está junto al hospital y pregunto si pueden contarme algo de lo que sucedió allí.

—¿Qué pasó? —inquieren.

Se lo explico, pero no han oído hablar de ello. Dicen que seis años son muchos. Antes de la pandemia, antes de Floyd, eran otros tiempos.

Les doy las gracias y me aparto un poco. Cierro los ojos tras las gafas de sol e inhalo el aire, tal vez con la esperanza de sentir el olor de mi infancia. Las ventanillas del coche bajadas y el aroma de los

campos de Minnesota bajo el sol y del puro de papá en el asiento delantero. Y, sobre todo, el olor de los dónuts recién hechos del Southdale Mall.

22

DESIERTO. OCTUBRE DE 2016

Una luz sin matices sobre el desierto. Un páramo enorme que crucé en completa soledad. No vi a nadie más, en ese paisaje monótono y arisco no había indicio alguno de vida. Bueno, supongo que los coches han de considerarse indicios de vida. Y este aparcamiento. ¿Y si habían arrastrado al cielo a toda la humanidad, salvo a mí, gracias a un Jehová generoso? No estaría mal, de hecho, no me dejaría más solo de lo que ya lo estaba. Ese fue mi primer pensamiento al despertar y el último antes de dormirme: que estaba solo. Algunos días no tenía problema; otros, la soledad, su peso, resultaba tan agobiante que creía que iba a aplastarme. No podía permitirlo, aún no. Antes debía acabar con esto. Lo único que me empujaba, lo único que me hacía soportable levantarme por las mañanas, salir a la calle, comerme lo que tenía en el plato. Después, cuando esto estuviera hecho, ¿qué? Entonces, esta eternidad se habrá acabado. Estaremos juntos de nuevo, mi amor. Y descansaré. Descanso eterno. Seguí andando.

Estaba nublado y, en esta época del otoño, la luz del día se habría reducido de manera notable a las seis, que era la hora a la que solía volver del trabajo.

De repente vi una silueta. Estaba junto a su coche, con el maletero abierto. Era una mujer con sobrepeso, a la que le faltaba el aliento, y me la imaginé utilizando su carrito de la compra, lleno hasta los topes, como andador por el desierto.

—Hola —dije.

Su cuerpo voluminoso dio un respingo. Se giró hacia mí y vi pánico en su mirada. Después alivio.

—Ay, Dios mío —gimió.

No lo dijo, pero lo supe. Su primer instinto fue pensar que yo era negro. Un latino le parecería algo menos amenazante. Algo menos. Sonreí.

—Solo quería saber si necesitaba ayuda.

—No, gracias. —Me miró como si eso fuera precisamente lo que necesitaba. Observó mi rostro, luego mis manos. Yo seguí mi camino.

Me llevó un tiempo dar con el gran coche azul, a pesar de que sabía dónde estaba y me orientaba por la farola grande del centro del aparcamiento. Era un Chevrolet Silverado High Country Crew Cab. Eché un vistazo al asiento delantero. Vi que el apoyacabezas estaba a la altura normal. Que el asiento no estaba echado muy hacia delante ni muy hacia atrás. Sequé las gotas de lluvia del parabrisas con la manga, saqué la cinta adhesiva blanca, ancha, especial para deportistas, y arranqué tres tiras. Las sujeté sobre el parabrisas del lado del copiloto, justo bajo el techo. Quedó un cuadrado blanco de unas tres por tres pulgadas. Miré el reloj. Las cinco y media. Disponía de media hora.

23

LA RUEDA DE LA FORTUNA. OCTUBRE DE 2016

Bob aparcó el Volvo pegado a la acera frente al Bernie's Bar. No habían sacado el cartel que anunciaba la hora feliz. Tamborileó con los dedos sobre el volante mientras contemplaba la luz amarilla tras las persianas. Entonces ¿qué había ahí dentro? ¿La hora infeliz? ¿Cómo de infeliz se sentiría Chrissie Hynde si aparecía otra vez tan rápido? Solo había una manera de averiguarlo.

El hombre de detrás del mostrador tenía más pinta de portero de discoteca que de camarero.

—¿Dónde está Liza?

—Hoy no está.

—Eso ya lo veo, te preguntaba…

—He oído su pregunta, señor. ¿Le sirvo algo?

Bob respiró con la boca abierta. Sintió que el zumbido se aproximaba. Dejó su identificación policial sobre la barra.

—¿Quieres contestar a mi pregunta aquí o en comisaría?

El barman contempló la tarjeta mientras servía una pinta de cerveza.

—El niño está enfermo, se ha quedado en casa. ¿Se ha metido en algún lío?

—No —pensó Bob, guardó su identificación y volvió a meterse en el Volvo.

«Soy yo el que tiene problemas».

Presionó la A. Después la L. Miró con gesto sorprendido la I y la C. Luego cayó en la cuenta de que anoche había borrado su nombre de la lista de contactos. Por desgracia, se sabía el número de memoria.

—Stan.

La voz que respondió era grave y serena.

El hecho de que Stan cogiera el teléfono de Alice sin decir más que su nombre significaba, como mínimo, una de dos cosas. Que Alice le confiaba su móvil a Stan, algo que nunca había hecho con él. Que Stan sabía que era Bob quien llamaba y estaba listo para un enfrentamiento. Bob podría rozar el teléfono con el pantalón y fingir que había llamado por error. El zumbido era más fuerte y el zumbido mandaba.

—Buenas noches, gilipollas. ¿Está Alice?

—Te ha pedido que no la llames, Bob.

Bob berreó al teléfono. No sabía ni qué había dicho, todo se fundió a negro durante unos instantes y, cuando volvió en sí, el teléfono había desaparecido. Lo encontró y vio que la pantalla tenía una raja más en una esquina. Intentó teclear, pero era incapaz, no podía estar solo en este momento. Tenía que… Solo sabía sus nombres de pila, sus apellidos eran los lugares en los que las había conocido, por lo general un bar. Por ejemplo, parecía que conocía a dos hermanas apellidadas Riverfront.

—Carol.

—Hola, Carol. Soy Bob. —Silencio—. Bob Oz.

—Ya lo veo. Me estaba preguntando qué podía decirte.

—¿Ah, sí?

—Sé que te follaste a mi amiga la noche siguiente a la que pasamos juntos.

—¿De veras? Es… —Bob miró el teléfono—. ¿Tonya Riv…? ¿Tonya es tu amiga?

—¿Tonya? ¿También te has tirado a Tonya?

Bob se llevó la mano a la frente.

—Vale, Carol, comprendo que me tengas castigado, me lo merezco. No busco acostarme con alguien, solo necesito alguien con quien hablar. Por ejemplo, tomando un café por ahí.

Bob oyó una risa cruda y amargada interrumpida por un iracundo:

—Estás enfermo, tío.

—¿Te refieres a una enfermedad venérea o de la cabeza?

Nunca supo si su chiste tuvo gracia, porque ella ya había colgado.

Deslizó la pantalla hacia abajo. Luego lanzó el dedo también hacia abajo como cuando haces girar la rueda de la fortuna. La lista se detuvo y su mirada cayó sobre un nombre. Dory Anvil. Anvil era un bar, de eso se acordaba, pero de Dory no. No habría sido muy digno de recordar. Era exactamente lo que necesitaba esa noche, alguien a quien no se sintiera obligado a follarse. Llamó.

—Hola, Bob. Por fin.

Bob dudó. Parecía que a ella le había resultado más especial que a él. Podría ser que quisiera repetir. Por otra parte, no parecía que fuera a decir que no a volver a verse.

—Hola, Dory.

—¿Me has echado de menos? —Su voz sonaba afectada y aguda, como una mujer mayor fingiendo ser menor.

—Muchísimo —dijo Bob y se dio cuenta de que, de manera inconsciente, estaba tratando de imitar la comedida ironía de Mike Lunde.

—Entonces ¿por qué no me has llamado?

—Bueno, déjame que te lo explique, es que perdí tu número de teléfono y…

—¡Qué gracia, justo lo que pensaba! —Su risa adoptó un tono tan chillón que parecía que le estuvieran trepanando el cráneo con una sierra circular—. Por eso te mandé un mensaje de texto con mi teléfono, Bob.

—¿Eso hiciste?

—¡Sí! —Su risa se extinguió—. ¿Por qué me mientes?

Bob tomó aire. Estaba tan cansado. Harto y cansado. De Bob Oz.

—Para serte sincero, Dory, algo que es evidente que no tengo por costumbre, te miento porque es mucho más cómodo. Y porque considero que deberías tomarte esta mentira tan descarada como un salvavidas. Agárralo y así te ahorrarás la humillación de que te cuente que no me interesabas lo suficiente.

Pausa prolongada. Antes de que la risa en forma de sierra le trepanara otra porción del cerebro.

—¡Muy gracioso, Bob!

—Gracias. ¿Cómo te va, Dory?

—Bastante bien. Estoy sola en casa. ¿Quieres pasarte por aquí?

Bob iba a contestar que sí, pero algo lo detuvo. Dory, Dory, Dory. ¿Qué se le estaba olvidando? ¿Estaba loca? ¿Era una estrecha? ¿Estaba demasiado necesitada? ¿Tenía gonorrea? ¿Marido? En cualquier caso, nada de eso le importaba ahora.

—Venga ya, Bob.

—Eh…

—Je, je, me pone cachonda que te hagas de rogar, Bob. Sé que me deseas. Y haré todo lo que tú quieras. Solo tienes que decírmelo.

—¿Puedes preparar unas albóndigas en salsa?

—¿Eh?

—Nada. —Dory, Dory—. ¿Por qué me dices que estás sola en casa?

—Deberías saberlo.

—¿Debería?

—Mandaste a Tony al hospital.

¡Esa Dory! Bob tragó saliva.

—¿Cómo…, cómo le va?

—¿A Tony? No muy bien. Le rompiste la nariz y la mandíbula. —La oyó suspirar y el tintineo de cubitos de hielo en un vaso—. Bueno, bueno. Tony me da pena, por supuesto, pero adoro que te pelearas por mí, Bob. ¡Luchaste por mí, aunque él sea mucho más grande!

Bob captó que se le trababa la lengua. Y el llanto.

—Dory, me acabo de acordar de que había quedado para jugar a los bolos.

—Pues después de los bolos.

—Una partida muy larga.

Se quedó en silencio. Oyó un par de sollozos.

—¿Mañana, entonces?

—Me gustaría, pero creo que entonces serás tú la que estará ocupada.

—¿Sí?

—Estarás en el hospital visitando a Tony para contarle que nunca más le vas a hacer daño.

Dory rio con amargura.

—Muy gracioso, Bob.

—Puede que sí, o puede que no. Fue él quien se peleó por ti, Dory, no yo.

Se hizo un silencio y la oyó llorar. Esperó a que se terminaran los sollozos. El tintineo del vaso y los cubitos de hielo. Se aclaró la voz. Habló en un tono más grave y menos impostado:

—Suerte con la partida de bolos, Bob.

Bob Oz iba al volante.

No sabía a dónde se dirigía, solo que no era a Phillips, a su casa. Y tampoco a ver a Alice Cooper. Se cansó de la música, así que la apagó y encendió la radio. Bob comprendió que estaba escuchando un debate cuando la sonora voz del alcalde de Mineápolis, Kevin Patterson, afirmó que el derecho a poseer un arma es el derecho a defender a tu familia, a tus hijos, del mismo modo que su postura ante el aborto trataba de la defensa del feto.

—Pero, alcalde —dijo el presentador—, ¿es consciente de que en este país, donde hay más armas que adultos, las cifras de 2010 muestran que un niño o un joven fue víctima de un disparo cada hora? ¿De que mueren más niños como consecuencia de disparos accidentales en el hogar, uno cada dos días, que todas las vidas que las armas puedan salvar en este país?

—Sí, gracias, Simon, dispongo de todas esas cifras, pero, para empezar, esos datos los han proporcionado los enemigos de la libertad…

—La primera procede de un informe presentado por el Congreso en 2012, la segunda…

—… y para terminar ese no es el quid de la cuestión. Mueren más personas en accidentes de tráfico, y no he oído que nadie proponga prohibir los coches.

—Pues, en teoría, a lo mejor habría que hacerlo si las cifras de fallecidos ascienden lo bastante.

El alcalde soltó una carcajada.

—Has mencionado la clave, Simon, «en teoría». Como sabes, soy un alcalde que piensa y actúa con sentido práctico. Y tengo principios. Si el uso que hacen los criminales de las armas hace que arrebatemos a los ciudadanos el derecho a defenderse, ¿qué será lo siguiente? ¿El derecho al voto?

—¿Por eso ha aceptado inaugurar el congreso anual de la NRA? ¿O es porque han donado cuarenta mil dólares a su campaña?

—La NRA y yo compartimos puntos de vista, y es lógico que haya aceptado tanto por eso como porque el congreso atrae a muchísima gente a Mineápolis y pone a nuestra ciudad en el foco.

Bob apagó la radio y llamó a Kay Myers.

—¿Sí, Bob?

—Perdona que te llame tan tarde, ¿te apetece tomar un café?

—¿Por qué?

—Pues no sé. Para hablar un poco del caso Gomez. A lo mejor tienes las llaves para que pueda echar un vistazo al apartamento. Tal vez haya vuelto.

Kate Myers soltó un suspiro profundo como un pozo.

—Aunque tuviera las llaves, tú estás suspendido. ¿Se puede saber qué haces, Bob?

—Esa —dijo Bob— es una pregunta jodidamente oportuna.

Colgaron.

Bob revisó su memoria. Solía clasificar las cosas a base de asociarlas con algo. Unas veces funcionaba, otras no, como en el caso de Dory. Un actor que representa el papel de un capitán enloquecido y un loco de verdad. Gregory Dupont. Fácil.

24

RETROCESO. OCTUBRE DE 2016

Vi a Cody Karlstad cruzar el aparcamiento cuando ya había empezado a oscurecer. En la media hora que llevaba esperando en el tejado, se había incrementado la actividad allá abajo, varios coches habían llegado y otros tantos se marcharon. A través de la mira del fusil seguí a Karlstad hasta que llegó al gran *pickup* azul, abrió la puerta y se sentó. Mi pulso se mantuvo bajo, a pesar de que no había tomado betabloqueantes, cosa que había valorado la noche anterior. Había concluido que la causa de que no acertara a darle a Dante donde debía fue que tenía el pulso acelerado.

Se encendió la luz del interior del coche.

Sabía que disponía de siete segundos. Lo sabía porque era el cuarto día que me encontraba ahí a esa hora, y cada día había hecho exactamente lo mismo. Dejaba el maletín sobre la alfombrilla del asiento del copiloto, metía la llave en el contacto, se ponía el cinturón de seguridad y giraba la llave.

Cody Karlstad pertenecía a la clase media blanca, era copropietario de un concesionario de maquinaria agrícola, tenía tres hijos y una esposa que trabajaba en la congregación religiosa de su barrio. Era ahorrativo y cuidadoso. A pesar de que conducía un coche de cincuenta mil dólares, aparcaba todas las mañanas en el

aparcamiento gratuito de Southdale Mall. Eran las siete, el centro comercial no había abierto aún y podía elegir entre cinco mil plazas vacías. Siempre escogía la misma, más o menos en medio del desierto. Después se aproximaba al dispensador automático que se encontraba a las puertas del centro comercial, y compraba un paquete de chicles. Seguramente lo hacía para poder decirse a sí mismo y a un posible vigilante del aparcamiento que era cliente y, por tanto, tenía derecho a la plaza de aparcamiento gratuita. Pero también podría ser que le gustaran los chicles, claro, o que tuviera un problema de halitosis. A continuación, Cody Karlstad cruzaba la calle hasta el edificio de oficinas donde trabajaba, el que compartía aparcamiento con la clínica para mujeres. Allí tendría que haber abonado 155 dólares mensuales por aparcar. Yo lo sabía porque los precios figuraban en un cartel metálico amarillo en la puerta que daba acceso a las escaleras. No entendía por qué habían encargado ese cartel en metal, ¿creían que nunca iban a subir los precios?

Me encontraba tumbado en el tejado de ese aparcamiento. Cody Karlstad y yo estábamos separados por una carretera con bastante tráfico y muchos metros de aparcamiento, en total cuatrocientas yardas casi exactas, pero a través de la mira telescópica del rifle parecían muchas menos, claro. Con el silenciador y el ruido del tráfico de ahí abajo, nadie oiría detonación alguna si apretaba el gatillo. Cuando apretara el gatillo.

El caso era que disponía de siete segundos.

Siete segundos antes de que el motor estuviera en marcha, se encendieran los faros y la luz del techo se apagara automáticamente. Durante esos siete segundos previos a que Cody Karlstad se quedara a oscuras, estaba perfectamente iluminado. En

la parte superior de la luz se encontraba el cuadrado blanco de tres por tres pulgadas que había cubierto con la retícula, presioné despacio el gatillo hacia atrás. A causa del ángulo solo veía las manos que fijaban el cinturón, no su rostro. Tal vez por eso no me sentía nervioso. Prefería que se hubiera atado el cinturón para que no cayera al frente, sobre la bocina, y que el coche llamara la atención de manera inmediata. Tres segundos. Dos. Lo llevaba puesto.

La culata del fusil retrocedió ligeramente sobre mi hombro.

Vi una marca negra en el cuadrado blanco.

Era un disparo perfecto.

Bajé la mira.

En el compartimento iluminado pude ver el cuerpo agitado de Karlstad.

No debería ser así. Yo disponía de todas las medidas: la distancia, el ángulo, el grosor del parabrisas, la altura del asiento, la medida del cuerpo de Cody Karlstad de cintura para arriba. Cody tendría que estar inmóvil con un disparo en la frente. A pesar de eso, se sacudía como si estuviera en la silla eléctrica.

Cargué el rifle. Apunté de nuevo. Tranquilo. Disparé. El retroceso sobre mi hombro casi resultó placentero. De nuevo impacté en la cinta, esta vez casi una pulgada más arriba.

Cody Karlstad ya no se agitaba.

25

VISIÓN NOCTURNA. OCTUBRE DE 2016

Olav Hanson volvió a lanzar la caña. No veía nada, solo oyó el sedal salir disparado. No era pescador, nunca lo sería, pero tiraba lejos, ya era algo. Una pena que estuviera solo y nadie viera o, mejor dicho, oyera el sedal que volaba hacia la otra orilla del rio. El sedal seguía desenrollándose cuando notó que lo llamaban por teléfono y dio un respingo. Como cada vez que lo habían llamado desde la conversación con Die Man del día anterior. Ahora estaba pescando, así que al infierno con Die Man, en algún lugar tendría que ser su propio jefe. Dejó que sonara tres veces más. Luego lo cogió. La pantalla mostraba que era Joe Kjos.

—¿Sí?

—Eh, Olav. ¿Dónde estás?

—Qué más da. ¿Qué pasa?

—Me pediste que te avisara si surgía alguna novedad sobre Tomas Gomez.

—¿Y?

—¿Puedo preguntar por qué?

—Qué te importa. ¿Qué tienes?

—Esto acaba de entrar: han pegado un tiro a un hombre en el aparcamiento de Southdale Mall. Hay coches patrulla en el lugar y,

por lo que dicen, Kay Myers opina que podría tratarse de Tomas Gomez. Disparo de rifle a gran distancia.

Olav Hanson empezó a recoger el sedal lo más deprisa que pudo.

—¿Hay algún investigador en el lugar?

—No. Myers está hablando por teléfono, se irá para allá en cuanto cuelgue.

Southdale no estaba lejos, más o menos a medio camino entre donde se encontraba y el ayuntamiento. Podría darle tiempo.

—Mira a ver si puedes entretenerla un poco, Joe.

—¿Qué?

—Ya me has oído.

—Pero… ¿por qué?

—Quiero este caso.

—¿Tú?

Olav comprendía por qué Joe preguntaba, no era precisamente famoso por aceptar más casos de lo estrictamente imprescindible.

—Sí, yo —sentenció Olav Hanson y colgó.

No había indicio alguno en el apartamento de Tomas Gomez que indicara que hubiera vuelto. El sofá seguía en medio del salón. Bob estaba allí sentado contemplando el queso que se fundía en el horno. Había encontrado el número de teléfono del propietario, Gregory Dupont, había recogido las llaves en su casa y se había comprado una pizza a medio hornear en un 7-Eleven.

«¿Qué crees que estás haciendo?».

¿Qué tenía el caso Gomez para que estuviera allí sentado, jugándose lo poco que le quedaba de su carrera profesional? No era

por la víctima. ¿Sería por Gomez, por lo que tenían en común? Comprendía cómo se sentía. Gomez había hecho lo que él había fantaseado con hacer hasta tener la sensación de que estaba a punto, que había declarado la guerra sin tener en cuenta las consecuencias para él. Si podía identificarse con Gomez, ¿por qué le importaba tanto detenerlo precisamente a él? ¿Porque equivalía a detenerse a él mismo?

Sonó el teléfono y miró la pantalla antes de contestar.

—¿Al final me vas a decir que sí a ese café?

—No —dijo Kay Meyers—. Necesito consultarte una cosa.

—¿Ah, sí?

—Tenemos un asesinato con las características de un atentado en Southdale Mall. Veo claros paralelismos con el intento de asesinato de Dante, y quisiera saber si opinas lo mismo.

—Creí que estaba suspendido.

—No te podemos asignar al caso, claro, pero no va contra las normas consultar con alguien competente que tiene información relevante.

—¿Y si digo que no?

—Nos vemos en Southdale —dijo Kay Myers y colgó.

Bob salió al aire frío de la noche. Contempló el aparcamiento. O los aparcamientos. La zona estaba dividida en varios sectores, que rodeaban la colección de edificios con forma de caja de zapatos en el área central.

El asfalto aún estaba mojado por un chaparrón. Bob fue hacia el centro del aparcamiento, donde se veían luces azules lanzadas al

cielo como si fueran señales de morse. Todo lo que se oía era el rugido constante de la autopista 6, que llevaba directo desde ese lugar al estado vecino del norte. Si es que era allí a donde querías dirigirte. Si creías que allí las cosas serían mejores.

Olav Hanson estaba junto a la barrera que rodeaba un Chevy Silverado. Levantó la palma de la mano hacia Bob al verlo.

—Estás suspendido, Aaa-ss. Vete a casa.

—Me ha convocado Myers —dijo Bob sin mirar a su colega.

Las puertas del Chevy estaban abiertas y el coche estaba rodeado de técnicos de criminalística. Recordaban a apicultores, con aquellos trajes blancos que los cubrían por completo. Estaba claro que ya se habían llevado el cadáver.

—Myers no ha llegado, así que yo estoy al frente de este caso y te digo que no precisamos tu ayuda, Aaa-ss.

Bob se fijó en los pedazos de cinta blanca y el agujero de bala de la parte alta del parabrisas, y miró alrededor. El aparcamiento en altura del otro lado de la calle. Por el ángulo era evidente que debían de haber disparado desde allí, muy arriba, probablemente desde el tejado.

—¿Habéis comprobado si hay cámaras de vigilancia en ese aparcamiento?

—No somos imbéciles, pero vamos paso a paso. Ahora mismo estamos intentando localizar a gente que haya podido estar aquí.

—¿Aquí? ¿Y que haya visto qué? ¿Una bala atravesando un parabrisas? Si no se pusieron en contacto con la policía en ese momento, ¿qué te hace pensar que querrán hablar contigo ahora? —Bob se había propuesto no dejarse provocar por Hanson, pero no podía evitar que su manera de repetir eso de Aaa-ss pusiera en

marcha el zumbido en su cabeza—. ¿No entiendes que tienes que hacer las cosas en el orden correcto, Hanson? Que tienes que comprobar esas…

—¡Agente! —Hanson llamó con la mano a uno de los policías uniformados—. Llévese a esta persona de mi escenario del crimen, por favor.

Bob se dio media vuelta y se marchó. Cruzó la calle entre los pitidos de los coches.

Ya junto a la puerta del aparcamiento grande vio las primeras cámaras de vigilancia.

La garita de guardia estaba en el primer piso, era extrañamente alargada y de techo bajo, como algo que hubiera sobrado después de que los arquitectos incluyeran el resto de las instalaciones necesarias. Bob mostró su identificación a los dos hombres que encontró allí sentados. Uno de ellos se presentó como el responsable de la vigilancia, tenía la piel marcada por grandes y profundos poros, como si estuviera pixelado. Dijo que sabía que se había producido un asesinato en el aparcamiento y que no se oponía a mostrar a Bob las grabaciones.

—Quisiera ver el tejado —dijo Bob.

—Allí no tenemos cámara —dijo el jefe de guardia—. Tenemos cámaras IP, no aguantan, especialmente en invierno. Pero hay en todas las plantas.

—¿Podríamos retroceder hasta las cinco y media, y pasar las grabaciones de las cámaras a gran velocidad? De manera simultánea. Es que voy mal de tiempo.

—Por supuesto. Pero eso sería de la antigua escuela. —El jefe de guardia sonrió satisfecho—. Mire. —Tecleó algo en su ordenador—.

Tenemos dos cámaras para cada zona —explicó—. Una que funciona todo el tiempo y una IPCC-9610 que se activa si hay movimiento. Tiene visión nocturna y…

—Impresionante. Vamos mal de tiempo —dijo Bob y miró de reojo las luces azules del aparcamiento.

—Vale, vale. Entonces utilizaremos esta cámara IPCC. —El jefe de seguridad siguió tecleando—. ¿Ve? Nos ahorramos las pausas, es *non-stop-action*, y la cámara enfoca automáticamente y sigue lo que esté en movimiento. Esa señora de ahí, por ejemplo. —Señaló una de las minúsculas fotos del mosaico que cubría la pantalla.

—¿El ascensor sube hasta el tejado? —quiso saber Bob.

—El ascensor y la escalera interior llegan al último piso. Desde allí hay una escalera para subir al tejado.

—Perfecto. ¿Podríamos limitar lo que vemos al ascensor y la puerta de la escalera del último piso?

—Claro. Mire. —El jefe de guardia tecleó con un entusiasmo que hizo que Bob comprendiera que al menos le había alegrado la vida a una persona esa semana.

La cámara siguió a coches y personas que iban y venían. En cuanto Bob veía que una grabación no mostraba lo que estaba buscando, le pedía al jefe que pasara a la siguiente. Tras una decena de saltos, el guardia ahogó un bostezo.

—Lo lamento, ha sido un largo…

—¡Alto! —interrumpió Bob—. Velocidad normal, por favor.

El jefe de guardia tecleó y Bob vio a la persona que había salido de la escalera. Llevaba una sudadera con la capucha subida y gafas de sol. También cargaba con algo alargado envuelto en plástico de burbujas.

—Ahí estás… —susurró Bob y sintió que el corazón le latía un poco más deprisa. La persona se detuvo ante la escalera que subía al tejado, se giró y miró alrededor—. ¡Congele la imagen ahí!

El jefe de seguridad reaccionó a la velocidad del rayo.

—Así. ¿Quiere que lo amplíe?

—Sí, gracias —dijo Bob.

A pesar de que el rostro de la pantalla estaba en parte a la sombra bajo la capucha y que los ojos estaban cubiertos por gafas de sol, Bob Oz no dudó ni un instante. Ese era el hombre del retrato robot. Ese era Tomas Gomez.

—¿Podría reenviar esa foto por correo electrónico?

—Por supuesto —dijo el responsable y presionó el icono de compartir—. ¿A dónde la mando?

—A cada coche patrulla de la ciudad —murmuró Bob para sí, tomó el control del teclado y escribió golpeando con fuerza la dirección de correo del responsable de guardia en la central de alertas del MPD.

Presionó «enviar», le dio las gracias y fue hacia el centro comercial para esperar a Myers.

Me bajé del autobús junto a Nicollet Mall. En esa calle comercial siempre había gente, incluso en los fríos días de invierno. Pasé por delante de restaurantes y bares que dejaban escapar música por las puertas abiertas. Pasé por delante de dos hombres de origen latino que compartían un cigarrillo frente a un quiosco.

—Hola —dije.

—Hola —respondieron a coro.

Llegué al hermoso edificio de más de cien años de antigüedad donde una vez estuvieron los grandes almacenes Dayton's. Aunque el nombre hubiera cambiado, el contenido seguía siendo prácticamente el mismo. Miré por la fachada. Vi las cámaras de vigilancia sobre la puerta. Sujeté con más fuerza el plástico de burbujas que estaba enrollado tantas veces alrededor del arma que podría ser cualquier cosa. Nadie parecía sospechar nada. Tomé aire como si fuera a sumergirme antes de continuar. En cuanto pasé por la puerta de los grandes almacenes, sentí que estaba en otro lugar, que ahora formaba parte del universo interior de Mineápolis, 7,7 millas cuadradas conectadas por pasarelas cubiertas. Podías, literalmente, pasarte toda una vida ahí dentro. Podías nacer en una de las clínicas, vivir en uno de los apartamentos, comer en los restaurantes, ir al colegio, trabajar en una oficina, refugiarte en teatros y bares, y, por fin, recibir sepultura en una iglesia que estaba por aquí en alguna parte. Al pensarlo, me vino a la mente otra idea. Que yo estaba muerto, pero pendiente de enterrar.

Crucé una de las calles de la ciudad por una pasarela cubierta y accedí a otras regiones, a nuevos países.

Entré en una pizzería, me senté junto a la barra, pedí una pizza. Vi cómo se hacía en unos enormes hornos infernales al rojo vivo. Vi el queso chédar fundirse, la masa endurecerse, las lonchas de *pepperoni* sudar. Tenía hambre, estaba cansado. Tanto que por un instante perdí la concentración, la perspectiva, bajé la guardia, y fue entonces cuando se presentó la duda que me rondaba: «¿Qué estás haciendo?». Me concentré y, como siempre, contesté a la pregunta con claridad y nitidez. Me enderecé en la silla. Miré de frente a la cámara de seguridad que colgaba de la pared encima de los hornos.

—Su colega acaba de estar aquí, y le mostré la misma imagen —dijo el jefe de seguridad del aparcamiento.

—Vaya —dijo Olav Hanson y contempló las imágenes de la pantalla que tenían delante. La luz y la resolución eran malas, y habían pasado treinta años. A pesar de ello, no dudó ni un instante. Las cicatrices de la cara. Era Lobo. Estaba vivo y estaba aquí. Le sonó el teléfono. Joe Kjos—. ¿Sí?

—El responsable de guardia de la central de alarmas acaba de llamar. Oz les ha mandado una fotografía de Tomas Gomez en un aparcamiento y les ha pedido que activen el programa de reconocimiento facial de todas las cámaras de seguridad de la ciudad.

—¡Joder! ¿Fried Chicken? ¡Ese tipo está suspendido!

—El que está de guardia acaba de descubrirlo. Así que ahora nos llama a nosotros y nos pregunta qué debe hacer, a quién debe informar.

—¿Informar de qué?

—De que han visto a Tomas Gomez en una cámara de un restaurante de Track Plaza.

—¿El centro comercial que está junto a Nicollet Mall?

—Sí.

Olav Hanson le indicó por señas al jefe de guardia que agradecía su ayuda, salió lanzado por la puerta y cruzó el aparcamiento camino de su coche.

—¿Joe?

—Sí.

—Dale mi número al que esté de guardia y pídele que me tenga informado de los movimientos de Gomez. Solo a mí. ¿De acuerdo?

Olav se metió en el coche e iba a colocar la luz azul en el techo cuando vio que un Ford entraba en el aparcamiento. Parecía uno de los coches del MPD y, si no se equivocaba, Kay Myers iba al volante.

—Olav… —dijo Joe Kjos de ese modo lento y molesto que solía emplear cuando no quería saltar aunque Olav se lo ordenara—. No quiero meterme en líos. Casi voy a tener que avisar a Myers, va para allá a hacerse cargo del caso. Luego os podéis pelear entre vosotros para ver quién se lo queda.

—Vale —dijo Olav—. Pero dame veinte minutos de delantera.

Joe dudó.

—¿No deberíamos llamar a las fuerzas especiales SWAT para un caso como este?

—Deja que sea yo quien decida eso, Joe, limítate a darle mi número al que está de guardia y esos veinte minutos. ¿Trato?

—Pero…

—Escúchame, Joe. Este caso requiere un favor. Te cobro un favor, ¿vale? Sabe Dios que me debes unos cuantos. ¿Estás de acuerdo?

Oyó que Joe tragaba saliva. El sistema de favores era una regla no escrita en el MPD y consistía en que, si habías cubierto a un colega, podía tratarse desde una leve infracción de las normas hasta temas mucho más peliagudos, tenías un favor que podías cobrarte con otro.

—Veinte minutos —dijo Joe Kjos y colgó.

Bob estaba en el Caribou Coffee del Southdale Mall. Miró el reloj. Empezaba a preguntarse si Kay Myers habría recibido el mensaje de texto en el que le explicaba dónde la esperaba. Entonces la vio.

—Aquí estás —dijo Kay y se sentó a su mesa—. Disculpa, me llevó un tiempo hablar con los técnicos de criminalística.

—¿Qué dicen?

—Huellas dactilares en la cinta deportiva del parabrisas. Huellas dactilares y pisada de una bota en el borde del tejado del aparcamiento. Por lo demás, está claro que todo el mundo quiere este caso. Pero, cuantos más cocineros, más desorden. ¿O no?

—¿Te refieres a Hanson?

—Se ha presentado y les ha dicho a nuestros agentes que, puesto que era el primer detective en llegar al lugar, el caso de momento es suyo. Ni siquiera está de guardia esta noche.

—¿Por qué quiere el caso?

Kay se encogió de hombros.

—Supongo que se aburre y le parece interesante. Está claro que a ti también te lo parece.

—¿A mí?

—Fui a hablar con el vigilante del aparcamiento y le pedí que me mostrara las grabaciones del tejado. Me contó que era la tercera detective que preguntaba. Envié una orden de búsqueda y me avisaron de que ya lo habías hecho tú. Demasiados cocineros, ¿no crees, Bob?

Bob se encogió de hombros.

—El tiempo importa. No es ninguna exhibición por mi parte, solo quería incrementar las probabilidades de capturar a Gomez antes de

que tenga tiempo de desaparecer otra vez. ¿Dónde está Hanson ahora?

Kay asintió despacio.

—No lo sé, debe de haberse marchado. Dime, si no es por afán de lucimiento, ¿por qué no le has dado a la sección de Delitos Violentos todo lo que tienes sobre Gomez?

—¿No lo he hecho?

—No. Walker recibió una llamada de un médico que dijo que te habías puesto en contacto con él, quería saber si necesitaba protección policial.

—Ah, sí, el que le facilita la insulina a Gomez —dijo Bob y levantó la taza—. Se me ha debido de olvidar, ya ves —dijo mientras bebía y sostenía la mirada cargada de intención de Kay por encima del borde.

—La cuestión —dijo Kay— es si sabes algo más de Gomez que pueda servirnos de ayuda. —Bob adelantó el labio inferior y negó con la cabeza—. Vale, Bob. Te he pedido ayuda. ¿Qué has pensado hasta ahora?

Bob le sonrió. Kay y él habían empezado a trabajar en la sección de Homicidios casi a la vez. Entonces, como ahora, había gente que opinaba que a Kay se le abrían las puertas porque era mujer y negra, que era un medio para lograr el objetivo de que la plantilla del MPD tuviera una representación de todas las etnias, como reflejo de la diversidad de la población de la ciudad.

Bob siempre supo que era mejor investigadora que él y que, si había algo de justicia en el mundo, ella llegaría lejos, mucho más lejos que Bob Oz. Pero, a pesar de eso, siempre acudía a él cuando se le atascaba un caso. Decía que era porque su cabeza funcionaba

de forma distinta a la suya, que a veces hacía que ella viera las cosas desde otro ángulo más productivo. Más allá de esto, no habían sido unos colegas especialmente cercanos. Tal vez porque ella era demasiado formal y se marchaba a casa cuando Bob y los demás se iban de bares a celebrar sus pequeñas victorias. Tal vez porque no era de las que se sinceraban sobre temas que no fueran profesionales. Por eso le sorprendió que, después de lo de Frankie, cuando todo estuvo a punto de deshacerse, fuera ella quien lo apoyara. Había asumido las guardias a las que él no se presentaba diciéndole a Walker que lo habían acordado. Lo había llevado a casa en coche cuando no había tenido tiempo de recuperar la sobriedad. Y, a pesar de eso, seguía manteniendo las distancias. Lo único que había obtenido a cambio eran problemas innecesarios, y eso era difícil verlo de otro modo.

Bob había concluido que Kay Myers, sencillamente, era mejor persona que él.

—Empecemos por la víctima —dijo Bob y dejó la taza sobre la mesa—. ¿Quién es?

—Cody Karlstad, cincuenta y tres años, copropietario de AgriWork, que vende de todo, desde destornilladores hasta tractores o máquinas cortacésped. Sin antecedentes, considerado un pilar de su comunidad, que entrena al equipo de béisbol de su hijo menor en su tiempo libre. Tiene tres hijos y una esposa que hace voluntariado en la congregación de Minde, que es…

—La iglesia evangélica luterana noruega —concluyó Bob.

—Exacto, tu gente. Como comprenderás, aunque haya similitudes en el método empleado…

—… no hay parecidos evidentes en la elección de la víctima.

—Por decirlo suavemente. Dante es un parásito, Karlstad es un ciudadano ejemplar.

Cody Karlstad, Cody Karlstad. A Bob le sonaba el nombre de algo, pero no recordaba de qué.

—¿No hay ninguna sospecha de que pueda estar relacionado con las bandas o con el tráfico de drogas?

—Para nada —dijo Kay.

Bob se pasó la mano por la corbata.

—¿Qué hay de armas?

—Tenía una pistola, una Glock 17, en la guantera del coche cerrada con llave.

—Me refiero a si se le puede relacionar con el tráfico de armas, directa o indirectamente.

—No. Tampoco es que se opusiera a la tenencia de armas, que digamos.

—Se entiende, tenía una pistola.

—Sí, pero estaba pensando en la pegatina del parachoques.

—¿Eh?

—¿No la viste?

—Hanson me echó.

—Una pegatina de la NRA, esa con dos casillas para que elijas entre ser dueño de un arma o víctima.

Bob asintió despacio. Había recordado por qué le resultaba familiar Cody Karlstad.

—Queremos más armas en manos de la gente adecuada —dijo.

—¿Cómo?

—Eso fue lo que dijo Cody Karlstad al *Star Tribune* este verano —dijo Bob mientras tecleaba en el teléfono—. Es portavoz de la NRA-

ILA, los que hacen lobby en contra de leyes más estrictas sobre la posesión de armas. El típico fan de «más armas, menos crímenes». Mira, este es Cody Karlstad.

Bob levantó su teléfono y mostró la foto de dos hombres trajeados que posaban uno junto al otro.

—El alcalde Patterson —dijo Kay—. Así que Cody Karlstad pudo salir en la foto con gente bien posicionada.

—No es de extrañar que Patterson pose en la foto si la NRA ha donado cuarenta mil dólares a su campaña electoral.

—¿Eso hicieron? Patterson es demócrata, yo creía que la NRA solo apoyaba a políticos de derechas.

—A la NRA no le importa mucho lo que un político opine de las políticas agrícolas, solo quiere saber dónde se sitúan en relación con la segunda enmienda a la Constitución. Ponen nota a los políticos basándose en si son favorables a las armas, y ahí Kevin Patterson saca sobresaliente según el *Star Tribune*.

—¿Crees que el nexo son las armas? —dijo Kay—. ¿Que es alguien que combate las armas con armas?

—Eso parece.

—¿Gomez es un loco solitario o pertenece a un grupo terrorista?

Bob se encogió de hombros.

—¿Qué te parece un solitario terrorista político que no está loco?

Kay parecía a punto de decir algo, pero en ese momento sonó su teléfono. Lo cogió y estudió a Bob con la mirada mientras escuchaba.

—Han visto a Gomez a través de una cámara de vigilancia en el Track Plaza —informó, devolvió el teléfono al bolsillo y se puso de pie.

26

SKYWAYS I. OCTUBRE DE 2016

Olav Hanson respiraba con dificultad. Había corrido desde donde había aparcado hasta el Track Plaza. Intentó ignorar el dolor de la rodilla mientras la escalera mecánica lo conducía despacio a la segunda planta del centro comercial. Llegó arriba y allí, a cien yardas, vio la pizzería. Estaba abierta hacia las zonas comunes, como los restaurantes de los aeropuertos.

Se había conectado el teléfono a la oreja y, desde que había salido de Southdale, le habían ido mandando actualizaciones desde la sala de vídeo del MPD para informarle de que Gomez seguía en el restaurante. La sala de vídeo captaba imágenes de más de trescientas cámaras situadas en interiores y exteriores en la zona de Downtown, y era un proyecto de colaboración entre la policía y los propietarios de los comercios. Había reducido la tasa de criminalidad de manera drástica o, como alegaban los críticos, la había desplazado a otras zonas de la ciudad.

El proyecto había gestionado la preocupación por una posible vigilancia encubierta abriendo la sala a todo el mundo con un tabique de cristal, de manera que quien quisiera podía entrar y ver las mismas imágenes que la policía. En resumen, Olav tenía público. Eso también significaba que lo que iba a pasar debía suceder sin

cobertura de las cámaras. Su camisa estaba empapada de sudor, y sintió que el borde de la funda de la pistola le rozaba la axila.

El plan era sencillo pero sólido. Una detención ante las cámaras y con testigos, en la que todo se hiciera siguiendo las normas: cacheo, lectura de derechos, el paquete completo. Salvo que no le pondría las esposas a Gomez, se las había dejado en el coche a propósito y más adelante contaría a los de Asuntos Internos que se le habían olvidado. Conduciría a Gomez a los ascensores, ordenaría que se bajaran todos los que fueran montados en el primero que llegara. Porque los ascensores no tenían cámaras, lo había comprobado. Le pegaría un tiro a Gomez antes de que llegaran a la planta baja, se aseguraría de tener sus huellas en el cañón y les explicaría que Gomez había intentado hacerse con su arma.

Olav puso una mano en la culata de la pistola, bajo la chaqueta, mientras recorría con la mirada las espaldas de quienes estaban sentados a la barra delante de los hornos de pizza. Ninguno llevaba la sudadera con capucha que había visto en el vídeo del aparcamiento. Ningún hombre con el cabello negrísimo, como recordaba el de Lobo. Pero, si Lobo se había movido, ¿por qué no le habían avisado los de las cámaras? Obtuvo la respuesta cuando su teléfono vibró. Contestó a la llamada, oyó la voz de Kay Myers y supo que sus veinte minutos se habían acabado.

El Ford de Kay estaba en un atasco. Bob, que iba de copiloto, le había explicado que, si llevara la sirena, llegarían al Track Plaza en un cuarto de hora. Eso no la había puesto de mejor humor.

—¿Hanson? —dijo en voz alta.

—¿Sí? —La voz de Olav Hanson se oyó por los altavoces del coche.

—He hablado con los del control de cámaras y les he pedido que, a partir de ahora, toda la información pase por mí. ¿Dónde estás?

—Lo tengo controlado, Myers. Te avisaré si necesito refuerzos.

—Repito: ¿dónde estás? —dijo Kay.

—Myers, como te he dicho…

—Este caso es mío, Hanson, te pido que me des la información solicitada.

—Yo llegué el primero al lugar de los hechos, Myers, es…

—¡Chorradas! El reglamento dice que el detective de guardia tiene el caso hasta que se decida otra cosa. Si tienes alguna queja, llama a Walker. Así que por última vez y antes de que esto tenga consecuencias: ¿dónde demonios estás y qué pasa?

Siguió un largo silencio.

—Estoy junto a la pizzería —sonó la voz de Hanson—. Gomez ya no está aquí. ¿Qué dicen los de las cámaras?

—Solo que se ha ido de la pizzería y que no lo han visto por ninguna pasarela, es probable que aún se encuentre en el edificio Track Plaza. He llamado a las fuerzas de asalto SWAT; si encuentras a Gomez debes mantenerlo baja observación, no detenerlo por tu cuenta, ¿comprendido?

—Pero…

—Nada de peros. Avísame si ves a Gomez y mandaré a los SWAT.

Tardó un rato en responder.

—Vale.

Colgaron.

—Todavía no sé qué está haciendo —dijo Kay.

—Tal vez vea una posibilidad de hacerse con un St. Cloud —replicó Bob.

Kay se encogió de hombros. Bob se refería a un policía a tiempo parcial que había abatido de un tiro a un hombre que se había vuelto loco con dos cuchillos en un centro comercial de St. Cloud. El policía, que gestionaba un campo de tiro e iba armado incluso en su tiempo libre cuando salía de compras, se convirtió en un héroe local e imagen de la NRA, que le había concedido el dudoso título de «Oficial NRA del Año».

—Puede que Hanson sea tonto, pero no está loco —dijo Kay—. Depende de Gomez cómo acabe todo esto.

Estaban parados y más adelante vio un coche patrulla, una grúa y dos turismos abollados.

—OK —dijo Bob—. Puede que Hanson no dispare. Sí te garantizo que, como vea a Gomez, no nos esperará ni a nosotros ni a los SWAT. Si nos quedamos en este atasco, le pondrá las esposas a Gomez y posará para la prensa mucho antes de que lleguemos. Así que te sugiero que te subas a la acera y adelantes.

—Vosotros, los hombres, y vuestra competición para ver quién la tiene más larga —refunfuñó Kay—. Lo importante es que alguien lo arreste, no quién.

Pasaron ocho segundos en completo silencio.

Después, Kay Myers pisó el acelerador, subió el coche a la acera y derrapó por delante de la caravana de vehículos con la sirena resonando.

27

SKYWAYS II. OCTUBRE DE 2016

Mañana habría sido nuestro aniversario. Era una alianza de diamantes de Harry Winston. Estaba sobre terciopelo negro en el escaparate de la joyería y brillaba más que cualquiera de los otros anillos. Era caro. Pero yo tenía el dinero. No era por eso. Monica ni me había pedido ni había recibido nunca un anillo como ese, pero yo sabía que le hubiera encantado. Y a mí también. Me habría encantado estar en la cocina preparando el desayuno sabiendo que en ese momento se estaba despertando y viendo la cajita sobre la almohada. No, era un error decir que nuestro aniversario hubiera sido mañana, es que era mañana. No podías impedir el pasar de los días. El tiempo se limita a transcurrir, por muy absurdo que resulte.

El guardia de seguridad de la joyería tenía las manos enlazadas al frente y se balanceaba sobre las suelas de los zapatos. No había música a la que seguir el ritmo, pues dentro las tiendas habían dejado de poner música ambiental después de que un estudio concluyera que distraía la atención de las compras. El vigilante me vio fuera. Concluyó, por las cicatrices de mi rostro latino y la sudadera agujereada, que no podía permitirme sus joyas. Tal vez también se preguntara lo que llevaba envuelto en plástico de burbujas. Si trabajas como vigilante de seguridad, supongo que ves

amenazas por todas partes. No te preguntas: ¿será eso un rifle? Te preguntas: ¿puedo descartar que eso sea un rifle? Bueno, esa era una cuestión que la gente de este país se había planteado desde el nacimiento de la nación: ¿tiene esa persona intención de dispararme?

Levanté la vista. Ya no veía el anillo, observaba mi reflejo en el cristal. A mi espalda, en el otro lado del pasillo comercial por el que se apresuraba una corriente incesante de gente, había un hombre hablando por teléfono mientras miraba hacia el interior de la pizzería donde yo había estado unos minutos antes. Me resultaba familiar. ¿De veras podía ser él? ¿Olav Hanson, el Lechero? Si me estaba buscando a mí, se había dado prisa. Eché un último vistazo al anillo y seguí mi camino. Fui hacia la derecha por un pasillo corto entre una tienda de bolsos y una juguetería, allí estaban los aseos de la primera planta. Entré en el de caballeros, que se encontraba al fondo. El cubículo que había escogido estaba ocupado, pero pegué un cartel en la puerta y salí, me uní al gentío. Me cruzaba con personas que no me veían, como si fuera invisible. Me gustaba esa invisibilidad, moverme libremente, como una mosca en la pared, escuchar y obtener algo de información sobre la investigación, estar cerca de ellos en un lugar en el que no se les ocurría buscar. No quería ser invisible todo el rato. Debía mostrar al mundo quién era yo y, más adelante, qué era.

Levanté la vista hacia la cámara de la pasarela a la que accedí. Miré hacia abajo. Por la calle llegaba un coche patrulla. Después otro. Ambos llevaban la luz azul encendida, pero no las sirenas. Tras ellos se aproximó un coche verde de gran tamaño con las letras SWAT rotuladas en blanco en el lateral. Los vehículos se detuvieron

y hombres de negro armados y equipados con cascos con visera saltaron del interior y fueron corriendo a la entrada del centro comercial. Me giré y volví deprisa por donde había venido.

Kay detuvo el coche frente a un restaurante en la acera de Nicollet Mall, donde los fumadores ateridos bebían cerveza bajo las lámparas calefactoras. Bob bajó del coche y Kay ya se adentraba por la calle sacando del bolsillo de la chaqueta un móvil que sonaba.

—¡Eh! —llamó un camarero—. No podéis aparcar…

—MPD —dijo Kay, que mostró la identificación policial sin reducir la velocidad y se llevó el teléfono a la oreja. Bob tuvo que correr para alcanzarla. Ella taconeaba con rabia sobre los adoquines, sin perder el ritmo, mientras hablaba rápido y vocalizando—: ¿Se dio la vuelta en una pasarela elevada? Vale. Estamos a un minuto. —Metió el teléfono en el bolsillo—. Los de la sala de vídeo creen que Gomez sigue en la primera planta del Track Plaza.

Kay Myers aceleró aún más.

Olav Hanson se adentró en el centro comercial. Por las tardes había mucha gente, no le daba tiempo a ver todas las caras de los que se cruzaban con él. Aún podría llevar a cabo su plan si encontraba al maldito Gomez. Pero tenía que ser ya. Pronto aquello estaría invadido de policías y, cuando Gomez estuviera detenido y bajo custodia, sería mucho más difícil deshacerse de él. Olav miraba de un lado a otro como la luz de un faro. ¿Dónde estás, Gomez? Tenía

las yemas de los dedos húmedas tras tocar los cercos de sudor bajo la funda de la pistola. Se olisqueó los dedos. Adrenalina y miedo.

Un niño con una camiseta de los Timberwolves se acercó bailoteando por delante de sus padres, felizmente ignorante de lo que el futuro le pudiera deparar. Sin saber que un día sería... ¿qué? ¿Un policía corrupto con una carrera de futbolista fracasada, dos matrimonios fallidos y un hijo perdedor? ¿Un asesino? Hasta ese momento, Olav no había cometido ningún asesinato, al menos no directamente. ¿Qué sentiría si mataba a alguien a tiros? No lo sabía, pero esa posibilidad le producía menos impresión de lo que debiera. Tal vez porque no lo hacía por gusto, sino por necesidad. Además, aquel a quien iba a matar era alguien que hacía mucho que debería haber sido juzgado en un estado con pena de muerte. No, dispararle a ese asesino no le iba a quitar el sueño. Al contrario, dormiría mejor. Sí, se sentiría mejor cuando lo resolviera. Iba a reconsiderar un par de cosas, sería el hombre que una vez fue. Si esto le salía bien.

¡Allí!

Había distinguido un rostro entre el gentío. Era él. Reconoció la sudadera con capucha y el paquete envuelto en plástico de burbujas que llevaba debajo del brazo.

Olav Hanson cruzó hacia la izquierda para cortar el paso a Lobo, pero dos adolescentes altos que iban riéndose lo empujaron y perdió a Lobo de vista.

—*Sorry* —dijeron los chavales larguiruchos a coro.

—¡Que os den! —murmuró Hanson mientras buscaba a Lobo. ¡Había desaparecido! Joder, ¿cómo era posible? Lobo debía de haberlo visto, se habría agachado y salido corriendo. ¿Lo habría

reconocido como el Lechero? ¿Habría comprendido que lo estaban buscando? Olav vio el cartel de los aseos en lo alto de la pared. Se dio cuenta de que había un pasillo entre las tiendas donde lo había visto la última vez.

El cuarto de baño. Allí no había cámaras. No habría testigos si la detención se producía en uno de los cubículos.

Olav Hanson volvió a meter la mano en el interior de la chaqueta. Fue dando zancadas hacia el pasillo. La puerta del baño se abrió y salió un hombre. Olav miró un instante la espalda de los hombres que se alineaban ante los urinarios. Oyó el sonido de hombres ocupados y pensó en el agua que corría, puertas que se cerraban, movimientos que llamaban la atención, todo ello creaba un camuflaje perfecto. Ya no le dolía la rodilla, solo sentía una emoción, una caída libre, la certeza de que ese era el momento, de que los segundos eran la cuenta atrás hacia el final de la batalla, hacia una posible derrota, pero que había llegado su turno de expulsar a alguien de la vida que soñaban.

—¡Hanson!

La voz llegó por detrás y atravesó el murmullo constante del Track Plaza. Hanson maldijo con ganas. Era la voz de Kay Myers.

Bob iba dos pasos por detrás de Kay, uno por delante de O'Rourke. Tras ellos venían un par de policías uniformados.

Se detuvieron ante Olav Hanson, que los miró como si acabara de perder el bote acumulado en una partida de póquer.

—¿Has visto a Gomez? —preguntó Kay.

Olav Hanson negó con la cabeza con gesto compungido.

—Qué raro —dijo Kay—. Porque parecía que te dirigías al cuarto de baño en el que, según nos dicen desde el cuarto de control de las cámaras, acaba de entrar Gomez.

—¿De veras? —dijo Hanson, y Bob comprobó que el detective de más edad era aún peor actor que él. A la vez, daba la impresión de que algo sucedía tras su mirada de apariencia estúpida.

Hanson hizo una mueca.

—Bueno, vi a Gomez —dijo—. Pero lo perdí de vista. ¿Entró en el baño?

—¿Tienes problemas de audición? —preguntó Kay y se giró hacia uno de los agentes uniformados—. Mantened a la gente alejada. Que no entre nadie en los lavabos.

Hanson miró a O'Rourke.

—Si vais a entrar, no olvidéis que el tipo va armado y es peligroso. Allí dentro podría hacer mucho daño, no dudéis si tenéis que… — Hanson levantó la mano derecha y dobló el dedo índice.

O'Rourke asintió y miró interrogante a Kay Myers. Se mordió el labio inferior.

—Esperemos y detengámoslo cuando salga.

El baño era grande, como el de un aeropuerto, con ocho urinarios en la pared, la mayoría de ellos ocupados. Hacia el fondo había no menos de doce cubículos. No tenía ventanas. Pasé por detrás de los hombres que se lavaban o secaban las manos ante los espejos. Me detuve ante el cubículo que tenía pegado en la puerta un cartel de FUERA DE SERVICIO escrito a mano. Alguien le había dibujado a la «o» ojos, nariz y una boca sonriente. En el techo zumbaba un gran

extractor de aire. Arranqué la nota, abrí la puerta, entré, eché el pestillo y saqué el rifle y el bolso de piel del plástico de burbujas. Empecé a desmontar el arma, a reducirla a componentes sencillos.

28

SKYWAYS III. OCTUBRE DE 2016

Bob se había situado a cierta distancia de los SWAT, que esperaban listos en la puerta del baño. Los hombres que salían por la puerta a intervalos irregulares daban un respingo al ver a tantos agentes vestidos de negro que les apuntaban con armas automáticas. Tras ellos estaban Kay, Hanson y O'Rourke observándolo todo. Detrás de Bob se habían acumulado curiosos, a pesar de que los policías les rogaban que no se detuvieran.

Uno de los SWAT introdujo un alambre por la puerta. Bob sabía que llevaba montada una microcámara. Kay se aproximó.

—¿Qué sucede?

—¿Qué?

—Estás negando con la cabeza.

—¿Eso hago?

—Sí. ¿Qué pasa?

—No lo sé —dijo Bob y vio que Hanson le decía algo a O'Rourke y este se giraba y miraba a Bob—. Algo chirría. Como si…

—¿Como si qué? —preguntó Kay, que se colocó a su lado y se cruzó de brazos como él.

—Como si estuviera jugando con nosotros al gato y el ratón, y el gato fuera él.

—¿Por qué…? —empezó Kay, pero Bob la interrumpió.

—Espera un momento. —Salió corriendo detrás de un hombre con un jersey de los Minnesota Twins que acababa de salir del baño y al que los hombres del SWAT habían indicado que siguiera andando. Bob lo alcanzó frente a la tienda de bolsos.

—Disculpe, señor, soy del MPD. ¿Ha visto algo ahí dentro?

El hombre observó a Bob.

—¿Como qué?

—Un latino con algo envuelto en plástico de burbujas.

—No. ¿Qué pasa?

—Lo verá en las noticias. Cuando dice que no, ¿quiere decir que puede que estuviera allí, pero que usted no lo vio?

El hombre dudó.

—Supongo que podría estar en uno de los cubículos.

—Gracias, señor.

Bob volvió corriendo. O'Rourke y uno de los SWAT contemplaban la pantalla de un teléfono en el que veían las imágenes que transmitía la microcámara.

—Tenemos que entrar y detenerlo ahora —dijo Bob.

O'Rourke miró de reojo a Bob y levantó la mano como si fuera una señal de «stop». Mientras esperaba a que el jefe de los SWAT acabara de mirar la pantalla, Bob vio que el hombre del jersey de los Twins se había detenido junto a un tipo que recordaba a Super Mario y empujaba un carrito de la limpieza, decía algo y señalaba el aseo y el techo. Super Mario asintió para confirmar que lo había entendido.

—Queremos que te quites de en medio.

Bob se dio la vuelta y comprendió que O'Rourke le hablaba a él.

—¿Perdón?

—Estás suspendido, Oz, esta zona está reservada a agentes de servicio. Lárgate.

—Escúchame. Empiezo a conocer a Tomas Gomez. Sabe lo que hace. —O'Rourke miró por encima del hombro de Bob, le señaló e hizo un gesto—. Escúchame, O'Rourke. Gomez tiene un plan. ¡Hay que cogerlo ya!

O'Rourke se humedeció los labios.

—Hasta luego, Oz.

Sintió una mano pesada en cada hombro y se dio la vuelta para encontrarse con dos corpulentos agentes uniformados.

—Vamos, detective. Tenemos órdenes de acompañarle hasta la puerta.

Bob miró más allá. Vio a Hanson a unos metros con una sonrisilla en la boca. Notó que el zumbido se aproximaba. Vio a Kay abrir las manos con gesto de desesperación. Se dijo que no debía perder el control.

—Me iré solito —dijo Bob e intentó apartar las manazas de los agentes.

Siguieron pesando sobre sus hombros.

—Escoltar —dijo uno de los agentes conciso. Bob comprendió por su cara que no tenían intención de discutir. Apretó y aflojó los puños, respiró y contó.

—Cogedlo ya —tuvo tiempo de susurrarle a O'Rourke antes de que lo empujaran y casi perdiera el equilibrio. Se lo llevaron—. No hace falta que me sujetéis —dijo Bob camino del edificio vecino por la pasarela.

Siguieron agarrándolo por los brazos.

«Piensa antes de hablar, piensa antes de actuar. Dite que puedes controlar tu ira».

No lo soltaron hasta llegar al otro lado y Bob concluyó que lo había logrado. De hecho, se había sorprendido a sí mismo al demostrarse que no tenía por qué perder siempre los estribos. Era una pena que no tuviera a quien contárselo.

Un equipo de informativos de una televisión, o algo similar, se acercaba a toda prisa. Por delante iba una reportera con un micrófono y, tras ella, dos hombres, uno de los cuales cargaba con una cámara de grandes dimensiones en la que ponía KSTP-TV. Se esfumaron por la pasarela del edificio Track Plaza.

—Tenemos instrucciones de detenerle si vuelve. ¿Comprendido?

—Comprendido —dijo Bob y siguió a la reportera con la mirada.

Los agentes lo dejaron allí. Bob se tiró de las mangas del abrigo de cachemir y se enderezó la corbata mientras miraba a su alrededor. Vio que un par de personas lo observaban curiosas, pero intentó no darse por aludido. Dignidad. ¿Para qué cojones quiere uno dignidad? Esa debía de ser una planta dedicada a la restauración. Y a bares. Tenía delante un brillante bar deportivo con grandes pantallas de televisión que mostraban el mismo partido de baloncesto. Lo pensó un poco y se sacó una cinta del bolsillo del abrigo, sacó su identificación, la prendió de la cinta y se la colgó del cuello.

—¿Qué le pongo, señor? —preguntó el barman cuando Bob se aproximó a la barra.

—Cambia a la KSTP —dijo.

El camarero se rio.

—Ni de coña. ¿No ves que están jugando los Timberwolves?

—De coña, sí. ¿No ves que esta identificación dice que puedo hacer lo que me salga de los cojones?

El barman la observó con los ojos entrecerrados. Se encogió de hombros y apretó una tecla tras el mostrador. Los clientes dejaron escapar un gemido de cabreo sincronizado. Después se quedaron en silencio.

«… Track Plaza, donde la policía busca al hombre que disparó y mató a una persona junto al Southdale Mall a primera hora de la tarde de hoy. La policía ha desplegado gran cantidad de efectivos en el lugar».

Mientras el presentador hablaba, mostraron imágenes de los coches patrulla de Nicollet Mall en la pantalla y Bob se vio junto a Kay dirigiéndose hacia la entrada. La pantalla pasó a estar dividida en vertical, con el presentador del estudio a un lado y la reportera que Bob acababa de ver al otro.

«¿Qué está pasando, Shirley?».

«Ahora mismo estamos en la pasarela porque han despejado la zona por la que creen que puede aparecer el sospechoso. Se rumorea que puede estar armado, pero la policía no quiere hablar con nosotros. Voy a hacer todo lo que pueda para hablar con alguien, Rick».

«Gracias, Shirley. Volveremos con más detalles después de la información del tiempo».

Durante unos instantes apareció en pantalla un mapa del tiempo y luego volvieron los Timberwolves. Tras un par de segundos de impresionado silencio, un par de voces lanzaron gritos irónicos de júbilo, mientras que otros clientes se marchaban a toda prisa. El

barman apoyó el antebrazo en la barra y se inclinó hacia Bob enseñando músculo.

—Cuento con que no tienes intención de utilizar tu autoridad policial para ver el tiempo, sargento.

—Detective.

—Lo que sea.

—Vale —dijo Bob—. Cinco minutos de baloncesto. Y un Johnnie Walker doble.

Sin necesidad de girarse, el camarero escogió una botella a ciegas de la estantería y sirvió.

—Buen truco —dijo Bob, que se bebió el contenido de un trago y dejó la copa vacía sobre la barra—. ¿Me lo haces otra vez?

La cosa pintaba mal para los Timberwolves, y aún peor cuando fallaron dos intentos desesperados de encestar triples. Bob se acordó de algo que solía decir el entrenador de su equipo de fútbol, que ir por detrás solía afectar a la capacidad de tomar decisiones sensatas y racionales. Y Bob llevaba tiempo por detrás en el marcador. Al menos en el deporte, el partido se acaba en algún momento, y se podía empezar el siguiente con el marcador a cero. Miró el reloj. Habían pasado tres minutos, pero ya notaba el efecto del whisky.

—Cuéntame qué es lo que pasa... —dijo una voz a su espalda. Se giró. Era Shirley, la reportera. Estaba muy cerca de él y sonreía, invitándole a hablar. Agarró su identificación—, detective Bob Oz.

—Lo que ocurre —dijo Bob y se dio cuenta de que le patinaban las consonantes mientras clavaba la vista en sus ojos azules como los de un perro de raza husky— es que voy por la mitad de un Johnnie Walker, y luego tú y yo nos vamos a tomar otro. Alice me ha echado

y yo me follo todo lo que se cruza en mi camino, y me han suspendido por defenderme de Tony. ¿Qué hay de ti, cielito lindo?

—Lo lamento, Rick, intento fallido —dijo riéndose en el micrófono que Bob no había visto antes—. Te devuelvo la conexión.

Sacó un auricular de debajo de su largo cabello pelirrojo, ya no sonreía y no compartía las carcajadas del cámara y el técnico de sonido que se partían de risa tras ella.

—Joder —dijo Bob—. ¿Estabas transmitiendo?

—Solo es una emisora de televisión local —dijo Shirley, malhumorada, en un tono que implicaba que tenía otras aspiraciones —. Pero no creo que esto tarde en aparecer en YouTube.

—Divertido —dijo Bob—. ¿Qué pasa ahí fuera?

—No lo sé, nos mantenéis alejados. Un hombre negro contra el MPD y sin testigos. Pobre tipo.

—No es… —empezó Bob, pero Shirley y el equipo ya salían por la puerta.

Bob maldijo, pagó y salió.

La gente se había reunido en la pasarela e intentaba mirar hacia el interior del Track Plaza. Entre ellos estaba Super Mario con el carrito de la limpieza. Bob se aproximó a él.

—Perdón —dijo y le mostró la identificación—. Hablaste con un hombre que salió del aseo. Parecía que quería explicarte algo sobre lo que sucede dentro. ¿Qué te dijo?

Super Mario levantó la mirada hacia Bob.

—Que el extractor se ha caído.

—¿El extractor?

—El del techo. Está abierto, dijo que alguien debería arreglarlo.

—Te refieres… ¿al extractor que está delante de los tubos de ventilación?

—Sí.

Kay vio a otro hombre salir del baño y quedarse paralizado al ver las armas que le apuntaban.

—Lleva cerca de diez minutos ahí dentro —les comentó a O'Rourke y a Hanson.

—Tal vez se ha dado cuenta de que estamos aquí —dijo O'Rourke.

—¡Caballero! —Kay detuvo al hombre al que conducían ante ellos —. ¿Ha visto a alguien más ahí dentro?

El hombre negó con la cabeza y se apresuró a seguir su camino.

—Tal vez Gomez se ha dado cuenta de que la gente sale, pero que no entra nadie —dijo Kay.

Los otros dos no respondieron.

—¡Se escapa!

El grito llegó de su espalda y los tres se giraron instintivamente. Vieron a Bob Oz intentando zafarse mientras dos agentes lo retenían.

—¡Llevaos a ese tipo de aquí! —berreó O'Rourke.

—Espera —dijo Kay.

—El extractor de las tuberías de ventilación —gritó Bob—. ¡Está abierto!

O'Rourke miró a Bob. Miró a Kay. Se ajustó el casco.

—Vamos a entrar.

El jefe hizo una señal a los SWAT, que abrieron la puerta unos centímetros y echaron dos granadas. Kay pudo oírlas rebotar por los

azulejos. Cerraron la puerta. Se tapó las orejas con las manos y oyó dos estallidos sordos. Los SWAT entraron en tromba. O'Rourke fue pisándoles los talones y, al cabo de pocos segundos, reapareció en la puerta. La expresión del rostro ya decía lo que necesitaban saber, pero lo dijo de todas formas:

—El pájaro ha volado.

Bob entró en el cuarto de baño detrás de Olav Hanson y Kay Myers. Enseguida vio el extractor, que colgaba como una puerta rota del techo encima de uno de los cubículos. Parecía posible abrirse paso por el agujero. Bob se acercó a O'Rourke, que estaba frente al cubículo abierto. En el suelo, delante de la taza, habían extendido un plástico de burbujas. Uno de los SWAT ya estaba subido al retrete e introducía el alambre con la microcámara por el conducto de la ventilación.

—Aquí no hay nadie —le dijo a O'Rourke—. Solo esto.

Cogió algo del tubo y se lo entregó a su jefe.

—¿Qué es eso? —preguntó O'Rourke.

—Es una inyección de insulina —dijo Bob tras él—. Gomez es diabético. Está intentando salir por ahí a cuatro patas. ¿No va a ir nadie tras él?

—¿A lo mejor podrías hacerlo tú, Oz? —O'Rourke le pasó la jeringuilla—. ¿O prefieres que vaya Myers? —Bob sostuvo la mirada del jefe de los SWAT—. ¿No? —dijo O'Rourke, que se sacó el casco y el chaleco antibalas, y le pasó el rifle y la pistola a uno de sus hombres—. Pues qué bien que Bonzo está preparado.

—Hanson —dijo Kay—. Averigua por dónde salen los tubos al exterior y envía agentes.

—OK.

Bob observó a dos de los hombres de O'Rourke empujarlo hasta que este pudo agarrarse a algo en el interior de la tubería de la ventilación y subir. Le pasaron el casco con cámara y luz, y la pistola.

—¿Cerramos las radios? —quiso saber uno de los hombres.

—Si está ahí dentro, me va a oír kilómetros de distancia —dijo O'Rourke—. Estad pendientes de la retransmisión, intentaré que resulte entretenida.

Oyeron el sonido de una tubería y perdieron a O'Rourke de vista. Uno de los hombres sostuvo en alto un móvil y los demás lo rodearon. Bob se acercó para mirar la pantalla. Ya con verlo le producía claustrofobia. En el halo de luz de la linterna de O'Rourke solamente se intuían sus manos y las paredes del tubo redondo, y Bob comprendió que solo cabía en la tubería llevando los brazos estirados hacia delante. La luz saltarina iluminaba de vez en cuando la pistola que llevaba en la mano. La respiración y los gemidos reverberaban y ahogaban cualquier sonido que pudiera emitir alguien que lo estuviera esperando. De vez en cuando se detenía y todos se quedaban escuchando, pero solo se oía un zumbido constante.

—Aquí hay un extractor —susurró O'Rourke.

Los que observaban la pantalla no tardaron en verlo, una gran hélice al final de la tubería, donde parecían cruzarse dibujando una T.

—Tiene que haber salido por aquí —dijo O'Rourke—. En las demás direcciones las tuberías se estrechan.

El jefe de los SWAT tuvo que empujar el extractor varias veces hasta que se abrió hacia fuera sobre las bisagras. Sacó la cabeza. En la pantalla apareció un patio trasero desierto, con camiones y carretillas, ya cerrado. Dos agentes de policía entraron corriendo con walkie-talkies y las pistolas desenfundadas.

—Se ve que Gomez es un valiente —dijo O'Rourke y bajó la cabeza para que su público pudiera ver que lo separaban del suelo por lo menos veinticinco pies—. O sabe caer adecuadamente o va por ahí arrastrando una pierna rota.

Anduve deprisa por las calles de Downtown, entre edificios de oficinas abandonadas, por callejones donde no había nadie y que eran inseguros al caer la noche. Pero no tenía miedo. Ya no. Eran ellos los que debían tenerlo. Mi pulso acelerado solo me recodaba que estaba vivo, que sentía por primera vez desde hacía mucho. Aquello era peligroso, deliciosamente peligroso. Lo único que me preocupaba era que lo estaba haciendo un poco más emocionante de lo necesario. Como si algo en mi interior quisiera darles la oportunidad de pararme. ¿Era eso lo que quería? Por supuesto que no.

Me había asignado una tarea, mejor dicho, ni siquiera estaba seguro de que fuera yo quien me la hubiera encomendado. Lo que tenía claro era que había que llevarla a cabo, que no debía dejarme tentar por el deseo de estar en paz, de poder dormir por fin en la misma cama que tú, mi amada, y abrazar a nuestros hijos. Tampoco debía permitir que me afectaran los remordimientos de conciencia o la falta de perspectiva. La suma del padecimiento de todos los

inocentes sería mucho mayor si yo no hacía aquello, más que el dolor que pudiera infligir a unos pocos inocentes. Tenía que estar preparado. Ya solo faltaban dos días.

Una familia caminaba hacia mí por la acera. Reían y charlaban, parecían felices, tal vez hubieran ido al cine o a cenar a un restaurante. Quizá creían que no les podía pasar nada malo solo porque hacían todo lo que debían: trabajar duro, contribuir al vecindario, ayudar a los necesitados.

—Hola —dije al pasar a su lado, pero esta vez no obtuve respuesta, solo gestos de sorpresa, como si no estuvieran seguros de si era una especie de broma.

Tragué saliva. Debía conservar la concentración, no relajarme, hasta el error más nimio podía estropearlo todo. Después podría dejar que todo colapsara.

29

FEELING MINNESOTA. OCTUBRE DE 2016

Kay entró en el bar deportivo casi vacío, vio la espalda del abrigo amarillo mostaza y se acomodó en el taburete vecino.

—Lo siento.

—¿El qué?

—Haber permitido que te echaran de allí.

—No es culpa tuya, los SWAT deciden, es su operación.

—Podría haber discutido, pero no era ni el momento ni el lugar.

—Estoy de acuerdo. No le des más vueltas. Te aseguraste de que pudiera decir lo del extractor.

—Deberían haberte hecho caso y haber entrado nada más llegar.

Bob bebió un trago de su copa de whisky y señaló con un movimiento de cabeza las noticias del televisor tras la barra.

—El tal Rick acaba de explicar a sus espectadores que el MPD ha sido capaz de perder al sospechoso de asesinato Tomas Gomez después de haberlo tenido rodeado en una letrina.

Kay gimió.

—Creo que yo también necesito una copa.

Bob le hizo una señal al camarero.

—Johnnie Walker para la dama.

El barman repitió el truco de coger la botella a ciegas.

—¿A que no está mal? —comentó Bob.

—Habrá ensayado —dijo Kay y esperó impaciente que rellenaran el vaso que tenía delante.

—Por cierto, pensé en lo que dijo O'Rourke de que parece que Gomez está entrenado.

—¿Sí?

—Gomez es fuerte y ágil. Subió por ese tubo solo y O'Rourke necesitó la ayuda de dos personas para alcanzarlo. Y tan silenciosamente que nadie en el baño se dio cuenta. Antes de dejarse caer en el patio trasero tiene que haberse colgado de las manos y haberse alzado para cerrar el extractor con la cabeza. Ni tú ni yo hubiéramos sido capaces de hacer eso. O'Rourke tampoco, y eso que está en forma.

—Hay gente más fuerte que el resto —dijo Kay, vació la copa, llamó al camarero y señaló el vaso.

—Creo que Gomez se ha preparado a conciencia. Que ha entrenado fuerte solo con este fin. Y, del mismo modo que ambos asesinatos estaban planificados al detalle, estoy seguro de que el juego tenía prevista la persecución de hoy.

—¿Ah, sí?

—¿No lo ves? Sería demasiada suerte que acabara en un baño donde la tubería de la ventilación va a parar a un patio trasero desierto. Que sea lo bastante alto para que el extractor no esté soldado por motivos de seguridad, pero tan bajo que es posible dejarse caer desde allí si sabes hacerlo como un paracaidista. Tal vez ya había extendido algo antes en el suelo para moderar el impacto, una esterilla o algo así.

—¿A dónde quieres ir a parar? ¿Debemos buscar a Tomas Gomez entre soldados de élite o policías?

Bob se sacó del bolsillo de la chaqueta un teléfono que vibraba y miró la pantalla.

—Más Walker —dijo y contestó a la llamada—. Buenas tardes, jefe.

—Oz —rugió la voz del comisario Walker—. ¿Has visto el corte del informativo de la KSTP?

—¿Debería?

—Fue en directo y tú sales en él, Oz.

—En ese caso no lo he visto, claro.

—¿Claro?

—Como usted mismo ha dicho, jefe, se emitió en directo y yo estaba muy ocupado saliendo en él.

—Pero ¿no lo has visto después? La red está que arde.

—Escuche, jefe, no sabía que era una entrevista, se me acercó a traición.

—¿Qué demonios se te había perdido en el Track Plaza? ¡Estás suspendido, Oz! Y estabas borracho, joder.

—Iba a tomarme un Johnnie Walker, jefe. Bebía. Bebo. Estoy suspendido, joder.

Se hizo un silencio en el que Bob escuchó la respiración iracunda del comisario. Cuando Walker habló de nuevo, había bajado el volumen pero no la intensidad:

—Más te vale mantenerte bien lejos de este caso, Oz. ¿Me oyes?

—Vale, vale, jefe. Lo prometo. Enseguida me pongo a ello. Ahora tengo que colgar. —Bob colgó.

—¿Qué es lo que quiere que hagas? —preguntó Kay.

—Encontrar a Gomez —dijo Bob y se llevó el vaso a los labios.

Kay lo miró enarcando una ceja.

—Cerramos a las diez —dijo el barman—. Todo el centro comercial cierra.

—Vale —dijo Bob—. Ponnos dos a cada uno y tan contentos.

—Por cierto —dijo Kay—, había algo en el plástico de burbujas que se dejó. —Sacó una hoja del bolsillo y la alisó.

—Una diana —confirmó Bob.

—¿Crees que será de algún campo de tiro?

—Una diana para rifle y una distancia de trescientas yardas.

—¿Sí?

—Lo puedes ver por las dimensiones. Es una diana profesional. Krüger. —Bob señaló el nombre del fabricante, que estaba escrito discretamente en vertical en una esquina.

—No creía que alguien que odia tanto las armas como tú tuviera nociones de tiro —dijo Kay.

—Hay muchas cosas que no sabéis de mí, Kay. Soy un enigma. —Bob sostenía una copa en cada mano y bebió un sorbo de cada una a toda velocidad, pero no logró las risas que esperaba.

—No —dijo Kay—. Solo eres One-Night Bob, eso no tiene mucho misterio.

Bob forzó una sonrisa.

—Mi prima me llamaba Rundbrenner-Bob.

Ella lo miró sin comprender.

—Una expresión noruega para referirse a uno que anda follando por ahí —dijo—. Un *rundbrenner* es una estufa grande de leña, redonda. Una que da calor a mucha gente. ¿Comprendes?

—Tú no puedes dar calor, Bob. Ahí dentro no hay nada quemándose.

—¿Ah, no?

—Solo hay frío y oscuridad, ¿o no?

—*I'm looking Chicago* —cantó Bob y levantó la copa para brindar —. *And feeling Minnesota.*

—¿Qué ha sido eso?

—¿No eres seguidora del grunge? Háblame de Chicago.

—¿Chicago?—Ella vació su copa—. Yo estaba en Englewood, y ese no es el Chicago del que quieres oír hablar.

—Sí, joder.

—No. Vi a mi madre… —Cerró los ojos y gimió—. Olvídalo.

—¿Olvidarlo?

—Es el licor el que habla. Es hora de irse a casa y dar de comer al gato.

—Venga ya, Myers, intuyo una rendija en tu armadura.

Kay observó la última copa, aún llena.

—Mi padre se largó antes de que yo naciera —dijo—. No era algo excepcional en Englewood. Tampoco lo era que fuese otra víctima más de la epidemia de crack. Lo más raro era que volvía a casa para atracar a mi madre cuando necesitaba dinero. Porque mi madre tenía dos trabajos para poder ahorrar un poco para mis estudios y los de mi hermana. Después de que nos asaltara y le diera una paliza por tercera vez, mamá compró una pistola. Solo había que entrar en una tienda, rellenar unos impresos muy sencillos y salías de allí con un arma.

»Sé que odias las armas, pero también sé que, cuando mi hermana y yo dormíamos con mi madre, nos sentíamos más seguras

sabiendo que tenía esa pistola debajo de la almohada. Es una tranquilidad que vosotros, los liberales de clase media, no tenéis ni idea de lo que es, porque la dais por descontada. Para tres mujeres de Englewood, esa pistola era *the great equalizer*. Significaba que no teníamos que ser las víctimas indefensas de una persona que nos aterrorizaba porque poseía más fuerza física que nosotras. Mi madre seguía llorando por dentro, pero esa pistola cambió nuestro día a día. Nunca disparó un solo tiro, pero nos sentíamos un poco más seguras, dormíamos mejor, tuvimos fuerzas para ir al colegio y acabar los estudios. Yo también conozco las estadísticas sobre lo que las armas hacen a largo plazo en un barrio como Englewood. Sinceramente, te importa una mierda el largo plazo cuando tu vida va de cómo sobrevivir una noche más.

Bob levantó su copa en silencio hacia Kay, ella negó con la cabeza, debía conducir y sospechaba que estaba bordeando el límite de la tasa de alcoholemia permitida.

Bob se tambaleó un poco mientras caminaba.

—Vete —le dijo a Kay cuando se metió en el Ford—. Yo tengo el coche en Southdale y, en cualquier caso, necesito airearme.

—Bob. Estás demasiado borracho para conducir y no deberías andar por ahí a estas horas. Deja que te lleve a casa.

—Gracias, querida, estoy bien. Tu gato te espera y hay autobuses.

Empezó a llover mientras Bob esperaba al autobús que no llegó. Una pareja joven que también esperaba consultó la web en el teléfono. Informaron a los otros tres ocupantes de la parada que la policía había paralizado todo el transporte público de la zona a causa de un

fugitivo armado que iba a pie. Bob resopló y echó a andar mientras volvía a maldecir el hecho de que Mineápolis y Saint Paul fueran las mayores zonas urbanas del país sin metro. Phillips estaba demasiado lejos a pie, pero podría llegar hasta Dinkytown y, por delante del Bernie's Bar, pasaban autobuses.

A lo mejor podría tomarse una última copa allí.

Tal vez.

Una copa y una conversación.

Liza.

Era imposible saber por qué demonios estaba tan interesado en ver a una señora coja que solo le ofrecía resistencia y comentarios antipáticos. ¿Tan bajo ponía ahora el listón? Pero había algo atractivo en su política de «tonterías las justas», humor negro y lo que él sospechaba que era un buen corazón. Podía estar equivocado, claro, pero quería comprobarlo. No es que ella necesitara a un tipo como él, se había dado cuenta y le había avisado con toda claridad. Tal vez fuera así de sencillo: incluso la que en realidad no te apetece te gusta cuando ella no quiere saber nada de ti, como dos perdedores en una subasta a la baja. Bob se rio con ganas y vio que un par de personas se volvían a mirarlo. Comprendió que seguía borracho. Y mojado. Chorreando. El abrigo de cachemir colgaba de su cuerpo como un mamífero ahogado. Pasó por delante de un escaparate con las luces ya apagadas. Acercó la cara al cristal. Parecía un bosque al anochecer, cuando aparecen todas las criaturas. Al fondo vio que había luz tras una puerta entornada. Bob llamó con los nudillos, con fuerza, mucho rato, y por fin un hombre salió a abrir. Mike Lunde se quitó las gafas y miró a Bob con aire de preocupación.

—¿Detective Oz?

—Tomas Gomez ha matado a un hombre de un tiro hace unas horas.

—¡Oh, no! —Mike Lunde hizo una mueca involuntaria, como si le doliera.

—Ha salido en las noticias.

—He estado trabajando sin descanso en el labrador desde que he cerrado la tienda, debo terminarlo para el sábado. ¿Lo habéis cogido?

—No. Creemos que ha huido a pie, lo estamos persiguiendo aquí en Downtown. Por eso me gustaría entrar, por si intenta refugiarse aquí.

—Dudo de que estés de servicio, detective Oz.

—¿Y eso?

—Estás borracho.

Bob abrió la boca, esperó que brotara algo plausible que explicara las circunstancias, pero no fue así. Se encogió de hombros.

Mike Lunde suspiró:

—¿Un café, tal vez?

30

PENA DE MUERTE. OCTUBRE DE 2016

—Así que ya es un asesino, es oficial —dijo Mike Lunde con pesar.

Estaban al fondo del taller más pequeño. Bob bebía sorbos de un café solo muy cargado porque, según Mike, lo necesitaba.

—Sí, señor —confirmó Bob, que había puesto su ropa a secar y se había enfundado un pantalón de chándal y un jersey que Mike sacó de un armario—. Podemos acusarlo de, al menos, un intento de asesinato y, ahora, un asesinato. Un padre de familia que no ha matado una mosca, que hayamos podido averiguar. Gomez puede alegrarse de que estemos a este lado de la frontera estatal.

—¿Lo dices por la pena de muerte? —Mike manejaba el bisturí alrededor de los ojos del labrador retriever que estaba sobre la mesa de trabajo.

—Sí. —Bob se reclinó en la silla. Ya estaba algo más sobrio. Y tampoco se encontraba mal del todo—. ¿Qué opinas? ¿No deberíamos ejecutar gente nosotros también?

Mike dejó de cortar y miró hacia arriba con los ojos entrecerrados.

—Es una cuestión compleja. Estoy en contra de la pena de muerte porque creo que como sociedad deberíamos ir por delante, ser civilizados y no quitar vidas. He leído que la tendencia general a

largo plazo es cometer menos asesinatos. También en los estados que no aplican la pena de muerte, ¿no es cierto?

—Sí. Creo intuir un «pero».

Mike suspiró.

—Ese hombre que ejecutaron allí al lado hace tres o cuatro años…

—Donald Moeller.

—Sí. Había violado y asesinado a una niña de nueve años, ¿verdad?

—Sí. La mandaron a la tienda a comprar azúcar. Iban a preparar limonada. Después de violarla le cortó el cuello. —Bob vio al taxidermista hacer otra mueca—. Perdona, Mike, tal vez tengas hijos.

—No pasa nada. Esa es la cuestión, supongo. Si fuera mi hija, ¿qué opinaría yo de la pena de muerte?

—Como Tomas Gomez —dijo Bob.

Mike lo miró con gesto interrogante.

—Cody Karlstad, la víctima de hoy, era un entusiasta defensor del derecho a llevar armas. Uno de los que creen que están luchando por la libertad y lo anteponen al hecho de que esas armas cuestan más vidas inocentes de las que salvan. En un juicio lo llamarían «cooperación necesaria».

—Quieres decir…

—Sí, creo que Tomas Gomez ha instaurado la pena de muerte y se ha designado juez, jurado y ejecutor.

Mike asintió.

Bob se acercó a la cafetera, llenó su taza y se sentó a contemplar a Mike mientras trabajaba. Se fijó en los ojos del perro y concluyó que Mike por fin había dado con el par que estaba buscando. Tuvo

una idea repentina. Iba a renunciar a su puesto en la policía y aprender el oficio de taxidermista. Disecar las cosas que tanto le hubiera gustado conservar en su vida. Cosas que amaba.

—¿Mike?

—¿Sí?

—¿Alguna vez has tenido problemas con mujeres?

—No.

—¿Nunca?

—No. O puede que sí. Unos meses, durante el verano de mis veintidós años.

—Entonces ¿no has estado con muchas?

—Supongo que no.

—¿Cuántas?

—Dos.

—¿Dos?

—Mi esposa y yo nos hicimos novios a los quince años. A los veintidós me enamoré de una chica de Saint Paul que vivía en Summer Hill. Los dos estudiábamos escultura en la MCAD. Yo era extremadamente tímido pero muy decidido, así que empecé por romper con mi futura esposa y luego invité a la chica a salir. Ella dijo que sí, nos hicimos novios, y me llevó dos meses aprender la diferencia entre un enamoramiento y el amor. Creo que ella lo comprendió y no fue una ruptura dolorosa. Por fortuna, la que iba a ser mi mujer me aceptó de nuevo.

—Así que ¿ese es el único problema que has tenido con una mujer en toda tu vida?

—Y solo era la número dos de mi vida.

Se echaron a reír.

—Entonces, supongo que tu mujer solo ha estado contigo.

—No. Estuvo con otro más, al menos que yo sepa. Ella tenía unos veinticinco. Fue un escritor noruego al que conoció cuando él visitó la biblioteca de Hosmer, ya sabes, esa pequeña y antigua de Powderhorn. Se enamoró de repente y dice que fue porque él leyó en noruego, que tenemos una nostalgia latente por nuestra lengua originaria.

—¿Te lo contó o lo descubriste?

—Me lo contó.

—¿Cómo reaccionaste?

—Me apunté a clases de noruego.

Bob se echó a reír y Mike alzó una mano con aire teatral y declamó en un deficiente noruego: «*Voddan-stå-dettil-på-setteren-ida?*».

—¿Lo cual significa…?

—¿Cómo va todo hoy en la granja?

—¿Funcionó?

—Oh, sí. De hecho, creo que podemos agradecerles a esas palabras nuestro primer hijo. Sospecho que ella creía que significaba algo completamente diferente.

Los dos se rieron.

—Al menos luchaste por ella, Mike.

Lunde se encogió de hombros.

—Tanto como luchar… Supongo que, después de tantear un poco, comprendimos que habíamos dado en la diana al primer intento, que seguiríamos juntos.

—Sí, eres un hombre afortunado.

—Lo sé. ¿Y tú?

—¿Yo?

—Cuando un hombre le pregunta a otro si tiene problemas de mujeres suele ser porque los tiene él.

—¿Y qué clase de problemas tendría?

—No lo sé —dijo Mike mientras arreglaba el pelaje de la cola del perro con un peine y una tijerita—. Tal vez tenga que ver con la soledad que veo en tus ojos. ¿Cómo se llama?

Bob agachó la cabeza. A lo mejor no había sido buena idea volver a estar sobrio.

—Alice.

—¿Qué ocurrió?

—La misma historia que la tuya. Ella conoció a otro.

—¿Y te quedaste solo?

Bob se levantó y se acercó a una liebre blanca que parecía suspendida en mitad de un salto. Le pasó la mano por el pelaje con cuidado.

—Antes de conocerla no sabía lo que era la soledad. O tal vez la había mantenido a raya con otras mujeres. Me abrió como si yo fuera un molusco, y descubrí que en mi interior había otro Bob, un tipo suave y sensible que podía amar, llorar, pedir ayuda y…, bueno, todas esas cosas.

—Todas esas cosas —repitió Mike esbozando una sonrisa y sin parar de trabajar.

Bob puso dos dedos sobre el hocico de la liebre.

—Cuando me dejó, descubrí que había estropeado el efecto de mis antídotos contra la soledad. Las mujeres, los ligues casuales, el alcohol, el trabajo. Lo intento, y funciona durante tiempo, pero sé que no va a durar. Soy un molusco abierto y el músculo que me

cerraba ya no funciona. Estoy ahí con la boca abierta, indefenso, mientras me voy secando y apesto cada vez más.

Bob casi se sorprendió al notar que el hocico de la liebre no estaba ni frío ni húmedo, de lo real que parecía. Alrededor de la pupila redonda de la liebre, los ojos eran marrones y, en el exterior, negros. Bob observaba la zona más próxima a la pupila, donde los matices de marrón eran más claros, como ámbar. Como los ojos de Frankie.

—El único consuelo es que uno se va abotargando —comentó Bob —. Pero te importa una mierda, no te tomas en serio. Te da igual el respeto de los demás. En realidad, no te importa nada. Sí, nada importa.

—¿Salvo el trabajo?

—Tampoco.

—Pues da la impresión de que trabajas día y noche.

—Solo porque quiero ser yo quien atrape a Tomas Gomez, y no Olav Hanson o uno de esos idiotas.

—¿Por eso no les has contado que hay un taxidermista al que Tomas Gomez ha hecho un encargo que tiene pendiente de recoger? —Mike Lunde no levantó la vista de su trabajo, pero lucía una media sonrisa que a Bob le recordaba a su padre después de sufrir un ictus —. Me he preguntado por qué eras el único policía con el que había hablado.

—Bueno —suspiró Bob—. Ahora ya lo sabes.

—Está bien que me lo cuentes, Bob. ¿Quieres contar lo otro también?

—¿Lo otro?

—La razón por la que Alice y tú os separasteis.

—Ya te lo he dicho. Conoció a otro.

—Antes de eso. La razón por la que os distanciasteis.

—¿Qué podría ser?

—No lo sé. Puede que sea la verdadera razón por la que estás tan solo. Pero no hace falta que hablemos de eso.

Bob tragó saliva. Observó los ojos de la liebre. No, no era necesario hablar de ello. Le había ido bien, ¿no? Había dejado que la herida se cerrara en paz, era mejor tomarse una copa bien cargada cuando el dolor se hacía demasiado intenso o los pensamientos se volvían incontrolables. Sus ojos eran castaños. Alice decía que de color caramelo, él que eran como el ámbar.

—Perdimos a nuestra hija —dijo Bob—. Frankie. Tenía tres años.

Lunde paró de trabajar. Se frotó las palmas de las manos unos instantes y luego dejó que sus brazos colgaran a lo largo del cuerpo. Observó a Bob con una mirada abierta, desnuda y directa. Bob no percibió una exigencia, no pedía explicaciones. Mike Lunde no habló, fue como si ese hombre comprendiera que no había palabras que pudieran dar sentido a lo que acababa de escuchar. Hija. Perder. Tres años.

—Encontró mi arma reglamentaria en un cajón del dormitorio —dijo Bob—. Jugó con ella. Alice estaba en casa y oyó la detonación. Una hora después, nuestra hija murió en el hospital.

Bob hablaba como siempre solía hacerlo cuando las circunstancias le exigían contar lo sucedido. Era un relato que se había aprendido de memoria y que era capaz de reproducir sin alterarse. De vez en cuando, como cuando declaró ante la policía, incluía detalles, datos prácticos. Como que guardaba la pistola a mano, en la mesilla de noche y cargada porque recientemente se habían producido dos

robos en el barrio durante la noche. Pero nunca mencionaba cómo se sentía ni hablaba de Frankie. Eso supondría abrir las esclusas, perdería el control. Ahora, al oírse repetir las frases de siempre, notó la presión.

—Siento mucho escuchar eso, Bob —dijo Mike.

Bob vio que lo decía de corazón, en su mirada había compasión, un dolor mudo, como un eco del de Bob. No pudo evitar sorprenderse por lo desigual del reparto de la empatía entre la humanidad.

—Alice es psicóloga y me convenció para que acudiera a especialistas para gestionar el duelo. Todos nos repitieron lo mismo: que, en su experiencia, este tipo de desgracia muchas veces origina divorcios, que es importante concederse espacio el uno al otro y no culpabilizarse. Por supuesto que nada de esto era nuevo para Alice, me explicó los mecanismos, describió al detalle lo que suele pasar con una joven pareja de luto por su única hija. Lo sabíamos. Y, a pesar de eso, no fuimos capaces de evitar una sola puta fase. Agotamiento, apatía, silencio. Ataques de ira al sentir que el otro te culpa. Porque sientes culpa. Odio, porque sientes que ella también es culpable. Alcohol. Rechazo. Olvidamos por completo que nos queríamos, nos arrastramos con esa piedra de molino de pena atada al cuello que nos hundía a los dos. Ver al otro durante el desayuno era un recordatorio de lo sucedido. El uno no permitía que el otro olvidara, porque olvidar, huir del dolor que el otro sentía, era una traición. Hasta que ya no pudimos más.

—Así que la causa no fue que hubiera conocido a otro, ¿no?

—Sí. Bueno…, primero me echó de casa.

—¿Estás seguro?

—¿Seguro de qué?

—De que te echó de casa.

—¿Por qué no iba a estar seguro?

Mike se encogió de hombros.

Bob sintió el sabor metálico a sangre en la boca, ni siquiera se había dado cuenta de que se había mordido la lengua.

—Puede que no dijera a las claras que me largara, pero me aisló. No me hablaba, no me tocaba. Así que acepté las consecuencias, preparé una bolsa de viaje y me largué.

—Entonces ¿fuiste tú el que huyó?

—¿Qué? No.

—¿No?

—¡No! Ella podría haberme llamado y haberme pedido que volviera, y no lo hizo.

—Comprendo.

—Vale, puede que me llamara, como mucho dos veces, nada más irme. En aquel momento, todo en mi vida era un caos, una salvajada, y yo…, yo lo necesitaba, supongo. Cuando empecé a tomar tierra y recordé todo lo bueno que habíamos compartido, me puse en contacto con ella. Entonces me dijo que había conocido a ese tipo, a Stan. Stan The Man. Solo habían pasado unos meses, así que… —Bob había dado con la herida de la lengua y la presionaba con fuerza contra los dientes— considero que ella tuvo la última palabra.

—Ese tal Stan…

—Un tipo del trabajo de Alice. Psicólogo. Hablé con uno que conocía allí y creía que hacía mucho que Stan estaba interesado en ella. Supongo que solo estaba esperando a que surgiera la ocasión.

Dicen que se dedica a la investigación, así que eché un vistazo a un par de sus artículos. Nada impresionante.

—¿Crees que se quieren?

—¿Querer? —Bob escupió la palabra como si estuviera sucia. Pero el zumbido de la cabeza no se presentó. Lo pensó mientras descubría que, si situaba la herida entre los dientes y mordía, le dolía tanto que las lágrimas lo cegaban—. Puede ser. Supongo. Sí, supongo que sí.

—En ese caso, ¿por qué estás tan enfadado con ella? Fuiste tú el que se marchó y no creo que vivieras en celibato durante tu ausencia.

—Para nada.

—Puede que no estés enfadado porque ella haya encontrado a otro, sino porque es feliz. Vuestra hija ha muerto y consideras que no tiene derecho a serlo.

—¿Eso crees?

—No creo nada, Bob, tú mismo me lo has explicado. Que estabais atados a esa piedra de molino y ninguno de los dos quería aceptar que el otro se liberara.

Bob se quedó pensativo. A él también se le había pasado por la cabeza, pero era la primera vez que lo oía decir en voz alta.

—Tú, que hablas constantemente con personas que han perdido algo que amaban —quiso saber Bob—, dime, ¿estamos todos locos?

Mike Lunde enderezó la espalda y se quitó los guantes.

—Pero eso no se aplica solo a quien ha perdido algo.

—¿No?

—Mira a tu alrededor —dijo Mike y se quitó el delantal—. Lo normal es estar loco.

Bob asintió:

—Amén.

—Ya he acabado por hoy. ¿Dónde vives?

—En Phillips.

—En ese caso, te llevo.

Aunque Bob había protestado, Mike le había explicado que, para empezar, Phillips estaba muy cerca, y que, además, le pillaba más o menos de camino. Su coche era un Chevrolet Caprice familiar, modelo de 1995, con el característico panel de imitación a madera en los laterales.

—Sé que es feo —rio Mike—. Al menos no es tan feo como el modelo del 85.

—¿Ese que parece que le han cortado la trasera del modelo berlina y le han soldado una caja?

—¡Exacto!

Hablaron un poco de coches y de dónde vivía Mike, en Chanhassen, un barrio agradable del sudoeste donde la gente cortaba el césped e introducía un termómetro en la tierra en otoño para saber cuándo hacía tanto frío que la hierba dejaba de crecer. Y de Prince, el músico que había muerto unos meses antes.

—¿Lo conociste? —preguntó Bob mientras Mike conducía a través del silencio nocturno de las calles.

—No se dejaba ver mucho, llevaba un ritmo de vida distinto del de la mayoría de los vecinos de Chanhassen. Y Paisley Park, donde vivía y trabajaba, parecía una fábrica, pegada a la carretera, no era un sitio por el que te pasaras a saludar. Fui un par de veces a los

conciertos gratuitos que ofrecía al vecindario, pero la única vez que hablé con él resultó ser en un partido de los Vikings.

—¿Hablaste con Prince?

—Nos invitó a los dos uno de mis clientes, que tiene un palco VIP en el estadio. Prince fue educado, pero no dijo gran cosa. Creo que era un hombre tímido. Contó que tenía palomas y un gato.

—¿Cómo era?

—No lo sé, Bob.

—Pero parecía… ¿feliz?

Mike lo pensó.

—Parecía solitario. ¿Eres fan?

Bob asintió con un movimiento de cabeza.

—Alice y yo nos besamos por primera vez mientras sonaba «Purple Rain».

Mike asintió.

—No es que sea asunto mío, Bob…

—Venga.

Volvió a esbozar una media sonrisa.

—Si de verdad pudieras volver con Alice, ¿estás seguro de que es lo que querrías?

—¿Qué quieres decir? Si no pienso en otra cosa.

—Lo comprendo. Como dice una de las fábulas de Esopo, ten cuidado con lo que deseas. Nada ha cambiado, Bob. La piedra de molino sigue ahí.

—Sí. Pero esas cosas acaban por desaparecer con el paso del tiempo. —Miró a Mike—. ¿No?

Mike se encogió de hombros.

—Ya has visto los animales de mi tienda. Pierden un poco el color, pero no desaparecen. Solo tienes que preguntárselo a Tomas Gomez. A veces creo que hago un flaco favor a mis clientes disecando algo que han querido. Mi trabajo es congelar recuerdos, conservarlos en una forma concreta. Pero hay algo dañino en ello. Así no hay manera de seguir avanzando. Lo veo en mis clientes, es como si fueran ellos los que se quedan paralizados, ¿sabes?

31

THE GREAT EQUALIZER. OCTUBRE DE 2016

Bob se quitó toda la ropa. Estaba sentado en el sofá con la Radica 20Q en la mano. Cuando se la compró a Frankie, Alice había dicho que era demasiado pequeña para un juguete así, pero a Frankie le encantaba que papá le pidiera que pensara en algo y la ayudara solo un poquito a responder.

Tenía la vista clavada en el televisor, en una antigua película en blanco y negro de un canal que proyectaba solo clásicos. Una partida de caza de la clase alta inglesa perseguía a un zorro solitario por un paisaje ondulante. Bob se había dado cuenta de que tenía mensajes en el teléfono, pero no había tenido ánimos para leerlos. La sirena de una patrulla policial en el exterior se mezcló con los avisos de los cuernos de caza de la película, que parecía tratar de un hombre con una lista de personas a las que tenía previsto asesinar. Bob cerró los ojos y aparecieron las preguntas.

¿Tomas Gomez tenía una lista como esa?

¿Cuántos nombres contenía?

¿Quién sería el siguiente?

Las sirenas policiales se aproximaban. La caza del zorro estaba en pleno apogeo. Visualizó a Tomas Gomez cojeando en busca de un lugar donde esconderse. Un hombre impulsado por la pena, por la

pérdida de su familia, por el odio a una sociedad en la que un quinceañero puede hacerse con un arma y pegar un tiro a una hija que va en silla de ruedas. Pensó en lo que Kay había dicho de la pistola debajo de la almohada de su madre. *The great equalizer.* Libertad. También volvió a ese inútil pensamiento recurrente: que si Alice, él y Frankie se hubieran mudado al país que está al norte de la frontera, las probabilidades estadísticas de que Frankie hubiese muerto habrían sido solo una fracción de las de ahí, donde todos los años morían cientos de niños por accidentes con armas de fuego.

¿Lo cabreaba? Por supuesto. Le zumbaba la cabeza solo de pensarlo. ¿Odiaba, como era evidente que lo hacía Tomas Gomez?

No lo sabía. Solo tenía claro que acababa de surgir otra cuestión: ¿cómo de empeñado estaba en realidad en detener la cruzada de Tomas Gomez?

En la pantalla, el zorro cruzaba un campo de cultivo y se colaba en un bosquecillo. ¿En qué pensaba? ¿A dónde iba, tenía un plan de fuga?

Bob bajó la vista a su Radica 20Q. Estaba inerte, apagada, las pilas gastadas.

Olav Hanson estaba tumbado en la cama mirando al techo.

Oía a su mujer, que roncaba a su lado. Estaba pendiente del teléfono como si pudiera empezar a sonar aunque lo hubiera apagado. Lo hacía desde que lo habían llamado por tercera vez tras su vuelta a casa desde el Track Plaza. Tres números diferentes, todos desconocidos. No le hacía falta ser un lince para saber que todas las llamadas eran de Die Man. Habría visto los informativos y

sabría que Lobo estaba libre. Olav no había contestado a las llamadas. ¿Qué podía decir? ¿Que casi había logrado deshacerse de Lobo? ¿Que volvería a intentarlo en cuanto se presentara la ocasión? Die Man rara vez concedía una segunda oportunidad, jamás una tercera. En otras palabras, sería mejor que Lobo hubiera dejado de respirar la próxima vez que hablara con Die Man.

Olav se estaba quedando dormido cuando oyó algo. El salón estaba contiguo al dormitorio, y el sonido procedía de allí. Un chasquido resbaladizo y aceitoso. No dudó ni un instante de lo que era. El cargador de un revolver siendo colocado en su sitio. Lo sabía porque tenía un revolver y ese sonido no se parecía a ningún otro. Olav agarró la pistola que guardaba debajo de la almohada, se deslizó fuera de la cama y se acercó de puntillas a la puerta.

Escuchó.

Nada.

Miró por la cerradura. Oscuro. Tenía dos opciones. Abrir la puerta con cuidado y sin hacer ruido, o abrirla de una patada, tirarse de cabeza y ver qué pasaba. Tragó saliva. Intentó ralentizar su pulso. Y eligió la primera.

La puerta se abrió y miró hacia el salón.

No había nadie.

Pero notó el olor. A la luz de las farolas que entraba por la ventana vio el humo ascender de la butaca que le daba la espalda.

—¿Sean? —llamó con voz queda.

Una cabeza asomó para mirarlo. Pelo despeinado, amplia sonrisa, un grueso cigarrillo liado entre los labios.

—¿Sí, padre?

Ese «padre» que su hijo siempre lograba que sonara a broma.

—No te oí volver a casa —dijo Olav y ocultó la pistola detrás de su espalda mientras cerraba la puerta del dormitorio.

—Esta no es mi casa, y no quería que me oyeras porque tenía previsto robar esto. —Sean movió el revólver en el aire. Debía de saber que Olav lo guardaba en el cajón del escritorio—. ¿Cuánto crees que me darán por él en Phillips, padre?

—Habla más bajo, Sean. Está dormida. ¿Qué quieres?

—¿Lo que quiero ahora mismo o lo que quiero en realidad?

—Sean…

—En realidad quiero fumar hasta tener tal colocón que desaparezca. En realidad quiero ser lo contrario de lo que eres tú. Y en realidad quiero que te deshagas de esa zorra que está acostada ahí dentro en la que una vez fue mi casa. Pero lo que quiero ahora… —dio una profunda y sonora calada al cigarrillo, retuvo el humo durante tres largos segundos y lo dejó escapar— es venderte este revolver por cien dólares en efectivo y en mano.

Olav Hanson nunca había tenido motivo para arrepentirse de haber nacido, al fin y al cabo, poco podría haber hecho para evitarlo. Lo que sí pensaba de vez en cuando era que podría haber evitado que el tipo que estaba sentado en esa butaca hubiera venido al mundo.

Mi aliento se convirtió en un vaho helado al ver el corte de YouTube en el móvil. Estaba debajo de las noticias sobre el asesinato de Cody Karlstad. La reportera de la KSTP entraba en un bar que, si no me equivocaba después de estudiarme el plano, estaba justo delante de la pasarela frente al baño en el que había estado. Le explicaba al

presentador del informativo que la policía no les había permitido acercarse a la operación en curso contra el sospechoso Tomas Gomez, pero que había visto a una persona con una identificación del MPD entrar en ese bar. Entonces se dirigía a un hombre vestido con un llamativo abrigo, casi amarillo ocre, y le pedía que le explicara qué estaba pasando, levantaba su tarjeta y leía «… detective Bob Oz». Era evidente que Oz estaba borracho, que no comprendía que lo estaban entrevistando; resumió la situación diciendo que lo habían dejado y estaba suspendido, que follaba y bebía, y acababa rematando: «¿Qué hay de ti, cielito lindo?».

Apagué el teléfono. Vi el pez dar vueltas tras el cristal del mostrador. Luego me fijé en ti. Estabas desnudo y atado a una silla metálica. Tenías correas por el pecho, el cuello y la frente. Los brazos sujetos a los apoyabrazos, los pies a las patas de la silla. Llevabas allí sentado tres semanas, y tu piel y tu cabello tenían una capa de escarcha blanca. Tras la correa del pecho pude distinguir el tatuaje de tu pecho, un uzi rodeado de un corazón. Era el arma que empleabas en McDeath. Fueron otras las balas que mataron a Monica y a Sam, pero fueron las de tu uzi las que me arrebataron a mi Anna en su sexto año de vida.

Te engañé para que vinieras aquí. Aún no me habías reconocido, habían pasado muchos años. Además, esa noche en McDeath sería menos especial para ti que para mí. Te enseñé el lugar, te mostré lo que habías venido a llevarte, te serví un café y, cuando la droga del café dejó de hacerte efecto, te despertaste encadenado a esa silla y te conté quién era yo, los planes que tenía para ti.

Dicen que los psicópatas tienen un umbral del dolor y el miedo más alto que los demás. Y puede que sea el caso, porque no vi

temor en tus ojos hasta que me puse los guantes de goma, la protección para los oídos, el hielo en espray y el cuchillo. Querías hablar de ello, querías explicarme que había sido un accidente. Que en realidad habías tenido intención de entregarte a la policía. Pero que uno de los detectives del caso, un tipo alto y rubio al que llamaban el Lechero, se había vendido a Die Man e iba a asegurarse de que los indicios apuntaran a otra de las bandas.

Era la mentira de un hombre desesperado, por supuesto, y te metí la cánula en la oreja, es probable que te agujereara el tímpano, y te avisé de que haría lo mismo con la otra si seguías mintiendo. Tú juraste que no era mentira, que Die Man y el Lechero te habían amenazado con matarte si decías algo a la policía. Perforé tu otro oído, pero repetiste lo mismo una y otra vez, como si esa confesión fuera un salvavidas. Te creí. Un tipo alto y rubio. Debía de tratarse del detective Olav Hanson, el que me había consolado después de tomarme declaración y me prometió que cogerían a los que habían asesinado a mi familia.

Pregunté dónde podía encontrar a Die Man y tú me dijiste dónde, y pregunté si estabas de broma, ya sabía qué clase de lugar era ese, pero dijiste que era verdad, que estaba tan enganchado a eso como sus clientes al crack. Pensé en ello mientras empezaba a cortar con el cuchillo tus antebrazos. Apretaste los dientes y no dejaste escapar sonido alguno. Resististe hasta que te pinché en el cuello. Cuando por fin empezaste a gritar, solo permanecías en silencio los breves intervalos en los que te desmayabas. En tus últimos minutos de vida te limitaste a llorar. El llanto silencioso de quien sabe que es demasiado tarde y que ya está muerto.

Estabas ahí sentado en una silla porque tenías un uzi, un arma asesina automática que habías comprado con todas las de la ley en un estado más al oeste, un arma que nadie había utilizado jamás para proteger a su familia de unos ladrones, a su novia de una violación o para servir un asado de venado. Sí, era verdad lo que decían los defensores de las armas, que no son las armas las que matan, sino quienes las empuñan. Opinan que solo hay que asegurarse de que los malos no tengan armas.

Si la ecuación era tan simple, casi todos los tipos malos del mundo vivían en este país. Estados Unidos suma el noventa por ciento de todos los jóvenes que mueren asesinados con armas de fuego en los veintidós países más ricos del planeta.

¿Qué era la libertad? ¿Poseer un arma diseñada para matar a gente porque tal vez el que iba a tu lado tenía otra? ¿O la libertad era no tener que poseer un arma porque podías estar bastante seguro de que el otro tampoco iba armado? Podía entender que el miedo venciera a la razón, de manera que, por tu situación socioeconómica, formación y desafortunada genética, solo fueras la primera pieza mecánica de un arma que, en realidad, ya está disparando cuando acaba en tus manos, y tú —que estás sometido a las leyes de la psicología y la economía del mismo modo que los componentes del arma lo están a las leyes de la física— aprietas el gatillo como parte de una inevitable reacción en cadena. Pero también eres el principio. El centro, el lugar donde la piedra impacta en el lago por primera vez. Ahora las ondas se expanden por el agua inmóvil y oscura. El traficante de armas. El activista. Las fuerzas que impulsan al asesino. La fiscalía. El poder ejecutivo. Los círculos se hacen cada vez más grandes.

Vacié el agua del vaso. El pececillo saltaba sobre el mostrador y se infló. Era una reacción defensiva, no quería asustar por su tamaño, sino dificultar que lo pudieran morder.

Al acabar, eché la llave al candado, salí por la puerta del gran estudio de pintura compartido al bosque que rodeaba la casa de una sola planta. Nos la habían dejado barata y solíamos reunirnos para contemplar las obras de unos y otros. Los niños lo adoraban, tanto el bosque como las cosas raras que se exhibían ahí dentro. Por la noche hacíamos fiestas todos juntos. Hablábamos del futuro, de que seríamos grandes, conquistaríamos el mundo. En una ocasión, Monica y yo pasamos aquí la noche. Tal vez fue la noche en que concebimos al niño. Ella afirmó que nunca había tenido tanto miedo, porque yo le había contado que había lobos. Había leído que ahora sí habían llegado y los artistas se habían marchado. Solo quedaba yo.

Un estrecho camino llevaba hasta la carretera principal donde estaba aparcado el coche. Era una milla larga, no quería que nadie me viera ni me oyera al llegar o al irme. Esa noche, Monica y yo íbamos a dormir allí, como en aquella ocasión.

Me metí en el saco de dormir sobre una base de ramas de abeto, debajo de un árbol, y observé el cielo estrellado. La busqué. Indagué entre lo que estaba escrito en signos y letras brillantes, las que no se distinguen desde la ciudad.

32

LA CONTRASEÑA. OCTUBRE DE 2016

Bob entreabrió los ojos. La luz que lo había despertado procedía de un reloj despertador con luz que le había regalado a Alice por su cumpleaños. La luz cálida se encendía con prudencia a la hora escogida y se iba intensificando, como si saliera el sol, esa era la idea. Se lo había llevado cuando apareció Stan y Alice dijo que podía coger todo lo que quisiera. Bob había tenido la esperanza de que ella se sintiera herida porque él se llevara su regalo de cumpleaños, pero en lugar de eso pareció aliviada: la verdad es que nunca había necesitado despertarse poco a poco.

La radio se encendió. Bob dormitó mientras escuchaba al locutor de los informativos afirmar que las encuestas seguían previendo que Hillary Clinton sería elegida la primera mujer presidenta del país dentro de unos días. Entrevistó a un experto en procesos electorales que advirtió del peligro del efecto Bradley. La gente encuestada por teléfono no se atreve a admitir que no va a votar al candidato políticamente correcto, como el aspirante negro a gobernador, Bradley, en aquella ocasión, o la candidata mujer a la presidencia ahora. El informativo acabó sin mención alguna a la búsqueda de Tomas Gomez, se cerró con que el congreso de la NRA había

agotado las entradas al U.S. Bank Stadium más deprisa que algunos de los partidos de los Vikings a domicilio.

Bob se levantó. Tenía frío y sentía las copas del día anterior en forma de un incipiente dolor de cabeza, pero el cuerpo y el alma se recuperaron tras una ducha caliente. Abrió la puerta de espejo del armarito del baño, vio el blíster de pastillas de color rosa, sacó el tubo de dentífrico y lo cerró. Puso el café mientras seguía lavándose los dientes, encendió el portátil y comprobó que internet no funcionaba. Pensó en el caso y llamó por teléfono a Mike Lunde. El taxidermista parecía muy ocupado.

—Sí, tengo wifi. He de acabar el labrador hoy, he cerrado la tienda para poder estar solo y concentrarme. Hoy tampoco dejaré pasar a ningún Tomas Gomez. ¿Vienes mañana, mejor?

Bob colgó. Prefería el café de Moresite, pero no tenían wifi como en Starbucks.

Cogió el autobús a Southdale, compró pilas en el centro comercial y recogió el Volvo con su multa correspondiente para después ir a Dinkytown.

—Este no es un sitio al que se venga con portátil —dijo Liza cuando se sentó en uno de los taburetes y colocó el ordenador en el mostrador del Bernie's.

—Lo siento, no encontré ningún otro lugar que ofreciera wifi y café decente —explicó Bob.

—Que yo sepa, no has probado nuestro café. ¿Y qué te hace creer que tenemos wifi?

—Esto está rodeado de estudiantes, ¿me vas a decir que no tenéis wifi?

—Para los clientes no.

—Veo que estoy aquí solo, así que esto quedará entre nosotros. ¿Cuánto pides por compartir la contraseña de los empleados?

—¿Crees que nos vamos a dejar comprar?

—Con dinero puede que no, pero creo que te podré chantajear con los medios apropiados.

—¿Cuáles?

—La verdad.

—¿La verdad?

Bob sacó la bola del bolsillo interior del abrigo y la puso ante ella.

—Radica 20Q —dijo antes de que ella tuviera tiempo de preguntar —. Leerá tus pensamientos.

—Vale. ¿Y si prefiero guardarme mis pensamientos?

—No me refería tanto a tus pensamientos como a los de tu hijo. Le va a encantar.

Liza enarcó una ceja.

—¿Qué te hace pensar eso?

—Todos los niños sienten curiosidad por las cosas inteligentes.

Alzó la bola y la miró con escepticismo.

—Tiene pinta de estar muy usada.

—Era de mi hija.

—¡¿Tienes una hija?!

—Tenía. Frankie. Murió. Le habría gustado que otro niño disfrutara de su juguete favorito. Ella era así.

Liza entreabrió la boca. Por unos instantes, los ojos se le llenaron de lágrimas. Bob vio cómo su rostro, la manera en que estaba en pie, las manos, todo cambiaba. Lo había visto antes, claro, las pocas veces que le había contado a alguien que había perdido a su hija, cómo la otra persona buscaba una respuesta adecuada. Pero no así.

Fue como si sus palabras impactaran en Liza Hummels, como si abrieran la puerta a una persona que Bob no conocía. Era —eso pensó Bob a falta de otra palabra más apropiada— hermosa. Su voz temblaba cuando al cabo de varios segundos pronunció despacio y con mucha claridad:

—Hillary Clinton for Prison.

—¿Perdón?

—La contraseña. No fue idea mía. ¿Café solo?

Bob habló de Frankie y de su familia de tres sin echarse a llorar. Fue Liza quien tuvo que enjugarse alguna lágrima.

—Alice quiso que la llamáramos Frankie. Porque quiere decir «hombre libre». Quería que se encontrara todas las puertas abiertas.

Liza asintió.

—Ese fue el motivo por el que llamé a mi hijo Johan.

—¿Johan?

—Es uno de esos nombres que se asocian a un alto nivel de ingresos. No hace que el niño sea más listo, pero le da una mínima ventaja a la hora de solicitar empleos bien remunerados al salir de la universidad.

—¿Así que Johan va a ir a la universidad?

Ella se encogió de hombros.

—¿Por qué crees que hago turnos de doce horas?

—¿Y si no quiere?

—Pues no irá. Se trata de ofrecerles el mayor número de posibilidades, ¿no? ¿Qué pasó después de la muerte de Frankie?

Bob le habló de la depresión, los problemas de ira, la separación y su situación actual de detective suspendido. Y, para terminar, cuando ya iba por el tercer café, su caza no autorizada de Tomas Gomez. Hasta ese momento solo se habían presentado dos clientes más: un lector de prensa callado en un rincón y, en el otro, un dibujante que levantaba la vista para observarlos mientras dibujaba trazos en un cuaderno.

—Entonces ¿no disponéis de ningún dato personal?

—*Nada*3 —dijo Bob—. Tenemos esa historia de que mataron a su familia, y las imágenes de distintas cámaras de vigilancia.

Bob giró la pantalla del portátil hacia ella. Para su alivio, aunque no sorpresa, nadie había caído en la cuenta de bloquear su acceso a las bases de datos del MPD.

—¿Qué edad dirías que tiene ese hombre?

—Bueno. ¿Treinta y dos? No más de cuarenta.

—Estoy de acuerdo. Supongamos que pudo tener hijos como pronto a los quince o dieciséis. He buscado en la base de datos todos los asesinatos desde 1990 en adelante, tanto en Mineápolis como en Saint Paul, y en esos veintiséis años hay cuatro casos en los que murieron a tiros una mujer y dos hijos en un supuesto enfrentamiento entre bandas. Ninguno de los artículos de prensa menciona el nombre de Gomez. Tres de ellos son negros y uno latino. Murieron en Fourth Precinct, pero aquí dice que se llamaban Perez y eran españoles.

—¿Crees que podrían ser ellos?

—Bueno. Si era inmigrante ilegal, no sería raro que se le hubiera ocurrido un nombre como Perez y que afirmara ser español. De ese

modo no lo echarían al otro lado de la frontera ni acabaría en manos del cártel del que había huido.

—¿De verdad que no dan más detalles sobre los asesinatos?

—No. Los asesinatos de minorías étnicas en Fourth Precinct siempre han tenido poca cobertura, y esto fue en 1995, el peor año de la estadística criminal que se recuerde.

—Yo apenas había nacido, querido.

Bob marcó un número y se llevó el teléfono a la oreja.

—Fue el año en que la ciudad empezó a llamarse Criminópolis. —Hizo un gesto para indicar que habían respondido a su llamada—. Hola, Kari, ¿cómo va todo en la sección de Delitos Económicos? Oye, me preguntaba si podrías ayudarme con una cosa. ¿Podrías echar un vistazo a un asesinato múltiple de 1995? Perez. Necesito el informe. Y el nombre y la dirección del padre. —Bob oyó que Kari no tomaba nota como de costumbre—. ¿Kari?

—Me temo que no puedo ayudarte, Bob. —Su voz sonaba forzada.

—¿Qué quieres decir?

—Walker me ha dado instrucciones estrictas de que no te proporcione información mientras estés suspendido. Creo que es por la cosa esa de la tele en YouTube. Parece que hasta el director de la Policía anda cabreado, creen que has avergonzado a todo el MPD. Lo siento, Bob.

—Comprendo. —Bob se quedó pensativo—. Lamento haberte puesto en un aprieto, Kari.

—¿A mí?

—Sobre todo a ti. Que pases un buen día.

—Tú también, Bob.

Bob colgó, marcó otro número y le respondieron al instante.

—Bob…

—Hola, Kay. Oye, creo que tengo algo.

—Bob, escúchame…

—Asesinato. Perez. En 1995. ¿Podrías mandarme el informe y…?

—Walker nos ha dado instrucciones a todos para que no…

—A la mierda con Walker. Todo lo que necesito es…

—Voy a colgar, Bob.

—¡Kay!

La comunicación se cortó.

—¿Has perdido el tirón con las mujeres? —preguntó Liza.

—Hace tiempo que cae en picado —dijo Bob, clavando los codos en la barra y masajeándose el cráneo con fuerza—. Discúlpame.

Bob entró en el aseo de caballeros. Aunque tenía el urinario para él solo, pasó al único cubículo y cerró la puerta. Tenía esa manía: si no estaba seguro de que estaría solo al hacer aguas menores, se quedaba en el intento. Al acabar, se abrochó los pantalones y se quedó mirando el pestillo antes de salir, se lavó las manos y se echó agua en la cara. Al sentarse de nuevo en el taburete, junto a la barra, vio que Liza le había rellenado la taza de café.

—¿Liza? —dijo en voz baja de manera que ella se acercó un paso instintivamente.

—¿Sí?

—Lo que comentamos de mantener las puertas abiertas. Si entras en un cubículo de un baño en el que hay más gente, ¿no echas el pestillo sin pensarlo? —Lo miró sin comprender—. Al menos si vas a preparar una huida por el sistema de ventilación —dijo él—. Gomez no había cerrado la puerta del cubículo. ¿No resulta extraño? Me refiero a que no quieres que te pillen in fraganti.

—Puede ser.

—¿Quieres decir que «puede ser» que eches el pestillo?

—A lo mejor quieres que te pillen. Al menos si estás haciendo algo delictivo.

—¿Alguien quiere eso?

—¿Que lo pillen? Oh, sí. —Liza se inclinó sobre la barra y apoyó la barbilla en las manos—. Yo cogí la costumbre de robar el cambio de la cartera de mi padre. Me daba tanta vergüenza que fui cogiendo cada vez más para que se diera cuenta.

—¿Y lo hizo?

—Puede ser. A lo mejor me castigó fingiendo que no se daba cuenta. Dejó que me consumiera lentamente en mi mala conciencia.

—¿Funcionó?

—Desde luego. Dejé de robar.

Bob gruñó y asintió despacio.

—Al menos me da esperanza saber que podemos dejarlo. ¿Me pones un whisky?

—No.

—¿No?

—No, te puedo dar más café. ¿Qué es lo que quieres dejar?

—Nada.

—Venga ya, Bob. Es, como dices, parte de mi trabajo.

—¿El qué?

—Escuchar y fingir que comprendo. ¿Qué te gustaría dejar?

Bob sonrió y miró al interior de la taza. Tomó aire.

—Alice. Estoy haciendo que pase por un infierno. Los papeles del divorcio, el reparto de bienes, su nueva pareja, todo. Aunque sé que soy yo quien sale más perjudicado, porque el desprecio que siento

por mí mismo se incrementa cuando me hago peor de lo que soy. A veces me pregunto si busco compasión. Como si quisiera que ella vea al hombre que una vez fui desintegrarse ante sus ojos. Soy un imbécil, y me regodeo en mi mala conciencia, pero no soy capaz de dejarlo como hiciste tú. Al contrario, me he convertido en un maldito acosador.

—¿Te has preguntado por qué la acosas?

—En realidad, creo que no es a ella a quien acoso, son los lugares en los que fui feliz. Donde viví con ella y con Frankie. Donde la recogía en el trabajo. Acoso a los recuerdos. Ya sabes, como esa gente que manda disecar sus mascotas porque quieren reconstruir algo de su vida que se ha roto.

—¿La gente diseca sus mascotas?

—Sí, incluso los asesinos como Tomas Gomez. Quiere conservar a su gato. Increíble, ¿no?

Liza se giró hacia dos clientes recién llegados, que pidieron cerveza.

Bob la contempló: el servicio amistoso pero profesional, los movimientos rápidos, precisos. Pensó que esa eficiencia debía de producirle satisfacción, la alegría de hacer bien su trabajo. La alegría. «Acoso a los recuerdos». De repente brilló, tan evidente como una respuesta en la pantalla de la Radica 20Q.

—¿Adónde vas? —preguntó Liza.

Bob se levantó y se abrochó el abrigo.

—Creo que sé cómo encontrarlo.

33

PORNO. OCTUBRE DE 2016

Tenía el rostro vuelto hacia el cielo y los ojos cerrados al intenso sol de la mañana. Seguía calentando, pero los charcos habían amanecido con una fina capa de hielo. Inspiré, sentí que se me llenaban los pulmones, que mi cuerpo estaba listo. Sentí la leve presión de la jeringuilla de larga aguja que llevaba en el bolsillo del pecho. Abrí los ojos de nuevo.

U.S. Bank Stadium.

Parecía una nave. No, un submarino. O un iceberg negro. Estaba en Medtronic Plaza, junto al gran barco vikingo, con la vista levantada hacia la fachada de zinc negro. Detrás había sesenta mil asientos a la espera de ser ocupados. El estadio tenía el techo y las paredes de cristal, que permitían distinguir el perfil de la ciudad sin que los aficionados pasaran frío. Hubo muchas reacciones mientras construían el estadio y cuando lo inauguraron este verano. Algunos lo odiaban y opinaban que nunca deberían haber derribado el viejo estadio Metrodome, pero siempre que se tocaba un lugar del que la gente conservaba sus mejores vivencias ocurría lo mismo. Esa noche había dormido bien en el bosque, junto a mis recuerdos. Lo necesitaba, era preciso para que no dudara.

Vi los autobuses tanto de la WCCO-TV como de la KSTP, tiraban cables y se preparaban para retransmitir en directo cómo el alcalde Patterson inauguraba el congreso de la NRA al día siguiente. Di una vuelta al estadio, la seguridad parecía impecable. Era imposible acceder sin estar acreditado y había cámaras de vigilancia en todas las entradas y en especial aquí, en Medtronic Plaza, el lugar por el que entrarían la mayoría de los asistentes.

Cerré los ojos.

Imaginé al alcalde, objetivo de todas las miradas y de todas las cámaras de televisión. Su gesto, que parece congelarse cuando percibe el impacto. El caos. La anarquía. Pasos acelerados. Sirenas. La gran maquinaria en la que confiamos poniéndose en marcha. Creemos que nos protegerá, que nos salvará a nosotros y a nuestros seres queridos. Ahí está, la incredulidad mezclada con la certeza de que hagamos lo que hagamos, nosotros o ellos, ya es demasiado tarde. Mi desesperación por fin es la suya.

Kay Myers estaba en el despacho de Walker observando la espalda del comisario delante de la persiana.

—¿Estás a gusto en esta ciudad? —preguntó él.

Kay lo pensó. No le parecía muy distinta al lugar del que procedía. Clima similar, los lagos, la mezcla de gente, los mismos paisajes llanos. Tardó un poco en captar todas las leves diferencias en los códigos sociales, como *Minnesota nice*, una superficie amigable y educada, que esconde una corriente subterránea pasivo-agresiva que huye del conflicto. Aunque la gente se escondiera y fuera menos directa que en su lugar de procedencia, eran en su mayoría decentes

y legales. Salvo aquellos que estaban implicados en muchos de los casos de asesinato, pero dudaba que las ciudades se diferenciaran demasiado en ese aspecto.

—La verdad es que me gusta la ciudad.

—Bien —respondió Walker sin darse la vuelta—. Puede que no sea tan bonita como Chicago, pero veo que esta urbe mira al futuro. Una ciudad donde la gente está dispuesta a pensar de otro modo, donde una persona como tú puede tener una buena vida y hacer carrera profesional. —Kay se revolvió en la silla. Aunque no esperaba una conversación como esa, tampoco estaba muy sorprendida. Había percibido señales—. He sabido que me van a poner al frente de la sección de Investigación —dijo Walker. Separaba con los dedos dos lamas de la persiana—. Confío en que quede entre nosotros.

»Implica que alguien tendrá que ocupar este despacho. Se anunciará el cargo y no seré yo quien decida a quién se nombra, pero, si recomiendo a un candidato de la casa, lo tendrán en cuenta. Podría decirse que muy en cuenta. —Puesto que no había motivo para añadir nada, Kay permaneció en silencio—. Siempre entraña un cierto riesgo para un jefe saliente recomendar a alguien —dijo Walker—. Si *a posteriori* se supiera que esa persona arrastra alguna lacra, lo dejaría en mal lugar. Por ejemplo, ahora mismo, el director de la Policía me persigue a causa de los problemas con el detective Oz. Así que necesito saber que no nos darás una sorpresa, Myers.

—Comprendo —respondió Kay.

Walker se volvió hacia ella.

—¿Comprendes?

—Sí.

Walker desplegó una amplia sonrisa.

—Has llegado lejos, Myers. No está nada mal para una chica de Englewood. Debes seguir avanzando, vas a ser un ejemplo para otras chicas de lugares como Englewood. Tienes el camino despejado, lo único que podría estropearlo es que la líes y te tropieces. —Kay asintió—. No te entretengo más, Myers, parece que tienes ganas de volver al trabajo.

Kay fue a su mesa preguntándose qué había sido más importante para Walker: la promesa o la advertencia. Echó una mirada al despacho que estaban renovando. No parecía que hubieran acabado, las latas de pintura seguían allí, pero estaba claro que el pintor tenía el día libre. En una silla había algo parecido a la piel marrón de un pequeño roedor, sería un guante. Estuvo a punto de preguntar en la recepción si sabían cuándo volvería el pintor, pero no lo hizo. Al acercarse a su sitio vio que Olav Hanson salía lanzado de detrás de la mampara y corría hacia la puerta mientras se ponía la chaqueta.

—¿Dónde está el fuego? —preguntó Joe Kjos, que estaba jugando al póquer en el ordenador.

—La sala de vídeo —dijo—. Acaban de informar de que han visto a Gomez junto al U.S. Bank Stadium.

Kay agarró su abrigo y corrió hacia los ascensores.

—¡Eh! —gritó hacia las puertas que se estaban cerrando—. ¡Yo también voy!

Un brazo peludo asomó entre las superficies niqueladas y las puertas del ascensor se hicieron a un lado.

Entró, agradeció con un movimiento de cabeza su ayuda al hombre de brazo peludo y clavó la mirada en Olav Hanson, que estaba al fondo. Se colocó a su lado.

—¿Por qué no me avisaste de lo de Gomez? —preguntó en voz baja.

—Quise hacerlo, pero no estabas en tu sitio —contestó él en voz igualmente baja.

Ella asintió e intentó interpretar su rostro congestionado.

—Pues ya estoy aquí, Hanson.

—Bien.

Frente al U.S. Bank Stadium ya había tres coches patrulla cuando Kay y Olav Hanson saltaron de su vehículo.

—¿Y? —le dijo Hanson al agente que los estaba esperando.

—No está aquí.

—¿Qué cámaras lo han captado?

—Todas las exteriores que rodean el estadio —dijo el agente—. Parece que le ha dado dos vueltas completas antes de largarse.

—¿Dos vueltas? —comentó Kay—. Está preparando algo.

Kay observó los dos autobuses que había aparcados frente a las puertas. Casi no tuvo tiempo de acabar de pensarlo y ya lo estaba diciendo en voz alta:

—Patterson.

—¿Qué? —Hanson la miraba sin comprender.

—Patterson va a inaugurar la conferencia de la NRA aquí, mañana. Gomez va tras el alcalde.

—¿Estás loca?

—Creo que Gomez está loco. —Sacó el teléfono—. Pensadlo. Sigue un esquema. Empieza por abajo y va agrandando sus objetivos. Como círculos en el agua.

—¿A quién llamas?

Antes de que Kay tuviera tiempo de responder a Hanson, le respondieron.

—Ayuntamiento.

—Soy la detective Kay Myers del MPD. ¿Pueden pasarme con el responsable de seguridad del gabinete del alcalde?

Mientras esperaba, el agente uniformado recibió una llamada en el móvil.

—Nuevo avistamiento de Gomez —dijo en voz alta—. Y no está lejos.

Oí sirenas aproximarse. La calle estaba flanqueada por edificios bajos, de dos plantas. En la acera del otro lado había un carrito atendido por un hombre con gorro de piel y un cartel que anunciaba que vendía *Kielbasa Starowiejska*, salchichas polacas. Cuando vine a reconocer el terreno compré una de sus salchichas con forma de U. Me la sirvió en *kapusniak*, sopa de repollo, y me supo a gloria. Detrás del carrito de salchichas estaba la entrada de un cine con un enorme cartel vertical que decía RIALTO con bombillas rojas. Las sirenas estaban cerca. Uno o dos de los coches las habían apagado, tal vez creyeron que me iban a sorprender. Inspiré el olor a salchicha, repollo cocido, tubo de escape y testosterona. Luego crucé la calle.

El agente Fortune conducía mientras escuchaba una voz de mujer en el auricular. Le iba informando de dónde situaba a Gomez el

programa de reconocimiento facial. También sabía que ella podía acceder a cada una de las cámaras y ver hacia dónde iba Gomez mientras lo tuvieran enfocado.

—Gracias, ya hemos llegado —dijo Fortune, giró hacia la acera frente a un carrito de salchichas del que escapaba vapor y frenó de golpe ante el vendedor asustado. Fortune se giró hacia los detectives del asiento trasero y vio que ambos habían sacado el arma reglamentaria—. La cámara ha captado que ha entrado en ese edificio; nosotros…, eh…, ¿esperamos a los SWAT?

—No —respondieron los dos detectives a coro, empujaron la puerta trasera y se bajaron.

Betty Jackson, taquillera del Rialto, vio a dos personas con pistola y placa del MPD y tuvo sensación de estar viviendo un *déjà vu*. Era la única que llevaba trabajando en el cine desde los años setenta, cuando el rey del porno de Mineápolis, Ferris Alexander, se había hecho cargo del cine y empezó a pasar películas X. Era ilegal, pero la policía solo hacía redadas en el local cuando las autoridades municipales lo exigían, puesto que había una llamativa cantidad de agentes de policía entre la clientela habitual del Rialto.

El imperio del porno cayó y Ferris Alexander acabó en la cárcel por evasión de impuestos. Curiosamente, el Rialto sobrevivió sin Ferris, incluso en un mercado en el que las salas X de todo el país cerraban, mientras que el porno para consumo casero, tanto en cintas como en el ordenador, iba en aumento. No es que el Rialto fuera una mina de oro, pero se sostenía. Además, en la práctica ya no había leyes en vigor que permitieran a las autoridades cerrar los

cines como en los años setenta. En el peor de los casos podían exigir que se situaran fuera de algunas zonas libres de porno de la ciudad. El Rialto pasaba en su mayoría películas pornográficas suecas, danesas y alemanas de los años sesenta y setenta, casi todas clásicas y algunas underground. Cosas que no podías encontrar en la web. No eran extremas: ni animales, ni menores, ni excrementos, ni sadismo duro. Solo gente follando. La mayoría de los clientes eran habituales, hombres blancos de más de sesenta que no podían ver porno en casa. O, sencillamente, hombres solos que no encontraban a la mujer de sus sueños en el porno estándar de la red. Aquí había chicas escandinavas con vello púbico y sin silicona, las novias de su juventud. Una mezcla de la cutrez anterior a que el porno se convirtiera en un negocio aceptado, y la inocencia de cuando aún existía cierto pudor. Se trataba de un cine para adultos respetable dentro de lo que cabe, pero su situación geográfica era un área indefinida; de hecho, la mitad del edificio estaba en una de las zonas designadas por el ayuntamiento como libres de pornografía. Por desgracia, la mitad que estaba en esa zona incluía la pantalla. Pero Betty se dio cuenta de que hoy no venían por eso. Creyó detectar desconcierto en la mirada de los agentes, como si acabaran de darse cuenta de qué clase de establecimiento era.

—Disculpe —dijo la policía negra, y Betty intentó recordar cuándo fue la última vez que había oído a alguien del MPD empezar una frase con esa palabra—. ¿Esta persona ha entrado aquí?

La mujer había bajado la pistola y sostenía el móvil ante la ventanilla.

Betty lanzó una mirada rápida a la foto. No solía mirar a los clientes, no les gustaba. Veía sus manos cuando metían el dinero por

la ventanilla y solo levantaba la vista si parecían más de niño que de adulto y debía negarles la entrada o pedir que acreditaran su edad. Pero esta persona había hecho algo que no sucedía casi nunca: le había hablado. Dijo que debería probar las salchichas del puesto polaco. Como si quisiera que lo mirara. Puesto que Betty, a sus setenta y ocho años, no sospechaba que nadie quisiera ligar con ella, lo miró. Era la misma persona que la de la foto que le mostraba la agente, no cabía duda.

—Está ahí dentro —dijo y señaló la puerta de la sala con un movimiento de cabeza.

Era una puerta batiente sin tirador. No por facilitar la evacuación en caso de incendio, sino porque una puerta batiente se puede abrir con el pie o el hombro de manera que no tengas que tocar un pomo que tienes buenos motivos para sospechar que ha estado en contacto con cosas que preferirías no rozar, ni siquiera en un contacto secundario.

—Apaga la película y enciende las luces —dijo la policía.

—Sin una orden de registro no puedo… —empezó Betty, pero se detuvo al ver su mirada. Tras ella llegaron tres hombres uniformados blandiendo sus armas. Betty apretó el intercomunicador que tenía delante, también de los años setenta, y suspiró como si fuera un incidente no por lamentable menos cotidiano:

—Perry, para la película, enciende la luz. Está aquí la policía.

Kay empujó la puerta de la sala de cine con el pie mientras empuñaba la pistola con ambas manos. En la cámara de vigilancia no se veía que Gomez llevara nada, pero podría estar armado de

todas formas. Desde donde se encontraba, al fondo a la izquierda de la sala, se fijó en que una pareja pálida y velluda estaba en acción en la pantalla, antes de concentrarse en las siluetas de los hombres que se repartían a mucha distancia unos de otros por la sala de cien o, como mucho, doscientas butacas.

—¡Policía! —gritó con toda la fuerza de la que fue capaz—. ¡Quedaos quietos!

En ese instante, la película empezó a reducir la velocidad, de manera que los gemidos de placer y el golpeteo disminuyeron en intensidad y volumen, como si los participantes hubieran perdido el interés de repente, pero no se produjo ninguna reacción, ninguna queja o gritos de enfado en la sala. En la oscuridad que reinó durante los dos segundos que pasaron desde que el proyector se apagó del todo y se encendió la luz, detectó un movimiento. Un rectángulo de claridad penetró en la sala, al fondo, a la derecha. Una puerta, bajo una señal verde de salida de emergencia, se cerró de golpe.

Kay reaccionó al instante, se lanzó corriendo por las escaleras y oyó que Hanson iba pegado a ella. Giró entre la primera fila y la pantalla, pasó por delante de un hombre que todavía se afanaba en abrocharse los pantalones, empujó la puerta de la señal de salida de emergencia y salió desconcertada a la luz del día.

Vio por unos instantes una espalda que desaparecía tras la esquina de un edificio. Inició la persecución. Giró, entró en un callejón, dobló otro recodo y volvió a ver por un momento la misma espalda. Corrió. Corrió como lo hacía por las callejuelas que rodeaban su casa de Englewood, dejando atrás a los demás niños; corrió al colegio y de vuelta a casa. Corrió como esa noche en la que

tenía once años y su padre había forzado la puerta para robarles el dinero y ella fue más rápida. Cogió el dinero de su madre de debajo de la cama, saltó por la ventana, corrió. Su padre fue tras ella. Corrió lo más deprisa que pudo y, a pesar de eso, notó que él, como un zombi inestable, se acercaba cada vez más. Al llegar a la perrera de la casa de Jenkins estaba pegado a ella. Notó las puntas de sus dedos en las suelas de los zapatos al saltar sobre la valla de alambre, que por fortuna solo tenía seis pies de alto. De no ser así, no habría podido pasar por encima, porque sus brazos eran tan débiles como fuertes sus piernas. Lo consiguió y, al aterrizar al otro lado, llegó el perro, que según parece era una mezcla de pitbull terrier y pastor alemán. Salió furibundo de su caseta con la boca llena de espuma ya. Se lanzó contra el intruso enseñando los dientes. No contra ella, que muchas veces se pasaba por allí al volver del colegio y compartía con él algo de su almuerzo, sino contra la valla de alambre y el hombre que estaba al otro lado, el que la amenazaba.

Vio a su padre echarse hacia atrás y quedarse a una distancia segura. Entre los ladridos iracundos del perro oyó insultos que intentó no interiorizar, porque, aunque sabía que el ansia de drogarse lo volvía loco y que lo odiaba, esas palabras eran como un ácido, corroían la piel hasta atravesarla y no se podían lavar. Allí estaban, padre e hija, cada uno a un lado de una valla y un perro ajeno entre ellos. Ella lloraba, él optó por suplicar que le diera el dinero y, cuando por fin se rindió, él también se echó a llorar. Encendieron la luz en casa de Jenkins y se escabulló. Lo raro fue que más tarde, cuando pensaba en su infancia, no recordaba haberse

sentido más próxima a su padre que aquella noche, cuando se vieron así, cara a cara, cargando cada uno con su desesperación.

Kay había vuelto a perder de vista la espalda que perseguía, pero oyó un estallido. El sonido de un hombre saltando contra una valla de madera. Dio la vuelta a la esquina y, en efecto, vio una valla de madera que rodeaba una propiedad y distinguió unas manos que desaparecían al otro lado. Ajustó la longitud de sus pasos y saltó. Logró agarrar el borde de los tablones con las falanges, intentó alzarse, sus dedos fallaron y cayó hacia atrás. Tumbada boca arriba oyó otro estallido a cierta distancia. Otra valla. Maldijo. Una más alta, sin duda. Olav Hanson llegó a la carrera haciendo muecas de dolor.

—No logra pasar la valla siguiente —dijo Kay—. Si pasamos por encima de esta, lo tenemos. Empújame…

—Es más fácil que lo coja yo —dijo Hanson, se guardó la pistola en la funda de la axila, plantó sus seis pies cuatro ante los tablones, estiró las manos hacia el borde y saltó. Es decir, apenas se despegó del suelo antes de dejarse caer con un gemido. Tuvo que apoyarse en la valla—. Puta rodilla —siseó entre dientes. Sonó tan desesperado que, por unos instantes, Kay casi sintió pena por él. Localizó una endeble caja de fruta junto a la pared de la casa, tiró las macetas que contenía y la colocó de lado contra la valla—. ¡Yo me ocupo! —dijo Hanson, apartó a Kay y se subió él a la caja, llegó a tanta altura que Kay se dio cuenta de que podía ver el otro lado. La caja crujió—. ¡Sujétala! —gritó mientras sacaba la pistola.

—Vale, pero pasa al otro lado ¡ya!

—¡Sujeta más fuerte! ¡Va armado!

Kay estaba agachada, sujetando la caja, cuando oyó que Hanson disparaba tres veces seguidas.

—¡No dispares! —sonó una voz—. ¡Por Dios bendito, no dispares!

Kay soltó la caja y le dio una patada. Se volcó y Hanson cayó al suelo.

—¡¿Qué cojones?! —gimió.

Kay volvió a colocar la caja, se subió y se alzó al borde. Al otro lado había un patio trasero, rodeado por todas partes de viviendas y de una valla aún más alta. Pasó un pie por encima, se columpió y aterrizó a cuatro patas. Sacó la pistola, gritó «Policía» dos veces y fue hacia el hombre tembloroso que se protegía la cabeza con ambos brazos. Estaba encogido junto a los tablones de la valla, bajo un grafiti de los Black Wolves.

—¡Policía! —repitió Kay apuntándole con la pistola—. ¡Enséñeme las manos! ¡Ya! —El hombre levantó las manos como si rezara, pero seguía teniendo la cabeza doblada hacia el pecho—. ¡Déjeme verle la cara! —gritó Kay y se detuvo a seis pies del hombre, lo bastante lejos como para tener tiempo de disparar si la atacaba, lo bastante cerca para acertar.

El hombre levantó la vista. Le corrían lágrimas por el rostro.

—¡Por favor! —sollozó—. ¡Tenga piedad y el Señor será caritativo con usted!

Kay lo observó. Lo reconoció al momento, a pesar de que solo había visto su cara en la televisión y en foto. Maldijo en voz baja, sacó el teléfono y marcó el número que le habían facilitado en el coche patrulla. Respondieron al instante.

—Fortune.

—Aquí Myers. ¿Tenéis la sala controlada?

—Sí.

—Vale. No dejéis salir a nadie, ¿me oyes?

—¿No lo habéis pillado?

—Sí. —Tomó aire—. Pero no es él.

—¿No es Gomez?

—No, es… —Volvió a observar al hombre. Blanco, cincuenta y tantos, flequillo juvenil, grandes gafas, traje algo brillante. No es que viera mucho los canales de televisión evangelistas, pero ese rostro era casi tan famoso como el de Jim Baker—. Otro. Enseguida volvemos.

Se arrodilló ante el hombre.

—Si le registro, ¿encontraré un arma? —Negó con la cabeza—. Le creo. ¿Sabe que es ilegal negarse a obedecer las órdenes de la policía durante la inspección de una sala donde pasan películas clandestinas? ¿O qué, pastor?

La nuez del hombre bajaba y subía sin descanso, parecía aterrorizado, pero, cuando abrió la boca, las palabras brotaron sin ningún problema.

—Somos todos pecadores, hermana. Dios, Nuestro Señor, nos ha concedido el don de la compasión y nuestro corazón nos permite perdonar. Me han colocado en la tierra para llevar a cabo la labor de Dios. Como Jesús, nuestro redentor, busco a los pecadores allá donde estén. —Era la misma voz untuosa, rítmica, casi hipnótica que le provocaba escalofríos cuando la escuchaba en televisión—. Sabemos que no todos allá fuera lo comprenderán y lo entenderán, por ello le pido que me deje ir y no mencione mi nombre en los…, eh, medios, de forma que pueda continuar con mi labor en el nombre de Dios. Yo incluiré sus dos nombres, los de dos buenos

ciudadanos, en mis plegarias y en mi diálogo con el Señor esta noche. Y, miren, Él les abrirá las puertas del paraíso.

—Gracias, no soy creyente, pastor.

—¿N-no? Comprendo. ¿Qué le parecería una pequeña compensación más… terrenal por la labor que desempeñan? Nuestra iglesia dispone de recursos.

Kay observó dos agujeros en los tablones a unas pulgadas del cuerpo del pastor.

—Será mejor que lleguemos a un acuerdo —dijo ella—. Usted nunca mencionará que se nos escaparon un par de tiros contra un fugitivo que teníamos motivos para creer que era un asesino armado, a cambio de que nosotros mantengamos la boca cerrada y no contemos que estaba en un cine de pajilleros. ¿Qué le parece?

El pastor televisivo pestañeó y ella vio cómo hacía cálculos para valorar la oferta.

—Trato hecho —respondió y le tendió la mano derecha.

Kay hizo una mueca. Él pareció comprender lo que estaba visualizando sin querer y le ofreció la izquierda. Ella lo agarró y tiró de él para ponerlo de pie.

Frente al Rialto, Kay y Olav Hanson observaron cómo el pastor se alejaba en un taxi.

—No iba armado —afirmó Kay.

—¿No? —dijo Hanson—. Me apuntó con algo, pero el sol me daba de frente. En todo caso, solo fueron un par de disparos de aviso.

Kay pensó en los agujeros en la valla de tablones. No era el momento de hablar del tema, tenían otras cosas de las que

ocuparse. Kay volvió a entrar en la sala, Fortune estaba frente a la pantalla. Al verla se quitó el dedo índice del auricular.

—La sala de vídeo no ha detectado a Gomez en ninguna cámara después de que entrara aquí.

—OK. —Kay deslizó la mirada sobre las filas de asientos. Quince o veinte hombres estaban sentados tan lejos unos de otros como era posible, del mismo modo que parece ser que lo hacen en los urinarios o en la mesa de póquer—. ¿Están todos en el mismo lugar en el que los encontrasteis?

—Sí —confirmó Fortune.

La mirada de los hombres, porque eran todo hombres, apuntaba al suelo, las paredes o los teléfonos y relojes. Solo uno de ellos sostuvo su mirada, un hombre negro, grande, en la penúltima fila, con un bombín rojo y una sonrisa divertida. Puede que fueran prejuicios raciales, pero lo primero que le vino a la cabeza fue «proxeneta». Se dirigió dando zancadas hasta la última fila, donde había un esbelto hombre blanco con gorra de visera. Parecía un padre de familia. «Prejuicios», pensó.

—Disculpe, señor, ¿vio entrar a alguien poco antes que nosotros, como mucho cinco minutos antes?

—No. Nadie.

—Si fuera así, lo habría visto, ¿verdad? —Señaló la puerta que llevaba al vestíbulo con un movimiento de cabeza.

—Así es —dijo el hombre. Parecía más curioso que estresado, como si siguiera siendo un espectador, lo que era cierto. Kay se preguntó qué llevaba a esos hombres a reunirse, y a la vez no, de ese modo.

—¿Qué tiene ahí? —le preguntó y señaló una bolsa de papel que estaba sobre el asiento contiguo.

—Hoy es el cumpleaños de mi hija. —El hombre sonrió y levantó la bolsa. Kay reconoció el logo de una juguetería, un chico con una seta a modo de sombrero—. Quiere el traje de princesa de Marlin, que te vuelve invisible a los ojos de los adultos.

Kay miró la bolsa. Había regresado a Englewood. Era su duodécimo cumpleaños y su padre estaba arrodillado al pie de la escalera que daba a la calle. Su mirada estaba enloquecida de ansiedad por consumir y dijo que tenía un regalo de cumpleaños para ella, que solo debía acompañarlo a donde estaba. Señaló un coche que esperaba al otro lado de la calle. Vio al hombre que estaba sentado en el interior. Hizo lo que mejor se le daba: echó a correr. A veces se preguntaba si alguna vez había dejado de hacerlo.

—Feliz cumpleaños —dijo Kay, se aclaró la voz y gritó en dirección a Fortune—. Vale, ¡que se marchen!

—Perdón —sonó una voz rugosa desde uno de los asientos—. Habíamos pagado la entrada y la película no había acabado.

Kay no respondió. Salió con paso firme por la puerta del vestíbulo. Se detuvo de golpe y, antes de que se cerrara, tuvo tiempo de oír la voz de Fortune:

—Lamento la interrupción, amigos, ¡apaga la luz y que siga la película!

Kay observó la puerta del aseo de caballeros que estaba junto a la sala. No tenía motivo para creer que la taquillera hubiera mentido, pero le habría resultado imposible saber por cuál de las dos puertas había entrado Gomez.

Hanson llegó a la altura de Kay.

—¿Tú qué crees?

—Creo que ha salido por ahí —dijo ella señalando el aseo de caballeros—. ¿Podrías comprobar si está vacío?

Hanson entró y se ausentó unos segundos antes de abrirle la puerta. Ella pasó y escuchó el agua tristona del urinario, vio el espejo rajado. El aire estaba más fresco de lo que había temido. Levantó la vista y detectó el motivo. La ventana, casi a la altura del techo, estaba abierta de par en par. Gimió.

—Ajá —dijo Hanson, que parecía acabar de darse cuenta.

—¿Qué hay fuera?

Hanson se puso de puntillas y miró al exterior.

—Un callejón.

—¡Mierda! —Kay golpeó la pared con la mano y tomó nota mental de que debía lavársela cuanto antes—. Por eso no lo han visto en ninguna cámara. Ha ido por los callejones, puede haber llegado hasta el río sin que lo hayan visto. Está jugando con nosotros. ¿Por qué juega con nosotros, Hanson?

Su colega rubio la miró. Pareció meditar la respuesta antes de soltar:

—A lo mejor… ¿le gusta jugar?

Kay cerró los ojos. Necesitaba a otro. Necesitaba a Bob Oz. Pero, cuando abrió los ojos, Olav Hanson seguía allí.

Ellos no podían verme. Pero yo los veía, los oía, me los imaginaba. Aún corrían como pollos sin cabeza a la caza del repentinamente famoso Tomas Gomez. Fui desde el cine hasta la orilla del río, y aquí estoy, con el corazón acelerado, contemplando la corriente del agua.

Al igual que el tiempo, lo arrastra todo. Debería consolarme. Como esas supuestas palabras sabias: «También esto pasará». Pero no era así. Tarde o temprano, los mismos átomos de las moléculas de agua que pasaron por aquí ayer volverán, la historia se repetirá, solo es cuestión de tiempo. Saqué la jeringuilla del bolsillo de la camisa. Pensé en cómo había dado un respingo al sentir el pinchazo, cómo se había girado y observado el respaldo de la butaca. Creería que se había soltado un muelle. Apreté el émbolo para que lo que quedaba cayera al río. Del agua venía y al agua volvería.

34

NARANJA. OCTUBRE DE 2016

La Joint Terrorism Task Force se componía de personal del MPD y del FBI. Ocupaban un edificio propio, pero se podía ir caminando desde el ayuntamiento. Ya desde que Kay, Walker y Hanson entraron en el recibidor, Kay se dio cuenta de que las instalaciones eran de mejor calidad que las suyas y, al llegar a la luminosa sala de juntas donde ya esperaban ocho personas, que los trajes de chaqueta de hombre y mujer también.

Tras una rápida ronda de presentación supo que cuatro eran del MPD, dos del FBI y dos del servicio de seguridad del alcalde.

—Gracias por venir a la JTTF con tan poca antelación —dijo Ted Springer, trajeado al estilo de Wall Street con finas rayas diplomáticas en lugar del típico traje negro del FBI. Kay concluyó enseguida que se había atribuido el papel de líder de lo que estaba por pasar. Pero Springer comprendía, al menos en esta fase, que era la sección de Homicidios la que disponía de la información, así que le cedió la palabra a Walker, quien, a su vez, se la dio a Kay. No tuvo tiempo de ponerse nerviosa, como a veces le pasaba ante un grupo de gente. Resumió con eficacia el asesinato y el intento de asesinato de los que era sospechoso Tomas Gomez, la persecución y la posibilidad de que Gomez se estuviera acercando al U.S. Bank

Stadium y al alcalde Kevin Patterson. Su explicación fue seguida de un par de segundos de silencio, hasta que Springer tomó la palabra.

—¿Así que ese tal Gomez se os ha escapado dos veces por un cuarto de baño?

Kay oyó la crítica implícita, pero no se dio por aludida.

—Sí. Casi podríamos sospechar que ha planificado que lo descubriéramos y lo persiguiéramos, para después desaparecer como por arte de magia.

—¿No estás dando demasiada importancia a que haya tenido suerte dos veces seguidas? ¿Qué motivo podría tener Gomez para entrar en ese juego?

—No lo sé —respondió Kay—. Tal vez solo quiera mandarnos un mensaje.

—¿Y qué mensaje sería ese, Myers?

Kay intercambió una mirada con Walker antes de responder:

—Que es un fantasma, que si quiere acabar con Kevin Patterson en el U.S. Bank Stadium no podremos detenerlo.

—¿Sabes que está prohibido que el público lleve armas en un estadio aunque no se trate de un evento deportivo?

—Sí —dijo Kay.

—Aun así, ¿crees que a él le parece buena idea ir al U.S. Bank Stadium?

Kay se fijó en que Springer se tiraba de las mangas del traje, a pesar de que estaba segura de que era hecho a medida.

—Sí.

—¿Y crees que puede engañar al MPD, que tiene más de mil empleados, además de al FBI?

—No digo que tenga razón, solo que creo que esa es su manera de pensar.

—Bien, señorita Myer —dijo Springer, y Kay sospechó que olvidaba la «s» a propósito—. Ustedes se dedican a los asesinatos, y las historias tristes y banales están sobrerrepresentadas. Los culpables son, en su mayoría, gente de escasos recursos. Los terroristas, por muy locos que estén, con frecuencia son inteligentes y racionales, al menos desde un punto de vista operativo. Si Gomez es así, será perfectamente consciente de que amenazando al alcalde pondrá en marcha a todas las fuerzas policiales. No es infrecuente que los terroristas padezcan graves trastornos de la personalidad, claro, pero, en la mayoría de los casos, el terrorista hace todo lo posible para que sus acciones tengan éxito. En resumen, si hemos desvelado su plan de atacar al alcalde en el estadio, Gomez ya ha quedado en ridículo. Eso me dice que estamos tratando con un aficionado. Sí, es peligroso, pero tenemos la competencia y la profesionalidad necesarias para atrapar a esta persona antes de que la situación sea crítica.

Algo en su manera de decir «tenemos» le dio a Kay la sensación de que la competencia y la profesionalidad no necesariamente se hacían extensivas a la sección de Homicidios.

—Entiendo lo que dice. —Kay notó que su voz sonaba más dura de lo que había previsto—. Si yo fuera la JTTF, no minusvaloraría a Gomez.

Springer esbozó una pálida sonrisa.

—Eso puede decirse de casi todo en la vida. Cuando uno trabaja con terroristas, la clave está en no sobrevalorar ni subestimar. No hay recursos suficientes para atender a todas las amenazas, y hay

que priorizar de manera que se haga fuerza contra las auténticas amenazas.

—¿Como los vegetarianos cuando se paga a escote? —se le escapó a Kay, y el silencio se hizo aún más intenso.

Unos años antes, la prensa había ridiculizado a la JTTF porque se habían infiltrado entre unos veganos que se reunían para compartir los platos que cocinaban. Y poco más, como resultó al final. Walker le dedicó una mirada de advertencia y ella comprendió su significado. Nada de tropezarse.

Springer se volvió hacia Hanson.

—¿Y usted, detective, comparte el punto de vista de su colega sobre este tal Gomez?

Hanson dio un respingo, claramente sorprendido por que se dirigieran a él.

—Bueno —dijo haciendo tiempo y se llevó las manos a la nuca en un intento exagerado de parecer relajado—. En este caso estoy más de acuerdo con ustedes, los de la JTTF. —Una sonrisa se abrió paso por su rostro—. Al fin y al cabo, estamos hablando de un mexicano sin número de identificación personal que ha vivido en un nido de ratas de Jordan. No suena precisamente como una privilegiada mente criminal, ¿no?

No cosechó risa alguna.

—¿Qué dicen en el gabinete del alcalde? —preguntó Springer y se giró hacia el hombre y la mujer que estaban en el centro de la mesa.

—Bueno —respondió la mujer, una rubia con sombra de ojos azul —. El alcalde ha dejado claro que no quiere cancelar su participación. Si la amenaza se hiciera pública, citaríamos sus palabras en un comunicado de prensa como sigue. —Se puso unas

gafas y leyó en su ordenador—: «Consideraría una derrota para esta ciudad que un solitario inmigrante ilegal me impidiera ejercer mi trabajo como alcalde electo de la ciudad». —Levantó la mirada—. Así que, salvo que alguien tenga información de que nos enfrentamos a una fuerza más poderosa…

Kay quiso responder, pero se detuvo al ver que Walker negaba con la cabeza de manera casi imperceptible.

—Vale —dijo Springer—. Tendremos lista una valoración de este riesgo en concreto dentro de unas horas y propongo que, mientras tanto, lo clasifiquemos como naranja. ¿Os parece bien?

Kay vio que el resto de los presentes asentía con la cabeza. Springer la miró enarcando una ceja.

—¿No está de acuerdo, Myer?

—Myers. No sé lo que significa «naranja».

—En este caso implica que la vigilancia del alcalde y su familia se refuerza de manera inmediata y hasta después de su intervención, y que lo mismo se aplica a la cúpula de la NRA que se encuentra en la ciudad. ¿Le suena bien, Myers?

No fueron sus palabras ni la pronunciación exagerada de la «s» lo que hizo que se le incendiaran las mejillas, sino la débil e irónica sonrisa.

—Por favor —dijo ella—. Esta es su especialidad, no la nuestra.

Vio con el rabillo del ojo que Walker le dedicaba una discreta sonrisa de aprobación.

—Bien —dijo Springer—. ¿Cuál de ustedes dos, detectives, tiene mayor antigüedad?

Era una pregunta redundante, puesto que era evidente que Hanson tenía al menos diez años más que ella. Kay intuía que

Springer necesitaba esa respuesta para justificar la decisión que ya había tomado.

—Supongo que yo —se apresuró a decir Hanson.

—Bien, en ese caso será usted quien me informe, salvo que la sección de Homicidios tenga algo que objetar.

—Por mí no hay problema —dijo Kay antes de que Walker tuviera tiempo de responder.

«Acoso a los recuerdos». Esas palabas seguían repitiéndose en la cabeza de Bob cuando aparcó el Volvo delante de un vado junto a Town Taxidermy, se bajó de un salto y tiró de la puerta. Estaba cerrada. Miró el reloj. Las tres y media. No había ningún cartel a la vista. Golpeó el cristal, formó una visera con las manos y miró hacia el oscuro interior de la tienda. La puerta del taller estaba abierta, pero, al parecer, tampoco allí estaba encendida la luz. Bob se sentó en la escalera y sacó el teléfono. Buscaba entre llamadas anteriores para encontrar el número de Mike cuando el teléfono sonó. La intuición de que era Mike quien llamaba, como si tuvieran telepatía, resultó ser, como en casi todas las intuiciones que olvidamos al instante, un error. Suspiró. Había borrado el número del teléfono, pero no de su memoria.

—¿Sí, Alice?

—Hola. ¿Tienes un minuto?

Él tomó aire.

—Veamos… Sí.

—Vi el vídeo en YouTube.

—¿Qué te ha parecido? ¿Te arrepientes de haberme dejado ahora que soy famoso?

—No digas tonterías, Bob.

—Vale.

—Supongo que pensarás que soy inoportuna, pero me parece que debo hacerlo.

—¿Hacer qué?

—Pedirte que busques ayuda profesional.

—Te refieres a… un psicólogo.

—Sí.

—Suponía que dirías eso. Para alguien que tiene un martillo, todos los problemas parecen clavos. ¿Te suena?

—Bob…

—He ido a tres psicólogos, tú incluida, y al especialista en control de la ira. Ya ves para lo que ha servido.

—Bob, veo todos los indicios de que estás adentrándote en una psicosis. ¿Estás tomando los antidepresivos?

—No me gustan.

—¿Por qué no?

—Porque el paquete es rosa y muy feo. Y me atontan, me aplatanan, me vuelven aburrido.

—¿Y qué pasa cuando no los tomas, Bob?

—Sufro cambios de humor, me enfado, soy agresivo, tengo ideas suicidas. Y soy mucho más divertido.

—Tómalos, por favor.

Bob intentó tragarse el nudo que tenía en la garganta. Era por esa maldita preocupación por él que percibía en su voz. Siempre le impactaba en un punto vulnerable.

—¿Bob?

—Aquí estoy. ¿No vas a pedirme que firme los papeles de la casa?

—No —dijo ella—. Hoy no.

—Tal vez sepas que de vez en cuando voy allí, a la casa.

—Sí.

—Tal vez no sepas por qué. Ni yo lo sabía. Creí que era para espiaros a ti y a Stan The Man. Pero es porque Frankie murió allí. O, quiero decir…, es allí donde vivió. —Bob escuchó, oyó el temblor de sus hondas inspiraciones—. Solo quería decírtelo, para que lo sepas —. Colgó.

Iba camino de Town Taxidermy y doblé la esquina cuando lo vi. Estaba sentado en los escalones de la tienda hablando por teléfono. Me detuve de golpe y retrocedí hasta detrás de la esquina. Me asomé. No creo que me hubiera visto, parecía muy concentrado en la conversación telefónica. Tampoco sé si me habría reconocido a esa distancia. Tengo una gran agudeza visual y, además, él es fácilmente reconocible con ese abrigo tan característico. Un tipo que pasaba por delante de la tienda lo miró con insistencia, a lo mejor él también había visto el vídeo de YouTube y había pensado que era el policía del abrigo naranja, ese que había metido tanto la pata en directo por televisión.

Hablaba por teléfono, pero no era un lugar que hubiera elegido por casualidad, me estaba esperando, era evidente.

¿Qué podía hacer yo ahora?

La cabina telefónica.

Me fui por donde había venido. Aún quedaban unas cuantas cabinas telefónicas en las ciudades pequeñas, esta debía de ser una de las últimas de Mineápolis. Estaba en el extremo de la acera, como si formara parte del bulevar. Tenía una puerta de fuelle de plástico rayado que entrechocaba al abrirla y la guía telefónica de las ciudades vecinas. Eché unas monedas y marqué el número de un móvil. El del taxidermista Mike Lunde.

Bob se quedó sentado en los escalones observando la pantalla de su teléfono tras colgar. Echaba de menos la foto de ella que solía aparecer cuando llamaba. Lo guapa que era. Lo guapo que había sido él bajo su luz. Se disponía a marcar el número de Mike cuando su móvil sonó, y esta vez sí era él.

—Hola, Mike. Parece que tenemos telepatía.

—¿Disculpa?

—Justo te iba a llamar. ¿Dónde estás?

—En casa.

—¿Estás enfermo?

—Solo cansado. Acabé con el labrador esta mañana, por fin me han salido los ojos. Así que he cerrado y me he venido a casa a dormir. ¿De qué se trata?

—Creo que sé dónde se esconde Tomas Gomez.

—¿Ah, sí?

—Está dando vueltas alrededor del lugar donde vivía su familia. No es capaz de dejarlos ir, es lo mismo que le pasa con el gato que quiere que diseques. Exactamente igual que… —Bob se calló.

—¿Sí? —dijo Mike.

Bob tragó saliva.

—Es exactamente lo mismo que yo he hecho con Alice y Frankie. Acosamos nuestros recuerdos.

—Comprendo.

—Dijiste que Gomez y su familia habían residido en Phillips West. ¿Tienes la dirección?

—Mencionó algo… No lo recuerdo, Bob, acabo de despertarme. En cualquier caso, su familia no murió en esa casa.

—No, pero es el lugar donde fueron felices. Nos aferramos a la felicidad, Mike.

Bob oyó que el otro bostezaba.

—Puede que tengas razón, sí. Tengo que prepararme un café y hurgar en mi memoria, porque comentó algo más sobre dónde vivían.

—Vale, te llamaré dentro de media hora. Hasta luego. Espera, has sido tú quien me ha llamado. ¿Qué querías?

—Solo cumplir con lo prometido.

Bob tardó un instante en comprender.

—¿Quieres decir que…? ¿Te ha…?

—Sí. Tomas se ha puesto en contacto conmigo.

—¿Cómo?

—Ahora mismo. Me ha llamado al móvil.

—Uy. ¿Qué te ha dicho?

—Solo su nombre.

—¿Solo el nombre?

—Sí, colgó enseguida.

—¿Desde dónde llamaba?

—No lo sé, sonaba como una cabina telefónica. Ya sabes, el clic de la moneda al caer.

—¿Tienes el número desde el que ha llamado?

—Sí, supongo que habrá quedado registrado. Un momento…

Mike leyó el número y Bob lo anotó.

—¿Podrías repetir la conversación lo más fielmente que puedas, Mike?

—Bastante —dijo Mike—. Pero no será necesario.

—¿No será necesario?

—Utilicé tu app.

—¿Has grabado la conversación?

—Sí —dijo Mike con un leve suspiro que destilaba resignación.

—Bien, ¡muy bien, Mike! En ese caso iré a donde estés y escucharé la grabación.

—Vale.

—¿Cuál es tu dirección?

—Figura en la tarjeta de visita. Pero hay un trecho en coche. ¿Sabes qué?, me reuniré contigo a mitad de camino. Hay un McDonald’s entre la Segunda Avenida y la calle East Lake. ¿Nos vemos allí dentro de media hora?

35

DIANA. OCTUBRE DE 2016

La mesa de Kay Myers estaba situada prácticamente en el centro de la oficina en abierto de la sección de Homicidios. Tal vez por eso en ocasiones se sentía rodeada por todas partes. Y quería un despacho propio. Observó la diana de papel que había encontrado en el plástico de burbujas en el centro comercial. Estudió los agujeros de bala.

Notó la presencia de Hanson antes de oírlo.

—Hemos recibido más de doscientas llamadas de gente que cree haber visto a Gomez.

—Vale.

—Springer se hace el chulo, pero la JTTF ha convocado a la mitad de las fuerzas policiales para la inauguración de mañana.

Kay leyó el texto de la diana.

Hanson carraspeó.

—Espero que no te sentara mal que Springer quisiera que yo liderara por nuestra parte.

—En absoluto —dijo Kay—. Tú eres el que tiene más antigüedad.

—Bien. Porque tengo una lista de pistas que han entrado por teléfono que quiero que compruebes. —Le tendió una hoja—. Quiero que empieces por este al que le hecho una marca. Ahí…

Kay miró el papel. Leyó deprisa.

—¿Aquí dice que esta persona cree haber visto a Gomez hace tres semanas?

—Sí, pero, si sigues leyendo, verás que cree haberlo visto otra vez ayer. En ese caso es la única, además de su vecina de Jordan, que sabemos ha visto a Gomez más de una vez en el mismo lugar. Y, si hay algo en esa pista, quiere decir que tenemos un sitio al que vuelve.

Kay pasó la mirada por las anotaciones. Edad, ochenta y tres. La dirección era Cedar Creek, al norte de la ciudad, en realidad un yermo. La hoja llevaba una casilla en la que quien recibía la llamada estimaba su credibilidad.

—Aquí dice que tiene una credibilidad por debajo de la media.

—Sí, no está muy seguro de si tiene la cabeza en orden.

Kay miró a Hanson.

—Incluso las pistas que llegan que parecen serias son pura fantasía en un ochenta por ciento de los casos. Y esto viene de una mujer senil en medio del campo, en tierra de lobos.

—Te escucho, Myers, pero creo que merece la pena comprobarlo.

—¿Y si digo que no estoy de acuerdo?

Hanson sonrió y levantó la taza de café a modo de brindis.

—Creo recordar que alguien me pidió que cerrara la boca y llamara a Walker porque le habían dado a ella la responsabilidad del caso. Bien, Myers, puedes llamar a Springer. ¿Vale?

Hanson le dio la espalda y se fue silbando por el pasillo. Kay cerró los ojos. Esperaba que el dolor que empezaba a sentir en las lumbares fuera de los leves.

—Perdón.

Kay abrió los ojos y levantó la vista. Su corazón dio un saltito. Era el pintor de ojos oscuros. No se había quitado la máscara, seguía llevando la gorra blanca y los guantes.

—Te prometí una invitación —dijo, dejó una tarjeta sobre su mesa, se giró y se marchó.

Lo siguió con la mirada. Era descarado. Seguro que le habían dado instrucciones para que no caminara libremente por la sección de Homicidios, donde había tanta información sensible a la vista. Pero se había arriesgado, pues podían echarlo, solo para entregarle a ella esa tarjeta. La miró. Era una invitación de esas que se compran en una tienda y se rellenan los campos vacíos. En esta decía que sería en el parque Minnehaha, enfrente de las cataratas, el domingo a las 13 horas. La tarjeta no daba pistas sobre qué era lo que iba a pasar, y tampoco iba firmada. La metió en el cajón. Si para entonces había cogido a Gomez, se lo pensaría. Si no, ahí se quedaba.

Se acercó de nuevo la diana. Pasó la yema del dedo por los agujeros de bala.

«Porque a veces lo único que te hará sentir mejor es disparar una metralleta».

Kay leía el cartel de detrás del mostrador cuando apareció un hombre ante ella.

—Hola, soy Jim. ¿En qué puedo ayudarte?

—Kay Myers, del MPD. —Le mostró su identificación y puso la diana sobre el mostrador—. ¿Esto es de aquí?

El hombre de la camiseta de TOTAL DEFENCE se rascó el pecho y observó la diana.

—Si pertenece a algún campo de tiro de las ciudades vecinas, tiene que ser de aquí, somos los únicos que utilizamos dianas de Krüger. Siempre intento que los clientes se lleven las dianas a las que han disparado.

—¿Por qué?

Jim se encogió de hombros.

—Tal vez observar la diana les inspirará a volver y disparar mejor.

—Comprendo. ¿Significa eso que es probable que seas tú quien le haya dado esta diana?

—Barbara también es profesora de tiro, pero suelo ser yo.

—Bien. ¿Has visto a este hombre?

Kay sostuvo el teléfono delante de Jim. Era una imagen tomada del vídeo de Tomas Gomez a las puertas del Rialto, el cine X.

Jim observó la foto al detalle mientras Kay miraba alrededor. Al llegar solo había una figura del Pato Donald, pero ahora tenía tres personas haciendo cola tras ella.

—Veo cien caras nuevas cada día, no puedo acordarme de todas —dijo Jim mientras se concentraba en la pantalla—. Claro que vienen sobre todo blancos, no muchos latinos, debería recordar esa cara si hiciera poco. Te seré sincero, me cuesta distinguir a la gente que es de una raza que no es la mía. Espero que no te parezca ofensivo, detective, parece que es una cuestión puramente biológica.

Levantó la vista hacia ella y no supo si era o no una mirada desafiante, y tampoco le importó.

—¿Qué hay de la manera andar y el lenguaje corporal? —preguntó Kay y puso en marcha el vídeo. Vieron a Tomas Gomez cruzar la calle. Le pareció notar que Jim dudada un poco. Pero, cuando Gomez desapareció en el interior del Rialto, le devolvió el teléfono.

—Lo lamento.

Carraspearon en la cola y ella dejó una tarjeta de visita sobre el mostrador.

—Llámame a este número si recuerdas algo.

—Por cierto, ¿dónde encontrasteis la diana?

—En unos aseos. En el plástico de burbujas en el que llevaba el fusil.

—Disculpa, Jim —dijo una persona tras ella en la cola—. ¿Podrías pedirle a Barbara que viniera a atendernos?

—Ya he terminado —dijo Kay, saludó a Jim con un movimiento de cabeza y salió.

Cuando llegó se estaba empezando a nublar y ahora el cielo estaba cubierto de una triste capa de color gris plomizo.

Se sentó en el coche y condujo por carreteras secundarias hacia la 35W y el centro, hasta llegar a un cruce ante un lago pequeño. Se detuvo. La señal indicaba que la 35W estaba a la izquierda, y también que, si iba a la derecha, llegaría a la 65. Esa carretera iba directa al norte, hacia Cedar Creek. Kay había pensado llamar por teléfono a la anciana que había dado la pista para ver cómo pintaba, pero estaba a veinte, como máximo treinta minutos, de su dirección. Dudó. ¿Había empezado la hora punta? Entonces pareció que el cielo decidía por ella abriéndose de golpe. Ya no veía el cartel a causa del agua que se deslizaba por el parabrisas. Puso los limpiaparabrisas en marcha. Después el intermitente. A la izquierda, hacia el ayuntamiento.

36

MCDEATH. OCTUBRE DE 2016

Caían chuzos de punta cuando Bob giró para entrar en el aparcamiento del McDonald's. Apagó el motor y miró hacia el exterior. Oyó la vibración que llegaba de la 45W, la autopista que pasaba por encima y tapaba la visión en dirección oeste. No es que fuera un lugar precisamente idílico, y la capa de nubes que había devorado la luz diurna no lo hacía más alegre. Vio el Chevrolet Caprice de Mike, con su panel de imitación de madera, al fondo del aparcamiento. Sacó el teléfono y marcó. La voz que contestó sonaba harta.

—¿Qué pasa, Bob?

—Hola, Kari. Me han levantado la suspensión.

—¿Ah, sí? ¿Por la amenaza terrorista?

—Sí —dijo Bob, que no tenía ni idea de qué hablaba—. Por eso necesito localizar una llamada. Un tal Mike Lunde recibió una llamada hace media hora, necesito saber desde dónde. ¿Estás lista para tomar nota del número? —Percibió que Kari dudaba—. Es urgente. La amenaza terrorista…

—Venga —dijo ella.

Bob colgó y se abrochó el abrigo. El cachemir soportaba la lluvia, pero olía a perro mojado durante días si se calaba. Dio una carrera

por la lluvia hasta la puerta y saludó con un movimiento de cabeza al guardia de seguridad. Descubrió a Mike Lunde, que le hacía gestos con la mano desde uno de los cubículos con vistas al aparcamiento.

Bob compró dos batidos de vainilla para disimular y se sentó ante Mike, que había dejado el teléfono encima de la mesa, entre ellos.

—Gracias por venir, Mike. ¿Un batido de vainilla?

Mike sonrió con pena y negó con la cabeza.

—Tengo intolerancia a la lactosa.

—Vaya mierda. ¿Vamos al grano?

Mike asintió.

—Cuando empieza la grabación ha dicho su nombre, he reconocido su voz y le he dado a grabar.

—Comprendo.

Mike presionó la tecla de reproducción. Bob oyó una respiración pesada. Desapareció. Luego sonó la voz de Mike:

—Sí, Tomas, ¿de qué se trata?

Más respiración. Volvió a desaparecer.

—Sé que he tardado, Tomas, pero acabo de terminar el labrador y puedo empezar con tu gato. Mañana a las doce entregaré el perro, ¿puedes venir a las dos?

La respiración se reinició y se detuvo. Como una respiración asistida deficiente, pensó Bob.

—Debes confiar en mí, Tomas. Ven mañana y hablaremos largo y tendido. Seguro que lo solucionamos.

La respiración había vuelto. Gomez se habría apartado el auricular de la boca para colgar, pero cambió de opinión. Se oyó un clic y luego un largo pitido.

—Colgó —dijo Bob.

—Creo que me oyó —dijo Mike.

—¿Oyó qué?

—Mi traición. Que miento. No vendrá.

Bob se llevó la pajita de rayas rojas a los labios. Sorbió el batido de vainilla mientras contemplaba el gesto de preocupación del otro.

—¿Sabes lo que creo, Mike?

—Sí, me parece que sí.

—¿Qué?

—Crees que me hice pasar por peor actor de lo que puedo ser. Que quería que él oyera que era una trampa. Que fue una manera de ponerle sobre aviso y a la vez cumplir la promesa que te hice y asumir mi responsabilidad como ciudadano.

—¿Es lo que hiciste, Mike? ¿Eres así de retorcido?

—No lo sé, Bob.

—¿No lo sabes?

Mike se sonó en una servilleta.

—A veces estamos convencidos de que nuestras acciones se basan exclusivamente en el sentido común, ¿cierto? Después, puede que al cabo de mucho tiempo, empecemos a dudar. ¿Merecía el aprendiz de taxidermista las buenas referencias que le diste? ¿O fue compasión por alguien cuyas habilidades sabes que están por debajo de la media? O ese novio de tu hija adolescente a la que diste a entender que el chico no te gustaba. ¿De veras fue por el motivo que alegaste? ¿Que te parecía falto de iniciativa? ¿O fue por la angustia de cualquier padre ante la idea de perder a su hija? Es difícil saberlo cuando estás sometido a sentimientos contradictorios.

Bob miró por la ventana. Había oscurecido en el poco rato que llevaban allí. Las luces de los coches que pasaban se reflejaban en las gotas de lluvia de los vehículos aparcados. Sorbió con fuerza los últimos restos del batido de vainilla.

—¿Sabes cómo llama la gente de por aquí a este McDonald's?

—¿Cómo? —preguntó Bob, pero no tuvo tiempo de escuchar la respuesta porque lo llamaron por teléfono. Vio que era Kari.

—Hola, cielo. ¿Qué has averiguado?

—La llamada al teléfono de Mike Lunde se hizo desde una cabina telefónica.

Bob anotó la dirección en la servilleta que tenía debajo del vaso de cartón.

—Eres un ángel, Kari.

—Qué bien que te hayan levantado la suspensión.

—Gracias. —Bob colgó y miró la dirección que había escrito. Visualizó el plano del centro—. Parece que Tomas Gomez llamó desde una cabina telefónica que está a una manzana de tu tienda. —Mike enarcó las cejas. Bob cayó en la cuenta—. ¿Sabes qué, Mike? Iba a la tienda. Me vio a mí sentado en los escalones. Se habrá dado cuenta de que soy policía y se largó.

—¿Eso crees?

—Sí. Después te llamó solo para confirmar sus sospechas. Que has hablado con nosotros. Demonios. —Bob agarró el vaso de cartón y lo estrujó. Restos del batido de vainilla gotearon de la pajita sobre el dorso de su mano—. Lo siento, Mike.

—¿Qué es lo que sientes?

—Que te presioné para que hicieras esto y te pusieras en peligro. Porque estás en peligro. Te das cuenta, ¿verdad? —Mike negó con la

cabeza—. ¿No? —Bob se chupó el dorso de la mano.

—Tomas no va detrás de los que lo persiguen. Entiende bien que están obligados a hacerlo. Ya ha escogido sus presas y yo no soy una de ellas, Bob.

—Vale. ¿Por qué estás tan seguro de eso?

—McDeath.

—¿McDeath?

—Así llaman a este McDonald's. Aquí solían reunirse las bandas de adictos al crack. Fue aquí donde vino Tomas con su familia aquella tarde.

Bob observó a Mike antes de deslizar la mirada por el local medio lleno.

—¿Aquí fue donde asesinaron a su familia?

—Me contó que estaban sentados a la mesa más próxima a la puerta, debió de ser allí. —Mike señaló—. Dijo que esa noche era feliz. Su hija cumplía años y fue ella quien insistió en ir a un McDonald's.

Él no sabía que ese era un punto de encuentro para las bandas, solo había pasado por delante en el coche y se había fijado en que tenía aparcamiento. Fue una noche perfecta. Había globos y los niños cantaron una canción que habían aprendido en el jardín de infancia mientras él y su mujer, Monica, fantaseaban sobre el futuro. Dónde vivirían, a qué universidad irían sus hijos. La suerte que tenían de vivir en un país que ofrecía tantas oportunidades a quien estuviera dispuesto a esforzarse. Un país que te brindaba posibilidades ya fueras negro, asiático o blanco, fueras en una silla de ruedas y tus padres tuvieran o no dinero. Hasta podías apañártelas aunque aún no tuvieses papeles, porque, si querías,

todo se arreglaría. Tomas tenía una fe en el futuro que creía inamovible.

Resultó que solo hacían falta treinta o cuarenta segundos para acabar con ella. Me dijo que le hubiera gustado presentarme a la persona que él era entonces. Que me habría caído bien. Pero que ya no existía. Que murió aquí con su familia: la persona que yo veía no era más que un fantasma.

Bob observó a una pareja sentada a una mesa. La hija no podía ser mucho mayor que Frankie cuando murió.

—¿Por eso querías que nos viéramos precisamente aquí, Mike?

—Es cierto que está de camino a mi casa, pero puede ser. Es probable.

—¿Qué querías mostrarme? ¿Este lugar?

—Que nos podía haber pasado a mí o a ti. Podrías haber sido tú quien estuviera aquí con su familia aquella noche, Bob.

Bob Oz apartó el vaso de cartón vacío y se abrochó el abrigo.

—Mañana a la una y media iré a tu tienda, Mike. Puede que tu hombre se presente de todos modos.

—¿Por qué iba a hacerlo cuando sabe que es una trampa?

—No lo sé. Hay un tipo de asesinos que llamamos polillas.

—¿Polillas?

—Son los que se sienten atraídos por la investigación del asesinato que han cometido. Aparecen en el lugar de los hechos, en el entierro, o se aseguran de estar cerca de los detectives, en su bar de siempre o en la comisaría. Como polillas incapaces de evitar volar hacia la luz, aunque se arriesguen a quemarse las alas.

—¿Crees que Tomas puede ser uno de esos?

—No lo sé. Esta mañana hablé con alguien que opina que a veces queremos que nos cojan. Tal vez Tomas sabe que la partida se acerca a su final, tal vez en su interior desea que todo acabe.

Cuando Bob se hubo sentado en el coche y vio el coche familiar de Mike salir a calle East Lake y perderse en dirección sudoeste, sacó el teléfono y llamó. Esperaba oír un pitido y el contestador que le rogaba que dejara de llamarla. En lugar de eso oyó su voz al cabo de solo dos tonos.

—Hola, Bob.

37

UN LUGAR DESIERTO. SEPTIEMBRE DE 2022

El sacerdote de la iglesia Minde, Jon Erland, me recibe en la entrada que conecta la iglesia con los despachos. Cuando lo llamé antes de partir de Noruega y le hablé del libro en el que estaba trabajando, me dijo que en realidad no había conocido a mi primo, solo a mi tío, que debería buscar otras fuentes. Pero, cuando le mencioné mis antecedentes teológicos y le conté que tal vez se hubieran originado en mis visitas a la iglesia Minde en mi infancia, acabó por acceder a un breve encuentro.

Jon Erland aparenta setenta y tantos años, y habla el mismo dialecto noruego que yo, lo que no resulta sorprendente puesto que las regiones más religiosas de Noruega están, al igual que en Estados Unidos, al sur. Utiliza un vocabulario que hace décadas que hemos dejado de lado allí en casa. Es profesional, amable y abierto, la extraversión americana parece haber pulido algunas de las aristas de la reserva escandinava. Me enseña el lugar. La iglesia Minde es más o menos como yo la recordaba. Grande pero sencilla, como debe serlo un templo luterano. La única novedad que encuentro es la instalación de aire acondicionado. Me sugiere que conversemos en su despacho y, de camino, pasamos ante banderas noruegas y fotografías de los monarcas noruegos en las que aún se ven

favorecidos, jóvenes. Sumadas a los regalos que han hecho visitantes noruegos, le confieren a la iglesia un aire de museo. Resulta a la vez tranquilizador y un poco desconcertante. En su despacho, Jon Erland me cuenta que solo conoció a mis parientes con ocasión de las misas, de las que aún se celebran dos cada domingo. Una misa a las nueve, en noruego, para unos cuarenta o cincuenta feligreses, y una a las once en inglés, pero esa, por desgracia, no suele congregar más de quince o veinte asistentes. Me cuenta lo que ya sé, que la tumba familiar de mi tío está en el cementerio de Lakewood.

—¿Qué reputación le quedó a mi primo después de lo ocurrido?

—¿Reputación?

—Me refiero a si se le considera un héroe.

Jon Erland arquea una ceja, claramente sorprendido.

—¿Por qué iba a serlo? El final de la historia fue terrible, y la mejor descripción que puede hacerse de tu primo es la de un pobre ser perdido.

—Es una manera de verlo… —empiezo yo.

—¡No! —dice Jon Erland y da un manotazo con fuerza sobre la mesa—. Es la verdad. Y, como sabes, solo existe una verdad.

Lo miro.

—Una sola verdad —repito.

Y en ese momento recuerdo por qué no pude hacerme sacerdote.

38

LA IRA DEL ABANDONO. OCTUBRE DE 2016

Bob fue hacia la casa, había oscurecido, pero ya no llovía. Llamó a la puerta. Oyó pasos en el interior y supo que eran de Alice, sabía qué zapatillas llevaba puestas y que era probable que vistiera el jersey blanco de lana que solía utilizar cuando hacía frío.

Abrió. Sonrió. Él pensó que, aunque era la hermosa Alice de siempre, con el cabello recogido en un moño sencillo y mechones de color castaño claro peleando por meterse en su boca, las arrugas que le rodeaban los ojos al sonreír se habían hecho un poco más profundas.

—Pasa.

—Gracias —respondió él intentando no pensar en lo raro que era que te invitaran a pasar a tu propia casa—. Y gracias por recibirme.

Se quitó el abrigo y lo colgó en su perchero de siempre, que estaba libre. Intentó evitar preguntarse si habría retirado una de las chaquetas de Stan justo antes de que él llegara.

Ella entró en la cocina delante de él. Había vuelto a sus dimensiones habituales, tenía curvas, un poco más de volumen en torno a los huesos, y supuso que eso significaba que estaba bien. Nada más morir Frankie, había perdido muchísimo peso, después engordó y se convirtió en una versión inflada de sí misma. Y después

volvió a adelgazar. Fue como si hubiera pasado por todas las fases de los trastornos alimenticios de sus pacientes. O tal vez fueran las pastillas.

Se sentaron en sus sitios habituales en la cocina. Ella rodeó una taza de té con las manos. ¿Cuántas veces la había visto sentarse exactamente así, calentarse las manos con los hombros ligeramente alzados? Vio que la foto de Frankie seguía pegada al frigorífico. Y, junto a ella, una de Frankie, Bob y Alice juntos.

—¿Algo de beber?

—Agua —dijo y se puso de pie. Sacó un vaso del armario de encima del fregadero, abrió el grifo y dijo sin girarse—: Perdóname por haberme comportado como un idiota. Me gustaría firmar cuanto antes los papeles para que puedas quedarte con la casa.

—¿Cómo? —dijo ella, como si sus palabras se hubieran ahogado en el ruido del agua corriendo.

Bob cerró el grifo, cogió el vaso y se sentó enfrente de ella.

—Con una condición.

Ella lo miró alerta.

—¿Cuál?

—Que bajemos el precio.

—¿Bajar? ¿Querrás decir subir?

—No, bajar. Tú tampoco podrás hacer frente a la hipoteca si partimos del precio tasado.

—Pero…

—Si, pasado un tiempo, Stan the Man quiere comprar una parte, podrás pagarme más.

Bob observó su gesto de incredulidad antes de vaciar el vaso de un trago. Cuando dejó el vaso sobre la encimera vio que ella le creía.

Tenía los ojos húmedos. Un leve temblor movió sus hombros, como si quisiera poner la mano encima de la suya.

—Pero quiero una cosa más de ti —advirtió él.

—¿Sí?

—Explícame lo que es la soledad.

—¿La soledad?

—Desde un punto de vista académico.

—¿Te sientes solo?

—Eres tú quien tiene que dar explicaciones, no yo.

—Vale. —Se cruzó de brazos, inspiró con tranquilidad y posó la mirada en algún lugar por encima de su cabeza, como solía hacer cuando se concentraba.

Él esperó. Esperó como lo había hecho delante de su apartamento antes de su primera y ridículamente anticuada cita. Delante de su trabajo cuando ya salían juntos. Delante del baño cuando ya convivían y ella se arreglaba antes de acudir a una fiesta. Delante del paritorio cuando nació Frankie. Asociaba esperar a Alice con momentos felices, porque esperaba algo bonito. Ya no iba a esperar más. Ya lo sabía. No había nada más que esperar.

—El vocabulario para referirse a la soledad es limitado —empezó despacio, como si dudara—. Pero hay soledad existencial. La certeza de que ahí fuera tú, yo y todos estamos solos al final. Después tienes la soledad interpersonal. La ausencia de un sentido de pertenencia, la sensación de que estás solo incluso entre tus amigos. Sientes que estás en una burbuja, los demás están muy lejos porque tú te encuentras en otro estadio emocional.

—Háblame de la soledad cuando las personas más importantes de tu vida desaparecen —dijo Bob—. Tu pareja, tus hijos.

Fue como si hubiera presionado un interruptor, ella hizo una mueca y las lágrimas asomaron a sus ojos.

—Bob, por favor, no empieces otra vez… —Tenía la voz ronca.

—No lo hago. No estoy hablando de nosotros, Alice. Es por Tomas Gomez, el asesino al que buscamos. Perdió a su familia. Los tirotearon. Lo que me pregunto es si la soledad puede haberlo empujado a querer vengarlos. —Ella parpadeó un par de veces—. Sigue —pidió Bob.

Ella tragó saliva y volvió a mirar a la pared por encima de su cabeza.

—Es el trauma —dijo ella—. El trauma más que la soledad. El trauma surge cuando pierdes a alguien con quien creías que ibas a estar el resto de tu vida. Cuando era más que algo que esperaras, era una convicción firme, algo en lo que basabas tu vida. Lo era todo. —Sostuvo su mirada—. El trauma es el daño causado. Pero la soledad te ata al trauma. A veces tiene efectos físicos. Suelen ser dolores insoportables que bajan por la columna vertebral hasta llegar al estómago. —Se llevó la mano al vientre—. Quieres desaparecer, el cuerpo está congelado en una postura y eres incapaz de recibir calor de los que te rodean.

—¿Silencioso, introspectivo?

—O iracundo. La gente reacciona de distintas maneras. A veces compartimos la sensación de que debemos hacer algo radical. La memoria del trauma es circular. Por eso, cuando ocurre algo que nos recuerda a un trauma anterior, puede provocarnos ira, en este caso la ira del abandono. Todo lo ocurrido antes vuelve a suceder en el presente. Las experiencias previas reaparecen con todo su peso. La pena que había permanecido enquistada explota en afán de

venganza. La violencia que genera el trauma puede ser extrema. Uno apuñala varias veces, profana a la víctima, no es raro que haya trazas de sadismo.

Bob asintió despacio.

—La ira del abandono.

—Así la llaman.

—Gracias. —Hizo girar el vaso vacío—. Alice, alguna vez… —se detuvo.

—¿Sí?

—¿Me has tenido miedo?

Alice ladeó la cabeza.

—No. Pero como psicóloga sé que la gente suele sobrestimar su capacidad de predecir cómo van a reaccionar sus allegados, sobre todo si esa persona arrastra un trauma. Puede que esté cometiendo ese error ahora mismo. Dado tu comportamiento en ocasiones agresivo, definitivamente no sigo las normas al encontrarme a solas contigo aquí donde se acumulan los recuerdos.

Bob esbozó una media sonrisa.

—¿Quieres decir que deberías tener miedo y no lo tienes?

Ella asintió.

—Supongo que estoy más preocupada por qué podrías hacerte a ti mismo que a mí. Dime…

En esta ocasión fue ella quien se calló.

—¿Sí?

—¿Estás mejor, Bob?

—¿Mejor? Sí, claro. —Bob sonrió y supo que, si apretaba el vaso solo un poco más, estallaría—. Ya he pasado lo peor. Entiendo que la vida sigue. Recuerdo que me dijiste que el cerebro racional olvida lo

que no necesita recordar, reprime lo que no resulta útil. Es cierto. Siento que os olvido a ti y a Frankie un poco más cada día que pasa. Y verás cómo será mejor cuando me deshaga de esta casa también, será como si todo esto… —abrió las manos hacia las fotografías del frigorífico— nunca hubiera ocurrido. ¿No? —Sonrió hasta que le dolieron las comisuras de los labios. Su rostro se difuminó entre las lágrimas. Sentía que le ardía la piel—. Está esa parte de mi cerebro que no es tan racional y eficiente, que es incapaz de olvidar, aunque sabe que debería.

Alice asintió.

—No es seguro que debamos olvidar, Bob. Tal vez se trate de atesorar los buenos recuerdos y de aprender a vivir con los que no lo son tanto. Y… seguir adelante. —Alice dudó solo un instante, pero Alice era como una canción que Bob se sabía de memoria. Ya sabía que ese titubeo, esa breve pausa, significaba algo. Y de repente supo qué.

—¿Seguir adelante? —preguntó. Y se preparó para lo que sabía que iba a pasar. Porque lo había visto al llegar, que tenía exactamente el mismo aspecto que entonces.

Alice rodeó la taza de té y miró a interior.

—Sí, yo… —Fue ella quien tomó impulso, levantó la vista y la clavó en Bob—. Estoy embarazada.

Bob asintió una y otra vez, su cabeza subía y bajaba como el perro de la bandeja trasera del coche de sus padres.

—Enhorabuena —dijo con voz rasposa.

—Gracias —respondió ella con voz queda.

—No, lo digo en serio. Me alegro… por ti.

—Lo sé.

—¿De veras?

—Bueno.

Se miraron. Él sonrió. Ella correspondió con prudencia.

—Tenías miedo de contármelo.

—Un poco. ¿Estás bien?

—Sí, estoy bien. —Intentó averiguar cómo estaba. Sí, se alegraba de verdad. Era… un alivio. Alice estaba embarazada de nuevo y, de algún modo, fue como si llevara una vida menos sobre su conciencia. No lo había pensado antes, no tenía ni idea de que iba a reaccionar así, de manera instintiva, ante una noticia que la alejaba aún más de él—. ¿Niña o niño?

—Tenemos una ecografía el lunes. Es probable que nos lo digan entonces.

—Qué emocionante. —Bob seguía asintiendo, si no paraba se le iba a caer la cabeza—. Gracias por la conversación, Alice. Gracias por… todo, en realidad. Me marcho.

Se despidieron en el recibidor sin tocarse. Ella cerró la puerta tras él y, cuando salió al fresco aire otoñal, fue como si caminara más ligero. Después, un péndulo pareció oscilar en su pecho, en el corazón, y junto al coche se encogió de dolor. El péndulo osciló de nuevo y, al incorporarse a la carretera con la canción de Motörhead «On Parole» y su estúpida alegría a todo meter, cantó mientras las lágrimas le corrían por las mejillas.

39

PEZ. OCTUBRE DE 2016

Betty Jackson cerró la puerta de la taquilla y fue hacia el cuarto de los contadores eléctricos para desconectar el luminoso del Rialto cuando Mel, el proyeccionista del cine, bajó por la empinada escalera de la sala de proyección.

—Queda un tipo en la sala —dijo mientras se agarraba con fuerza a la barandilla. Era un par de años más joven que ella, pero estaba recién operado de la cadera.

—Vale —dijo Betty—. ¿No le has gritado que hemos cerrado?

—Sí, creo que está dormido.

Entraron juntos en la sala.

Comprobó que era el hombre negro de sombrero rojo. Lo habría llamado por su nombre, pero lo desconocía, nunca había hablado con él a pesar de que acudía casi todos los días, muchas veces varias horas, y de vez en cuando era la única persona en la sala. Lo había oído hablar por teléfono cuando estaba solo, como si aquella fuera su oficina, y ahora parecía que se había quedado dormido, la barbilla apoyada en el pecho, y el rostro a la sombra del bombín rojo.

Betty se adentró en la fila con el proyeccionista detrás. Él le había cedido el paso como si quisiera mostrarse educado. El hombre tenía

la mano sobre el muslo rollizo, y ella puso la suya encima y la movió con cuidado. Se le cayó el sombrero. Betty lanzó una exclamación y retrocedió hasta tropezarse con el proyeccionista. El hombre tenía los ojos muy abiertos, sin pupilas. No era eso lo que la había sobresaltado, su difunto marido también tenía por costumbre dormir con los ojos en blanco. Ni la boca abierta, donde brillaban pequeños diamantes incrustados en los dientes. Fue la mano. Estaba fría como el mármol.

Había sido una tarde más ajetreada de lo habitual en el Bernie's Bar y una noche muy buena. Liza había bajado un poco el volumen de «Dixie Chicken», de los Little Feat, para poder oír lo que decía el cliente entrado en años y algo bebido que parecía perdido allí sentado junto a la barra. Le había contado que había conducido desde un lugar llamado Funkley, cuatro horas al norte del estado, para participar en los actos de la NRA del día siguiente.

—Menudo cambio para un paleto como yo —dijo esbozando una sonrisa—. Funkley tiene cinco habitantes. Todos vivimos solos, cada uno en una casa. Me siento un poco solo, aunque yo soy el único hombre.

—Sí, creo que es mejor vivir en Mineápolis. —Hizo una señal a un cliente para que esperara unos segundos a que lo atendiera.

—¿Por qué? —quiso saber el paleto mirándola sinceramente sorprendido.

—Bueno —dijo Liza intentando pensar en una respuesta razonable —. Al menos…, eh, nos han elegido la ciudad más saludable del país.

—Pues qué suerte. Pero parecéis tan solitarios como nosotros en Funkley.

Liza fue a servirle una jarra de cerveza al cliente impaciente cuando la puerta batiente del cuarto de atrás se abrió y apareció Eddie, que iba a hacerse cargo de las dos últimas horas él solo.

—Ni que estuviéramos de moda —dijo mirando hacia el local.

—Podrás con ello. —Liza cobró la cerveza y señaló al paleto con un movimiento de cabeza—. Pórtate bien con ese de ahí.

—Yo siempre me porto bien con todo el mundo —replicó Eddie.

Liza fue al cuarto de atrás, se quitó el delantal y se puso el abrigo. Tenía que reconocer que desde esa mañana había levantado la vista hacia la puerta cada vez que se abría con cierta esperanza de ver el feo abrigo color mostaza. Podría volver a presentarse en otra ocasión. O no. Ambas opciones valían. Salió por la puerta de atrás, la acera seguía mojada por la lluvia.

Un Volvo de color naranja estaba allí aparcado.

—¿Te das cuenta de que el abrigo no hace juego con el coche? ¿O eres daltónico?

—Un poco. —Le abrió la puerta del lado del copiloto—. ¿Puedo ofrecerme a llevarte?

Ella fingió que dudaba.

—¿Y? —dijo cuando ya avanzaban por la calle—. ¿Has encontrado lo que buscabas?

—Puede ser —dijo Bob.

—¿Puede?

—Sí.

—Al menos tienes un aspecto más… ligero.

—¿Ligero?

—Como si te hubieras…, no sé. Deshecho de algo.

Él asintió.

—Puede ser.

—Muchas probabilidades veo aquí.

Él se echó a reír.

—Háblame de tu día.

Ella le contó su día. Le habló sobre todo del tipo de Funkley, de algunos de los clientes habituales. De Little Feat. Y de Johan, que había aprendido un montón de palabras nuevas y hablaba sin parar. El hombre que iba al volante asentía de vez en cuando, a veces se reía. O solo gruñía. A veces hacía alguna pregunta y parecía verdaderamente interesado en la respuesta. Era fácil hablar, tanto que debía tener cuidado de no contar demasiado, eso pensó. Pero era agradable, porque no se había equivocado en el bar ni cuando la llevó a casa, comprendía de qué le hablaba, comprendía su manera sencilla, práctica y nada sentimental de plantearse las cosas. Liza sabía que podía ahuyentar a hombres que buscaban a mujeres mullidas como ositos de peluche, sensibles y frágiles, de las que cuidar. No es que ella no necesitara alguien en quien apoyarse cuando las cosas se ponían difíciles, sobre todo precisaba a alguien que la respetara y a quien ella pudiera respetar. No conocía lo bastante a Bob Oz para saber si era un hombre así, solo sabía que le gustaba… ¿Qué le gustaba? Que a pesar de todas sus chorradas fuera sincero, que no intentara presentarse a una luz falsamente favorable. No sabía si era valentía o solo pereza, pero le gustaba. Le gustaba pasar tiempo con él. Sí, así de fácil. Eso debería bastar, joder, mientras no fueran a más.

Al igual que la última vez, le pareció que tardaban demasiado poco en detenerse ante su casita.

—*Shotgun shack* —comentó él y ambos miraron hacia la ventana de su cocina, donde vieron el perfil de la hermana de Liza. Ella sabía que estaba concentrada en una novela romántica.

—¿Te hace ilusión? —preguntó él.

—¿Ilusión?

—Entrar en el cuarto de tu hijo y verlo durmiendo en su cama, calentito y seguro. Para mí siempre era el mejor momento del día. Lo que hacía que todo mereciera la pena, todo el esfuerzo.

Ella lo miró. Dudó.

—¿Sueles pensar en ello?

—Todos los días.

—¿Quieres…? ¿Quieres venir a verlo?

La miró sorprendido.

—¿Lo dices en serio?

Ella asintió.

Liza abrió la puerta, entraron en la cocina, le presentó a su hermana y le dijo que se quedara, que Bob se iría enseguida. Dieron los pocos pasos que los separaban del cuarto infantil y ella abrió la puerta. La luz cayó sobre la camita. Su niño de tres años llevaba puesto un pijama azul claro. Dormía profundamente con el puño y el pulgar disparado como si estuviera haciendo autostop. Encima del edredón estaba la Radica 20Q. Liza oyó que Bob tomaba aire a su lado como si fuera a susurrarle algo, pero no dijo nada.

Al cabo de un rato cerraron la puerta.

—Gracias —dijo él al llegar a los escalones de la puerta de la calle.

Liza tuvo ganas de darle un beso en la mejilla; se contuvo.

Bob observó a Liza en la puerta. Tuvo ganas de darle un beso en la mejilla, pero se contuvo.

—Que duermas bien —dijo, le hizo una torpe y breve reverencia, se dio la vuelta y fue hacia el coche.

—¿Sabes una cosa, Bob Oz?

Él se giró.

—¿Qué?

—No eres un lobo con piel de cordero, eres un cordero con piel de lobo.

Él sonrió y asintió despacio.

—Me lo voy a tener que pensar.

Y eso hizo mientras iba conduciendo y escuchando «On Parole», un cordero pop vestido con las ropas de lobo del rock. Disfraz, algo había ahí. Algo que no trataba de él, sino de Tomas Gomez, el que tal vez en el fondo fuera un honrado y trabajador padre de familia que se ponía los ropajes y las maneras de un pandillero, un asesino de sangre fría. A pesar de que la soledad lo había vuelto loco, le había infligido eso que Alice había llamado la ira del abandono, ¿de veras era posible que una persona se transformara hasta ese punto? Y, si no era así, ¿por qué nadie había dejado al descubierto al cordero vestido de lobo?

Dos horas más tarde estaba sentado en el sofá de su apartamento y abrió su tercera y última cerveza, los pensamientos seguían dándole vueltas por la cabeza. ¿Quién es Tomas Gomez?

¿Dónde está Tomas Gomez?

Kay Myers observaba el techo sobre su cama como si las rajas en la pintura dibujaran un mapa que pudiera desvelar dónde se escondía. Escuchaba a la pareja que hacía el amor en el piso vecino como si sus gritos revelaran algo. Toda clase de ideas inconexas le daba vueltas por la cabeza. El pájaro de la señora White, el traje de raya diplomática de Ted Springer, la voz de tenor de Walker, el hombre del cine X y el regalo que tenía para su hija, la llamada de Bob Oz, que quería el informe de Perez, un caso de asesinato de 1995.

¿Había un patrón? ¿Algo que debiera ver, algo que dejara al descubierto exactamente cómo pensaba atacar la próxima vez? Miró el reloj. Faltaban doce horas para la inauguración en el U.S. Bank Stadium. ¿Por qué pensaba en ello? Ya no era responsabilidad suya. Springer y Hanson tendrían que ocuparse de Gomez.

Había llamado al número de la mujer que había dado una pista en Cedar Creek, pero no le había cogido el teléfono. Kay se decidió a ir a la mañana siguiente para poder tacharlo de su lista. Tendría que dormir algo. La pareja del piso vecino estaba en silencio. Les envidiaba que hicieran el amor. Despertarse juntos. Hacía mucho que no había nadie en su cama, ni hombre ni mujer. Notó que el colchón cedía un poco en los pies y poco después llegó el gato y se pegó a ella como si hubiera leído sus pensamientos. Le acarició la cabeza mientras cerraba los ojos. Pensó en el pintor. Cómo una máscara que solo dejaba los ojos a la vista te permitía inventarte el resto como quisieras, crear un ser imaginario. ¿Qué quería enseñarle el domingo? Lo pensó un rato y después sus pensamientos siguieron

avanzando. ¿Quién era Perez? ¿Qué, si acaso había algo, sabía Bob Oz que ni ella ni los demás habían percibido?

El teléfono de la mesilla sonó. Miró la pantalla y reconoció el número.

—¿Sí, Fortune?

—Perdona que llame tan tarde, Myers. Estoy en el Hospital Regency, estoy frente al depósito de cadáveres.

«Marco Dante ha muerto», pensó ella.

—Una ambulancia recogió un cadáver en el Rialto unas horas después de que nos marcháramos. No se pusieron en contacto con nosotros porque creían que no había nada sospechoso en el fallecimiento. Parece ser que no es la primera vez que un señor obeso y cincuentón muere de un infarto o algo similar mientras ve porno. Entonces hicieron un análisis toxo, eh, toxológico…

—Test toxicológico —dijo Kay.

—Sí. Y encontraron restos de…, espera, lo tengo aquí apuntado. Tetrodoxina. Parece ser que es el veneno que ingieres si comes un pez japonés que no esté bien cocinado.

—Fugu.

—¿Eh?

—Pez globo japonés.

—Sí. Así que pregunté si creían que ese tipo había comido pescado en el cine. Parece ser que, aunque supone una muerte segura, el efecto es lento y pudo haberlo ingerido varias horas antes de notarlo. Y, puesto que no es un pez que vayas a freír en la cocina de casa, digo, creo que hay un restaurante que la ha cagado. Entonces comprobé al tipo y, cuando vi sus antecedentes, te llamé al instante.

—Comprendo. ¿Quién es?

—Wes Villefor. Hombre, cincuenta y ocho, negro.

Ella gimió.

—¿También me vas a decir lo que mide?

—Digo que era negro porque era el único negro que había.

«El proxeneta», pensó ella.

—Vale. ¿Antecedentes?

—Drogas.

Kay pensó. No veía una relación evidente entre las drogas, Dante, Karlstad y Patterson. La muerte podría ser una casualidad, claro. O no.

—Gracias por llamar —dijo—. Mañana le echo un vistazo.

Olav Hanson fue hacia el río con la caña de pescar en la mano.

Necesitaba tranquilizarse, pensar un poco antes del día de mañana. Además, Violeta y él habían tenido bronca después de la visita de Sean la noche anterior. Como resultado, ella se había marchado a pasar el fin de semana con sus padres. Se iba a tranquilizar, a él le parecía bien, así podría pasarse toda la noche pescando si le apetecía.

El sendero empinado estaba cubierto de barro, siempre era así, daba igual cuánto tiempo hubiera pasado desde la última vez que había llovido. La luna se deslizó tras las nubes y en la oscuridad no resultaba fácil ver dónde había que poner los pies para no escurrirse. Una mala rodilla cuesta abajo no mejoraba las cosas, y en varios puntos tuvo que agarrarse a los troncos de los árboles. Un sonido. Se detuvo. Algo se movía en el bosque. Era demasiado grande para

ser una ardilla. Miró fijamente, pero no vio nada. O era el perro de la última vez o era que tenía los nervios de punta. Siguió descendiendo con torpeza.

Los últimos días le habían afectado. Con un poco de suerte, mañana todo habría pasado. Si Lobo de veras intentaba atentar contra el alcalde, las estadísticas favorecían que el problema se solucionara solo. Olav lo supo en la reunión de la tarde, cuando Stringer contó que la mayoría de los terroristas llamados lobos solitarios acababan muertos, tuvieran éxito o no. En cuanto al alcalde Patterson, a Olav no podría importarle menos, y conociendo esta estadística tenía la esperanza de que Lobo acudiera al día siguiente al U.S. Bank Stadium con un rifle.

Olav llegó a la orilla y vio que el último pescador aún no se había ido a casa. Eso estaba bien, precisamente esta noche prefería no estar allí de pie solo en la oscuridad.

—¿Han picado? —preguntó Olav y abrió la funda de la caña de pescar.

—Aún no —dijo el hombre sin apartar la vista del sedal.

A Olav la voz le sonó familiar, pero no fue capaz de relacionarla con un rostro, eran muchos los que iban a pescar allí por el día.

—La perca pica mejor de noche —dijo Olav, que oyó una rama partirse a su espalda y se giró hacia el bosque.

—Bueno, esperaba pescar algo más grande.

—¿Ah, sí? —dijo Olav. Oyó un ladrido solitario entre los árboles. Era el perro. Olav comprendió que tenía el pulso acelerado, porque sintió que empezaba a bajar—. ¿Un lucio amarillo? —prosiguió Olav y se metió la funda en el bolsillo. Tenía ganas de pescar. Mostrar lo lejos que podía tirar—. Pues para eso vas a necesitar tener suerte.

—No hablo de un lucio amarillo —dijo el pescador—. Estoy buscando al Lechero.

Olav Hanson pensó en un primer momento que no lo había oído bien, que eran los nervios que le jugaban una mala pasada. Después, despacio, el pescador se dio la vuelta. La sombra de la visera de la gorra caía sobre su rostro, pero, cuando acabó de girarse y levantó un poco la cabeza, Olav vio quién era el hombre.

—¿Te acuerdas de mí, Hanson? —Olav tragó saliva. Iba a decir que no. Cambió de opinión al ver la pistola. Intentó responder que sí, pero tenía la boca tan seca que solo le salió aire—. Treinta años, Hanson. Es mucho tiempo. ¿Sabes una cosa? Lo recuerdo como si fuera ayer.

—Yo… —Olav se detuvo porque no tenía ni idea de qué decir. Era probable que lo mejor fuera mantener la boca cerrada.

—¿Recuerdas que me prometiste personalmente que capturarías a los que asesinaron a mi familia?

—Yo…, nosotros… lo intentamos, claro.

—Hace tres semanas hablé con el asesino de mi hija. La que iba en silla de ruedas. ¿Te acuerdas? Me contó que manipulaste pruebas técnicas, cambiaste declaraciones y te aseguraste de que nunca cogerían a los culpables. Que Die Man te pagaba para hacer esa clase de cosas.

—¿Quién…, quién es Die Man?

—No importa, ya no está entre nosotros, atravesé su asiento con una jeringuilla y se la clavé en la espalda mientras estaba en el cine.

Olav consideró la posibilidad de intentar sacar la pistola que llevaba en la funda de la axila. La había cerrado en la escarpada cuesta por si se caía y esa sería una dificultad añadida. No, esto no

iba a ser como lo del chaval con la navaja. Pero Olav estaba entrenado para sacar la pistola de la funda y era rápido. Mucho más que Joe Kjos, eso seguro. Olav levantó la vista al cielo. Una nube negra se dirigía hacia la luna. Se pasó la caña de pescar a la mano izquierda.

—¿Qué quieres de mí? —preguntó Olav.

—¿Has oído hablar de la taxidermia dura?

—¿El qué?

—Te voy a disecar. Y te exhibiré. En un lugar público, para entretenimiento de la plebe. Vas a transformarte en una obra de arte moderna, Hanson.

La nube cubrió la luna y, en la oscuridad, Olav Hanson echó mano de la pistola.

40

URBANIZACIÓN CERRADA. OCTUBRE DE 2016

Eran las ocho y media, y el sol brillaba en un cielo despejado sobre el Minnesota Landscape Arboretum, que la mayoría de los visitantes acortaban a Arb. El más veterano de los jardineros del jardín botánico, Gunnar Person, concluyó que iba a ser un bonito día de otoño. Se bajó del cochecito de golf y cruzó el césped en dirección a unos árboles. Le gustaba empezar temprano, era siempre el primero en llegar al trabajo, pero hoy daba la impresión de que alguien había madrugado aún más que él.

El parque estaba vallado y tenía horario de apertura al público, la empalizada era de escasa altura y el perímetro enorme. Si alguien quería entrar podía hacerlo. Esta temporada había una exposición de esculturas repartidas por el jardín botánico. Representaban animales que parecían hechos de papel doblado. Lo llamaban *origami*. Solo que esos estaban fabricados en metal y a tamaño real. Si es que se podía afirmar que esos animales imaginarios tenían un tamaño natural. Como el caballo alado levantado sobre las patas traseras al que Gunnar se aproximaba. Fue una pareja entrada en años, visitantes titulares de un abono anual al botánico, la que se pasó por las oficinas después de dar su habitual paseo matutino para informar de que alguien había cometido actos vandálicos contra la escultura

de Pegaso. Al acercarse, Gunnar vio que había un hombre bastante fornido sentado sobre el lomo del caballo. Estaba desnudo y Gunnar apostó a que era el protagonista de una despedida de soltero. Parecía evidente que las alas lo sostenían, mientras que su torso y uno de sus hombros se apoyaban en el cuello del caballo. No era una postura cómoda para dormir, el tipo debía de estar tan borracho que no se daba cuenta.

—¡Hola! —llamó Gunnar en tono amable pero voz alta—. Hora de levantarse.

El hombre del caballo no se movió. Gunnar se sintió intranquilo. Había algo… inerte en ese cuerpo. La cabeza se había deslizado al otro lado del cuello del caballo que parecía un origami y estaba oculta, así que Gunnar le dio la vuelta. En un primer momento creyó haberse equivocado, que en ese lado tampoco había cabeza alguna. Entonces vio el tronco rojo del cuello que asomaba por la camisa. Tomó aire y empezó a murmurar un padrenuestro a la vez que buscaba el móvil, daba con él y marcaba el número de emergencias. Mientras llamaba, su mirada buscó la cabeza en el suelo, pero no encontró nada. Volvió a levantar la vista hacia la escultura. Se dio cuenta de que resultaba fascinante en todo su espanto, una visión casi poética. Como si el caballo estuviera a punto de despegar para transportar al hombre decapitado al cielo.

El comisario Walker se colocó mejor las gafas de sol. Habría preferido pasar la mañana del sábado con su familia, pero sabía que no se quedaría tranquilo. Estaba junto a la escultura vikinga, delante del U.S. Bank Stadium. La gente ya entraba por las puertas, a pesar

de que faltaba hora y media para que el alcalde inaugurara oficialmente la convención a la una. Mientras esperaba, clavó la mirada en algo que colgaba de un hilo del poste que tenía encima. Era del tamaño de una pelota de tenis y evidentemente ligero, porque bailaba en el viento, pero no pudo distinguir qué era.

—¡Walker!

Era Springer, de la JTTF. Él y O'Rourke de los SWAT salían del acceso al estadio. Springer parecía tranquilo, mientras que O'Rourke paseaba sin descanso la mirada por la cola.

—¿Cómo pinta esto? —preguntó Walker.

—Bien —replicó Springer—. Tenemos francotiradores apostados de manera que cubran todo el estadio. Nuestra gente vigila la sala de cámaras y están pendientes de las imágenes. Si alguien en la tribuna se saca un paquete de chicles del bolsillo, lo verán.

Springer observó a O'Rourke y este asintió dándole la razón.

—Al acceder, registramos a todo el mundo más a fondo de lo habitual. Si alguien se diera la vuelta y quisiera salir de la cola al darse cuenta, tenemos gente pendiente de eso también. Hemos comprobado los antecedentes de todos los empleados del estadio y también los inspeccionamos al entrar. Hemos equipado la sala de vigilancia con gente nuestra, que se concentra en las cámaras del entorno. En resumen: si Gomez intenta algo, se habrá encontrado con dificultades mucho antes de entrar en el estadio.

—Bien —dijo Walker y levantó los hombros dentro del abrigo a pesar de que el sol brillaba.

—¿Y qué hay de la sección de Homicidios? —quiso saber Springer —. ¿Tenéis alguna novedad?

Walker negó con la cabeza.

—Se esconde bien. ¿Habéis considerado la posibilidad de que pueda haberse disfrazado, incluso que vaya enmascarado?

—Por supuesto —confirmó Springer—. Hoy tratamos a todo el mundo como si fueran Tomas Gomez, sea cual sea su aspecto.

Sonó el teléfono de Walker. Tenía que ser Hanson. Llegaba tarde, Walker ya había intentado llamarlo una vez. Observó el nombre que aparecía en la pantalla. Rooble Isack.

—Isack. Cuánto tiempo. Oye, estoy un poco liado, ¿es algo que pueda esperar?

—Hola, Walker —se oyó la voz sonora de Rooble Isack—. Creo que esto le va a parecer urgente, comisario.

—¿Sí?

—Estoy en el hospital con Marco Dante. El traficante de armas que sospechamos que Tomas Gomez intentó asesinar el martes.

—Sí, sí, conozco el caso.

—Hemos venido porque, con motivo de la agresión, encontramos una excusa para registrar el garaje de Dante. Allí encontramos armas ilegales, claro. Tenemos un caso firme contra él, pero Dante tiene abogado y quiere hacer un trato a cambio de información sobre Tomas Gomez.

—¿Y?

—La cuestión es qué valor tiene esa información para nosotros. Y para usted, puesto que Gomez es sospechoso de asesinato.

—Vale mucho —dijo Walker—. Mucho. Y tienes razón: es urgente.

—Eso era todo lo que quería saber. Pronto tendrá noticias mías, Walker.

—Gracias, Rooble.

Colgaron.

—¿Dónde se mete Hanson? —inquirió Springer.

—Buena pregunta. Parece que tu hombre ha pillado un atasco.

«Tu hombre». En la reunión con la JTTF, cuando Springer dejó claro que prefería a Hanson antes que a Kay Myers como representante de la sección de Homicidios, la primera reacción de Walker había sido intervenir para decir que esa decisión le correspondía a él. Myers se adelantó y afirmó que a ella le parecía bien. Podría haberlo cambiado después de la reunión, claro, pero había algo en ese caso que lo llevó a dejarlo. Una sensación de que el tal Gomez podía ser un obstáculo que provocara un feo tropiezo. En ese caso prefería que fuera Hanson y no Myers quien tropezara. Era cínico y práctico. Por otro lado, ¿qué podía salir mal?

Walker no lo sabía, pero volvió a tener escalofríos bajo el sol.

—Dime, Springer. ¿Tú alcanzas a ver qué hay colgado ahí arriba?

Springer levantó la vista.

—Parece un pez.

—¿Un pez?

—Sí, uno de esos peces globo, ya sabes.

Kay madrugó, fue al Rialto y tomó declaración a la taquillera y al proyeccionista, los únicos que habían ido a trabajar el día anterior. No tenían nada especial que contar, salvo que la víctima era un cliente fijo del cine. Tampoco le pudieron proporcionar, como era lógico, ni el nombre ni la dirección de los demás clientes que habían estado presentes en la sala. Kay informó de que dos técnicos de criminalística estaban de camino del Rialto y de que no podrían abrir la sala al público hasta que hubieran acabado su labor.

Mientras iba en su coche al ayuntamiento, valoró la posibilidad de ponerse en contacto con el telepredicador para preguntarle si había visto u oído algo, pero decidió esperar a dar el siguiente paso a que los técnicos de criminalística y el forense le hubieran proporcionado más información.

En su puesto de las oficinas de la sección de Homicidios hizo lo que había resuelto que haría durante esa noche de insomnio. Iba a hacerle un favor a Bob Oz. Y, probablemente, un flaco favor a sí misma. Se llevó la taza de café a los labios mientras miraba la pantalla del ordenador, en el que había una lista de asesinatos con más de una víctima. Primero había buscado a Perez y 1995, obtuvo el informe y después amplió la búsqueda. Hizo pantallazos del informe y del listado, dio a compartir, escribió la dirección de correo electrónico de Bob Oz. Dudó un instante. Después dio a enviar. Oyó el zumbido del correo electrónico y probablemente su ascenso, que salía volando.

Soltó aire como si hubiera estado conteniendo la respiración. El espacio abierto de la sección estaba casi en perfecto silencio, Kay solo oyó la voz de Joe Kjos, que hablaba por teléfono unas cuantas mesas más allá; daba la impresión de que estaba comprobando pistas recibidas por teléfono. Ella también tenía que verificar una pista antes de empezar el fin de semana. Miró el reloj. El trayecto a Cedar Creek para hablar con la mujer que había llamado no debería llevarle más de cuarenta y cinco minutos un sábado por la mañana.

Iba hacia la puerta cuando tuvo una idea, se detuvo, se giró y fue por el pasillo hacia el despacho nuevo. Se sorprendió al ver que habían acabado de pintarlo. Al menos se habían llevado los botes de

pintura y los pinceles. Sintió una leve decepción, pero la ignoró y se apresuró a salir.

El alcalde de Mineápolis, Kevin Patterson, se miraba en el gran espejo del dormitorio. No estaba del todo satisfecho. Si evitaban situar las cámaras demasiado bajas con relación al estrado, su incipiente papada no se notaría. Tenía el cabello más canoso y menos denso, y había engordado unos cuantos kilos desde que había ocupado el despacho más amplio del ayuntamiento. Se conservaba bastante bien. ¿O no? Muchos se sorprendían cuando les decía que estaba en la mitad de la cincuentena, y ¿sería posible que todo el mundo le hiciera la pelota a un modesto alcalde? Vale, puede que no tuviera el físico de esos políticos que la gente veneraba. Ni su carisma. Pero sabía que, si jugaba sus cartas con habilidad, un asiento en la Cámara de Representantes estaba a su alcance.

—No deberías ponerte una corbata roja. —Jill interrumpió sus pensamientos. Su esposa acababa de entrar y comprobó el nudo de la corbata y le quitó la caspa de los hombros de la chaqueta—. ¿Qué te parece la de rayas azules y negras?

Kevin Patterson había escogido el rojo porque había leído que era la corbata del poder, mandaba señales al subconsciente de que quien la llevaba tenía el control, perspectiva y fuerza. Sabía que acabaría poniéndose la corbata que Jill había decidido, pero podía hacer como siempre antes de que ella se saliera con la suya: hacer el camino un poco más entretenido.

—Porque, si no, la gente ¿podría creer que su alcalde se ha vuelto republicano? ¿O porque el rojo me convertiría en una diana más

accesible?

—¡Kevin!

Él rio entre dientes.

—No te preocupes, querida. Cuenta el número de agentes de seguridad que hay ahí fuera, son el doble de los habituales. Piensa en positivo. Dicen que el estadio estará lleno y yo tengo intención de decirles solo lo que quieren oír. Un alcalde en pleno mandato al que jalean, ¿cuántas veces ocurre eso? Hasta ha salido el sol. Jill, creo que va a ser un gran día.

Ella se echó a reír, le dio una palmadita en la mejilla, aflojó la corbata roja y la dejó sobre la cama.

—Tienes razón. —Abrió el armario y sacó la azul—. Será un bonito día. Imagínate, cuando nos veamos esta tarde, Quentin también habrá vuelto a casa.

Se abrió la puerta del dormitorio.

—Mamá, Siri miente, ¡dice que hoy vamos a llevar dos agentes en el coche! —Era Simon, tenía ocho años y era el pequeño de los cuatro hermanos. Había un salto de edad hasta los dos mayores, que iban a la universidad en la Costa Oeste y, cuando Simon vino al mundo, Siri, que ahora contaba con catorce años, había tenido dificultades para renunciar a las ventajas de ser la benjamina.

—Siri dice la verdad —afirmó Jill—. Venga, Simon, vamos a por tu chaqueta e iremos a recoger a Quentin.

—¿Dónde me voy a sentar?

—Donde siempre, hijo.

—¿Y papá?

—Va a dar un discurso.

Kevin fingió que hablaba al espejo haciendo muecas y Simon se echó a reír. Jill besó a su marido en la mejilla y, poco después, el alcalde oyó la voz de Simon mientras bajaba por la escalera con su madre.

—¿Puede Quentin dormir en mi cuarto esta noche?

—Siri y tú tendréis que echarlo a suertes.

—¡No! Ella hace trampas.

Kevin comprobó que la corbata azul estaba bien puesta, se sentó al borde de la cama y se ató los zapatos. Se acercó a la ventana y vio a Jill, Siri y Simon meterse en el coche, un Chevy Tahoe grande y sólido. En una entrevista radiofónica le habían preguntado si conducía un Chevy porque temía perder votos si lo veían al volante de un coche extranjero. Había respondido que no, que era porque se daba la feliz coincidencia de que él era un patriota y de que su país fabricaba los mejores coches. No dijo el resto, que sentía que su familia estaría más segura en un pesado coche de fabricación nacional el día que colisionara con uno más ligero de producción extranjera.

El Chevy arrancó y Kevin Patterson deslizó la mirada hacia una pequeña cruz de madera que había junto a unos árboles pegados al muro que rodeaba la propiedad. Era innecesaria, las probabilidades de que alguien pudiera acercarse eran mínimas puesto que formaban parte de una «urbanización cerrada», una zona vallada con vigilancia las veinticuatro horas y agentes con perros que cuidaban de los aproximadamente doscientos residentes repartidos en unas setenta viviendas. El concepto de «urbanización cerrada» no era algo que a Kevin Patterson en un principio le gustara, pero las crecientes diferencias entre pobres y ricos habían incrementado la

necesidad de protección. En 1980 había unas cinco mil urbanizaciones cerradas en el país; con el cambio de milenio se habían multiplicado por cuatro, y era imposible saber cuántas habría en la actualidad.

La realidad sencilla y brutal era que, hoy en día, el ciudadano necesitaba protegerse de sus vecinos. La solución era fácil: reducir las diferencias económicas. Esa era la meta de los esfuerzos del partido demócrata y de Kevin Patterson. Llevaría tiempo, claro, y en ocasiones Kevin Patterson se sentía como un Sísifo al leer los deprimentes informes sobre las crecientes diferencias en el nivel de ingresos y cómo la clase media había perdido nivel adquisitivo. Mientras que en los últimos treinta años los ricos se habían vuelto extremadamente ricos, la renta disponible de la clase media se había estancado y los precios de la educación, la asistencia sanitaria y la vivienda se habían disparado. Los jóvenes ya no tenían las mismas oportunidades para formarse y llegaban al punto de partida con premisas distintas, el sueño que este país les había prometido les estaba siendo arrebatado. Kevin Patterson tenía fe en un mundo mejor, sin duda. Del mismo modo que creía en la libertad individual. Por eso opinaba que, hasta que lograran hacer del mundo un lugar mejor, esforzados hombres y mujeres debían tener derecho a proteger sus propiedades y su vida. Su apoyo a la NRA no era, como parecían creer algunos de sus compañeros de filas, un calculador intento de conseguir votos.

Kevin Patterson fue hacia la puerta del dormitorio, pero se detuvo de nuevo ante el espejo.

Sabía que como simpatizante de la NRA podría tomar un atajo a Washington D. C., donde el lobby de las armas se consideraba el

tercero más poderoso, pero esa no era la razón.

Bajó la cabeza intentando ocultar el pliegue de la papada.

No solo por eso.

Frente al garaje le esperaba su propio SUV. Un agente de seguridad trajeado le abrió la puerta trasera.

—¿Alguna novedad sobre Gomez desde el estadio? —preguntó el alcalde.

—No, señor.

Bob Oz supo ya antes de abrir los ojos que se aproximaba una jaqueca. La cuestión era cuál sería su intensidad en la escala Richter. Abrió un ojo y miró al exterior. Nada daba vueltas, el mundo parecía más o menos estable y seguro. Abrió el otro. Podía ser peor.

Recordó que después de beberse la última cerveza del frigorífico había caído en la cuenta de que le quedaba un poco de whisky en una botella guardada en la alacena. Pero no pudo ser mucho.

Bob agarró el teléfono de la mesilla y vio que eran cerca de las doce. También vio que había recibido un mensaje esa mañana.

> Buenas noches a ti también. Liza.

Extrañado, deslizó hacia arriba y comprendió que era su respuesta a un mensaje que él había mandado cerca de las tres de la mañana.

> Buenas Noches. Bov.

Por encima de ese había otro mensaje.

Tienes un email. Kay.

Abrió el buzón de entrada del teléfono. Había un correo de Kay Myers enviado hacía una hora. Llevaba dos adjuntos. Abrió el que se llamaba «Perez 1995». Contenía fotos de páginas escritas y comprendió que era el informe policial que se había negado a entregarle el día antes. Puesto que la pantalla del teléfono de Bob era pequeña y el dolor de cabeza no se dejaba ignorar, se levantó, puso el café, abrió el archivo en el ordenador y amplió la imagen. No sabía qué había llevado a Myers a cambiar de opinión, pero no tenía importancia. Bebió el café ardiendo a sorbitos mientras leía.

Según el informe, el asesinato se había producido en un aparcamiento, no en West Phillips, sino en Hawthorne, que tenía un problema de criminalidad igual de grave que el área de Near North. Las víctimas estaban sentadas en el coche y los impactos procedían de otro vehículo que pasó junto a ellos. Eran Candice Perez, madre soltera, y sus dos hijos, Emilio y Nathan. No había mención de un padre. Al final del informe se afirmaba que, aunque Chuck Perez había sido un camello conocido, era difícil que ese fuera el motivo del asesinato. Chuck Perez había muerto en un tiroteo en 1992 en lo que probablemente fuera un ajuste de cuentas entre bandas, es decir, tres años antes.

Bob deslizó la mirada por el informe. Tampoco se mencionaba a una niña en silla de ruedas. En resumen, este no era el caso del que Tomas Gomez le había hablado a Mike Lunde. Bob maldijo con ganas. ¿En qué lugar de las estadísticas se ocultaba la historia de la familia asesinada? ¿Era un cuento que Gomez se había inventado? No sería de extrañar, Bob había comprobado que los criminales son,

antes que nada, mentirosos compulsivos. Abrió el otro archivo. Era un listado de asesinatos múltiples que iban más atrás que los que él había comprobado. Fue abriéndolos uno a uno, parecía que los asesinatos con más de una víctima solo se daban una o dos veces al año. Levantó la taza de café, la inclinó y se echó café caliente en el regazo. No se dio cuenta. Su mirada se había quedado pegada a un caso de 1986. Tres víctimas. También una madre y dos hijos. El nombre de pila era Monica. Pero fue el apellido el que atrajo su mirada.

41

BLANCO. OCTUBRE DE 2016

Había comprobado la última pista, procedente de un camionero que conducía largas distancias y decía haber hablado con un tipo raro que se parecía a Tomas Gomez en un café de un área de descanso para camiones, nada más pasar la frontera de Iowa. Pero Joe interrogó a los que trabajaban en el establecimiento y el tipo resultó ser un personaje al que le gustaba hablar con los conductores en el café.

Había llegado el momento de ir a Arb, donde le esperaba más trabajo. El agente de policía que lo había telefoneado dijo que el cadáver no tenía cabeza ni documentación que sirviera para identificarlo, pero al menos presentaba un disparo de bala en el pecho, así que había pocas dudas de que el caso correspondía a la sección de Homicidios. Joe le había explicado que estaban con otra misión con más prioridad, pero mandaría a los de criminalística cuanto antes.

En algún lugar de la oficina desierta sonó un teléfono. Joe se puso la chaqueta. Estaba un poco cabreado porque Olav no lo había llevado como refuerzo al estadio y lo había puesto a hacer esa mierda de trabajo. El teléfono seguía sonando. Normalmente pasaba automáticamente a la recepción después de que sonara unas

cuantas veces, pero al ser sábado no había nadie. Joe Kjos no tenía intención alguna de coger el teléfono. Al pasar por delante de la mesa de Myers, oyó que era el suyo el que sonaba y ella acababa de estar allí, así que respondió de todos modos.

—MPD.

—Buenos días, me llamo Jim Andersen. ¿Está Kay Myers…?

—Acaba de marcharse. Soy el detective Joe Kjos, ¿puedo ayudarle en algo?

El otro dudó, y Joe Kjos esperó que el tipo dijera que no, para poder largarse, hacer este último trabajo y empezar el fin de semana, por fin.

—Soy instructor en el campo de tiro de Mitro. Su colega me dejó su tarjeta de visita y me pidió que llamara a este número si recordaba algo de un latino al que estaba buscando.

—¿Sí?

—Sigo sin recordar a ningún latino, pero se me ha ocurrido algo. Dio con nosotros por una diana que había encontrado en un plástico de burbujas. —Joe Kjos volvió a mirar la hora—. Vino un tipo que llevaba el arma envuelta en plástico de burbujas, pero no era latino, sino blanco.

Joe Kjos suspiró, buscó un bolígrafo en la mesa de Myers y apuntó en un bloc de notas.

—¿Blanco, señor?

—Blanco. Lo recuerdo porque lo que quería era que calculara el ajuste de altura de un disparo a cuatrocientas yardas.

—¿Hubo algo extraño en su comportamiento? ¿Fue agresivo? ¿Estaba drogado?

—Para nada.

—Le dio su nombre o un número de teléfono.

—No.

—¿Alguna otra cosa que pueda decirnos de él?

—En realidad no.

Joe Kjos respiró aliviado.

—Bien, deje que tome nota de su nombre y su número de teléfono y nos pondremos en contacto con usted si necesitamos hacerle alguna pregunta.

Bob Oz se puso el abrigo, subió corriendo las escaleras y salió a la calle con el teléfono pegado a la oreja.

—Responde —susurró mientras se dirigía al Volvo que estaba aparcado calle arriba—. Contesta.

Al buscar el asesinato en la red obtuvo por lo menos una docena de enlaces, la mayoría de ellos con el titular «McDeath». Los leyó por encima.

«Una familia que celebraba un cumpleaños, asesinada en un ajuste de cuentas entre bandas».

«Madre y dos hijos, asesinados; el padre, único superviviente».

«No hay acusados por la masacre de McDeath».

—Kari.

—Ahí estás —resopló Bob—. Lamento llamarte en sábado, Kari, necesito la dirección de un tal Mike Lunde, creo que vive en algún lugar de Chanhassen. Te voy a dar un número de teléfono, ¿lista?

—Estoy comiendo con mi familia, Bob, ¿puedes esperar?

—¡No, joder!

—¿Cómo?

—Lo siento, Kari. Alguien me ha roto el espejo del retrovisor. No, no puede esperar. Tengo…, sé quién es.

—¿Quién es quién?

—El asesino, Kari. —Bob sacó las llaves del coche con la otra mano y se le cayeron al suelo—. Creí que me estaba repitiendo una historia que le había contado un cliente. Pero era su propia historia. Mike Lunde lo contó todo exactamente como había sido, al detalle. ¡Confesó, Kari! Y yo no lo comprendí.

42

LA CASA DE LOS HORRORES. OCTUBRE DE 2016

—Vi al tal Gomez llegar andando por ese camino de ahí —dijo la anciana mientras señalaba.

Kay Myers y ella se encontraban en el primer piso de una bonita y antigua casa de madera que estaba en un pequeño alto del, por lo demás, llano paisaje de Cedar Creek. Desde allí, Kay veía un bosque denso, una ciénaga, prados silvestres y tierras de cultivo. Al llegar había comprendido por los carteles que la zona era una especie de reserva protegida para investigación ecológica.

Kay miró con los ojos entrecerrados hacia el camino estrecho y lleno de curvas que estaba a casi cien yardas de la casa.

—¿Por qué está tan segura de que era Tomas Gomez, señora Holte?

—Pues porque lo he visto en televisión, claro. Que lo buscan.

—Sí, pero me refiero a que hay bastante distancia. Yo no sería capaz de ver con claridad a alguien que fuera por ese camino.

—Ah, ya sabes que la vista mejora con los años.

Se miraron unos instantes y la anciana menuda soltó una risa vieja, bajita, un gorgoteo. Kay pensó en un capullo reseco y encogido, con cabello plateado y polvoriento como una telaraña. Cuando Kay aparcó delante de la casa ya la estaba esperando en la

puerta y la invitó a pasar sin preguntarle de qué se trataba. Kay le explicó el motivo de su visita y la señora Holte le dijo que no había contestado al teléfono porque lo apagaba cuando no iba a llamar, solo llamaban teleoperadores.

—Le estoy tomando el pelo, querida —dijo la mujer, que introdujo la mano deprisa a un lado de la ventana y sacó un rifle. Kay se quedó inmóvil y, antes de que tuviera tiempo para reaccionar, se había llevado el rifle a la mejilla.

—Así —dijo la señora Holte. Había entrecerrado un ojo mientras con el otro miraba por la mira. El cañón apuntaba a la ventana. Luego bajó el rifle. Su risa gorgoteó de nuevo cuando vio el gesto de Kay—. Solo utilizo la mira, fue mi marido quien me lo dejó.

Kay tuvo un escalofrío al comprender que probablemente su coche y ella habían estado a tiro al subir hacia la casa.

—O sea que vio a una persona que cree que es Tomas Gomez pasar por aquí ayer por la mañana.

—Sí, aparcó en ese saliente de ahí.

Kay sacó su cuaderno.

—¿Qué coche era?

—Uy, cielo, sé muy poco de coches. Era grande, y bonito.

—¿Color?

—Era sobre todo de madera.

—¿Madera?

—Panel de madera. Mi marido también lo tenía. Lo he visto por aquí varias veces.

—¿Sí?

—La última vez fue hace tres semanas. Vino andando con otro, que era blanco. Seguramente uno de los antiguos artistas.

—¿Artistas?

—Sí. Se adentraron en el bosque por ese camino de ahí. Supongo que irían a esa horrible casa que se han hecho ahí dentro. —La señora Holte se encogió de hombros como si tuviera frío—. Madre mía.

Eran las doce y media cuando Kevin Patterson se bajó del SUV delante del U.S. Bank Stadium. Casi no había gente en la explanada, pero desde el interior del estadio de color negro llegaba música a todo volumen, así como gritos alborozados. Patterson supuso que alguien estaría haciendo una exhibición, seguramente algo que tuviera que ver con el uso de las armas. Cuatro guardias armados lo siguieron hasta la entrada VIP, adelantando a los últimos que esperaban haciendo cola. Algunos lo miraban como si se preguntaran dónde habían visto antes esa cara, al fin y al cabo no era ni jugador de los Vikings ni telepredicador, solo un modesto alcalde. Pero algunos lo reconocieron y una voz gritó: «¡Haz que nuestro país vuelva a ser grande!».

Patterson sonrió y lo saludó con un movimiento de la mano, aunque comprendía que el tipo era seguidor de Trump y votaría a los republicanos. Y que era probable que el hombre no supiera que ese lema no era un invento de la campaña de Trump, sino que los dos partidos lo habían utilizado a lo largo de la historia.

Condujeron a Patterson por delante de los ascensores que llevaban al palco VIP hasta una gran sala decorada de manera provisional. Una gruesa lona tapaba las vistas hacia el podio con el atril, ubicado en el campo.

Un hombre con traje de raya diplomática y tarjeta de identificación colgada del cuello se aproximó a Patterson, se presentó como Ted Springer, de la Joint Terror Task Force, y le aseguró que lo tenían todo bajo control: el alcalde podría subirse al estrado a la hora prevista.

Patterson se acercó a la lona, apartó una esquina y miró al exterior. Era un estadio fantástico. En el discurso que había pronunciado con motivo de la inauguración oficial dijo que incluso un nostálgico como él tenía lágrimas en los ojos al mirar a su alrededor. De hecho, le había pedido al autor del discurso de hoy que incorporara algunos de los mejores párrafos de aquel.

De repente hubo un destello, algo que deslumbró a Kevin Patterson. El hombre que había sido el guardaespaldas del alcalde durante diez años debió de notarlo, porque se inclinó hacia Patterson y le preguntó en voz baja:

—¿Algún problema, señor?

—No, solo que… —empezó Patterson—. ¿Han revisado los palcos VIP? Me ha parecido ver algo ahí arriba.

—Hoy están cerrados, señor. ¿Quiere que lo verifique con el responsable de seguridad?

—No, no, seguro que no hay problema. Aquí hay mucho cristal que puede producir reflejos. Mucho cristal.

Patterson miró su reloj. Veinticuatro minutos.

Había cuatro hombres en una habitación estrecha que apestaba a sudor, hospital y un perfume de caballero que Rooble Isack supuso que procedía del hombre en la cama.

—Bueno, Dante —dijo Rooble—. ¿Quiere el trato o no?

Marco Dante miró a su abogado, Al Gill. Rooble conocía a Gill, era de los que estarían encantados de vender a su abuela si la tarifa por hora era suficiente. Hasta ahora, Rooble y la sección de Delitos Violentos habían dado prioridad a descubrir quién había disparado a Marco. Entonces intervino la JTTF pidiéndoles que no dejaran piedra sin volver relacionada con el caso Gomez y, de repente, una orden de registro por la que en condiciones normales habrían tenido que suplicar les fue concedida casi sin solicitarla. La unidad de Delitos Violentos había encontrado indicios suficientes en el garaje de Marco para acusarlo de testaferro y de comerciar con armas ilegales, delitos penados con cuatro años de cárcel.

—Está muy bien que renuncien a acusarlo de ser un testaferro —dijo Gill y miró a Rooble, a su colega, y de nuevo a Rooble—. Pero, si mi cliente va a facilitar información sobre Tomas Gomez, también deberían retirar los cargos de posesión y tráfico de armas.

—En otras palabras, ¿quiere que lo olvidemos todo? —concluyó Rooble.

—Gomez es un asesino —afirmó Gill—. Ya ha intentado matar a mi cliente una vez, y seguramente lo intentará de nuevo si llega a saberse que ha compartido información con ustedes que puede conducir a su detención. Es posible que mi cliente se salve si está en libertad, pero en la cárcel será presa fácil de los contactos de Gomez en las bandas.

—¿Contactos entre bandas? —dijo Rooble—. ¿Gomez pertenece a una banda?

—Considérelo un adelanto de la información de la que dispone mi cliente. ¿Quieren el resto o no?

Rooble suspiró.

—Vale, retiramos todos los cargos.

—¿Con qué autoridad…? —empezó Gill.

—Está acordado con el comisario Walker, de la sección de Homicidios. Empiece, Dante.

Dante miró a Gill, que asintió con un movimiento de cabeza.

—Tomas Gomez vino a comprar un arma hace poco —dijo Dante.

—¿Está seguro de que era él? —quiso saber Rooble.

—No es que me enseñara su carnet de identidad, por así decirlo, pero he visto en las noticias las imágenes de las cámaras de vigilancia, y sí, era él. Compró un rifle M24 con mira telescópica y todo lo demás.

—¿Incluida esta funda? —Rooble Isack le mostró una fotografía.

—Sí.

—Siga.

Dante se encogió de hombros.

—No tengo mucho más que decir. No habló gran cosa. En realidad, ni una palabra. Señaló lo que quería, pagó y se fue.

—¿Lo había visto antes?

—Cualquiera sabe. El tipo llevaba gafas de sol y la capucha sobre la frente.

Se quedaron en silencio.

Rooble se inclinó hacia Gill.

—Explíquele a su cliente que esta mercancía no vale lo que le estamos ofreciendo. Y estoy de acuerdo en su valoración de las circunstancias, Gill. Si dejamos este acuerdo y mandamos a chirona a su cliente, será presa fácil para la banda de Gomez.

—Escúcheme, detective Isack… —empezó el abogado, pero Dante lo interrumpió.

—Vale, vale. Ya he dicho que no sé con seguridad quién es Tomas Gomez, pero me recordó a un tipo que desapareció hace mucho y que nadie sabía a dónde había ido a parar. Una máquina de matar brutal, a sangre fría, al que llamaban Lobo. Le vendí un uzi hace muchos muchos años, tuvo que ser en los ochenta.

—Recuerdo haber oído mencionar a un tal Lobo cuando estuve en la sección de Homicidios —dijo Rooble—. Fue antes de mi época, creí entender que o bien había muerto o bien se había vuelto al sur de la frontera.

—¿Quiere decir que nunca dieron con él? —Dante soltó una risa amarga—. Bueno, no digo que sepa con certeza que fuera Lobo, solo digo que ese tal Gomez se le parecía. Y que tenía el mismo tatuaje en el dorso de la mano. Una de esas estrellas de cinco puntas dibujadas en un solo trazo.

Rooble intercambió una mirada con su colega y se inclinó al frente.

—¿Más?

—Sí, y tenía la misma jeta llena de cicatrices. Pero… —Dante parecía estar buscando, pero no daba con las palabras.

—Pero ¿qué? —dijo Rooble impaciente.

—Pero el rostro de Lobo era muy expresivo. La cara de ese tipo estaba completamente muerta. Como si fuera un cadáver andante, ya me entiende. Y las manos…

—Ya ha mencionado lo del tatuaje.

—Sí, pero no era solo eso.

Kay se adentró por el camino. El bosque había adquirido colores otoñales y aún conservaba el follaje. Se detuvo ante un cartel medio roto que explicaba que los árboles que la rodeaban eran cedros blancos, y que algunos de ellos tenían más de doscientos cincuenta años de antigüedad. Parecía contener también una fauna única, halcón rojo, pájaro carpintero de caperuza roja, coyotes, tejones y ciervos. Según las estaciones del año, afirmaba que también se podían encontrar bisontes, osos pardos y lobos. Kay tuvo un escalofrío y deseó que no fuera temporada de ninguno de ellos. Siguió avanzando. El camino empezó a estrecharse, el bosque a ambos lados se fue haciendo más denso, y se dio cuenta de que el frenético canto de los pájaros que la acompañaba había desaparecido, como cuando un extraño entra en un bar local. O, pensó, como cuando los lugareños observan con emoción a una persona que se encamina hacia un peligro que solo ellos ven.

Oyó correr agua, debía de estar acercándose a un riachuelo, y apartó unas ramas que colgaban sobre el sendero e impedían la visión. De las profundidades del bosque llegaba otro sonido, como una metralleta. Pensó que era la clase de asociación de ideas que se te ocurría si te habías criado en Englewood, y apostó a que sería un pájaro carpintero.

De repente, el sendero se acabó. Es decir, se abría a derecha y a izquierda dibujando una T y seguía la orilla del riachuelo. En un poste de hierro oxidado clavado en el suelo había un buzón sujeto con alambre. Era difícil imaginar que un cartero fuera a llegar hasta allí, pero en el buzón habían pintado un nombre en blanco: RT CLUB. Sobre el riachuelo de tres yardas de ancho, vio un tablón de madera

verduzco que había hecho las funciones de pasarela, pero que ahora estaba partido por la mitad.

La señora Holte le había explicado que la casa estaba a unos cientos de yardas, al otro lado del riachuelo, pero el bosque era demasiado denso para que Kay viera algo. Se miró los pies. Deportivas para uso urbano, nuevas, caras y blanquísimas. Hizo equilibrios para subirse al tablón, saltó al otro lado y falló, de manera que hundió el pie en un fondo blando y desagradable de fango antes de conseguirlo. El sendero que partía de la otra orilla estaba casi borrado, pero por fin distinguió una casa entre los árboles.

El silencio era total y podía oír los latidos de su corazón. Las hojas de los árboles la cubrían y cerraban el paso a la luz. Se detuvo en la linde del bosque. Ante ella, bañado en sol, había un prado cubierto de alta hierba verde frente a una casa roja de una sola planta. Allí, inaccesible en medio del bosque, paradójicamente recordaba más a un garaje o un almacén. La hierba alta, la pintura descascarillada de las paredes, la ausencia de un sendero, todo daba a entender que hacía años que no iba nadie por allí. Kay sacó el arma reglamentaria y la empuñó antes de salir a campo abierto. Se movió deprisa para no ser una diana fija mientras inspeccionaba el lugar. No había ningún movimiento aparente, ningún sonido. Vio que había algo colgado sobre la puerta, casi como una mansión con el escudo de armas familiar sobre la entrada. Kay tuvo que acercarse para comprobar que en verdad era lo que le parecía.

Una ardilla con cornamenta de ciervo.

La piel de la ardilla estaba rasgada, habría sufrido el ataque de algún ave rapaz. Kay se aproximó a una de las ventanas, quitó la

telaraña, hizo visera con las manos e intentó mirar al interior, pero solo vio un tablón de contrachapado que habían clavado desde dentro. Lo mismo pasaba en el resto de las ventanas. Puede que fuera para impedir robos o para que no se pudiera ver. O ambas cosas.

Apoyó la espalda en la pared, junto a la puerta, agarró la pistola con fuerza.

—¡Policía! ¡Abran la puerta!

El silencio que siguió no le dio a Kay la sensación de estar sola, sino, al contrario, la de que mil oídos estaban a la escucha. Contuvo la respiración. No oyó ningún movimiento en el interior. Observó la cerradura de la puerta. Estaba niquelada, parecía bastante nueva.

Kay dudó.

No tenía orden de registro, el cierre parecía sólido y algo de aquel lugar le producía una intensa sensación de que quien entrara ahí solo se arrepentiría. En resumen: era ahora cuando debía dar un paso atrás y regresar más adelante con la orden que precisaba.

Entonces ¿por qué seguía allí con la vista clavada en la puerta?

¿Era porque corría por los callejones de Englewood con su padre pisándole los talones y se prometía que, si sobrevivía a aquello, nunca más tendría miedo? ¿Porque la manera de liberarse de su padre, escapar de Englewood, de la vida que la estaba esperando, consistía en ser más valiente de lo que era en realidad? Porque para escapar tienes que romper las reglas.

Kay Myers dio media vuelta y fue a paso rápido por donde había venido. Esta vez no falló al saltar de un lado al otro del tablón. Hizo fuerza, sacó el buzón y la barra oxidada de la tierra, soltó el buzón y volvió a la casa con la barra sobre el hombro. Notó que los cantos de

los pájaros volvían, que tenían un sonido histérico, como si se hubieran hartado de emociones y avisaran de un peligro.

Kay encajó el poste entre la puerta y el marco. Se apoyó en él con todo su peso. La puerta se abrió un poco mientras la madera lanzaba un quejido. Aún estaba a tiempo de parar. ¿No era precisamente esto a lo que se refería Walker al hablar de tropezarse, quedar como un imbécil cuando estabas a punto de cruzar la meta? Kay dudó un instante. Después, con un estallido destructor, la madera que rodeaba la cerradura cedió y la puerta se abrió de golpe.

Kay respiró y entró. Sostuvo la pistola ante ella con ambas manos.

El polvo parecía una pequeña tormenta de nieve en la intensa luz del sol que entraba por la puerta, y sus ojos tardaron unos segundos en acostumbrarse a la oscuridad.

Aguantó la respiración. Parpadeó mientras el cerebro intentaba procesar los impulsos visuales. Tenía que controlar el pánico, no podía dejar que el miedo la dominara ahora. Lo primero que se dijo fue que no podían hacerle nada, que todo lo que había aquí dentro estaba muerto. Que solo estaban acabados, colocados y expuestos como si tuvieran vida.

Funcionó. Poco a poco, el pánico se fue apagando y empezó a respirar de nuevo.

Ante sus ojos tenía un zorro levantado sobre las patas traseras, mientras que con las delanteras sujetaba una sierra con la que se cortaba a sí mismo en dos. A su lado había un coyote de dos cabezas: una de ellas hundía los dientes en el cuello de la otra. Detrás, un alce enorme con un cochecito de pedales roto incrustado

en la cornamenta. A su lado, un unicornio blanco al que un pez espada suspendido en el aire atravesaba el costado.

Tras los animales disecados había una pancarta que rezaba ROGUE TAXIDERMY CLUB.

Kay miró a su alrededor. A lo largo de la pared había unos cubículos menores. «Talleres de carpintería», pensó, porque un par de ellos tenían la puerta entreabierta y dentro vio tornos y herramientas. En uno había una especie de maniquí con forma de liebre hecho de alambre. Contó ocho cubículos, todos con un nombre en la puerta. Solo uno estaba cerrado con un gran candado. Kay leyó el cartel: EMILY LUNDE R. T. CLUB. El nombre no le sonaba. Por las rendijas de los tablones se veía que el interior estaba forrado con algún material, como si lo hubieran insonorizado. Junto a la puerta de la entrada encontró un interruptor. Los tubos de neón del techo parpadearon un par de veces antes de encenderse e iluminar la gran estancia. Recogió el poste y lo colocó en el hueco de la puerta del cubículo de Emily Lunde. Hizo fuerza. En lugar de soltarse el candado, la puerta de madera reblandecida se abombó lo suficiente para que pudiera mirar al interior.

Vio la luz reflejarse en un par de ojos amarillos.

Vio al hombre de la silla.

La barra cayó al suelo con un sonido metálico.

43

LOBO. OCTUBRE DE 2016

—Bueno, comisario —dijo Ted Springer, que se situó junto a Walker y mordisqueó una raja de sandía—. ¿No tienes hambre, sed?

Springer señaló con la mano libre la mesa rectangular provisionalmente cubierta de termos de café, botellas de agua, fruta, dónuts y unos sándwiches sencillos.

—Gracias, he comido antes de venir —dijo Walker mientras miraba al alcalde Patterson, que estaba delante de los termos de café hablando con un responsable de la NRA. Seguro que era un alto cargo, al menos su lenguaje corporal y sus gestos parecían dar a entender que ambos pensaban que el otro podría resultarle útil. Walker consultó la hora. Faltaban cinco minutos para que Patterson saliera a dar su discurso. Hablaría un máximo de diez minutos. Después, la jornada laboral habría llegado a su fin y podría irse a casa con la familia. Aún quedaba mucho del fin de semana.

El teléfono vibró en su bolsillo. Tampoco esta vez era Hanson.

—Sí, Rooble.

—Dante afirma que Gomez es Lobo.

—¿Cómo?

—Tomas Gomez es Lobo. —Rooble hablaba con tranquilidad, vocalizando, de manera que no es que Walker no lo oyera, sino que

no se podía creer lo que estaba oyendo.

—¿Ese Lobo? —preguntó Walker.

—Sí. Cuando empecé en la sección de Homicidios, su cartel de búsqueda y captura seguía colgado en el tablón. Recuerdo que sus características incluían un tatuaje en forma de estrella en el dorso de la mano. Hanson dijo que era un símbolo de los cárteles del sur de la frontera.

Walker cerró los ojos. Los abrió. Lobo. Se volvió hacia Springer, que sostenía la rodaja de sandía delante de su cara y tenía aspecto de estar sonriendo en verde de oreja a oreja.

—¿Malas noticias, Walker?

—Sí. Debemos aplazar el discurso.

—¿Por qué? —Springer siguió pegando mordiscos a la sandía.

—Es probable que Gomez sea uno al que llaman Lobo, un asesino en serie.

—¿Y qué cambia eso? Ya sabíamos que Gomez era un asesino.

Walker miró a Springer y comprendió que no tenía una buena respuesta. Que el hecho de que le doliera el estómago no era un argumento. Oyó la voz de Rooble y se dio cuenta de que no habían colgado.

—¿Qué? —dijo y se acercó el teléfono a la oreja.

—Digo que Dante creía que a Gomez le pasaba algo raro en las manos.

—¿Qué?

—Que tenía puntadas a los lados, como si fueran costuras. Que la piel parecía moverse cuando movía las manos. Como si llevara guantes.

44

GATO. OCTUBRE DE 2016

Bob condujo por Erie Avenue, en Chanhassen. Chalets de clase media con una generosa distancia entre ellos, muchos árboles y césped bien cuidado a ambos lados.

Se detuvo en la calle, delante de la casa de la dirección que le había dado Kari.

Dos pisos. Una vivienda unifamiliar grande, corriente, con un porche delantero, el césped corto reglamentario y un garaje doble.

No vio el Caprice, aunque podría estar en el garaje, claro.

Su teléfono vibró. Iba a apagarlo de nuevo, pero cambió de opinión al ver que era Kay Myers.

—Hola, Kay. Gracias por el informe y la lista.

—De nada. Ahora eres tú quien tiene que ayudarme a mí.

Podría deberse a que la cobertura era mala, pero sonaba como si tuviera frío.

—¿Dónde estás?

—En una casa abandonada en un bosque sin carretera. Escucha, me he metido aquí sin orden de registro. Y he encontrado algo.

Bob no respondió. Si encontraban algo que podría haber servido en un juicio si hubieran hecho las cosas siguiendo el reglamento, lo llamaban gol en propia meta.

—¿Qué hago? —La voz sonaba desesperada, Bob nunca había escuchado así a Kay Myers.

—Debes salir de puntillas andando hacia atrás —dijo—. Cubre tus huellas y finge que no lo has encontrado. Consigue una orden de registro y vuelve.

Bob oyó que temblaba al tomar aire. ¿Le castañeteaban los dientes? ¿O estaba a punto de echarse a llorar?

—Forcé la puerta, pero, si esto es un tropiezo, ¿qué sentido tiene ser policía? Explícamelo, Bob. Te envié esos informes porque nuestro trabajo consiste en proteger a la gente contra… monstruos como este. No necesito un despacho más grande, Bob, solo necesito detener esta… enfermedad.

—¿Kay? Tranquila. ¿Me oyes? Estás estresada. ¿Qué ocurre? ¿Qué has encontrado?

Kay inspiró y luego soltó el aire. Observó el vaho helado que salía de su boca antes de desaparecer.

—Un cadáver.

—Te he dejado de oír. ¿Has dicho un cadáver?

—Sí.

—¿De quién?

—No lo sé, apuesto a que es una de las víctimas de Tomas Gomez. Nos dieron un aviso de que había estado aquí.

—Vale —dijo Bob—. ¿Estás segura de que se trata de un asesinato?

Bob hablaba despacio, en voz baja, tranquilo, como si ella fuera una persona histérica y no una colega de la sección de Homicidios que solo estaba haciendo su trabajo. En condiciones normales no lo hubiera permitido, claro, pero en ese momento lo agradecía.

—No —dijo y sintió que su pulso iba más lento—. Creo que sí.

—¿Qué quieres decir?

—No puedo ver la causa de la muerte. —Miró al hombre de la silla y volvió a perder el control de su voz.

—¿Pero? —dijo Bob con calma pero con tono insistente.

—No lo ha hecho él solo. —Kay sintió un repentino deseo de reírse en voz alta. El hombre que estaba atado a la silla no tenía ninguna marca en el cuerpo desnudo. Bueno, le habían quitado el rostro y la piel de las manos. Los ojos lucían blancos en la carne roja y helada donde había estado la piel de la cara. Parecía que se hubiera puesto un par de guantes de goma rosa para fregar los platos. Le llegaban por encima de las muñecas, aunque en realidad lo habían desollado.

—¿Kay? —dijo Bob—. Tengo mala cobertura. ¿Estás…?

—Sigo aquí. Si es Tomas Gomez quien ha hecho esto, es un auténtico demonio, un sádico.

—El muerto. ¿Puedes decirme algo de su edad y de su etnia?

—Falta mucho, pero apostaría a que es latino —dijo Kay. Se sentía más tranquila, las preguntas de Bob le habían devuelto el enfoque profesional, y ahora solo estaba molesta por haber perdido los papeles un rato—. La edad también es pura adivinanza, unos cuarenta o cincuenta.

—OK. ¿Me harías el favor de mirarle la espalda?

—¿La espalda?

—Sí.

—Lo voy a intentar.

—¿Intentar?

—Está sujeto a la silla con correas, tengo que soltar las del pecho.

Bob no respondió.

Kay tuvo que apretar la correa antes de poder soltarla. El cuerpo muerto y helado crujió. Se colocó tras la gran silla de madera y empujó la espalda. El cuerpo no se movió y empujó de nuevo. Tenía la desagradable sensación de que podía partirse por la mitad si empleaba demasiada fuerza. Entonces fue como si el culo y los muslos se despegaran del asiento y, sin cambiar de postura, se deslizó unas pulgadas al frente. Lo suficiente para que ella pudiera ver.

—Tiene tatuajes —informó.

—¿De qué tipo?

—Tatuajes de bandas. X-11. Y Black Wolves.

—Me lo imaginaba.

—¿Qué te imaginabas?

—Llama a la policía y pídeles que vayan.

—Ya te he dicho que no tenía orden de registro. ¿Qué te imaginabas?

—Tenías motivos fundados de sospecha, olor a cadáver.

—Aquí no huele a cadáver.

—¿No? Lleva muerto por lo menos cinco días, probablemente bastante más.

—Está congelado. Está almacenado en una especie de congelador. Por última vez, Bob, ¿qué estás pensando?

—Sé que no es Tomas Gomez quien ha matado al hombre de la silla.

—¿Por qué?

—Porque el de la *silla es Tomas* Gomez. Más conocido como Lobo. Tengo algo que hacer aquí, Kay, te llamaré dentro de un rato.

—¡Bob!

Bob Oz ya había colgado. Kay temblaba con fuerza y sabía que tardaría en entrar en calor. Tardaría mucho. No era el cadáver congelado y desollado lo que le había hecho perder el control y soltar la estaca. Era el animal de ojos amarillos que tenía colocado en el regazo. Un gato disecado.

Bob deslizó el teléfono en el bolsillo de la chaqueta y se bajó del coche. El silencio era extraño, no se veía a nadie. ¿Desearía haber tenido una pistola? Solo había una respuesta: sí.

Bob se acercó despacio a la casa mientras observaba las ventanas. Un cortacésped se puso a funcionar en alguna parte rompiendo el silencio, y Bob pensó instintivamente que la temperatura del suelo era de al menos siete grados. Junto a la puerta había colgada una placa de cerámica, obra de un niño, casi seguro que en la clase de manualidades del colegio. Decía que allí vivían Sam, Anna, Monica y Mike Lunde. Los mismos cuatro nombres que Bob había encontrado en la web de reportajes sobre los asesinatos McDeath en 1986. Solo había sobrevivido el padre. En uno de los reportajes había una fotografía de la familia al completo, posando muy arreglados, parecía hecha en el estudio de un fotógrafo. Bob tenía la impresión de que en esa foto Mike Lunde parecía feliz. Feliz, joven e inocente. Había apoyado una mano en el hombro de su hija, Anna, que estaba sentada ante él. Tenía el cabello rubio, le llegaba hasta la silla de ruedas, y sonreía como un sol.

El cortacésped se detuvo.

Bob llamó al timbre. Oyó que sonaba en el interior de la casa. Volvió a llamar. Más vibración allí dentro, pero nadie parecía

acercarse a la puerta. Se acordó del cadáver que Kay había descrito. Las piezas empezaban a encajar. Bob presionó el timbre una tercera vez. Dio la vuelta a la casa hasta llegar a la terraza. Hizo sombra con las manos, las apoyó en el cristal de la puerta y miró hacia el interior. El cortacésped se puso en marcha de nuevo.

En la penumbra distinguió un salón ordenado, amueblado con un estilo algo antiguo y conservador, tal como había esperado. Una cocina en abierto con una barra delante. Había un gran retrato al óleo de la familia colgado encima de la chimenea, el pintor había utilizado la misma fotografía del reportaje de internet. Los ojos de Bob se acostumbraron paulatinamente a la oscuridad, y lo que en un primer momento creyó que era una silla corriente que estaba al fondo de la estancia de espaldas a él resultó ser una pequeña silla de ruedas. Y había alguien sentado en ella. El sol iluminaba el cabello brillante y claro que caía por el respaldo. Bob dijo «¡Hola!», pero la persona de la silla de ruedas no se movió. Bob pensó que el cortacésped ahogaba su voz y golpeó el cristal con los nudillos; siguió sin haber reacción alguna, la persona permanecía inmóvil. Tal vez solo estuviera dormida. Tocó el pomo de la puerta de la terraza, la llave no estaba echada.

Bob empujó la puerta. El sonido penetrante e insistente del cortacésped se coló en la estancia, la figura de la silla de ruedas no se movió. Bob fue hacia ella. Tragó saliva. Recordó las palabras de Mike. «Mi trabajo es congelar recuerdos, conservarlos en una forma concreta. Pero hay algo dañino en ello».

En su cabeza resonaron violines histéricos al alargar la mano con cuidado y ponerla sobre el hombro de la persona de la silla. La figura giró despacio y entonces, como en la película, llegó el grito. La boca

de esa persona, una mujer, estaba abierta y de ahí procedía la voz. Tiró de los cables de los auriculares con tanta fuerza que el teléfono que tenía en el regazo cayó al suelo. Bob oyó el zumbido bajo de música clásica.

—¡Dios mío, qué susto me has dado! —exclamó la mujer—. ¿Quién eres?

45

RETRATO. OCTUBRE DE 2016

—Lo lamento —le dijo Bob a la mujer de la silla de ruedas—. Bob Oz. He llamado. —Señaló la puerta abierta de la terraza—. Soy un amigo de Mike. ¿Está en casa?

—Ah, sí —dijo sin resuello y se rio con la palma de la mano apoyada en el pecho—. Tengo que recuperarme un poco. Te has cruzado con Mike por muy poco. Se acaba de ir.

—¿Te ha dicho adónde iba?

—Al trabajo. Un cliente iba a recoger un labrador en el que ha estado trabajando.

Bob asintió mientras la observaba. Tendría cincuenta y tantos, y, al igual que Mike, vestía de un modo conservador, casi anticuado.

—Creo haberte visto en una fotografía. ¿Eres…?

—Emily Lunde —dijo ella y le tendió la mano—. La hermana de Mike.

Él la cogió.

—Exacto. Tú también eres taxidermista, ¿verdad?

—Así es.

—¿Estás de visita?

Ella lo miró sorprendida.

—No, vivo aquí.

—Ah. ¿Y hace mucho?

—Ya son unos cuantos años. Desde que… —Hizo un gesto con la mano en dirección al óleo de la chimenea.

—Ah, sí —dijo Bob—. La tragedia.

—Sí. ¿Quieres un café o un té? —Sonrió. Parecía que le resultaba fácil, igual que reír—. Tardo dos minutos en prepararlo. —Rio cuando él miró el reloj—. Sí, te confieso que echo en falta tener compañía, es fácil aquí fuera. Puedes llamar a Mike.

—Lo haré después del té.

Ella asintió satisfecha y se acercó rodando a la encimera de la cocina mientras Bob se ponía frente al retrato.

—Esclerosis múltiple —gritó Emily mientras llenaba un hervidor de agua.

—¿Qué?

—Te estás preguntando por qué tanto la hija de Mike como yo vamos en silla de ruedas. Nuestra abuela también tenía esclerosis múltiple.

—Comprendo. ¿Es hereditario?

—En grado moderado. Nuestra familia ha tenido mala suerte.

Bob observó los rostros de la fotografía. No detectó ni rastro de duda en ninguno de ellos. Creían que el futuro era luminoso, que todos vivirían una vida larga y placentera.

—¿Así que eres tú la que estás en casa y preparas *kjøttkaker i brun saus*? —Lo dijo en un noruego deficiente y Emily volvió a reírse.

—Nuestra madre me enseñó, sí. ¿Por qué quieres ver a Mike?

Bob lo pensó.

—Solo iba a recoger una cosa que me había prometido prestarme.

—¿El qué?

—Un rifle.

—Ah. Pues creo que se lo ha llevado con él. ¿Quizá te ha entendido mal y cree que os vais a encontrar en la tienda?

—Puede ser —dijo Bob. No vio ni rastro de sospecha en su rostro despejado. Tal vez por eso sintió una punzada de mala conciencia.

—¿Dónde lo guardaba?

—¿El rifle? En su habitación.

—¿Te importa si echo un vistazo para ver si se ha acordado de coger los cartuchos?

—¿Los cartuchos?

—La vez anterior se le olvidaron.

—Sí, bueno, no sé. Yo nunca voy a su habitación, vivo aquí abajo. —Señaló la puerta abierta del recibidor de donde partía una escalera —. Segunda puerta a la izquierda.

—Gracias.

Bob fue al recibidor y subió los escalones en cuatro o cinco zancadas.

Empujó la puerta para abrirla. La habitación era blanca, ordenada y limpia. La cama hecha, las cortinas abiertas. En la pared había colgado un televisor. Aunque contenía varias pertenencias —un teléfono móvil sobre la cómoda, una percha con un pantalón vaquero agujereado y una sudadera con capucha colgada de la puerta del armario—, había algo en la estancia que le produjo a Bob la sensación de que estaba abandonada, como si el que viviera allí no fuera a volver. Exactamente igual que el apartamento donde había vivido Tomas Gomez.

Un piso en el que parecía que el que se había marchado sabía que otros vendrían en busca de respuestas.

En la cama, encima de la almohada, había una máscara para la cara con agujeros para los ojos y la boca. Era una capucha que cubriría toda la cabeza y con la cabellera completa. Sobre la colcha había un par de delgados guantes marrones. Estaban donde se encontrarían las manos si hubiera alguien tumbado en la cama.

Bob levantó la máscara y la extendió. Sintió un escalofrío al reconocer la cara con la cicatriz en la mejilla. En la parte de atrás habían cortado la piel desde el final de la nuca hasta la coronilla, con un hilo que pasaba por unos agujeros de la piel que hacían que fuera fácil de poner y quitar.

Acarició los guantes de piel humana con las puntas de los dedos y los pasó por la estrella de cinco puntas tatuada. Pensó en las huellas dactilares de Tomas Gomez, que habían aparecido en los escenarios de los crímenes. En el pomo de la puerta del baño. Sí, casi todo encajaba. Mike Lunde no había huido por los tubos de ventilación del centro comercial, se había limitado a quitarse la sudadera, la máscara y los guantes de Gomez. Probablemente los había metido en una bolsa que llevaba por dentro de la ropa. Había desmontado el rifle para que también cupiera en la bolsa de viaje. Si lo tenía ensayado, no le habría llevado más de un par de minutos. Después habría arrancado el extractor y tirado la jeringuilla de la insulina de Gomez al pasadizo. Podía haber salido del baño como cualquier otro, paseando como cualquier hombre blanco que había ido de compras y había pasado por delante de Kay y del equipo SWAT. Un truco que podría repetir una y otra vez y librarse. La mirada de Bob recayó sobre una bolsa de papel que estaba junto al armario. Era de una

conocida juguetería, reconoció el logo, un niño con un sombrero de seta. Tenían una sucursal junto a los cuartos de baño del Track Plaza. Miró dentro. Sacó el papel de regalo arrugado. Cayeron un par de gafas de sol, de mismo tipo de las que Gomez llevaba en las grabaciones de las cámaras de seguridad.

Bob observó el teléfono móvil. Estaba apagado. Seguro que un técnico de la policía podría establecer que la grabación del ficticio Tomas Gomez que llamaba a Mike Lunde en realidad era del propio Mike Lunde que se llamaba a sí mismo desde la cabina. Que alternaba entre hablar por el móvil y respirar en el auricular de la cabina. Por eso la respiración parecía apagarse y encenderse.

Bob entró al baño. También estaba limpio y ordenado. Abrió la puerta del armarito sobre el lavabo. Los productos de aseo habituales. Varias cajas de lentes de contacto marrones de distintas marcas. Claro, debía llevar el color de ojos adecuado.

En la balda de abajo había un blíster de unas pastillas que le resultaron familiares. Eran de color rosa. Bob lo cogió y leyó los largos e incomprensibles nombres de los antidepresivos. Las indicaciones para su dosificación con fecha y firma del médico. El blíster debería de estar vacío y, al contar el número comprimidos que restaban, concluyó que Mike Lunde había dejado de tomarlas, casualmente más o menos a la vez que él

Salió al descansillo, bajó por la escalera y se asomó a la puerta del salón.

—¿Has encontrado los cartuchos? —preguntó Emily mientras llenaba dos tazas de té.

—No. Se los ha llevado. ¿Te dijo algo sobre adónde iría hoy, además de al trabajo?

—No. ¿Adónde iba a ir?

—Eso, ¿adónde? —Bob observó la humeante taza de té, que empujó hacia él por el mostrador de la cocina—. ¿Te dijo algo de lo que iba a hacer hoy?

—Solo que iba a mostrar su obra maestra. La ha estado esperando.

Bob tragó.

—¿Sabes qué, Emily? Veo que Mike se ha dejado el teléfono en su habitación y necesito dar con él, así que vamos a tener que dejar este té para otro día.

Ella lo miró sonriendo y con gesto sorprendido.

—Por supuesto, Bob. Cuando quieras.

Bob corrió hacia el coche con el cortacésped sonando en la oreja y el pulso acelerado como un reloj desbocado.

46

APARICIÓN. OCTUBRE DE 2016

Brenton Walker observó la espalda de Kevin Patterson, que esperaba junto a la abertura de la lona, listo para subir al escenario, al griterío entusiasmado, al sol. Habían dado aviso de que lo presentarían por megafonía en cuanto acabara el número musical. Patterson subía y bajaba los hombros y hacía girar el cuello como un boxeador antes de saltar al ring, se abrochaba y desabrochaba un botón de la chaqueta del traje una y otra vez. A Walker la inquietud ya no lo hacía temblar, tal vez porque ya no había marcha atrás, era demasiado tarde para hacer algo con las cuestiones que pudiera haber pasado por alto. Brenton lo había aprendido de su padre: aceptar aquello que escapa a nuestro control. Un consejo que su padre nunca siguió, y que significó su fin en la política local.

La banda del estrado repitió el estribillo y la gente lo cantó con ellos.

—Diez segundos —dijo un hombre con auriculares que estaba junto a Patterson—. Mucha mierda, alcalde.

Sonó el walkie-talkie de Springer, que estaba junto a Walker. Se oyó una voz oxidada:

—Foxtrot. Veo un hombre, blanco, unos cincuenta años, 1,80 m de altura, en una de las tribunas VIP.

Walker vio que Springer se ponía pálido, levantó el transmisor y habló en voz baja.

—¿Lo ves por la mira telescópica, Foxtrot?

—No, se ha ido hacia el fondo del palco, hacia la oscuridad.

—¡Escuchad! —gritó Springer a los presentes—. Hay una persona arriba en uno de los palcos. ¿Alguno de vosotros puede responder a cómo ha podido suceder o de quién se trata?

Se quedaron en silencio, solo se oía la banda y el canto del público. El hombre de los auriculares hablaba por el micrófono en voz baja.

—¿Norma? Mira a ver si puedes lograr que la banda toque un tema más, hazme el favor. Tenemos que… resolver un asunto por aquí.

47

LUZ ROJA. OCTUBRE DE 2016

Bob condujo por la autopista todo lo deprisa que se atrevió, y el Volvo pudo, en dirección al centro.

Manejaba el volante con una mano y sujetaba el móvil con la otra. Ojalá tuviera una pistola. Sí, ojalá llevara la sirena azul. Deseaba tener una mente más aguda que hubiera interpretado los indicios antes. Oyó que corría cuando respondió a su llamada.

—¿Qué ocurre, Kay?

—Voy hacia el coche. He hecho unas comprobaciones y parece que la casa del bosque es propiedad de un colectivo de artistas que practican algo que llaman taxidermia dura. Acabo de hablar con una de ellas y me dice que, desde que tienen nuevas naves en la ciudad, casi no usan Cedar Creek. Le pregunté por esa cámara frigorífica y me explicó que algunos de los artistas la utilizan. Entre otros, la tal Emily Lunde, propietaria del cubículo que contenía el cadáver.

—¿Emily Lunde?

—Vive en Chanhassen. Voy a mandar un coche patrulla ahora mismo.

—No lo hagas. Aún no. No creo que esté involucrada.

—¿Eh?

—Es la hermana del hombre que buscamos. Se llama Mike Lunde. La hermana usa silla de ruedas, hará años que no se mueve por un bosque sin camino transitable. Mike Lunde ha empleado ese espacio.

—¿Quién es Mike Lunde?

—Un taxidermista. Que se ha enmascarado para hacerse pasar por Tomas Gomez.

Bob esperó a que ella lo asimilara, dejó que su mente hiciera las conexiones entre el cadáver desollado y el Tomas Gomez de las cámaras de vigilancia.

—Dios mío —susurró Kay como si no se atreviera a decirlo en voz alta—. Quieres decir que…

—Sí. Ha utilizado el rostro y las manos de Tomas Gomez.

—Pero… ¿dónde está?

—Ha salido de su casa, su hermana dice que ha ido a trabajar. Me temo que se ha dejado el móvil allí, no podemos localizarlo con él. Y se ha llevado el rifle.

—¡Dios mío! Está en el estadio.

—¿Qué?

—Está en el U.S. Bank Stadium. Gomez, o ese tipo, fue captado por las cámaras ayer mientras inspeccionaba el lugar. Está planeando dispararle a alguien allí.

—¿A alguien?

—El objetivo más evidente es el alcalde Patterson. Está a punto de dar un discurso ante sesenta mil espectadores y con retransmisión televisiva en directo.

Ahora le tocaba a Bob sacar conclusiones.

—Es Patterson —dijo en voz baja—. La obra maestra.

—¿Qué?

—Le dijo a su hermana que hoy iba a dejar al descubierto su obra maestra. Creí que se refería a un labrador en el que había estado trabajando.

—¿Qué?

—Mike Lunde va a coronar su labor con su obra maestra. Y para eso necesita público, claro.

Bob oyó que el sonido ambiente que rodeaba a Kay cambiaba y comprendió que se había metido en el coche.

—Dame su descripción. Debo llamar a Walker y ponerles sobre aviso, buscan al hombre equivocado.

Bob le hizo a Kay una rápida descripción de Mike Lunde y le dio los pocos datos personales que tenía. Ella lo repitió todo, él confirmó que era correcto y colgaron.

El tráfico era fluido el sábado por la mañana y Bob llegó enseguida al centro. Paró ante un semáforo en rojo. Dudó. Si iba hacia la izquierda, llegaría a la tienda; si iba a la derecha, al estadio. Kay no le había preguntado por qué no le había hablado antes de Mike Lunde. Tal vez porque no tenía tiempo. O porque prefería no saberlo. Fuera cual fuese el camino elegido, tendría que dar muchas explicaciones. Ahora mismo le importaba una mierda, ahora solo importaba elegir bien, empezar a cortar el árbol desde el lado adecuado, y que las astillas fueran a parar donde quisieran.

El semáforo se puso en ámbar.

48

UNA CERVEZA AL AIRE LIBRE. OCTUBRE DE 2016

Los hombres de O'Rourke se habían situado delante de la puerta del palco VIP. El cristal traslúcido lucía el logo de uno de los espónsores de los Vikings. Dos hombres estaban preparados con el ariete y granadas aturdidoras, tras ellos otros tres apuntaban a la puerta con sus armas y la luz de los cañones encendida.

—Kilo y Lima, listos —susurró en el walkie-talkie.

O'Rourke respiró despacio mientras esperaba la respuesta, un «adelante». Sintió el latido de su pulso, la tensión positiva, que estaba en el lado bueno del nerviosismo y que le proporcionaba una extraña seguridad porque sabía que sus sentidos se encontraban alerta. Estaban preparados para cualquier cosa, aunque nunca sabían qué les podía estar esperando. Era eso lo que amaba de su trabajo, la combinación del placer de tener el control y la excitación del riesgo era como follar y que lo follaran a la vez.

La voz de Springer volvió a sonar en el transmisor.

—Alfa. ¿Tenéis que utilizar granadas aturdidoras?

—Sí —dijo O'Rourke.

—Tememos que puedan desencadenar el pánico en el estadio.

—Pídele a la banda que toque más alto.

—Nada toca a más volumen que una granada, y el destello de luz se verá por todo el estadio. Sesenta mil personas asustadas, sí, seguro que comprendes que…

O'Rourke comprendía. Al prescindir de las granadas aturdidoras, perdían una ventaja táctica e incrementaban las probabilidades de sufrir pérdidas. Por otra parte, todo lo que los SWAT hacían era arriesgado y, si solo habían visto a un hombre allí dentro, era un riesgo aceptable. Era una decisión fácil.

—Entraremos sin granadas —respondió O'Rourke.

Brenton Walker estaba de pie en un rincón y observaba a Springer, que hablaba en voz baja por un radiotransmisor mientras que una mujer del servicio de seguridad de la alcaldía le explicaba a Patterson la situación. Sonó el teléfono de Walker y vio que era Myers. Rechazó la llamada y, unos segundos después, el teléfono tembló ligeramente, como si tuviera un escalofrío. Leyó el SMS.

«Gomez es hombre blanco, cincuenta y ocho, nombre real Mike Lunde».

Walker llamó y Myers respondió antes de que hubiera tenido tiempo de llevarse el teléfono a la oreja.

—He encontrado el cadáver de Gomez —dijo—. Lo han desollado y Mike Lunde ha utilizado su rostro a modo de máscara.

Walker, a quien le gustaba pensar que era un hombre que conservaba la calma en casos de emergencia, se oyó responder con un agudo e involuntario «¿Qué?».

—Lunde es taxidermista. Ha salido de casa con un rifle, eso es lo que sabemos. Voy camino del estadio. La JTTF tiene gente de guardia que puede buscar una fotografía de Lunde y mandárosla.

—Bien, la JTTF está aquí.

—OK. El nombre es Mike Lunde, su dirección Erie Avenue, 1722, Chanhassen.

Colgó a la vez que oía a Springer decir en voz alta y clara por su walkie-talkie:

—Adelante, Kilo.

O'Rourke entró pegado a los que abrían paso. Al doblar la esquina vio que ya apuntaban con sus armas automáticas al hombre solitario que estaba junto a la mesa. Sus ojos estaban desorbitados, ennegrecidos por el terror, la boca abierta, y levantó las manos al aire a toda prisa sin que se lo pidieran. Tenía delante una botella abierta con el asa característica de una cerveza local, la Utepils. En el armario acristalado que estaba a su espalda había varias más. O'Rourke no supo si fue la botella de cerveza o la expresión del hombre lo que lo llevó a concluir que no era ni un tirador de élite ni un terrorista, pero debían seguir las normas, así que hizo un gesto con la cabeza a los agentes que estaban tras la silla del sospechoso. Lo levantaron, lo tumbaron boca abajo en el suelo y lo esposaron. O'Rourke se puso en cuclillas ante él.

—¿Dónde están los demás? Responde ahora mismo o te vuelo la cabeza y luego diré que nos atacaste. —Pronunció la habitual amenaza sin fundamento ni convicción.

—¿Qué? —gimió—. Estoy solo. Soy el de mantenimiento. Pagaré esa cerveza, ¡lo prometo!

Walker, junto a Springer, escuchaba a O'Rourke por el radiotransmisor. La banda había dejado de tocar allí fuera y el público había empezado a pitar mientras un Patterson manifiestamente impaciente paseaba de un lado a otro frente a la salida.

—Owen Ruud —dijo O'Rourke—. Va identificado como personal de mantenimiento del estadio. No es latino, más bien un cabeza cuadrada. Dice que hoy tenía el día libre, solo había venido a ver la inauguración y tomarse una cerveza.

—¡Owen Ruud figura en la lista! —gritó uno de los hombres de la JTTF del fondo de la estancia que tenía un ordenador abierto sobre la mesa—. ¿Podría alguien hacerle una foto y mandármela para asegurarnos?

—¡Estamos listos de nuevo! —dijo Springer en voz alta—. Alcalde Patterson, puede salir cuando quiera.

—Un momento —gritó Walker—. Acabo de recibir un aviso de un colega. Parece ser que Gomez es un hombre blanco y…

—¡Alcalde! —interrumpió Springer—. Si el de mantenimiento es el hombre que buscamos ya nos hemos ocupado de él, no lo dejaremos ir. Puede salir con toda tranquilidad. ¡Adelante!

—No podemos estar seguros de que sea el mismo hombre —gritó Walker, muy consciente de que todas las miradas se habían posado sobre él, incluida la de Patterson.

—Damos las gracias a la sección de Homicidios —dijo Springer—. Nosotros somos los responsables y lo tenemos bajo control. Alcalde, los sesenta mil espectadores que lo esperan ahí fuera han sido registrados, independientemente de su etnia, religión u orientación sexual. La decisión es suya, por supuesto.

Los abucheos se habían intensificado.

—Decid por megafonía que el alcalde se ha retrasado por un atasco —dijo Walker—. Así tendremos tiempo de hacernos una idea de la identidad del sospechoso y comprobar si hemos captado su rostro en alguna de las cámaras de seguridad.

—La gente me ha visto llegar —dijo Patterson y se asomó por la lona—. Escúchalos, tengo que salir. Y también está la televisión retransmitiendo en directo.

—Alcalde, señor… —empezó Walker.

—¡Escúchame! —Patterson se dio la vuelta y miró de frente a Walker—. Si se sabe que estuve aquí y no quise salir a pesar de que los especialistas en terrorismo dijeron que no había problema, y se llega a saber que el que me daba miedo era el de mantenimiento… Dicho de otro modo, ¿tú querrías un alcalde así? —Se volvió hacia el hombre de los cascos—. Haz que me anuncien.

Este habló en voz baja por el micrófono mientras Patterson volvía a darle la espalda y de nuevo hacía girar el cuello de un lado a otro. Walker se dijo a sí mismo que no había tropezado, que había hecho lo que debía, había dicho lo necesario y que el alcalde había tomado su propia decisión. Pronto se iría a casa a comer con su familia.

Una voz grave restalló por los altavoces ahí fuera, acompañada por un redoble de tambores que pronto pasaría a ser un himno:

—Y ahora, damas y caballeros, directamente desde el ayuntamiento…

Bueno, para que Walker lo tuviera todo atado y bien atado faltaba un detalle.

—Nuestro sospechoso no trabaja en mantenimiento —dijo Walker hablando a la espalda del alcalde—. Se llama Mike Lunde y es taxidermista.

—Aquí está el alcalde de nuestra ciudad, el alcalde de todos nosotros y amigo de la segunda enmienda de nuestra Constitución —anunció la voz.

Walker vio que el pliegue de piel que apretaba el cuello de la camisa del alcalde daba un tirón. Puede que hubiera reaccionado ante la palabra «amigo». Tal vez se tratara de otra cosa. El hombre de los cascos había apartado la lona a un lado y miraron hacia el estadio. En efecto, el redoble había dado paso a un himno que ahogó todos los pitidos o la ausencia de aplausos.

—¿Algún problema, señor? —quiso saber el de los cascos.

Patterson se giró, no hacia quien preguntaba, sino hacia Walker.

—¿Cómo has dicho que se llamaba?

49

LA OBRA MAESTRA. OCTUBRE DE 2016

—Es precioso. —Jill Patterson le dio unas palmaditas al perro—. Verdaderamente precioso.

—Gracias —respondió Mike Lunde.

Los dos niños, Siri y Simon, se habían sentado en la tienda formando un círculo alrededor de Quentin. Jill no paraba de acariciarlo, le parecía que el pelaje dorado del labrador disecado brillaba. En el exterior de la tienda, al otro lado de la calle, estaba su Chevy con su guardaespaldas habitual, Hector Herrer. Desde donde estaba sentada pudo ver que el otro guardaespaldas, el que habían sumado desde la JTTF, se había situado en el exterior del vehículo y miraba calle arriba y abajo. El de la JTTF quiso acompañarlos al interior de la tienda, pero Jill le había explicado que Mike siempre prefería que estuvieran solos en la tienda cuando veían a Quentin. El vigilante de la JTTF dijo que no había problema, pero que esperaba que no tardaran demasiado.

Jill no le había respondido, puede que fuera la última vez que pasaban un rato con el simpático taxidermista con el que toda la familia se había encariñado. Mike había estado en su casa, en Dellwood, y había escuchado sus relatos y los de Kevin y los niños sobre Quentin. El bonito labrador retriever había sido lo más

precioso que los niños tenían hasta que un día salió corriendo a la calle y lo atropelló el Lexus del vecino. Los niños pidieron que fuera enterrado en la propiedad, hasta hubo un sacerdote durante la ceremonia.

Su pena era tan enorme que, al cabo de una semana, Jill le dijo a Kevin que tenían que hacer algo, porque los niños lloraban ante la tumba todas las tardes. Kevin empezó por decir que tal vez la tumba fuera un lugar donde los niños podían dar rienda suelta a todas sus frustraciones, que no se trataba solo de Quentin, y tal vez fuera bueno. Jill afirmó que era un duelo, que los niños no debían pasar por eso, que ya tendrían tiempo de hacerlo más adelante. Habló con una amiga que a su vez tenía otra amiga que había hecho que disecaran el conejo de la familia, y era como si hubiera resucitado. Fue ella quien le recomendó Town Taxidermy a Jill.

Ni Jill ni los niños habían estado presentes cuando abrieron la tumba, claro. Al cabo de dos semanas enterrado, la piel seguía más o menos intacta y Mike dijo que podría arreglar los daños que había sufrido. Habían acordado utilizar todo lo que pudieran de Quentin, no solo los dientes, sino también el cráneo. De esa manera le parecía que podría decirles a los niños que no era una imitación de Quentin, sino que era Quentin. Mike midió el cadáver para el maniquí que fabricaría, y estudió fotografías y vídeos de la familia en los que aparecía Quentin. Para captar el carácter y la personalidad del perro, eso dijo.

Siri, la hija de catorce años, estaba sentada junto a su madre y ella también daba palmaditas y acariciaba a Quentin. El resultado era como Jill había esperado, este era Quentin de verdad. Mike no solo había captado su personalidad, sino también su manera de

moverse, y había inmortalizado al querido perro en uno de esos movimientos. ¡Y la mirada! Como la de Quentin, exactamente igual. Sí, era pura magia. Simon, el pequeño de ocho años, se levantó y corrió a ver el zorro, le tocó los dientes y siguió hacia el lobo, al que tiró de la cola. Jill esperaba que no rompiera nada, era un poco inquieto. Mike pareció tomárselo con calma. Simon volvió corriendo y abrazó a Quentin por el cuello.

—¡Cuidado, Simon! —rogó su hermana mayor.

Simon lo soltó obediente, ella era la única a la que siempre hacía caso.

—Pero no se mueve —se quejó Simon y se colocó delante del perro gritando—: ¡Quentin! ¡Despierta! —Inquieto, golpeó al perro en el morro—. ¡Quentin!

Jill se rio con una risa que a ella misma le sonó forzada:

—Simon, cielo, no hagas eso. Ahora Quentin es un perro… tranquilo.

—¡Yo no quiero un perro tranquilo! ¡Señor! —Simon se colocó ante la silla de Mike—. ¡Quiero un Quentin vivo!

Mike ladeó la cabeza.

—¿Sabes una cosa, Simon?, es imposible recuperar a alguien que ha muerto, por mucho que lo quieras. Es que la muerte…

Jill vio que Simon estaba perdiendo la paciencia e iba a salir corriendo, hasta que Mike pronunció esa palabra con fuerza, «la muerte». El niño se quedó muy quieto, mirando fijamente a Mike.

—La muerte, comprendes —dijo el taxidermista—, es una puerta con un cerrojo deslizante. —Simon parpadeó—. Y el dolor —prosiguió Mike—, el dolor de perder al ser o los seres queridos, puede volver loco a cualquiera.

Jill se sorprendió con la elección de vocabulario de Mike, porque, al fin y al cabo, hablaba con un niño. Por otra parte, se le daban bien, puede que así lograra comunicarse. Pero no, ahí había perdido la atención de Simon, que volvía a correr por la tienda.

—¡No toques eso! —gritó cuando Simon se acercó al rifle que estaba apoyado en la pared detrás de Mike.

Lo había visto al entrar y, si hubiera sido en otro lugar, seguramente hubiera dicho algo, pero aquí, entre tanto animal disecado, resultaba natural, como otra de las muchas herramientas que Mike tenía. Con algo debían haber disparado al gran ciervo y al oso, pensó. Ahora, cuando Simon parecía haberse quedado paralizado observándolo, el arma le produjo una sensación incómoda. Vio que sus manitas infantiles se abrían y cerraban, vio que ansiaban tocar ese objeto tan peligroso y atractivo. ¿Qué tenían las armas para resultar irresistibles para los niños pequeños? Era como el anillo de esa película que a los chicos les encantaba*, El señor de los anillos*. Jill agarró a Simon y lo atrajo a su regazo. Él fingió resistirse, pero sabía bien que le gustaba que ella lo mimara. En especial si su hermana estaba mirando.

—Ahora vamos a darle las gracias a Mike por haber dejado a Quentin tan bonito —dijo Jill.

—Gracias, Mike —dijeron los dos hermanos casi a coro.

Mike se limitó a seguir sentado, sonriendo. Casi parecía apenado. A lo mejor no quería separarse de Quentin. Sí, casi sintió pena por él. Jill se inclinó y le dijo en voz baja y consoladora:

—Has de saber que esto aplacará mucho el dolor de nuestra familia. Estoy deseando que mi marido vea a Quentin.

Mike asintió.

—Espero poder compensarle por todo lo que ha hecho por las familias de Mineápolis, señora Patterson.

Ella sonrió.

—Gracias, es verdad, Kevin ha hecho mucho bien como alcalde.

—Como oponerse a todos aquellos que han intentado limitar nuestro derecho de nacimiento a llevar armas —dijo Mike.

—Sí, eso es muy cierto —dijo Jill. Notó que se le congelaba la sonrisa en los labios.

—Este rifle militar de precisión, por ejemplo. —Mike agarró el arma—. Lo he comprado de manera ilegal, pero no hubiera resultado difícil hacerlo legalmente. ¿No resulta tranquilizador saber que somos un pueblo tan bien armado que todos, absolutamente todos, podemos protegernos los unos de los otros? —Sonrió con ganas.

Jill Patterson tragó saliva.

—Claro. Sería injusto que solo pudieran hacerlo unos pocos.

La mirada de Mike se había tornado más intensa y hablaba cada vez más deprisa y más alto. Vio que Siri también lo notaba y dejaba de acariciar al perro.

—Podemos defender a nuestra familia —afirmó Mike—. Porque lo peor no es morir uno mismo, sino tener que seguir viviendo después de hayan asesinado a aquellos a quienes amamos. ¿No es cierto? —Señaló a Quentin con un movimiento de cabeza a la vez que tiraba de algo en el rifle que emitió un sonido metálico, aceitoso, y ella supuso que lo había cargado—. Puesto que su esposo contribuye a hacerlo posible, quiero hacer por él exactamente lo mismo que los políticos como él han hecho por familias como la mía.

Jill notó que Siri le cogía la mano. Simon ya no pataleaba en su regazo. Tenía la boca seca, y su voz sonó afónica y desconocida

cuando dijo:

—¿Qué sucede, Mike?

—Lo que han hecho por mí —dijo Mike Lunde y bajó la vista hacia el rifle— ha sido seguir entregando armas a los que me arrebataron lo que más quería. —Se llevó el arma a la mejilla—. Así que ahora ha llegado mi turno.

50

HECTOR. OCTUBRE DE 2016

Hector Herrer vio que Gerard, el agente que había enviado la JTTF la noche anterior, recibía un mensaje por los auriculares. Hector había propuesto que lo conectaran al mismo canal, pero Gerard le había explicado que eso no era acorde con «el protocolo de la JTTF». También vio que debía tratarse de un mensaje importante, porque Gerard, que hasta ese momento se había apoyado en el capó del coche mientras miraba a su alrededor, saltaba de golpe y echaba mano al arma que tenía bajo la axila. Hector bajó la ventanilla del copiloto.

—¿Qué sucede?

Gerard se llevó un dedo al auricular y levantó la mano que sujetaba la pistola, una Glock, para dar a entender que aún estaba a la escucha. Hector vio que Gerard miraba hacia la tienda, Town Taxidermy. Hector sacó su pistola y la cargó.

—Recibido —dijo Gerard y se quitó el dedo de la oreja. Sin apartar la vista de la tienda dijo—: Mensaje del estadio. El dueño de la tienda, Mike Lunde, es peligroso y posiblemente esté armado.

—¿Qué quiere decir eso? —Hector hizo la pregunta no porque no lo entendiera, sino porque quería que se lo confirmaran.

—Quiere decir que creen que el dueño de la tienda es el autor de los atentados. ¿Es Mike Lunde el que está ahí dentro con ellos?

—Sí —dijo Hector, que sabía que ese no era el momento de repartir culpas, pero ya había asumido la parte que le correspondía. Eran otros quienes habían aprobado el control de seguridad de Mike Lunde y le habían dado acceso al domicilio de los Patterson, pero fue él, Hector, quien le había explicado a Gerard que era seguro permitir que Jill y los niños entraran solos en la tienda. Podría excusarse con que seguían el deseo expreso de Jill, claro. Excusarse con que tenía un control igual o incluso mejor desde la calle. Excusarse con que había hablado con Lunde y le había parecido un tipo encantador. Hector había incumplido el principio de estar siempre, en todo momento, lo más cerca posible de la familia Patterson, y eso era imperdonable. Hector ya se había bajado del coche y oyó a Gerard correr tras él.

—Vamos a la tienda —dijo Gerard por el micrófono.

En ese mismo instante se escuchó la voz del jefe de guardia de Hector en su oreja.

—¿Te han avisado, Hector?

—Sí, estamos en movimiento.

Hector solo conocía a Gerard desde hacía unas horas, pero comprendió por la manera en que se movía y se situaba que había tenido una formación similar a la suya. Por eso no necesitaron hablar, se separaron automáticamente al cruzar la calle para no ser vistos desde la tienda. Después fueron hacia el escaparate cada uno desde un lado. Hector echó un vistazo rápido al interior, pero había muchos animales expuestos delante y el local era demasiado grande para ver bien. Gerard y él se deslizaron agachados por delante del

escaparate y se colocaron con la espalda pegada a la pared a ambos lados de la puerta. Del pomo colgaba un cartel de CERRADO escrito a mano. La «O» tenía dibujados unos ojos, una nariz y una boca sonriente. Hector se había fijado en que, al abrir Mike Lunde la puerta a Jill y los niños, habían ido hacia el fondo de la tienda mientras la puerta se cerraba tras ellos; salvo que fuera una cerradura automática, entonces estaría abierta.

Gerard apuntó a Hector, se llevó la mano a la cabeza y se señaló. Era la señal táctica de «tú me cubres». Hector negó decidido con la cabeza y respondió con el mismo gesto. Gerard dudó un instante y luego asintió.

Hector puso la mano izquierda sobre el pomo, lo giró y empujó con cuidado.

No estaba cerrada.

Hector señaló con la pistola encima de la puerta y luego se cubrió los labios con el cañón. Gerard asintió para indicar que comprendía, estaba claro que recordaba la campanilla que había sonado cuando Mike Lunde les abrió a Jill y a los niños.

Hector inspiró dos veces seguidas.

Entonces volvió a ocurrirle lo que a veces le pasaba en situaciones como esa. En su interior visualizó la silueta de la cabeza de su padre a contraluz y oyó su voz grave, que lo tranquilizaba y lo animaba a la vez: «Te veo».

Hector abrió más la puerta, con cuidado para que la campana no sonara y lo justo para que pudieran colarse en el interior. Hay varias razones para que los guardaespaldas lleven gafas de sol, y estar elegantes no es una de ellas. Evitan que la luz del sol empequeñezca tanto las pupilas que el agente se quede medio cegado al entrar en

un lugar oscuro. Hector se quitó las gafas con un movimiento rápido y las tiró antes de agarrar la pistola con las dos manos.

Tuvo tiempo de ver a la familia sentada en corro alrededor de Quentin. Jill, con el rostro vuelto hacia él, con cinta aislante de color plata sobre la boca y las manos atrás. Tuvo tiempo de ver la espalda de Siri y de Simon en sendas sillas, y que tenían las manos sujetas a los barrotes del respaldo. Tuvo tiempo de ver a Mike Lunde sentado junto a Jill. Y tuvo tiempo de ver el cañón del rifle con el que Mike Lunde le apuntaba.

Hector incluso tuvo tiempo de ver la llamarada que salía de él.

Después fue como si lo hubieran atropellado, sintió que caía hacia atrás, por la puerta, que se golpeaba con algo, que caía por la acera, que no podía moverse, que la luz se esfumaba. Sintió que alguien lo agarraba por el chaleco que llevaba bajo la chaqueta y lo arrastraba por el asfalto mientras la voz del hombre de la JTTF, cuyo nombre ya no recordaba, hablaba sobre él en voz muy alta y falto de resuello:

—Noviembre. Herrer ha recibido un disparo del sospechoso, repito, Herrer ha recibido un disparo. Lo arrastro a un lugar seguro, mucha sangre, parece crítico. El sospechoso está en la tienda con tres rehenes. Necesito ambulancia y refuerzos ya. ¡Ahora!

Hector pensó que debía quitarse las gafas de sol, estaba demasiado oscuro. Sus ojos buscaron el sol en el cielo. Buscó el rostro, quiso escuchar la voz que debía decir «Te veo». Pero no estaba allí, Hector ni veía ni oía.

51

MENSAJE. OCTUBRE DE 2016

Jill Patterson notó que unos cálidos lagrimones se le deslizaban por las mejillas, luego perdía la sensación cuando pasaban por encima de la cinta aislante y se enfriaban antes de volver a encontrar piel y seguir bajándole por la barbilla. Deseaba cerrar los ojos, dejar fuera tanta locura, pero se obligó a mantenerlos abiertos, se obligó a mirar a Simon y a Siri, que la observaban por encima de sus boquitas pegadas con cinta de embalar como si ella, su madre, fuera la única que pudiera salvarlos en este mundo. ¿Acaso no había sido siempre así?

A su lado sonó la voz tranquila de Mike Lunde, como si fuese sonámbulo.

—Lamento que tuviera que ver cómo pegaba un tiro a ese hombre, señora Patterson, habría preferido que las cosas fueran de otro modo. Como predica su esposo, los ciudadanos tienen derecho a defender su casa y sus propiedades de intrusos y, de hecho, en la puerta hay colgado un cartel de CERRADO. —Como si se asomara un momento a la superficie para tomar aire, Jill cerró los ojos unos instantes—. Siri y Simon… —empezó Mike Lunde, y Jill abrió de inmediato mucho los ojos, buscó las miradas de sus hijos como si estuvieran condenados con solo mirarlo. Pero los había perdido,

habían vuelto la vista hacia el taxidermista—. No tengáis miedo —prosiguió él—. Esto pronto pasará. Lo prometo, por estas.

Jill parpadeó para contener las lágrimas mientras vio que Mike Lunde se pasaba lentamente el dedo índice dos veces por la garganta.

Bob estaba a solo dos manzanas, pero tuvo que detenerse en un semáforo en rojo. Maldijo, sabía que era un cruce que tardaba en ponerse en verde. Un coche pintado con rayas de cebra se deslizó a su lado mientras escuchaba sirenas. Bajó la ventanilla. Eran sirenas de varias patrullas y parecía que se aproximaban. Bob encendió la radio y encontró las noticias locales.

«… en la inauguración del congreso de la NRA en el U.S. Bank Stadium. No tenemos información sobre el motivo por el que el alcalde Patterson canceló su discurso, sin embargo hemos podido confirmar que llegó al estadio a la hora prevista. En este momento me están diciendo que el alcalde y su equipo están abandonando el estadio con escolta policial y sirenas. Por lo tanto, no sabemos si al alcalde le ha sucedido algo, solo sabemos que…».

El teléfono de Bob vibró. Lo sacó y vio que era Kay quien llamaba.

—Hola. ¿Qué cojones está pasando?

—Mike Lunde —replicó Kay—.Tiene a la mujer y los hijos del alcalde retenidos en la tienda. Ha disparado a uno de los guardaespaldas. Voy hacia allí en este momento.

Bob observó el semáforo en rojo, miró a derecha e izquierda, por donde se aproximaba un camión, cruzó los dedos para que el Volvo tuviera un buen día y, antes de pisar el acelerador a fondo, vio por

unos instantes que lo observaban con insistencia por la ventanilla del coche con rayas de cebra.

Bob giró por la calle de Town Taxidermy al mismo tiempo que salía de allí una ambulancia con las sirenas a tope. La manzana siguiente estaba bloqueada por coches que pitaban, pero no había tráfico en sentido contrario. Bob se asomó por la ventanilla y distinguió dos coches patrulla a cien yardas, delante de la tienda. Estaban en medio de la calle con las luces azules girando. Bob subió el Volvo a la acera, se bajó de un salto, corrió entre la gente que se agolpaba ante la tienda, se agachó y pasó por debajo de una cinta policial que acotaba el lugar. Cuatro agentes y un hombre que vestía un traje negro estaban a cubierto tras los vehículos, dos de ellos apuntaban con sus rifles de asalto hacia la entrada de la tienda, los otros dos lo hacían con sus armas reglamentarias.

—¡Aléjate! —berreó uno de los agentes, un hombre robusto y congestionado, mientras movía los brazos en dirección a Bob.

—¡MPD, Homicidios! —gritó Bob y se agachó tras el coche policial. Levantó su tarjeta de identificación caducada hacia el de la cara colorada y el tipo del traje que apestaba a FBI—. Detective Bob Oz. ¿Qué ocurre?

—Está ahí dentro con los rehenes —dijo el agente—. No hay movimiento…

—¿Qué hace aquí, detective? —interrumpió el tipo del FBI.

—Conozco a Mike Lunde. ¿Y usted es?

—Gerard Zimmer, JTTF.

Bob señaló con un movimiento de cabeza el SUV con las dos puertas delanteras abiertas.

—¿Dónde está su colega, Zimmer?

—Camino del hospital. O del depósito de cadáveres, no lo sabría decir. El disparo le dio por encima del chaleco.

—OK. ¿Qué hacemos ahora?

—Estamos esperando a los SWAT. Vienen del estadio y llegarán dentro de… —Zimmer consultó su reloj— cuatro minutos.

—Cuatro minutos —repitió Bob, se incorporó y empezó a desabrocharse el abrigo de cachemir.

—¿Qué está haciendo? —gritó el agente—. ¡Agáchese! ¡Zimmer dice que el tipo tiene una M24 ahí dentro!

—Lo sé. Y sé que cuatro minutos son muchos y que los SWAT no son garantía de nada. —Dobló el abrigo y lo dejó sobre el capó del coche.

—¿Qué va a hacer? —inquirió Zimmer.

—Voy a hablar con Mike.

—Nuestras órdenes…

—Sus órdenes no son las mías.

—¿Y quién le ha dado las suyas? —Zimmer se había puesto de pie y estaba delante de Bob.

—Dispáreme si esas son sus órdenes, Zimmer.

Bob rodeó a Zimmer y cruzó la calle sin abrigo. Su camisa estaba mojada de sudor, helado por el lado de la sombra y cálido donde daba el sol. Alguien le gritó, pero ya era tarde, tenía que apostar a que no le dispararían.

Se acercó a la puerta y gritó:

—¡Mike! Soy Bob y voy a entrar.

Bob esperó a que respondiera; como no fue así, empujó la puerta.

La campanilla bailó a su paso. Había cuatro personas sentadas en círculo alrededor de algo. Un perro. El labrador retriever para el que

Mike Lunde por fin había conseguido los ojos adecuados. Mike le apuntaba con un rifle, pero, curiosamente, Bob no sintió temor alguno.

—Bob —dijo Mike—. Llegas un poco antes de la hora. Dijimos a la una y media.

—Lo siento. ¿Puedo acercarme?

—¿Vas armado?

—No desde que Frankie murió.

Mike bajó el rifle. Bob dio dos pasos hasta el oso pardo que estaba de pie sobre las patas traseras, agarró el banco que había delante de él, lo puso en el círculo y se sentó.

—Ha quedado bien —dijo y señaló el perro con un movimiento de cabeza.

—Gracias.

Bob deslizó la vista por el círculo. Se encontró con las miradas asustadas y suplicantes de los dos niños y la mujer. A ella la reconoció, era la que había pasado por la tienda a hablar de ojos con Mike. Bob les hizo un gesto con la cabeza, intentó transmitir seguridad, que aquello iba a salir bien, que no iban a morir. Dudó que hubiera tenido éxito. Volvió a fijarse en Mike.

—¿Cómo estás?

—¿Tú qué crees?

Bob se encogió de hombros.

—Como yo. Enfadado. Agresivo. Es así como nos volvemos cuando no tomamos los antidepresivos. Pero tú lo disimulas mejor que yo.

—Puede ser.

Bob entrelazó las manos.

—¿Qué quieres, Mike?

—Bueno, ahora que has logrado llegar hasta aquí, supongo que adivinarás eso también.

Bob asintió.

—Vengar a tu familia, terminar la obra maestra de la que tanto has hablado y que yo creía que era el perro. Pero estaban esos asesinatos coreografiados y ese fantasma misterioso que desaparecía todo el tiempo, Tomas Gomez. En realidad, me habías dicho todo lo necesario para dejarte al descubierto, pero no fui capaz. ¿Querías que te detuviera?

—No. Tal vez quería que me comprendieras. Al menos después. Al fin y al cabo, esa es la aspiración de todo artista, ¿no? —Esbozó una sonrisa.

—No es difícil entender el afán de venganza, Mike.

—Es más que eso, es un mensaje.

Bob vio que algo se movía en el pecho de la camisa blanca de Mike Lunde. Un punto rojo. Los SWAT habían llegado.

—Si hay un mensaje, no hace falta que mates a gente inocente.

—Gomez, Dante y Karlstad no eran inocentes, Bob. Tampoco el Lechero ni Die Man. Y a Hector espero haberle disparado solo en el hombro.

—No conozco a ningún Lechero ni a Die Man, pero pienso en quienes están aquí dentro.

—¿Aquí? —Durante unos segundos, Mike pareció no comprender sus palabras, después se echó a reír. Miró a la señora Patterson y a los niños como si creyera que iban a unirse a él—. No creerías que iba a matar a mujeres y niños que no tenían nada que ver con esto. Te lo acabo de explicar. Solo están aquí para demostrarles que podrían matarlos. Que podría hacerlo un ciudadano deprimido, libre,

con acceso a armas, la segunda enmienda de la Constitución y el Distrito de Columbia contra Heller.

Bob se echó deprisa a un lado, interfiriendo con la trayectoria de disparo del SWAT. El punto rojo desapareció del pecho de Lunde.

—Ahora que ya has aclarado eso, ¿no deberíamos dejarlos marchar?

Mike se encogió de hombros.

—Ha pasado mucho tiempo. Treinta años, minuto más o menos.

—Los niños están muy asustados, Mike. Estas cosas dejan huella. Y yo seré un buen rehén.

Mike miró en silencio a Bob. Luego se agachó y sacó algo de debajo de la silla. Era el bisturí con el que Bob le había visto realizar su labor.

—Suéltalos tú.

Bob cogió el instrumento, se levantó con cuidado de tapar lo máximo posible la trayectoria de tiro entre el escaparate y Mike Lunde mientras cortaba las tiras que sujetaban las manos y los pies de la señora Patterson y los niños. Le hizo una señal a la madre para que se quitara la cinta de embalar de la boca pero o no lo entendió o, por alguna razón, no quería hacerlo. Bob señaló la calle con un movimiento de cabeza, y ella agarró a sus hijos de la mano y se apresuró hacia la puerta.

—No os olvidéis de Quentin —dijo Mike.

Los niños se soltaron de inmediato de la mano de su madre y volvieron corriendo, agarraron al perro entre los dos, lo levantaron y lo llevaron hacia su madre, que sostenía la puerta abierta. Miró a Bob con ojos que interpretó como agradecidos y luego siguió a sus hijos. La campanilla repicó alegre al cerrarse la puerta tras ellos.

—¿De cuánto tiempo disponemos? —preguntó Mike. Se había colocado el rifle entre las rodillas con la culata apoyada en el suelo y las manos alrededor del cañón que apuntaba al techo.

—¿Antes de que asalten? Puede que un cuarto de hora.

—De sobra. ¿Pongo café?

—Creo que será mejor que permanezcas inmóvil, los tiradores están listos, solo esperan a verte un instante.

—Vale.

La sonrisa de Mike era triste, resignada. No solo eso, había algo más. «Esperanza», pensó Bob. Como en una despedida que uno sabe definitiva y, a la vez, pensando que algo nuevo y desconocido lo espera. Bob sentía algo parecido.

—¿Vas a contarme qué ha pasado? ¿Llevabas mucho tiempo planificándolo?

Mike Lunde negó despacio con la cabeza.

—Tomas Gomez se presentó un día, sin más. Igual que tú. Con prudencia. Dijo que su gato había muerto y que la señora White me había recomendado. Habían pasado treinta años desde la última vez que lo vi, estaba cambiado. Pero, ya sabes, se ve en la mirada. Nunca he olvidado esos ojos. Los ojos del que mató a mi niña en el aparcamiento, que se inclinó sobre mí y que también quiso matarme. Tuvimos tiempo para observarnos hasta que oímos que se acercaba la patrulla policial y él se largó. A pesar de eso, Gomez no me reconoció cuando entró en la tienda.

—Lo llamaban Lobo, era una máquina de matar, tú solo eras uno entre la multitud. ¿Lo mataste inmediatamente?

—No, mantuve varias conversaciones con él. Fui a su casa a comer.

—¿Y luego?

—Luego lo llevé a un estudio en Cedar Creek donde había disecado a su gato. Quedó satisfecho. Le serví un café. Con Rohypnol. Cuando despertó estaba atado a una silla.

—Lo sé, lo hemos encontrado. ¿Por qué no lo mataste inmediatamente?

—¿Tú qué crees?

—Creo que querías realizar tus fantasías, las que has estado incubando durante treinta años. Lo torturaste.

—Sí.

—¿Respondió a tus expectativas?

—No.

—¿No?

—Me puse malo y tuve que vomitar.

—¿A pesar de que llevas toda la vida sajando la piel de animales?

—Nunca había infligido dolor a un ser vivo. Lo peor fue que Tomas se arrepentía. Cuando hablamos en la tienda, jamás me contó de manera clara qué había hecho, solo que había provocado daños irreparables, que no merecía vivir. Había dejado atrás la vida en las bandas, cogía trabajos sueltos, pero aún tenía pesadillas todas las noches. Desde ese punto de vista puede que seguir viviendo hubiera sido un castigo mayor. Él solo, perseguido por sus recuerdos. La tortura al menos sirvió para obtener el nombre y la dirección de la persona a la que había comprado el uzi, Marco Dante. Supe dónde podía encontrar a su jefe, Die Man. Supe que el detective en el que había confiado cobraba por desviar las sospechas de la banda de Tomas y Die Man. Y me proporcionó su rostro. Y la piel de sus manos. Cuando murió, cogí su ropa y las llaves de su apartamento.

—Y el resto del cuerpo lo congelaste en seco.

—En cierto modo, sí.

—Entonces ¿Tomas Gomez le compró a Dante el uzi con el que mató a tu hija?

—Sí.

—Y después de pegarle un tiro a Dante, te aseguraste de dejar huellas y testigos suficientes que te vieron disfrazado de Gomez hasta que tuviste la seguridad de que lo buscarían.

—Sí.

Bob consultó su reloj.

—Háblame de Cody Karlstad.

52

KENTUCKY FRIED. OCTUBRE DE 2016

—¿Ese no es el tipo que viene a veces por aquí? —dijo el cliente y señaló con la jarra de cerveza el pequeño televisor mudo en la pared, detrás de Liza. Esa era una de las cosas que quería cambiar si se hacía cargo del negocio. Pondría dos grandes pantallas de televisión en lugar de una pequeña. Pero solo las encendería cuando hubiera acontecimientos que pudieran reunir a la gente: finales de liga, elecciones presidenciales, cosas así.

Se giró.

Era la KSTP-TV y sobre la imagen pasaba el rótulo ÚLTIMA HORA.

Una reportera hablaba a cámara. Tras ella había coches de policía y un gran vehículo verde de aspecto militar, con las letras SWAT en blanco en el lateral. Liza descubrió la foto fija del rostro en la esquina superior derecha. Su nombre estaba escrito debajo: BOB OZ, MPD. Liza agarró el mando a distancia con mano temblorosa y subió el volumen.

«… entró y convenció al secuestrador de que se quedara con él a cambio de dejar ir a Jill Patterson y los dos niños. Bob Oz sigue allí dentro, con el secuestrador, que, según nos informan, es el propietario del negocio, Mike Lunde, viudo de cincuenta y ocho años».

«¿Shirley?».

«¿Sí, Rick?».

«Entonces ¿puedes confirmar que ese policía es el mismo Bob Oz con el que tuviste un breve encuentro en el Track Plaza hace un par de días?».

«Así es, Rick. Pero desempeñando un papel muy diferente. Antes de que Jill Patterson y sus hijos se marcharan del lugar junto con el alcalde, ella tuvo tiempo de afirmar que siempre estará agradecida al detective Oz por su valor, y que va a rezar por él, para que sobreviva».

«Sobrevivir». Liza se tapó la boca con las manos. Inhaló profundamente. Dentro. Fuera. Dentro. Fuera. Respirar. Entonces hizo algo que no recordaba haber hecho en mucho tiempo. Rezó. «Dios, deja que viva. No hace falta que vuelva a verlo si eso es lo que quieres a cambio, pero querido querido Dios, no lo dejes morir».

Kay Myers corrió agachada entre los coches patrulla frente a la tienda de taxidermia y no se incorporó hasta situarse tras el vehículo de los SWAT, el de más altura, donde se encontraba Walker. Un par de pasos más allá, Springer y O'Rourke parecían discutir acaloradamente.

—¿Qué ocurre? —preguntó Kay sin resuello.

—Springer quiere que los SWAT neutralicen a Lunde —dijo Walker —. O'Rourke dice que eso pondría en peligro a Oz.

Kay se volvió hacia los otros dos.

—¡No! —gritó.

Dejaron de discutir y la miraron.

—No, no van a intentar acabar con Lunde.

—Gracias, pero no necesitamos que te metas en esto, Myers —resopló Springer. Al menos esta vez se acordó de la «s» de su apellido.

—Cállese y escúcheme —dijo Kay—. Oz y Lunde se conocen.

—Kay, no… —empezó Walker, pero era demasiado tarde para que se detuviera, ambos lo sabían.

—Lunde no va a matar a Oz. Usted, Springer, pedazo de idiota, sí que podría hacerlo.

Springer negó con la cabeza mientras soltaba una risa.

—Por la información que acaban de proporcionarme, el detective Oz es un policía suspendido, bebedor e inestable, que ha desobedecido órdenes y se ha puesto en esta situación él solo. Ha puesto en peligro la vida de tres civiles inocentes, no es ningún héroe, solo tiene muchas ganas de parecerlo. Lo que es comprensible, dado lo desesperado de su situación vital. Lo que dices de que él y Lunde son amigos podría explicar por qué sabotea la labor de los tiradores SWAT de manera intencionada interponiéndose en su línea de tiro.

Kay vio que la saliva salía disparada de su boca y en parte caía sobre la pechera de raya diplomática de Springer al contestar.

—¿No le entra en esa espesa mollera suya que Bob Oz está en condiciones de conseguir que Mike Lunde se rinda?

Springer se giró hacia Walker.

—Comisario, vamos mal de tiempo, ¿podría hablarle a este Fury?

Kay esperaba que Walker posara una manaza sobre su hombro. No fue así y, al darse la vuelta, vio que Walker miraba a Springer de frente.

—¿Por qué? Yo diría que tiene razón.

Springer miró a O'Rourke como si buscara su apoyo.

—No sé quién le puso a Bob Oz el apodo de Kentucky Fried —dijo O'Rourke—. Solo sé que Bob Oz acaba de entrar ahí desarmado y ha liberado a tres rehenes. Y no pienso arriesgar la vida de un hombre así. No, si las únicas vidas en peligro son las de los dos que están ahí dentro.

—Deje que se lo explique —dijo Springer y suspiró hondamente, como si estuviera tratando con un niño torpe—. He hablado con la dirección y dicen que Lunde es el hombre que ha asesinado a un buen ciudadano, Cody Karlstad, ha intentado liquidar a uno de los guardaespaldas de Patterson y probablemente traumatizado a su familia. Como todos los terroristas, la fantasía erótica de Lunde es poder cometer estos crímenes y sobrevivir al arresto para después tener acceso a todos los micrófonos de este país y poder difundir su enfermizo mensaje político. Eso no es algo que nosotros deseemos. ¿Comprendido?

Kay no estaba segura de haberlo entendido bien. ¿No querían que Lunde sobreviviera? ¿Quiénes eran «nosotros» y «la dirección»? Tenía la sensación de que, si lo preguntaba, Springer no respondería. Por otra parte, también podría ser que Springer se lo estuviera inventando porque él prefería un cadáver a un terrorista con ganas de hablar que podría contar cómo había engañado a Springer. Lunde había proporcionado al MPD y la JTTF todas las pistas necesarias y, a pesar de eso, el equipo antiterrorista de Springer había sido incapaz de impedir que secuestrara a la familia del alcalde.

Kay miró de reojo a Walker. Parecía algo menos horrorizado que ella. ¿Sabía algo que ella ignoraba, algo relacionado con haber tenido un puesto de mando en el ayuntamiento y haber hecho lo necesario para seguir ascendiendo? ¿Algo sobre cómo no tropezar? ¿O solo estaba estresada y veía fantasmas en pleno día?

—Denle a Bob cinco minutos —amenazó—. Si no, iré allí… —Kay señaló con la cabeza el autobús de la KSTP-TV que estaba calle abajo— y repetiré todo lo que acaba de decir, Springer.

Kay no miraba a Springer, sino a Walker. Había ladeado la cabeza y la observaba sonriente. No le daba ánimos, no estaba contento, pero sí orgulloso. Y con pena. Como se sonríe a alguien que ha hecho lo que debía, tal vez lo que él mismo hubiera deseado tener principios para hacer en el pasado. Como se sonríe a alguien a quien le gustaría ayudar a volver a levantarse, pero, cuando llega el invierno y el hielo cubre un lugar como este, cada uno tiene que sostenerse de pie por sus propios medios.

53

TROFEO DE CAZA. OCTUBRE DE 2016

—Hace un par de años preparé un trofeo de caza para Karlstad —dijo Mike y se llevó las manos a la nuca. «Como alguien que ha terminado su labor», pensó Bob—. Un ciervo que quería colgar sobre la chimenea. Yo no sabía que era uno de los jefazos locales de la NRA. Fui a su casa de las afueras para ver la chimenea. Esposa y tres hijos. Cody Karlstad tenía todo lo que a mí me faltaba. Opinaba que lo que necesitábamos para reducir la tasa de criminalidad eran más armas, no menos. Que las armas seguían siendo el principal símbolo de nuestra libertad, que debíamos, como otros países, tener una metralleta en la bandera.

—¿Lo odiaste?

—No. De hecho, me cayó bastante bien, parecía alguien cariñoso.

—¿A pesar de eso le pegaste un tiro?

—Ya he dicho que esto es algo más que una venganza.

—El mensaje.

—¿Sí?

—¿Cuál es?

—Que el arma que fabricas tarde o temprano se volverá contra ti.

—¿Y ese mensaje se transmite a través de los muertos?

—Eso es lo que hacen los taxidermistas.

—¿De veras crees que ese mensaje se escuchará?

Mike se encogió de hombros.

—Hoy en día, el estruendo es tan enorme que hay que gritar en voz alta. Por eso espero que se comprenda que haya recurrido a métodos tan radicales. Pero los participantes al menos han muerto por una buena causa. Piénsalo, incluso el detective corrupto acabó siendo parte de una instalación artística.

—¿Ah, sí?

—Parece que un artista lo ha expuesto en Arb Park, aunque sin cabeza.

Bob observó a Mike, sin saber si hablaba en metáforas o lo decía en sentido literal.

—¿Qué pasó con la cabeza?

—Ah, es que quería limpiarla de todo lo que había visto y oído. Y hecho. Dejarla inmaculada. —El inocente azul de los ojos de Mike se cruzó con la mirada de Bob.

Bob tragó saliva.

—Entonces ¿ahora la cabeza está…?

Mike señaló el taller.

—Los escarabajos se han puesto a trabajar.

Bob tomó aire. Quiso preguntar por el nombre del detective, pero cambió de opinión.

—El arma. ¿A quién apunta ahora?

—A mí mismo.

Bob vio que, en efecto, el cañón apuntaba a la barbilla de Mike Lunde.

—Dime una cosa, Mike. ¿Yo he llegado a formar parte de tu plan?

—Del plan no. Se te daba bien escuchar.

—Podría haberte detenido, haberlo estropeado todo. Me contaste todo lo que necesitaba saber. Si hubiera investigado tan solo un poco…

—Enseguida supe que me querías para ti solo, para poder atrapar a Tomas Gomez por tu cuenta. En tu afán de cazador estabas tan cegado que conté con que no sospecharías de mí hasta que fuera tarde. Además… —Lunde puso el pulgar sobre el gatillo—, todos necesitamos alguien con quien confesarnos.

—¿Por qué?

—Porque todos estamos solos.

Bob tenía la mirada clavada en el pulgar de Mike Lunde.

—Me contaste que Tomas Gomez te dijo que le hubiera gustado presentarte a la persona que una vez fue, que te habría caído bien. Hablabas de ti y de mí, ¿verdad?

—Tal vez. Como te dije, esa persona murió junto a su familia. Por eso no me resultó raro ir disfrazado de un muerto. Los dos éramos fantasmas. ¿Lo entiendes?

—Sí, creo que sí.

Mike Lunde cerró los ojos.

—¿Bob?

—¿Sí?

—¿Eres mi amigo?

—Creo que sí.

—¿Podrías ayudarme en este último tramo? Es muy difícil.

—Yo…

—Solo tienes que poner tu pulgar encima del mío, ayudarme a presionar.

—No hace falta que hagas esto, Mike. Hay maneras de encontrar ayuda. Tratamientos contra la depresión, no solo pastillas.

—Por favor, Bob.

—No puedo, Mike. No he tocado ni llevado un arma desde que…, que…

—Desde la muerte de tu hija. Lo sé. Hazlo por ella, Mike. Dale sentido a mi muerte. Como una protesta contra tanto sinsentido.

Bob miró a Mike a los ojos. El hombre de más edad sonreía con calidez. En su interior reinaban el silencio y la calma. En el exterior también reinaba el silencio, demasiado silencio. Bob no podía oírlos, pero sentía los pasos apresurados, las órdenes susurradas. Llegarían dentro de unos segundos.

—Si me rindo ahora, todo habrá sido en vano, no será una verdadera obra de arte. Estos son los ojos, Bob. Hay que lograr los ojos.

—Pero…

—Tú se lo puedes contar. Explicar la obra. Porque tú también perdiste a quien más querías. Tú puedes empezar una nueva vida, para ti no es demasiado tarde.

Bob sabía exactamente lo que pasaría. Una ventana rota, una granada aturdidora que paralizaba todos los sentidos, luego los disparos de una metralleta antes de que Mike tuviera tiempo de apuntarles con el arma.

Bob Oz cerró los ojos. Después susurró su nombre, el de la niña de sus ojos. Frankie.

Kay Myers había sacado un espejito. Lo asomó por un lado del vehículo de los SWAT para ver a los cuatro hombres vestidos de negro y blindados a ambos lados de Town Taxidermy. Y oyó a O'Rourke casi susurrar en el walkie-talkie a su lado:

—Listos en cinco, cuatro…

Sonó un solo estallido.

Se dio cuenta de que no era uno de los SWAT que hubiera empezado antes de tiempo, sino que procedía del interior de la tienda. Bob. Sintió que todo, la luz, el sonido y el tiempo se detenían.

—¡Entrad ya! —gritó O'Rourke.

Antes de que sus hombres tuvieran tiempo de reaccionar, se abrió la puerta.

Bob Oz miraba al sol con los ojos entrecerrados. Iba en mangas de camisa y sostenía algo que parecía un carnet sobre su cabeza. Kay se metió el espejo en el bolsillo y salió de detrás del vehículo. Oyó el zumbido de varias cámaras que se disparaban calle abajo. Los medios habían acudido en masa y estaban al otro lado de las cintas. Bob salió por la puerta y los hombres de negro pasaron por su lado.

Kay fue hacia Bob. Pensó que tenía aspecto de estar muy cansado, y muy solo. Sin pensarlo, lo abrazó.

Con la barbilla apoyada en su hombro vio salir a uno de los hombres de negro y hacer una señal con la mano. La mano derecha se pasaba los dedos por la garganta. Mike Lunde estaba muerto. Lo raro fue que no le hizo el gesto a su jefe, O'Rourke, sino a Springer.

—¿Les puedes contar lo que necesiten saber? —susurró Bob.

—¿Yo? —dijo Kay—. ¿Qué vas a hacer tú?

—A ver si otro día puedo responderte a eso.

Bob Oz se liberó con cuidado de su abrazo y cruzó la calle hacia donde esperaba Walker.

Kay se acercó a la puerta de la tienda, la empujó y entró. Los SWAT estarían comprobando las otras dependencias, porque el cadáver estaba abandonado en la silla. El tiro había entrado por la barbilla. Faltaba la tapa de los sesos, como la de un huevo duro a la hora del desayuno. El rostro estaba intacto. Y lo reconoció. Lunde no se había escapado del Rialto. Era el hombre con el que había hablado en la sala, el que dijo haber comprado un vestido invisible para el cumpleaños de su hija. Parecía buena persona, y sonó sincero. Tal vez fuera verdad, tal vez había comprado algo para su hija muerta. Pero en la bolsa de la juguetería también había metido su propio disfraz de hombre invisible: el rostro, las manos y la ropa de Gomez. En ese momento, Kay cayó en la cuenta de que por supuesto tampoco había huido de Track Plaza por los conductos de la ventilación arriesgándose a romperse las piernas. Que más adelante, cuando vieran las grabaciones de las cámaras de seguridad del aseo, verían al hombre que tenía sentado delante salir tranquilamente y pasar frente a ellos.

Volvió a mirar a Mike Lunde. Se parecía a alguien, ¿no? Tal vez no, no se parecía, pero compartía algo. Con Bob Oz. Ahora lo veía. Hasta muerto, el taxidermista daba la impresión de estar solo.

54

HÉROE. OCTUBRE DE 2016

Bob cruzó la calle desde Town Taxidermy hacia el vehículo de los SWAT donde estaba Walker, con las piernas bien abiertas, seguro y sin hacer gesto alguno. Pero Bob interpretó la calidez de su voz como un reconocimiento.

—Buen trabajo, Oz.

Bob puso su identificación en la mano de Walker y siguió andando, pasó por delante del coche patrulla, donde recogió su abrigo de cachemir de color amarillo mostaza, se agachó para pasar por debajo de las cintas policiales y se deslizó entre los espectadores. Por suerte, ninguno pareció darse cuenta de que acababa de tener a uno de los principales actores en lo que había sucedido. Entonces se oyó una voz clara e imperativa.

—¡Bob Oz!

Levantó la vista y reconoció el rostro de la reportera de televisión del bar deportivo. Tras ella, el mismo tipo de la otra vez sostenía una cámara al hombro. Una luz roja estaba encendida sobre la lente y Bob supuso que eso significaba que estaban en directo. Caminaban hacia atrás ante él y redujo la velocidad, pero no se detuvo.

—¿Puede contarnos cómo ha vivido esta tragedia? —La reportera hizo la pregunta gesticulando exageradamente, con una sonrisa

almibarada pintada de rojo, y luego sostuvo el micrófono ante su cara.

—Sí, puedo —dijo Bob y ella sonrió aún más—. Pero no a ti. —Miró de frente a la cámara—. Mejor sintonizad la WCCO, queridos espectadores, así no solo obtendréis mi historia, sino mejor información. Y mejor información meteorológica.

Bob vio el gesto asombrado de la reportera y siguió camino de su Volvo.

Un joven con un bolso al hombro apareció a su lado.

—Aquí el *Star Tribune*. ¡Menuda respuesta! —Se echó a reír y parecía que lo decía en serio—. ¿Está seguro de que no prefiere hablar con un periódico de verdad en lugar de la WCCO?

—Era broma —dijo Bob—. No quiero hablar con nadie. ¿Vale?

—Por supuesto —dijo el joven, pero siguió avanzando junto a él—. Ahora mismo solo quiere estar en paz. Cuando esto se haya calmado, tal vez podríamos hablar. Esta es mi tarjeta. —Bob se detuvo ante el Volvo, sacó la multa de debajo de la escobilla, aceptó la tarjeta para que el tipo lo dejara en paz y se metió ambas cosas en el bolsillo del abrigo—. Nosotros le daremos espacio —dijo el joven.

—¿Para qué lo quiero?

El chico se encogió de hombros.

—Para decir lo que opine de esto. De Lunde. De su proyecto.

—¿Su proyecto?

—Si el soplo de que él era Gomez es cierto, esto parece un ataque político a la NRA y a la ley que defiende las armas. Desde hoy es usted un héroe, lo quiera o no, y la gente de este estado escuchará lo que tenga que decir en este momento. Hay elecciones

presidenciales y la investigación ha demostrado que la mayoría decide su voto en los dos días previos a las elecciones. No sé cuál es su postura política sobre las armas ni ninguna otra cosa, y no me importa. Piénselo, Oz. Ahora mismo se abre una ventana temporal en que tiene un poco de poder, de veras.

Bob abrió el Volvo.

—¿Crees que puedo cambiar algo?

—Tal vez contribuir a cambiar.

Bob miró por encima del techo del coche al joven, que se había situado al otro lado. Tenía las mejillas encendidas y parecía motivado e inteligente.

—Eres optimista —dijo Bob—. ¿Cómo te llamas?

—Bob.

—¿Tú también? —Se echó a reír—. ¿Cuántos años tienes?

—Veintidós.

—OK. Te envidio, Bob.

—¿Por tener veintidós años?

—Eso también.

El Bob de más edad arrancó el coche. Al alejarse, miró por el retrovisor y vio que el chico lo seguía con la mirada. Un optimista inocente de veintidós años. ¿Hubo un tiempo en que él fue así? Bob esperaba que sí. Y esperaba que fuera el Bob del espejo quien usara su pequeño poder, no él. La ciudad, el mundo tenían más necesidad de optimistas inocentes que de realistas resignados.

55

CACHEMIR. OCTUBRE DE 2016

El domingo, el sol aún brillaba. Kay Myers obedeció las notas escritas a mano que indicaban el camino que debía seguir por el interior del Minnehaha Park. Invitaban a adultos y niños a algo que se llamaba «La liebre Hanna y el zorro Freddy».

Había venido directa del bar de los policías, el 1025 Bar, donde los que quisieron y pudieron se reunieron para rendir homenaje a Olav Hanson. Que no todos pudieran o quisieran pudo deberse a que era domingo, tal vez también a que el sábado por la noche el *Star Tribune* había publicado una historia sobre la masacre de la familia de Mike Lunde en el McDeath treinta años antes. En ella se hacía algo más que insinuar que Olav Hanson había protegido a los culpables. Walker pronunció unas palabras tan neutras que podían interpretarse como uno quisiera y un Joe Kjos ahogado por las lágrimas intentó leer algo que llevaba escrito en un papel, pero fue incapaz. Aunque Bob no asistió, fue de él, y no de Olav, de quien hablaron mientras bebían la obligatoria cerveza funeraria.

Walker le explicó a Kay en privado que, nada más producirse el drama de los rehenes el sábado, había levantado la suspensión de Bob. Sobre el papel había entrado en vigor el sábado por la mañana, así se libraban de explicar qué hacía un agente suspendido en todo

ese asunto. Además, el MPD necesitaba un héroe ahora, con todo lo que estaba pasando.

—Te lo cuento como ejemplo de consideraciones que tendrás que hacer cuando asumas el puesto —dijo Walker—. ¿Tienes estómago para eso, Myers?

Kay lo pensó y respondió que esa decisión en concreto no le hubiera supuesto problema alguno.

El camino serpenteaba por el parque próximo en dirección a las cascadas y pasó por delante de familias con niños. Parecían felices, y seguros. «Ese es nuestro trabajo —pensó—. Hacer que estas personas, estos habitantes de nuestra ciudad, estén seguras». Cayó en la cuenta de que había pensado en Mineápolis como «nuestra» ciudad. ¿Había sido la primera vez? Quizá sí. El lema del MPD: «Proteger con valor, servir con compasión». Se rio de sí misma, pero tal vez fuera el día para las palabras y los pensamientos altisonantes.

Había llegado a la terraza de losetas, delante de una piscina de escasa profundidad donde había muchas familias con niños pequeños. Estaba claro que era aquí, donde el zumbido de la catarata no era molesto, donde iba a suceder. Algunos niños se habían reunido frente a un sencillo carrito con un escenario teatral en miniatura.

—Has venido —dijo una voz junto a Kay.

Ella miró a un lado. Nunca le había visto sin mascarilla, pero reconoció la voz. Era negro, de piel mucho más clara que la suya, y más joven de lo que había creído.

—Kay —se presentó ella.

—Alex. ¿Querrás tomarte un café después?

Lo miró.

—Puede ser.

—Entonces vamos a empezar —sonrió él.

Desapareció tras el carrito. Una fanfarria escandalosa sonó por lo que parecía un radiocasete enorme con el altavoz reventado, el telón se hizo a un lado y una marioneta, con forma de liebre y corona de princesa, entró en escena. Los niños gritaron: «¡Mira, papá!, ¡hola!». O se limitaron a gritar, así, en general. Se hizo un silencio.

—¿Quizá creéis que solo soy una liebre? —dijo la liebre con la imitación medio lograda de Alex de una voz de niña. Los gritos de los niños fueron una mezcla de sí y de no—. Los que habéis contestado bien os equivocáis —dijo la voz de niña—. Y los que os habéis equivocado tenéis razón.

Kay cerró los ojos al sol. Estaban en octubre, pronto serían las elecciones, pero aún calentaba. Habría que disfrutar de los días buenos que les otorgaran.

El lunes el cielo seguía alto y despejado y el aire transparente. Con la puesta del sol llegaron deslizándose un par de nubes solitarias. Parecían estar a tanta altura que debían proceder del espacio, y el sol las teñía de azul y de verde jade. Bob estaba al otro lado del río, apoyado en el Volvo, con el teléfono en la oreja contemplando el perfil de Downtown. Desde allí, la masa de edificios parecía un glaciar dentado sobre el fondo de un incendio anaranjado. Había meditado mucho sobre Mike Lunde durante el fin de semana. Ahora, viendo la ciudad ante él como si de una obra de arte se tratara, pensó en algo menos importante. La manera en la que Mike había dicho: «Parece que un artista lo ha expuesto en Arb Park». ¿Se

había referido a sí mismo de ese modo, Mike Lunde era Anonymous? Bueno, esa era solo una de las muchas preguntas del caso para las que probablemente nunca obtendría respuesta. De cualquier manera, había llegado el momento de dejarlas atrás, mirar hacia delante, seguir avanzando: era el único camino.

Por fin respondieron a su llamada.

—Hola, Bob.

—Hola, Alice. Gracias por tus mensajes del fin de semana. Y perdona que las respuestas fueran tan breves, han sido unos días muy intensos, hemos intentado atar cabos sueltos del caso Lunde. No he hecho más que trabajar o dormir.

—Lo entiendo, ya sabía lo más importante, que estabas bien. Pero recuerda que tu cuerpo sabe que has estado en peligro de muerte, es brutal para la psique aunque no lo notes ahora mismo. Los síntomas del estrés postraumático se pueden presentar…

—… después, mucho después —prosiguió él—. Gracias, Alice, recuerdo que me lo dijiste. Y gracias por lo que dijiste de las pastillas, la verdad es que ayudan.

—Bien. —Oyó que ella sonreía.

—A propósito de saber lo más importante… —dijo él.

—Venimos del hospital, acabamos de volver.

—¿Y?

—Una niña. Dicen que parece que está sana y bien.

—Me alegro —dijo Bob—. Me alegro. Qué… —Tragó saliva—. Me hace muy feliz, Alice.

Se hizo un silencio.

—Gracias —dijo ella en voz baja y pudo oír por su voz que ella también lloraba.

—A ti —dijo—. Recuerdos a Stan.

Volvió a dejar el teléfono en el bolsillo del abrigo. Esperaba. Le gustaba esperar. Le gustaba ver la oscuridad ascender desde el suelo, desde el Mississippi, escalar por las fachadas a su alrededor, y las paredes de cristal allá dentro. Enseguida hizo más frío. Había leído que el cachemir proporciona ocho veces más calor que la lana de oveja. Por supuesto que era una afirmación poco precisa y tal vez ni siquiera fuera cierta, pero no dudaba a la hora de presentarlo como un hecho probado cuando alguien cuestionaba su elección de abrigo.

Las luces de los rascacielos se encendieron. Y el cartel de encima de la puerta del Bernie's. Al cabo de un cuarto de hora, Liza salió a la calle. Se detuvo como si estuviera sorprendida.

—¿Otra vez? —preguntó fingiendo desesperación—. Este es… ¿qué? ¿El tercer día seguido? ¿Es tu famosa táctica de asedio?

—No te lo tengas tan creído, solo pasaba por el vecindario por casualidad —dijo él—. Y necesitaba a alguien con quien compartir el gasto en gasolina.

—¿Ah, sí? —dijo ella mientras él le abría la puerta del copiloto.

—No me importaría que me pagaras con un poco de recena —dijo él cuando se hubo metido en el coche y lo arrancó.

—La recena es una cosa noruega, ¿no?

—Sí, ya te irás acostumbrando.

Ella se rio.

—¿Quién es aquí el creído? Me retracto, no eres un cordero con piel de lobo, al final resulta que eres un lobo con piel de cordero.

—Hablando de piel de cordero. ¿Te he contado que este abrigo da ocho veces más calor que uno de lana de oveja? ¿Que está hecho

con pelaje peinado de las barrigas de cabras que viven a veintiséis mil pies sobre el nivel del mar? ¿Que cada cabra produce solo cien gramos de lana al año, de manera que para hacer un abrigo hacen falta…?

—¿Mucho tiempo y esfuerzo? —Volvió a mirarlo con cara de desesperación.

Bob saboreó sus palabras. Asintió.

—Exacto, mucho tiempo y esfuerzo. Si quieres un abrigo de cachemir, tienes que quererlo.

—Comprendo. ¿Y si quieres y el abrigo es de tu talla?

—Entonces tendrás un abrigo para toda la vida, cariño.

—Madre mía, cuántas chorradas.

Condujeron en silencio. Se echaron a reír, primero ella, luego él. Se reían cada vez más alto y no pudieron parar en mucho mucho rato.

56

PARTIDA. SEPTIEMBRE DE 2022

Aquí termina la historia. Pongo punto final. No hay más. Porque las historias no son como la vida, que siempre tiene algo guardado.

Tampoco sé qué puede ofrecerle la vida a Kay Myers, solo que ahora, seis años después del caso de Mike Lunde, está al frente de la sección de Homicidios y convive con un colega más joven.

Tampoco sé qué le puede ofrecer la vida a Brenton Walker, cuyo nombre durante un tiempo sonó para el puesto de director de la Policía, pero que tuvo que reducir su nivel de actividad cuando le diagnosticaron un cáncer.

Hector Herrer trabaja para el gobernador de Minnesota y está totalmente recuperado.

Kevin Patterson acabó en Washington D. C., no como político, sino como un miembro bien pagado del lobby del sector agrícola. Perdió las elecciones al Senado, lo que varios comentaristas achacaron a que ya no tenía la calificación A entre los lobistas del NRA debido a su cambio de postura en el tema de las armas.

La vida, sin embargo, no tuvo más que ofrecer a Marco Dante. Le dieron el alta en el hospital una semana después de que el caso Mike Lunde llegara a su dramático final. Dos días más tarde se dirigió a su coche aparcado ante la barriada Jordan. Era mediodía y

no había nadie cerca cuando lo abrió. No percibió el levísimo tirón de la puerta al abrirla, ni vio los dos fragmentos de sedal de pesca enrollados al interior del tirador de la puerta. Ahora, de los dos extremos de los sedales colgaban dos anillas que Dante había soltado de un par de granadas de mano que estaban colocadas bajo sendos pedales, de manera que el pedal presionaba la espoleta. Dante se sentó y arrancó el coche. No fue hasta que presionó con el pie uno de los pedales y noto una resistencia, y luego vio esa resistencia salir rodando, cuando comprendió que algo iba mal. Miró entre sus piernas, al suelo, y vio una de sus propias granadas y la espoleta a un lado. Es probable que un hombre más esbelto que Dante hubiera tenido tiempo de salir del coche, pero para hacer una historia corta aún más breve: la vida ya no tenía más que ofrecerle.

Uno que creía que la vida no tenía mucho más que ofrecerle era Bob Oz. Cómo se puede estar tan equivocado. Empujo la puerta de Town Taxidermy y ahí está. Su cabello rojo, algo menos denso que en las fotografías de aquella época, los rasgos más marcados. Pero el abrigo de cachemir es el mismo, y por un instante pienso que el hombre que está sentado inmóvil en una silla —entre un oso levantado sobre las patas traseras y un lince en pleno salto—, se ha transformado en el personaje de Bob Oz de mi historia, disecado, detenido en el tiempo, capturado en un movimiento. Entonces, en el momento en que suena la campanilla de la puerta, levanta la mirada, los ojos cobran vida, y una sonrisa se extiende por su rostro.

—¡Holger! —exclama y se levanta.

Durante los dos últimos años, Bob y yo hemos intercambiado más de cien correos electrónicos y hemos pasado horas juntos en las pantallas de nuestros ordenadores. Le he ofrecido un porcentaje de

los posibles derechos por la venta del libro, pero los ha rechazado, dice que para él nuestras conversaciones han supuesto una terapia gratuita. Considero a Bob un amigo. Aunque sea la primera vez que nos vemos en persona, nos resulta natural darnos un beso en la mejilla.

Liza y él se han mudado juntos a una casita que, por ironías del destino, está en Chanhassen, apenas dos calles más allá de donde vive Emily. Ha dejado la policía y trabaja como responsable de seguridad en una empresa tecnológica. No solo porque le pagan el doble, sino porque Liza y él tuvieron un niño hace dos años, y quiere un horario estable. Además, a Liza le han ofrecido comprar barato un bar de Downtown que suspendió pagos. Sí, en estos tiempos, las cerveceras hasta le han ofrecido pagarle para que lo mantenga abierto. Bob admite que a veces echa de menos la policía, pero la decisión de dejarla es de las pocas de las que no se ha arrepentido.

Nos sentamos en sendas sillas y comentamos algunos asuntos familiares antes de que yo pregunte.

—¿Así que fue aquí donde Mike y tú os visteis por última vez?

—Exactamente aquí.

Nos quedamos en silencio. Miro hacia la calle mientras la escena transcurre en mi interior. Él señala y explica.

—Tendrías miedo —digo.

—En realidad no. Él estaba muy tranquilo. Y había tanto silencio. Como…, sí, como en una iglesia.

—Exacto.

—¿Has estado en el cementerio de Lakewood?

Asiento. Hace apenas dos horas me encontraba junto con la hermana de Mike, Emily, ante su tumba y la de su familia. Un punto

final en piedra. Bueno, el punto final de una vida con sentido ocurrió mucho antes para Mike.

—Me has contado que recuerdas a Mike como un chico alegre —afirma Bob—. Nunca llegué a ver ese aspecto de tu primo.

Asiento.

—Solíamos beber cerveza en Dinkytown. Íbamos él, yo y Monica, el amor de su vida. De vez en cuando, Monica se traía a una amiga, creo que tenían la esperanza de que nos enamoráramos. No he conocido a nadie con una fe tan firme en un amor profundo y duradero. No es que fuera una fe simplona, pero sí una convicción que iba en contra de las experiencias en ese campo de la mayoría de la gente.

—Sé lo que quieres decir —opinó Bob esbozando una sonrisa.

—¿Qué piensas tú del amor?

—Buena pregunta… Sí, qué creo. Creo… —se rascó detrás de la oreja— que, a veces, entre muchos amores modestos, surge uno grande. Pero no necesariamente te das cuenta, tienes que estar atento con todos los sentidos. Y, a veces, un amor pequeño puede hacerse enorme si lo cuidas y alimentas.

Me quedo mirándolo un rato.

—¿Esas son las frases que solías utilizar con las mujeres cuando eras One-Night Bob?

Bob se ríe muy alto.

—One-Night Bob era un mierda, pero tenía integridad y no pronunciaba nunca la palabra «amor». Solo el nuevo Bob se ha ganado ese derecho.

Se abre la puerta del taller y entra un joven con un delantal azul, se quita los guantes de látex y me saluda. Se llama Alan, se ha

hecho cargo del negocio y sé por nuestra correspondencia que terminó sus estudios de taxidermia en Iowa siendo uno de solo tres estudiantes. A pesar de eso es optimista sobre el futuro de la profesión, cree que los clientes volverán.

Hemos acordado que me enseñará cómo pudo fabricar Mike Lunde su máscara, y nos lleva al almacén donde una cabeza de ciervo está montada sobre un soporte. Alan me explica que no pudo ser muy distinto a desollar la piel de la cabeza de una persona. Tomo nota mientras me muestra cómo se empieza con un cuchillo afilado haciendo una sección en forma de Y en la parte trasera de la cabeza.

—Corta siempre desde el interior de la piel hacia fuera, para no cortar cabellos. Después…

Sostiene en el aire un destornillador plano corriente que me explica que se introduce bajo la piel para separarla del cráneo, fragmento a fragmento.

Veo por el gesto de Bob que está pensando en Mike.

Alan me comenta cómo secciona el conducto auditivo, dobla la piel sobre la cabeza, se mueve hacia la boca, donde corta en la transición entre las encías y la piel, y dobla de nuevo. Que mete los dedos en las cuencas de los ojos desde el exterior y el pulgar desde el interior mientras corta con cuidado con el cuchillo afilado para no estropear algo que pueda verse por fuera.

Bob se va, yo pido disculpas a Alan y voy tras él dejando allí mi cuaderno de notas.

Salimos a la calle.

—A veces desearía no haber dejado de fumar —dice Bob y golpea los pies contra el suelo. Hoy el aire está frío y acerado, como un

primer aviso del invierno de Minnesota que no he experimentado, del que solo he oído hablar.

—¿Qué opinas tú? —pregunto.

—Quisiera saber qué lleva al ser humano a querer matar cuando ese acto, infligir dolor a otro, ya no te va a devolver a tus seres queridos.

—¿Te lo preguntas porque no lo entiendes?

—No. Quiero saberlo porque yo también soy así. Cuando Frankie murió deseé que alguien la hubiera matado, porque al menos así tendría de quién vengarme.

—¿Crees que eso hubiera aplacado tu dolor?

—Sí, un poco. ¿Por qué estamos hechos así? ¿Por qué luchar por lo que ya se ha perdido?

—Bueno. Puede que se trate de la sabiduría de la evolución. Si nos limitamos a aceptar la pérdida y dejamos que las fuerzas del mal imperen, sucederá lo mismo una y otra vez. Por eso peleamos por un futuro en el que tal vez, y solo tal vez, tengamos una nueva oportunidad.

—Qué ingenuidad.

—Ingenuidad o esperanza. Es mejor que la apatía y la resignación silenciosas.

—¿Tu libro va a ser una apología de la venganza violenta?

Niego con la cabeza.

—Solo quiero contar la historia sobre qué transforma en un monstruo a una buena persona. Durante un muy breve lapso es probable que Mike fuera el asesino de masas más conocido de Estados Unidos. Después se produjo otra masacre escolar o alguien quiso vengarse de su lugar de trabajo, una noticia con más muertos

que esta, y Mike cayó en el olvido. Y, curiosamente, eso puede ayudar a que esta historia sea mejor, más universal.

—¿Qué quieres decir?

Al otro lado de la calle veo a una anciana que acaba de comprar en un carrito que me ha llamado la atención porque se llama Ambassador Hot Dog, las salchichas con las que soñaba de chaval cuando contaba las semanas y los meses que faltaban para el próximo viaje a Minnesota. La mujer ha comprado dos perritos calientes.

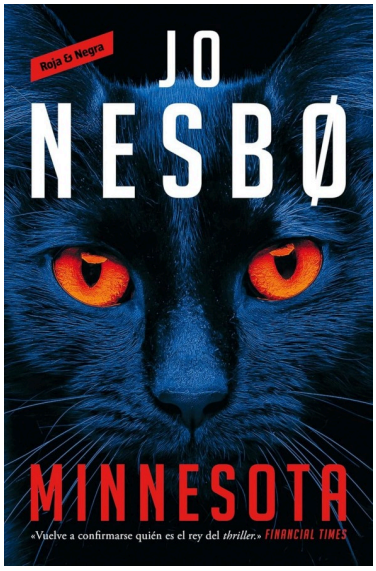
—Jack London era, como sabes, periodista y escritor. Escribió que la ficción es más verdadera que los hechos, que lo mejor que puedes hacer con los hechos es imitar a la ficción.

—¿Y eso es lo que piensas hacer?

Me encojo de hombros cuando la anciana se agacha junto a un hombre sin hogar que está sentado en la acera, apoyado en la pared. Le entrega uno de los perritos calientes, después se incorpora, intercambian unas palabras, ella se ríe y sigue su camino.

—Al menos pretendo intentarlo —digo—. Supongo que es lo único que tiene algún sentido.

Vuelve Jo Nesbø con una novela negra ambientada en el frío corazón de Estados Unidos.



Mineápolis, 2016. Un delincuente habitual, sospechoso de traficar con armas, es víctima de un tiroteo en plena calle. Todas las pistas conducen a Tomas Gomez, un hombre tranquilo de pasado misterioso (y relacionado con una importante banda) que parece haberse esfumado. Además, se van a cometer más asesinatos… Es como si Gomez no pudiera parar de matar. Mientras tanto, Bob Oz, un detective suspendido del servicio y con alguna que otra mancha en su historial, queda fascinado por el caso. Se obsesiona con la idea de dar caza a un asesino en serie al que solo él logra comprender y no se detendrá ante nada, desobedeciendo a sus superiores: busca

a un verdugo que quizá cargue con un pasado tan trágico como el suyo.

Mineápolis, 2022. Un hombre enigmático llega desde Europa. Le unen viejos lazos con el estado de Minnesota, un lugar de fuerte tradición migratoria noruega. Se presenta como un autor de true crime, y su visita se debe a que está documentándose sobre el caso Gomez, ya que quiere escribir un libro sobre él. Sin embargo a medida que la investigación avanza, su posición neutral inicial se irá complicando hasta límites insospechados.

La crítica ha dicho:

«Absolutamente magnífica. Queda claro por qué Nesbø consigue dominar la escena negra mundial».
Dagbladet

«En su análisis de la sociedad estadounidense, es superior a cualquier otra novela negra».
Stavanger Aftenblad

«Bob Oz es un personaje brillante, el antihéroe perfecto».
Adresseavisen

«Entretenimiento de primerísimo nivel [...], Nesbø nos ofrece una intriga en su mejor estilo».
NRK

«Con Bob Oz, Nesbø nos regala un personaje que parece el hijo predilecto de Philip Marlowe y Sam Spade».
Verdens Gang

«Una delicia de principio a fin, se devora en un suspiro».
Dagsaviden

Jo Nesbø nació en Oslo en 1960. Graduado en Economía, antes de dar el salto a la literatura fue futbolista, cantante, compositor y agente de bolsa. Desde que en 1997 publicó *El murciélago*, la primera novela de la serie protagonizada por el policía Harry Hole, ha sido aclamado como el mejor autor de novela policíaca de Noruega y como un referente de la última gran hornada de autores del género negro en todo el mundo. En la actualidad cuenta con más de sesenta millones de ejemplares vendidos internacionalmente. Sus novelas se han traducido a cincuenta idiomas y sus derechos se han vendido a los mejores productores de cine y televisión.

En Roja y Negra se ha publicado la serie Harry Hole al completo, compuesta por trece títulos hasta la fecha: *El murciélago*, *Cucarachas*, *Petirrojo*, *Némesis*, *La estrella del diablo*, *El redentor*, *El muñeco de nieve*, *El leopardo*, *Fantasma*, *Policía*, *La sed*, *Cuchillo* y *Eclipse*. También han sido traducidas al español todas sus novelas independientes *Headhunters*, *El heredero*, *Sangre en la nieve*, *Sol de sangre*, *Macbeth*, *El reino*, *La casa de la noche* y *El rey de* Os, así como la colección de relatos *El hombre celoso*.



Titulo original: *Minnesota*

Primera edición: octubre de 2025

© 2025, Jo Nesbø
Publicado por acuerdo con Salomonsson Agency
© 2025, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© 2025, Lotte Katrine Tollefsen, por la traducción

Diseño de portada: © Marc Cubillas
Imagen de la portada: © Getty Images

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. De conformidad con lo dispuesto en el art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021, de 2 de noviembre, nos reservamos expresamente la reproducción y el uso de esta obra y de todos sus elementos mediante medios de lectura mecánica y otros medios adecuados a tal fin. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-10352-67-4

Compuesto en: M.I. Maquetación, S.L.

Facebook: PenguinEbooks
Facebook: PenguinCrimen
Twitter: @PenguinCrimen
Instagram: @litrandomhouse
Youtube: PenguinLibros
Spotify: PenguinLibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

penguinlibros

[1] En español en el original.
[2] En español en el original.
[3] En español en el original.

Índice

Minnesota

1. Llegada. Septiembre de 2022

2. Punto de mira. Octubre de 2016

3. Dinkytown. Septiembre de 2022

4. Oz. Octubre de 2016

5. Herida de salida. Octubre de 2016

6. Fantasmas. Septiembre de 2022

7. Sección de Homicidios. Octubre de 2016

8. Lobo. Octubre de 2016

9. Llanto. Octubre de 2016

10. Susurro. Octubre de 2016

11. Liza. Octubre de 2016

12. Hanson. Octubre de 2016

13. Radica 20Q. Octubre de 2016

14. Downtown. Septiembre de 2022

15. Taxidermia. Octubre de 2016

16. Alice. Octubre de 2016

17. Amigo. Octubre de 2016
18. Lechero. Octubre de 2016
19. Quinientas yardas. Octubre de 2016
20. Los ojos. Octubre de 2016
21. Centro comercial de Southdale. Septiembre de 2022
22. Desierto. Octubre de 2016
23. La rueda de la fortuna. Octubre de 2016
24. Retroceso. Octubre de 2016
25. Visión Nocturna. Octubre de 2016
26. «Skyways» I. Octubre de 2016
27. «Skyways» II. Octubre de 2016
28. «Skyways» III. Octubre de 2016
29. «Feeling Minnesota». Octubre de 2016
30. Pena de muerte. Octubre de 2016
31. «The Great Equalizer». Octubre de 2016
32. La contraseña. Octubre de 2016
33. Porno. Octubre de 2016
34. Naranja. Octubre de 2016
35. Diana. Octubre de 2016
36. McDeath. Octubre de 2016
37. Un lugar desierto. Septiembre de 2022

38. La ira del abandono. Octubre de 2016
39. Pez. Octubre de 2016
40. Urbanización cerrada. Octubre de 2016
41. Blanco. Octubre de 2016
42. La casa de los horrores. Octubre de 2016
43. Lobo. Octubre de 2016
44. Gato. Octubre de 2016
45. Retrato. Octubre de 2016
46. Aparición. Octubre de 2016
47. Luz roja. Octubre de 2016
48. Una cerveza al aire libre. Octubre de 2016
49. La obra maestra. Octubre de 2016
50. Hector. Octubre de 2016
51. Mensaje. Octubre de 2016
52. Kentucky Fried. Octubre de 2016
53. Trofeo de caza. Octubre de 2016
54. Héroe. Octubre de 2016
55. Cachemir. Octubre de 2016
56. Partida. Septiembre de 2022
Sobre este libro
Sobre Jo Nesbø

Créditos

Notas